

357/6 11 3575  
BIBLIOTECA CLÁSICA.

TEATRO SELECTO  
DE *L. Menéndez Pelayo*  
CALDERON DE LA BARCA *L. Menéndez Pelayo*

PRECEDIDO DE UN ESTUDIO CRÍTICO

DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

TOMO I

DRAMAS RELIGIOSOS Y FILOSÓFICOS

LA VIDA ES SUEÑO.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

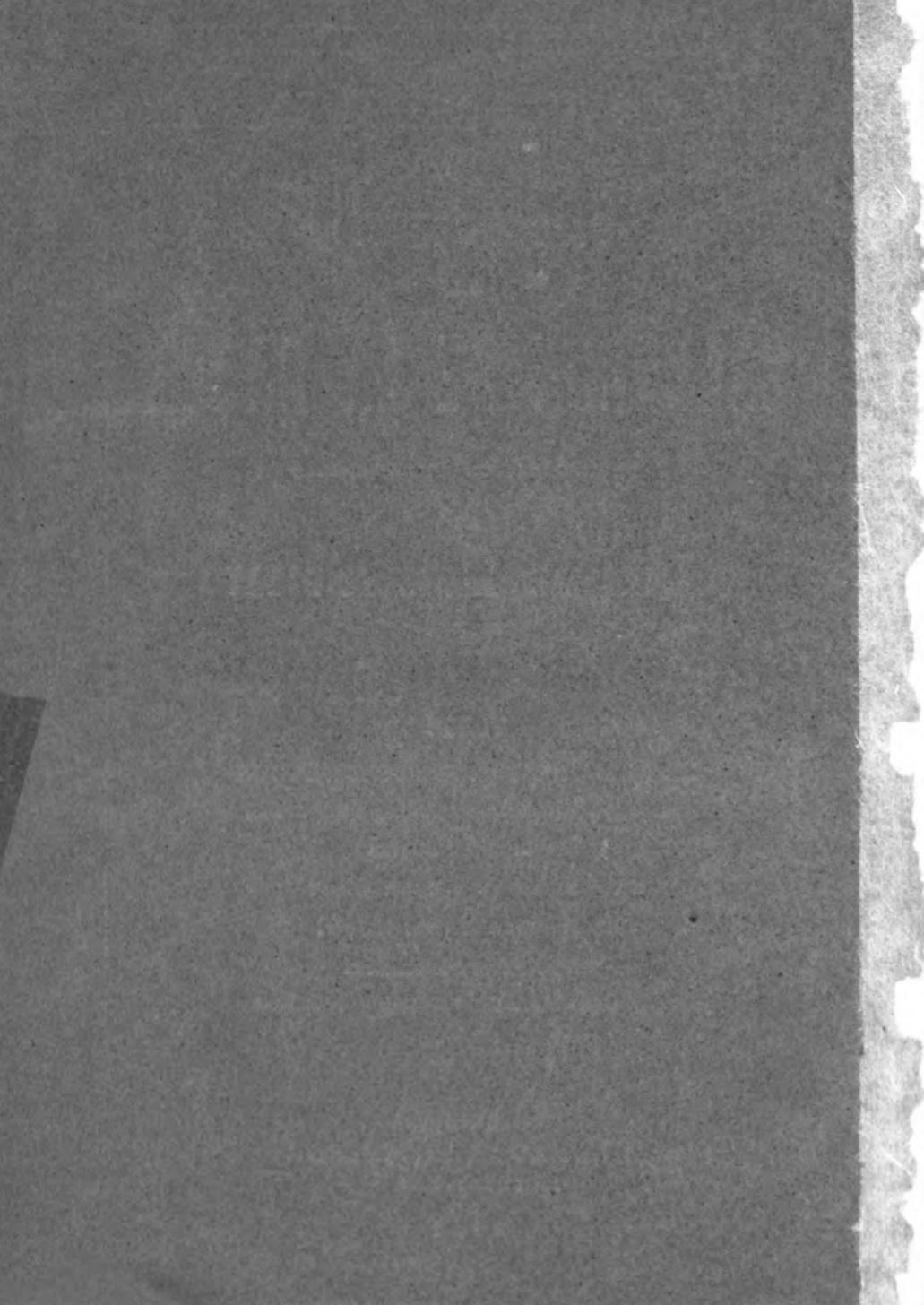
EL MÁGICO PRODIGIOSO.

EL PRÍNCIPE CONSTANTE.

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR  
COLEGIATA, NÚM. 6

1881



TEATRO SELECTO  
DE  
CALDERON DE LA BARCA.

---

# BIBLIOTECA CLÁSICA:

**Doce reales cada tomo en toda España.**

---

## OBRAS PUBLICADAS.

	<u>Tomos.</u>
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traduccion directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Hermosilla.....	3
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traduccion directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traduccion directa del latin, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traduccion en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traduccion en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latin, con un estudio del Sr. Menendez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .....	1
— <i>Estudios históricos</i> .....	1
— <i>Estudios políticos</i> .....	1
— <i>Estudios biográficos</i> .....	1
— <i>Estudios críticos</i> .....	1
Traduccion directa del inglés de M. Juderias Bender.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traduccion directa del latin de D. Marcelino Menendez Pelayo...	2
SALUSTIO.— <i>Conjuracion de Catilina</i> .— <i>Guerria de Jugurta</i> , traduccion del infante D. Gabriel.— <i>Fragments de la grande historia</i> , traduccion del Sr. Menendez Pelayo, ambas directas del latin.....	1
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traduccion directa del latin de don Carlos Coloma.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traduccion directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traduccion directa del griego por D. Federico Baraibar.....	2
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS.—( <i>Tescrito, Bion y Mosco</i> ). Traduccion directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traduccion de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traduccion directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satiricas y festivas</i> .....	1
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevacion de Napolis</i> .....	1

BIBLIOTECA CLÁSICA  
TOMO XXXVI

TEATRO SELECTO  
DE  
CALDERON DE LA BARCA

521-58

PRECEDIDO DE UN ESTUDIO CRÍTICO

DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

TOMO I

DRAMAS RELIGIOSOS Y FILOSÓFICOS

LA VIDA ES SUEÑO.

LA DEVOCION DE LA CRUZ.

EL MÁGICO PRODIGIOSO.

EL PRÍNCIPE CONSTANTE.

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

COLEGIATA, NÚM. 6

1881

~~IV 3243~~

Shan 5073.10

Sept. 9, 1889.

March Bequest.

---

---

## ESTUDIO CRÍTICO.

---

Justa y noble cosa es que los pueblos honren la memoria de sus grandes poetas; pero si he de decir lo que siento, ántes me parece funesto que útil el entusiasmo oficial y la devoción obligada, que produce los aniversarios y centenarios, con el obligado cortejo de músicas, carros triunfales, pompas y apariencias, versos y justas poéticas. Aun lo bueno sobre un mismo asunto empalaga, cuando es demasiado: ¿qué será cuando en la turbia corriente de tales solemnidades rueda tanto de mediano y aún de malo? La secta de los cervantistas acabaría, á no ser tan grande el personaje á quien injurian y apedrean, por hacer aborrecible hasta el nombre de Cervantes en la memoria de las gentes. ¿Quién sabe si conseguirán otro tanto los calderonianos, á fuerza de sacrificar en las aras de su autor favorito todas nuestras glorias dramáticas? No sé á punto fijo en qué consiste, pero hay en el fondo de toda alma verdaderamente artística algo que se rebela contra las admiraciones convencionales, de ritual ó

de reata, un secreto espíritu de reaccion contra todo fetiquismo, y de protesta contra gárrulos encomios. De aquí que los espíritus delicados y que sienten y aman desinteresadamente la hermosura, se refugien en el culto íntimo y solitario de otros autores más modestos y olvidados, á quienes suele llamarse *de segundo orden* por lo mismo que andan ménos profanados en bocas de necios, y porque han logrado la muy apetecible fortuna de no llevar tras sí una turba ignara de admiradores y devotos.

Quizá parezcan demasiado amargas las palabras que llevo escritas, pero no cabe en mi ánimo el decir las más halagüeñas, ni el esperar nunca gran cosa de estas apoteósisis semi-paganas, que poco han de regocijar en la otra vida á tan cristiano poeta como Calderon. Como quiera, parece que el más digno tributo que en tal ocasion puede ofrecerse á su gloria terrena es una nueva edicion de sus obras. Y por desgracia, las ediciones no abundan, ni en todo rigor critico las mismas que hay satisfacen. Expuestos estamos á que cualquier extranjero, atraido á Madrid por el ruido y baraunda que á propósito de Calderon estamos haciendo, recorra en vano nuestras librerías sin encontrar otra coleccion asequible de las obras del autor tan famoso (en cuyo honor quemamos fuegos de artificio y encendemos luces de Bengala) sino la que forma parte de la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneyra. Si desea otra de más cómoda lectura y letra ménos apretada, tendrá que acudir á Leipzig en busca de la de Keil. Si no quiere ó no puede, por falta de tiempo, enterarse de toda la inmensa balumba de comedias y autos del poeta, y prefiere una edicion de sus dramas selectos, se fatigará en vano, porque hoy es el dia en que, á pesar de tantas bocanadas de humo y tantos

ditirambos en loor de nuestro gran poeta nacional, áun tiene casi intacta en sus almacenes la Real Academia Española la impresion de los dos primeros tomos de dramas escogidos de Calderon, que empezó á publicar en 1868, y que en vista de tal indiferencia del público, no ha pasado adelante. Bueno es ensalzar á Calderon y hacer versos y prosas en conmemoracion suya, y colgar de nuestros balcones retales de percalina, cual si se tratase de festejar la entrada de un héroe patriótico y libertador; pero áun fuera mejor leer y estudiar sus obras, y razonar un poco nuestras admiraciones *à priori*. Aunque nos duela decirlo, los mejores trabajos criticos acerca de Calderon, los de Schack, Rosenkranz y Schmidt, han salido de Alemania: el único texto críticamente impreso de una comedia suya le ha publicado un frances, así como ántes otros extranjeros vinieron á enseñarnos y á defender contra nuestros criticos que Calderon era un gran poeta, cuando aquí le teníamos por un bárbaro.

No todo se puede hacer en un dia, pero gran principio de remedio es conocer el daño. Y por eso entiendo que lo primero y más útil es popularizar la lectura de Calderon, para que el vulgo de las gentes, y áun el vulgo literario, no le juzgue de oidas y por adivinacion, sino atendiendo á lo que en sí mismo vale y significa. Por eso esta BIBLIOTECA CLÁSICA, ya que por su objeto y condiciones no puede honrarse con una edicion completa de D. Pedro Calderon de la Barca, publica hoy en cuatro volúmenes lo más selecto de su teatro, convenientemente ordenado y metodizado.

La ocasion parece oportuna para refrescar algunas ideas acerca del autor y de su mérito dramático.

### I.—Vicisitudes de la crítica calderoniana.

Calderon, de igual suerte que Lope, no obtuvo en su tiempo más que alabanzas, ni hay ejemplo de popularidad igual á la suya, como no sea la del Fénix de los ingenios. Y áun me atrevo á decir que fué más honda y sobre todo más duradera la de Calderon, como que á los erráticos vuelos y facilidad abandonada del padre de nuestro teatro substituyó una concepcion dramática, si ménos ámplia y rica, más una y consistente, y asimismo más española, aunque más estrecha: tan española y tan del tiempo en que floreció, como que Calderon vino á ser el poeta nacional por excelencia: lauro honrosísimo, áun que se compre á costa de un poco de personalidad, y lauro tal que sólo suelen alcanzarle los autores de las primitivas epopeyas ó los ingenios afortunados que, como Dante, cogen una sociedad y una lengua en mantillas, y modelan á su gusto la literatura y la lengua. Pero el hacerse poeta popular cuando ya se ha fijado la lengua, y cuando la literatura de un pueblo ha llegado al punto culminante de su desarrollo, sólo suele alcanzarse por medio de la dramática; y como en el mundo andan siempre revueltos los bienes con los males, trae consigo (por lo general) á la vez que cierta abdicacion del sentir y del pensar propios, una triste sujecion á las formas convencionales y á los gustos del público, lo cual si hace al poeta personaje semi-sagrado entre los de su tiempo y raza, suele perjudicarle para lo futuro, sobre todo en el concepto de los extraños, y áun hacerle ininteligible, quitándole esa universalidad que da vida y juventud perenne á Shakspeare y á Cer-

vántes, por ejemplo. Algo de esta fatalidad pesa sobre Calderon, pero no del todo, puesto que de él se admiran por la crítica de todos los países las concepciones y los asuntos (indicio seguro de vigorosísimo entendimiento), aunque logre ménos aplauso la ejecución, que así en los aciertos como en los lunares, es muy española y muy del siglo xvii, ya decadente.

Como quiera, repito que nuestro poeta fué gala, entusiasmo y regocijo de su siglo, no sólo durante su vida larga, quieta, serena y siempre honestamente ocupada, sino despues de su muerte, que produjo un verdadero duelo nacional, siquiera tomase éste formas más solemnes y graves que las que sirvieron para honrar la memoria de Lope. La escuela de éste aún habia experimentado lucha y contradicciones; pero en tiempo de Calderon la victoria del sistema dramático independiente, español y revolucionario podia juzgarse completa. Hasta los clásicos más recalcitrantes habian cedido, y con alto espíritu estético buscaban en la Poética del Stagirita defensa y justificación para las audacias de nuestros dramáticos, y ensalzaban el teatro español en el concepto de arte *naturalista*, puesto que, entendido rectamente el principio de la *imitacion* ó *mimesis*, que sirve de fundamento á las enseñanzas de Aristóteles, claro es que implica no la mecánica imitacion de los modelos, sino la reproduccion de la naturaleza humana con toda la variedad y riqueza de contrastes y con la alternativa de lágrimas y de risas que ella en sí tiene, y que en la vida se muestra y desarrolla. De donde inferian que, siendo la comedia espejo de la vida humana, cumplan á maravilla con su objeto nuestros dramáticos, fieles pintores de la realidad histórica que sus ojos veian, y hábiles al par que valientes en la mezcla de los efectos cómicos y trágicos.

cos. Tal es, en sustancia, la doctrina que en modo muy dialéctico y bien trabado expusieron el catedrático complutense Alonso Sanchez de la Ballesta, grande apologista de Lope de Vega contra las destracciones de Pedro de Torres Ramila, el licenciado Francisco de la Barreda en uno de los discursos que sirven de exornacion al *Panegírico* de Plinio (traido por él á nuestra lengua), y así otros muchos que fuera largo enumerar.

Sólo reparos morales pusieron algunos escrupulosos á las comedias de Calderon, como ántes á las de Lope y Tirso. Porque si es verdad que el autor de *La vida es sueño* y de *El Príncipe constante*, y de tantas otras joyas de la inspiracion cristiana, fué por lo general el más católico de todos los dramáticos del mundo, y aunque sea cierto de igual modo que aún en sus comedias de costumbres se abstuvo cuerdaamente de las liviandades y desenfados que el fraile de la Merced habia consentido á su apicarada musa, tambien lo es que en esas mismas comedias y en sus dramas trágicos pagó largo tributo Calderon á las preocupaciones de su tiempo y de su sangre, y sobre todo á esa moral del honor, moral social y *relativa*, en muchas cosas opuesta á la moral cristiana y absoluta. De aquí no sólo tésis radicalmente inmorales como la de *A secreto agravio secreta venganza*, sino una lastimosa exageracion del espíritu vindicativo, duelista y de punto de honra. Ciertamente pueden traerse circunstancias atenuantes. Así, verbi gracia, el sangriento castigo del adulterio muestra por su misma dureza y ferocidad la rareza de las infracciones, el espíritu patriarcal que aún imperaba en la familia castellana, y el dominio de la ley ética en la mayor parte de los corazones.

Pero es lo cierto que el teatro de Calderon pro-

movió ya en sus días los escrúpulos de algunos varones timoratos, y él mismo hubo de defenderse en un papel dirigido al Patriarca de las Indias, alegando el mandato del Rey, que le hacía escribir para sus fiestas. Después de su muerte, la aprobación dada á la *Verdadera Quinta Parte* de sus comedias por el trinitario fray Manuel de Guerra y Ribera, aficionadísimo, como otros frailes de su tiempo, á los espectáculos dramáticos, promovió contestaciones y clamores, que en vano quiso acallar el mismo aprobante con su *Apelación al tribunal de los doctos*, ocasión de nueva pelamesa, en que al fin vino á quedar por los calderonianos la victoria.

Censuras literarias no se hicieron de Calderon hasta el siglo XVIII. Iniciólas Luzan en su célebre *Poética* (1737), tenida generalmente por código del gusto frances, aunque debe más á los italianos, cuyas interpretaciones sutiles y menudas de Aristóteles aceptó por completo. Luzan anduvo harto duro con el teatro español, no tanto, sin embargo, como sus discípulos. Por lo comun, acierta en la parte negativa, y no hay más remedio que darle la razon cuando censura, por ejemplo, los anacronismos y los errores geográficos de los dramas históricos, ó cuando tilda en las comedias de capa y espada el abuso de unos mismos é inverosímiles recursos, los escondidos y las tapadas, las casas con dos puertas, las riñas y cuchilladas, y aquello de no tener las voces humanas acento propio y distintivo; ó bien cuando reprueba en todo el teatro calderoniano el vicioso lujo y pompa desconcertada de diction, el hacinamiento de incoherentes alegorías y metáforas, y la intemperancia lírica que á lo sumo, y en los momentos en que el mal gusto de la época no le vicia del todo, no pasa de *elegantissima luxuries*.

De otros reparos de Luzan no se hable, y téngase por dicho que no dejó de sacar á plaza contra Calderon las famosas unidades de lugar y tiempo, de la primera de las cuales ni rastro hay en la *Poética* de Aristóteles (como quiera que la extrema sencillez del drama griego excluía casi las mutaciones escénicas, ó, mejor dicho, tenía una escena tan ideal como el drama mismo), refiriéndose sólo de pasada, y no como precepto sino como recuerdo histórico, á la segunda, cuando dice que «la tragedia suele encerrarse en un período de sol ó le traspasa poco.»

Los amigos y los discípulos de Luzan insistieron en la parte más endeble de su crítica, olvidando las amplísimas concesiones que una y otra vez hace al alto ingenio y soberana fantasía del poeta. Por el contrario, para Nasarre, Montiano y Velazquez, para el mismo Moratin el padre, ingenio español de tan buena ley, Calderon no fué más que el segundo corruptor del teatro, un salvaje delirante, digno sólo de ser aplaudido por un pueblo de bárbaros. Y no pararon aquí sus diatribas y desdenes, sino que hallando eco en las regiones oficiales, lograron en 1763 la prohibición de los *Autos Sacramentales*, como ultraje á la religion y al buen gusto. ¡Y esto lo decían los ministros de Cárlos III y los abates volterianos, saturados de las heces de la *Enciclopedia!* Ni es de admirar que para los sectarios de una poética semi-mecánica y de una filosofía rastrameramente sensualista fuesen letra muerta, y áun pudiesen equipararse con el apocalíptico libro de los siete sellos, las extrañas composiciones lirico-dramáticas con que nuestros vates ensalzaron el adorable misterio de la Eucaristía.

La intolerancia doctrinal se extendió hasta á las

composiciones profanas, y, con asombro mezclado de risa, leemos hoy que el despotismo administrativo de aquellos leguleyos vedó severamente, á fines del siglo xviii, la representacion de *La Vida es sueño* (quizá por haber en ella una rebelion triunfadora), la del *Príncipe Constante*, apoteósis del mártir D. Fernando, y *El Gran Príncipe de Fez*, compuesta en glorificacion de la Compañía de Jesus, motivo bastante para que la mirasen de reojo los que inicua-mente habian expulsado á los hijos de San Ignacio.

Ni áun los críticos de más larga vista entre los de siglo pasado, D. Pedro Estala, por ejemplo, que en los discursos preliminares á sus traducciones, harto olvidadas, del *Edipo Tirano* de Sófocles, y del *Pluto* de Aristófanés, tan perfectamente atinó con el verdadero carácter de la tragedia y de la comedia griegas, y declaró aquel teatro admirable pero no imitable, por corresponder á un estado social y á una concepcion religiosa tan diversos de los nuestros, no acertó á desprenderse de los resabios de preceptista en sus juicios acerca de nuestro teatro, ni á hacer más alto elogio de Calderon que el de estimarle como felicísimo constructor de intrigas dramáticas, hábil en la trama y en el enredo hasta el punto de empeñar poderosamente (aunque con intereses algo pueril, semejante al que resulta de descifrar un enigma ó una charada) la atencion de los espectadores. Y con crítica todavía ménos elevada y frase que raya con lo ridículo, habló del *traveso Calderon* nuestro eximio latinista Sanchez Barbero. ¡Y áun creeria pecar de tolerante aplicando la categoría de *travesura* al sublime ingenio que acertó á vestir de forma dramática el problema de la razon y del libre albedrío, los triunfos de la fe y de la gracia, los furoros y desatada tempestad de los celos!

Pero mientras esto pasaba en España, una reacción profundísima, y guerra declarada contra el sistema dramático francés, se había iniciado en Alemania con la *Dramaturgia* de Lessing, y la victoria iba quedando por los innovadores, de quienes vino á ser poderoso auxiliar aquel renacimiento de toda conciencia nacional que respondió, como protesta, á las conquistas napoleónicas. Comenzaron á ponerse en boga las literaturas indígenas, populares y espontáneas, y tanto más, cuanto más radicalmente se apartaban del arte convencional, académico y ceremonioso de los franceses. Tras de Lessing, con sus nuevas interpretaciones de la *Poética* de Aristóteles y sus ideas de tragedia realista y *bourgeoise*, vino Herder popularizando las canciones nacionales de muy diversos tiempos y países. Traspasó los límites de Inglaterra la devoción shakespiriana, y los dramas históricos del gran poeta inglés, sus crónicas en verso, con toda su animación, movimiento y lujo de episodios, revivieron gloriosamente en el *Goetz de Berlichingen*, vigorosísima pintura rústica y familiar de los últimos días de la Edad Media, y en el *Campamento de Vallenstein* de Schiller. Hizo Guillermo Schlegel el paralelo entre el *Hipólito* de Eurípides, y la *Fedra* de Racine, mostrando cuánto difiere la casta sencillez de la tragedia antigua (aunque se la considere en el último y más retórico de sus modelos, en el que más tributo pagó al sentimentalismo enervador y á los recursos patéticos) del arte peinado y relamido de los salones de Versalles.

Así nació el *romanticismo* alemán, cuyo poeta fué Tieck, y cuyos legisladores son los dos Schlegel, á quienes nos complacemos en citar, á pesar del amargo dejo que en los ánimos de nuestra generación han dejado las humorísticas chanzas de Henrique

Heine. Pero nunca las chanzas fueron argumentos, ni es el humorismo sistema crítico, sino estado subjetivo, fisiológico y á veces patológico, del espíritu que ve las cosas por un sólo aspecto, y hace víctima de sus caprichos de un día al objeto del conocimiento. Y diga lo que quiera Heine (cegado además por su odio á todo género de restauracion católica), áun está por escribirse el libro que pueda sustituir, ni en la alteza de miras, ni en lo delicado del sentimiento estético, á las *Lecciones de literatura dramática* de Guillermo Schlegel. Mientras otros le zahieren (sin perjuicio de saquearle), séanos lícito tenerle por una de las piedras angulares de la crítica moderna. Hoy son vulgaridades muchos de los principios que allí por primera vez se consignaron. ¿Qué triunfo más glorioso para un libro de crítica?

Todo el *Curso* de Schlegel está encaminado á la glorificación de Calderon; aunque sólo en el último capítulo se trata de él *ex-professo*. Pero el autor no le olvida nunca, ni al hablar de la tragedia griega, ni al discurrir acerca de Shakspeare, ni al maltratar á Molière. Todas las formas dramáticas le parecen imperfectas y una como preparacion para aquella forma más alta, en que se resuelve de un modo firme y sereno el enigma de la vida humana. Al coronar con ella su edificio histórico, abandona Schlegel el tono de la crítica y prorumpen en el más entusiasta ditirambo.

¿Era fundada del todo esta admiracion? En primer lugar, Guillermo Schlegel, y lo mismo su hermano Federico, que con ménos elocuencia desarrolló las mismas ideas en su *Historia de la literatura antigua y moderna*, desconocia casi en absoluto todo el teatro español anterior á Calderon y contemporáneo

de él. De aquí el mirarle como un solitario coloso, y atribuirle todas las perfecciones y excelencias de una escuela, y poner en su cabeza la gloria de toda una literatura. Además, lo que Schlegel admira, sobre todo, en Calderon es el vigor sintético del ingenio, la grandeza de las concepciones, el espiritualismo cristiano vivo y prepotente, lo recto y justiciero del sentido moral, cualidades que en mucha parte debió Calderon á haber nacido español y católico y en el siglo xvii. Pero ¿cómo se le habia de ocultar á Schlegel que, así el sereno idealismo de Sófocles como el ardiente naturalismo shakespiriano, puntos extremos, é igualmente admirables, del arte, vencen al drama calderoniano en lo perfecto de la ejecucion, en lo eterno y universal de las situaciones y de los caracteres, en la intensidad y en lo verdadero de los afectos; viniendo á ser nuestro teatro (y especialmente el de Calderon) dentro del drama romántico é independiente, algo parecido á lo que es dentro del teatro clásico la tragedia francesa, *mutatis mutandis et servatis servandis*, es decir, con la ventaja en el nuestro del poderoso aliento nacional que le informa y da vida, haciendo olvidar, cuando se le mira de léjos, faltas y aberraciones de gusto, ligerezas de ejecucion, y aquella poética menuda y caprichosa, que todo lo reglamentaba no ménos arbitrariamente que la de las tres unidades?

Ni fué sólo de los románticos el entusiasmo por Calderon. Sintióle el mismo Goethe, que llegó á ensalzar no sólo las bellezas sino los desaciertos del gran poeta, y tuvo palabras de encomio hasta para la *Hija del aire*, verdadero monstruo dramático, en que nada hay bueno sino el carácter ideal y fantástico de la protagonista, cuyo carácter se quedó en

gérmen como otros muchos de Calderon. Ni hemos de olvidar tampoco que uno de los más grandes poetas ingleses, émulo de Byron, corifeo de la escuela satánica, cantor de la victoria de Demogorgon contra Júpiter, tradujo en hermosos versos ingleses (¡rara eleccion de original para un poeta ateo!) las mejores escenas de *El Mágico prodigioso*.

En Alemania se multiplicaron las versiones, dando el ejemplo con las suyas, ménos literales que poéticas, Guillermo Schlegel. Hasta en la cristiandad protestante logró fervorosos admiradores el más católico é inquisitorial de los poetas. *La devocion de la Cruz*, que extasiaba á Hoffman, llegó á hacerse drama popular entre los devotos. Y al mismo tiempo, los sectarios de escuelas filosóficas no poco reñidas con la ortodoxia, verbi gracia, los hegelianos, diéronse á estudiar profundamente á Calderon á título de poeta simbólico, que en sus obras habia encarnado y manifestado peregrinas y encumbradas ideas. A esta escuela critica, que tanto exageró el predominio de la idea sobre la foma, corresponde el estudio de Carlos Rosenkranz acerca de *El Mágico prodigioso*, monografía hoy mismo estimable, aunque el autor extrema las semejanzas entre la obra que analiza y el primer *Fausto* de Goethe.

De Alemania han salido tambien los dos mejores trabajos históricos acerca de Calderon: el de Schack en su *Historia del teatro español*, y sobre todo el de Federico Guillermo v. Schmidt, publicado en 1857 (en Elberfield) por su hijo Leopoldo. En esta obra se examinan una por una, y con muy loable escrupulosidad, todas las comedias de Calderon y algunos de sus autos.

En España ni siquiera se ha traducido este libro, cuanto más hacer otro mejor. Pero aunque tarde,

hemos caído en la cuenta de que Calderon era un gran poeta, cuando ya toda Europa le tenía por tal.

Con todo eso, y á despecho de los menosprecios de la crítica, habían conservado intacta su reputación, y eran representados, con universal aplauso de nuestros padres, dramas de Calderon tan románticos como *El Tetrarca de Jerusalem*. Los mismos críticos de la escuela dominante acabaron por dar cuartel á las comedias de capa y espada, y de ellas se insertó razonable número (acompañadas de discretas observaciones) en la *Coleccion general de comedias escogidas*, impresa en Madrid por los años de 1827, y en que entendieron, con criterio bastante moderado y ecléctico, Gorostiza, García Suelto y algunos más.

Por otra parte, la revolucion romántica que iniciaron Bolh de Faber en Cádiz, y Aribau y Lopez Soler en Barcelona, y á la cual con más timidez ayudó D. Alberto Lista (en sus *Lecciones de literatura dramática* pronunciadas en el Ateneo de Madrid, y luégo en los artículos sueltos coleccionados hoy con el título de *Ensayos literarios*) contribuyó á restaurar en España los altares de Calderon, y á popularizar, aunque de un modo poco científico, algunos de los resultados de la crítica de los Schlegel. Desde entónces sonó el nombre de Calderon, como nombre de batalla, entre los románticos, y algunos le imitaron, no infelizmente, en el teatro; pero á esto y á panegíricos vagos se redujo todo el incienso que España quemó en sus aras. Gracias á la diligencia del Sr. Hartzenbusch, poseemos, coleccionado en cuatro volúmenes de la *Biblioteca de autores españoles*, el teatro de Calderon, si bien este texto no ha de darse por definitivo ni está exento de reparos. Quizá el Sr. Hartzenbusch no acertó siempre en dejarse guiar por el texto de Vera Tássis, reproducido por

Apontes y por Keil, sobre todo cuando existian manuscritos ó ediciones hechas en vida del poeta, que nos pueden dar, si no la letra primitiva del drama, á lo ménos una leccion no tan alterada por ignorantes histriones y famélicos impresores. El prólogo que el Sr. Hartzenbusch puso á su edicion es elegante é ingenioso, pero algo tímido en las conclusiones. En las notas hay cosas útiles, sobre todo para la cuestion cronológica: el resto está tomado de otros comentadores.

De los *Autos sacramentales* disertó admirablemente D. Eduardo Gonzalez Pedroso, nombre de dulce recuerdo entre los católicos españoles; y más adelante dijo algo el Sr. Canalejas, aunque con ciertos resabios panteísticos, que hubieran escandalizado no poco al reverendo y cristiano poeta, si por dicha hubiese acertado á levantar la cabeza.

Trató de las tres ideas fundamentales del teatro calderoniano el Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala en su discurso de recepcion en la Academia Española, y lo hizo por modo fácil y brillante, pero sin descender á pormenores. Tampoco puede sacarse mucho jugo de las ilustraciones del Sr. Escosura á la edicion académica de Calderon, y no porque les falte lucidez y orden, sino porque el editor apenas puso nada de su cosecha, limitándose á reproducir las ideas que en el vulgo literario corren acerca de Calderon.

Tratemos nosotros de aprovechar brevisísimamente los resultados de toda esta labor crítica.

## II.—El hombre, la época y el arte.

Poco sabemos de la vida de Calderon: achaque comun en las biografías de nuestros mayores ingenios, máxime de los dramáticos. Si exceptuamos á Lope, con cuyas obras impresas y manuscritas (que así y todo no son más que una tercera parte escasa de las que brotaron de su fecundísima pluma) puede tejerse una cumplida cronología literaria, y que además nos dejó en larga serie de epístolas al Duque de Sessa raras y lastimosas confidencias acerca de su vida familiar, ¿qué es lo que podemos afirmar de cierto y averiguado respecto de Tirso, Moreto y Rojas? ¿De la vida ante-claustral del primero y aún de su vida monástica, de su carácter é inclinaciones, qué sabemos, como no sea por induccion y conjetura? ¿Qué ha hecho la critica acerca de Moreto sino desbrozar de malezas el campo, y condenar á perpétuo olvido las invenciones de poetas y novelistas, ó de biógrafos más inventivos y fantásticos que los noveladores? De Rojas ni aún sabríamos á ciencia cierta la patria, si no hubiesen parecido sus informaciones para el hábito de Santiago. Y la misma biografía de Alarcon, maravilloso libro de D. Luis Fernandez-Guerra, es ántes que todo un *tour de force*, un libro de reconstruccion histórica, en que á los hechos documentalmente comprobados, que son pocos, se mezclan y entretajan, con habilidad inaudita, las probabilidades, inducciones y conjeturas basadas en el estudio profundo de la época.

Ni sobre Calderon nos dan mucha luz las escasas biografías de él que corren impresas, pues casi todas adolecen del gusto gárrulo y pedantesco de fines

del siglo xvii, y ahogan pocas noticias en un mar de palabras: así la *Fama Póstuma* de Vera Tássis, como el *Obelisco fúnebre* de D. Gaspar Agustín de Lara, en que apenas acierta uno á decidir cuál es peor, los versos ó la prosa. Algun dato acerca de su familia puede rastrearse en la *Genealogía de la casa de Calderon*, que ordenó el P. Gándara, ó en los *Hijos de Madrid* de Alvarez Baena; pero lo personal del poeta se reduce á bien poco. Ni han remediado esta penuria los modernos, más atentos á las obras de Calderon que al personaje mismo.

Y si algo han querido añadir, ántes es daño que provecho, y más bien extravío de la crítica que nueva luz: de tal modo se han confundido y trastrocado las especies. Así el Sr. Hartzenbusch (*quem honoris causa nomino*), dejándose guiar por la opinion de D. Jorge Díez, director de cierto colegio de Sevilla, imprimió como de Calderon un romance, en que éste declara á una dama su calidad y condiciones y le refiere su vida, en términos demasíadamente alegres y más de pícaro que de caballero. Hanse sacado de aquí torcidas inducciones sobre el carácter de nuestro dramaturgo; y sin embargo, ese romance no es de Calderon, sino de un maleante ingenio sevillano á quien decían D. Carlos Cepeda y Guzman, el cual en un códice de sus obras (que examinó y extractó Gallardo) le dejó escrito de su mano.

Yéndonos á lo cierto y positivo, comencemos por afirmar que Calderon era oriundo del nobilísimo y antiguo solar de la Barca, en las Astúrias de Santillana, hoy Montaña de Santander, siéndole comun esta oriundez montañesa con otros ingenios de los que más ilustran nuestro Parnaso, vg., el Marqués de Santillana, Lope de Vega y Quevedo. Y tambien

fué desgracia para nosotros (aunque tantas veces se ha repetido, que parece indicar especial y oculta disposición de la Providencia el que salgan de nuestra tierra, no los vencedores de reyes moros sino los padres y engendrados de tales victoriosos héroes) el que D. Pedro Calderon de la Barca Henao de la Barreda y Riaño, apellidos todos de alcurnia cántabra, no viera la luz en nuestros montes ni en nuestras marinas, sino en la villa de Madrid el 17 de Enero de 1600. Y como si Dios le hubiera destinado á ser por excelencia el poeta del siglo xvii, le vivió casi entero hasta 1680, y en su vida, que nada tuvo de excepcional ni de novelesco, se atemperó naturalmente y sin violencia á cuanto aquella época exigía de un caballero cristiano y español, logrando así vivir en paz con su siglo y con su raza. ¡Mérito singular y para admirado cuando recae en un ingenio de tal temp'e!

Fué Calderon discípulo de los jesuitas en el colegio Imperial, y siempre les profesó amor entrañable, como lo demuestra la comedia de *el Gran Príncipe de Fez, Don Baltasar de Loyola*. Pero que en sus estudios no pasó de la gramática (entendida esta palabra en su más amplio sentido) ó de las humanidades (como se decia entónces con vocablo más general), parece asimismo indudable. Nadie ha probado hasta ahora (ya que no son prueba leves presunciones) que Calderon cursara en tiempo alguno las aulas salmantinas, estudiando en ellas derecho civil y canónico, por más que lo digan sus biógrafos. Y en cuanto á su teología tan ponderada de los *Autos sacramentales*, tampoco excede el nivel comun de la cultura de los españoles de aquella edad, y áun puede calificarse de teología *para uso de las gentes de mundo*, inferior de seguro á los conoci-

mientos que lograba el ménos aventajado de los discípulos de Bañez, de Dcmingo de Soto, de Molina ó de Suarez.

Desde 1619 á 1625 Calderon parece haber residido en Madrid, como caballero de capa y espada, sin empleo ni profesion especial. Comenzaba á escribir comedias, aunque de seguro exagera Vera Tássis cuando afirma que ya entónces *tenía ilustrados los teatros de España*. No sólo Lope sino Montalban y otros de segundo órden alcanzaban en aquellos dias más alta fama que Calderon, por más que el ingenio lozano y juvenil de éste gallardease con honra en certámenes y justas poéticas, vg. en las celebradas con motivo de la beatificacion y canonizacion de San Isidro, mereciendo elogios de Lope en el *Laurel de Apolo*, y de Montalban en el *Para-Todos*.

Pasaba Calderon por bravo y pendenciero, y de algun lance suyo de 1629 tenemos noticia. Consta que entónces persiguió, espada en mano, á un famoso comediante, que decian Pedro de Villegas, el cual alevosamente habia herido á un hermano del poeta. Y fué tan grande la porfia de los deudos de uno y otro, que el Villegas hubo de buscar refugio en la iglesia de las Trinitarias, dando ocasion á que la justicia, que le perseguia, violase la clausura con no pequeño escándalo. Y no paró aquí el ruido, sino que habiendo aludido al lance el predicador Fr. Hortensio Paravicino (célebre entre los corruptores del buen gusto en el siglo xvii), vengóse Calderon en el *Príncipe Constante*, llamando *sermones de Berbería* á los suyos, de lo cual resultaron quejas y reclamaciones del fraile, y áun prision para el poeta.

Todo esto lo pusieron en claro Hartzcnbusch en una *Memoria de la Biblioteca Nacional*, y Molins en

su libro de *La sepultura de Ceróntes*, y todo ello parece que invalida la relacion de Vera Tássis, á tenor de la cual Calderon en 1625 fué á militar en el Estado de Milan, y allí y en Flándes permaneció hasta 1635. Pero si hay error en las fechas y hemos de rebajar algo del tiempo que se asigna á las campañas de Calderon, que fué soldado no tiene duda, y que en los campamentos adquirió aquel conocimiento de la vida y tipos militares que le ayudó á crear las enérgicas figuras de D. Lope de Figueroa, del Sargento, de Rebolledo y de la Chispa.

Valiéronle sus servicios bélicos el hábito de Santiago, y del valor que ardia en su pecho no puede dudarse, ya que le vemos en 1640, en el punto culminante de sus triunfos dramáticos, apresurar la conclusion de su comedia *Certámen de amor y celos*, (que habia de representarse en una funcion real) para poder seguir á las Órdenes Militares en la campaña de Cataluña: lo cual le valió treinta escudos de sueldo al mes, con cargo al capitulo de artillería. Y áun le vemos enviado por el Marqués de la Hinojosa, desde Tarragona á Madrid, con cierta comision, nada literaria, relativa al cange de prisioneros.

Pero todo esto no es más que un episodio en la biografía de Calderon, por más que contribuyera á darle la saludable educacion de la vida activa. Las aficiones artísticas se sobrepusieron en él á todo otro impulso, y fué poeta áulico y cortesano por espacio de más de cuarenta años. Así las fiestas reales del Buen Retiro, como las representaciones eucarísticas que con inusitado esplendor celebraba la villa de Madrid, dieron norte y empleo á su portentoso númen.

En 1651 se ordenó de sacerdote, y sin duda con

vocacion sana y entera (digna corona de tan honrada vida), pues así como de Lope sabemos despues livianas aventuras, en el nombre de Calderon jamás acertó á poner mancha el odio de sus más encarnizados enemigos.

Calderon sacerdote tuvo ciertos escrúpulos de seguir dando culto á las musas dramáticas, y no escribió más que para los teatros públicos; pero halló él, ó escogitaron sus admiradores, una ingeniosa capitulacion de conciencia: el mandato real, que le obligaba á escribir para sus fiestas y solemnidades palacianas. Así *honestó* (son sus palabras) *los decoros de su nuevo estado*, aunque ciertos devotos le murmurasen, y esta murmuracion le perjudicara para nuevos adelantos en su carrera eclesiástica. «Si esto es bueno (decia Calderon), no me obste; y si es malo no se me mande.»

Con todo eso, Calderon llegó á ser capellan de honor de Palacio y capellan de los Reyes Nuevos de Toledo, sin otras mercedes de menor cuantía. Y tranquilo y respetado por todos, se durmió tranquilamente en el Señor el 25 de Mayo de 1681, dejando por heredera á la venerable Congregacion de Presbíteros naturales de Madrid, que en la iglesia de Salvador instituyó aniversario perpétuo por su alma.

Fué Calderon fecundísimo escritor, como casi todos nuestros ingenios del siglo xvii. Además de sus ciento veinte comedias (punto más ó punto ménos) y de sus ochenta *autcs sacramentales* (tambien en número redondo) y de sus entremeses y piezas cortas (que no es fácil reducir á número, porque de la mayor parte ni aún quedan los títulos), compuso un tratado *en defensa de la nobleza de la Pintura*, otro *en defensa de la comedia*, un poema sobre el Diluvio universal, un *Discurso de los cuatro Novísimos* (todo

ello perdido) y algunas poesías líricas, de las cuales la más notable es un romance impreso en los *Avisos para la muerte*, no siendo tampoco indigno de memoria el Discurso poético sobre la inscripción *Psalle et sile* del coro de la catedral de Toledo. También es de Calderon, aunque estampada á nombre de D. Lorenzo Ramirez de Prado, la relacion de la entrada de la Reina Doña Mariana de Austria en Madrid, el año 1649.

Para la posteridad, Calderon sólo vive como dramático. Su misma genialidad lírica, que era poderosa, se derramó casi exclusivamente en sus obras teatrales. Por desgracia, nunca formó coleccion de ellas, y aunque la mayor parte han llegado á nosotros, mucho es de lamentar el verlas tan desfiguradas. Y gracias que sabemos con certeza, por declaracion del mismo poeta en carta al Duque de Veragua, las que realmente son suyas y las que malamente se le atribuyeron. Los títulos de las que él dió por legítimas pueden verse á continuacion de esta advertencia, donde asimismo cuidaremos de advertir las que faltan en la coleccion de Vera Tássis, las que éste añadió y las que figuran sólo en la edicion del Sr. Hartzenbusch. Como muestra de la poca confianza que todos los textos hoy conocidos infunden, baste decir que Calderon no revisó (segun parece) ninguno de ellos, ni siquiera los de algun tomo de *Comedias escogidas de varios autores* de que fué aprobante, y que su hermano D. José y su amigo Vera Tássis cuidaron de lo restante, siguiéndoles ciegamente Apontes y Keil. Los *Autos* se imprimieron con más esmero, porque poseia los originales la villa de Madrid, y hay de ellos dos tolerables y no raras ediciones de 1717 y de 1759.

Tan escasos datos, que además hemos compen-

diado en todo lo posible, bastan á dar idea de la fisonomía moral del poeta, mostrándole español á toda ley, cristiano fervoroso hasta parar en el sacerdocio, caballero por sangre y por educacion, bizarro soldado en sus floridos abriles, algo estudiante, y por cifra de todo, poeta palaciano y poeta popular á la vez, favorito de los reyes y de la muchedumbre: amalgama imposible de lograr en otro estado social que no hubiera sido el de España en el siglo xvii.

En aquella sociedad, heredera fiel de las tradiciones y de los impulsos del siglo anterior, sobre el principio monárquico, sobre el principio aristocrático, sobre toda consideracion terrena y toda grandeza de este mundo, se alzaba puro é inmaculado el principio religioso, libre de toda mezcla de herejías y novedades. Él sólo servia de lazo entre gentes divididas en todo lo demas, por raza, lengua, fueros y costumbres. A todos los unia y congregaba aquel ardiente catolicismo español que, al espirar la Edad Media, aún tenía el brazo teñido en sangre mora y acababa de expulsar á los judíos. Y cuando llegó la pseudo-reforma, terrible protesta del espíritu germánico contra la Unidad latina, España se convirtió en adalid de la Europa meridional, y luchó, no por sus intereses temporales, sino en contra de ellos, en Flándes, en Alemania y en los mares de Inglaterra, cuándo con próspera, cuándo con adversa fortuna, pero haciendo retroceder siempre la oleada septentrional dentro de los diques que desde entónces no ha traspasado, y salvando las dos penínsulas hespéricas, y á Francia misma, del contagio luterano. Verdad es que quedamos pobres, desangrados y casi inermes; pero sólo un criterio bajamente utilitario puede juzgar por el éxito las grandes hazañas históricas, y la verdad es que no hay ejemplo de mayor

abnegacion ni de más heroico sacrificio por una idea, que el que entónces hicieron nuestros padres. Ríanse en buen hora los políticos y economistas; pero entre las grandezas marítimas de Inglaterra bajo el cetro de la Reina Virgen, y el lento martirio y empobrecimiento de nuestra raza, que tan desinteresadamente fué brazo de la Iglesia durante dos siglos, toda alma que sienta el entusiasmo de lo bello y de lo noble no dudará en conceder la palma á los nuestros. Verdad es que en todos aquellos épicos y caballerescos alardes se mezcló algo de orgullo nacional, ciego y exclusivo; pero aún éste nacía de noble origen, puesto que no nos creíamos raza predestinada á mandar ni teníamos á los demas por siervos nacidos á obedecer, sino que todo lo referíamos á Dios como á su origen y principio, reduciéndose toda nuestra jactancia nacional á pensar que Dios, en recompensa de nuestra fe, nos había elegido, como en otro tiempo al pueblo de Israel, para ser su espada en las batallas y el instrumento de su justicia y de su venganza contra apóstatas y sacrilegos, por donde cada uno de nuestros soldados, en el hecho de ser católico y español, venía á creerse un Júdas Macabeo. Este sentimiento anima algunas de las más bellas inspiraciones líricas del buen siglo, desde aquel valentísimo soneto de Hernando de Acuña:

Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada  
La edad dichosa en que promete el cielo  
Una grey y un pastor sólo en el suelo,  
Por suerte á nuestros tiempos reservada:  
Ya tan alto principio en tal jornada  
Nos muestra el fin de vuestro santo celo,  
Y anuncia al mundo para más consuelo  
Un monarca, un imperio y una espada...

hasta las hermosas octavas del capitán Francisco de Aldana:

¡Diestra, diestra de Dios! ¡ay, cómo aguardas,  
Multiplicando en ira lo que tardas!

Y el sentimiento católico es el alma de toda nuestra cultura y de nuestras grandezas en aquel período, y no sólo daba aliento á los héroes que sucumbían en las marismas de Holanda, ó que daban caza á los piratas ingleses, sino á aquellos otros conquistadores que en América y en Asia y en Oceanía domaban razas incógnitas y bárbaras, y á los frailes que entre ellas difundían la luz de la fe y la ciencia de nuestras escuelas, y á los teólogos que en Trento eran valladar fortísimo contra las pretensiones de los reformistas, y á los que en Inglaterra restauraban el culto católico y reformaban las Universidades bajo los auspicios de la buena reina María, y á los que dentro de nuestra casa escogitaban (en oposición al impío *predestinacionismo* calvinista) el sistema teológico más favorable á la libertad humana entre cuantos se han imaginado para explicar las relaciones entre la gracia y el humano albedrío; y á los que creaban y organizaban sobre la amplísima base del origen divino del poder el derecho natural y de gentes, matando el cesarismo pagano de los leguleyos; y á los místicos y ascéticos que con toda la opulencia de la lengua castellana penetraban en los arcanos de la ontología y de la psicología, y de otra ciencia más alta y soberana que se ha atrevido á explicar en lengua terrena cómo el hombre llega casi á *ser Dios por participacion*; y á los reformadores de las órdenes religiosas, y á los fundadores de otras nuevas, y á los inquisidores que con serenidad de conciencia fulminaban sentencia contra los heresiarcas, y al pueblo que acudía gustoso y

en tropel á los autos de fe, sin que la más leve sombra de duda onturbiase aquellas conciencias, y á los poetas que en romanceros y cancioneros sagrados daban voz y cuerpo y formas, graciosísimas y variadas, á la devocion popular, y que en los *Autos sacramentales* llegaban, por caso único en todas las literaturas del mundo, á crear un drama exclusivamente teológico, nuevo y peregrino testimonio de ardiente devocion al adorable misterio de la presencia sacramental, bárbaramente negado por Carlostadio y demas herejes del Norte.

Quien entienda de otro modo la historia española del siglo xvi y quiera explicarla por mezquinos intereses humanos, perderá lastimosamente su tiempo. Era España un pueblo, no ya de católicos, sino de teólogos, y esto es la sola clave para penetrar en el embrollado laberinto de aquellos gloriosos anales y trabar racionalmente los hechos.

Al lado de eso ¿qué importa lo demas? España era pueblo muy monárquico, pero no por amor al principio mismo ni á la institucion real, no con aquel irreflexivo entusiasmo y devocion servil con que festejaron los franceses el endiosamiento semi-asiático de la monarquía de Luis XIV, sino en cuanto el Rey era el primer caudillo y el primer soldado de la plebe católica como Carlos V, ó el prudente consejero del partido ortodoxo en Europa como Felipe II, para quien no imaginaban sus panegiristas mayor gloria que la de ser *en los con-tilios presidente*, cuando rotos los lazos de esta vida mortal, llegara él á ser venerado en los altares. Más adelante, y con la decadencia de España, este amor que inspiraron los grandes monarcas del siglo xvi, llegó á trocarse (al mismo tiempo que la heredada grandeza venía á ménos en sus débiles sucesores) en

algo más ideal, fantástico é hiperbólico, como es de ver en nuestros dramáticos, sobre todo en Rojas.

Pero *del Rey abajo, ninguno*. En aquella sociedad apenas había clases, y más que monarquía debía llamarse *democracia frailuna*. A ello contribuían la sencillez cenobítica y austera de que los mismos reyes, sobre todo Felipe II, dieron larga muestra; el modo de vivir áspero y duro: la general pobreza; la anulacion absoluta de la aristocracia desde que el cardenal Tavera la arrojó de las córtes de Toledo; el predominio de la Iglesia, que abriendo sus puertas á todo el mundo, lo igualaba todo; y aquella profusion de conventos y universidades, de donde los más humildes y plebeyos llegaban, en fuerza de sus letras y de su teología y cánones, á las mitras y á las togas, y al confesonario y á los consejos del Rey. Por otra parte, expulsados los judíos y los moros, y triunfantes los anti-cristianos estatutos de limpieza, todo cristiano viejo se creía, por serlo, igual al más encopetado magnate. La hidalguía era patrimonio comun, y provincias enteras del Norte de España se jactaban de poseerla. En la Edad Media se ganaba á lanzadas contra los moros. En el siglo xvi fué uso conquistarla lidiando contra turcos y luteranos, ó conquistando fabulosos imperios y descubriendo y cristianizando regiones incógnitas en América.

Siempre andan en el mundo revueltos los bienes con los males, y así este mismo espíritu aventurero y heroico y esta misma igualdad, cristiana en su raíz y fundamento, nos hizo mirar con menosprecio, y á veces con odio, las artes mecánicas y la industria y el comercio, dejó abandonados y silenciosos nuestros talleres y nuestras lonjas, y nos hizo súbditos de mercaderes extraños, á quienes fué á enriquecer, sin provecho nuestro, el oro de las vírgenes

entrañas del Nuevo-Mundo. Toda riqueza fué aquí pasajera y advenediza: faltó clase media, y aquel vivir al acaso y fiarlo todo de la fortuna, puso en más de una ocasión al caballero á dos dedos del picaro, aventurero tambien y conquistador á su modo.

Pero con todos sus lunares (¿y qué época no los ha tenido?), ¿quién dudará de las grandezas de aquella civilización? Hasta el nivel intelectual estaba muy alto, si no por lo que toca á la exacta comprensión de las leyes de la naturaleza y á las ciencias basadas en el cálculo y en la experimentación, por lo ménos en la teología dogmática y en la filosofía, que no eran patrimonio exclusivo de gente curtida en las aulas, sino alimento cotidiano del vulgo, espectador de los Autos Sacramentales, que nutría su entendimiento y apacentaba su fantasía con aquel sublime y complicado simbolismo, con aquella cristiana armonía, con las continuas reminiscencias de sucesos y personajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, de la historia eclesiástica y profana, de la mitología y de los clásicos, con extrañas sutilezas, distinciones y silogismos, y con públicas discusiones acerca de la gracia y el libre albedrío, la predestinación y el valor de las obras.

El arte que á tales impulsos respondía era el arte popular por excelencia, el arte dramático, antiquísimo y glorioso en España. Vémosle nacer á la sombra del templo ó en el templo mismo, y su primer vagido es una representación devota, el *Misterio de los Reyes Magos*, descubierto en un códice de la Biblioteca Toledana. En toda la Edad Media continúa en auge el teatro litúrgico, y aunque escaseen los monumentos escritos, acreditan la existencia de tales representaciones los registros de los cabildos

y los libros de cuentas de las catedrales, juntamente con las leyes que, al discernir las representaciones que los clérigos pueden hacer y aquellas otras de que deben abstenerse, acreditan que al lado del drama religioso comenzaba á surgir otro profano y satírico, los *juegos de escarnio*, de que ya se habían valido en mengua y depresion del estado eclesiástico, y como fácil vehículo para la propaganda de sus heréticas doctrinas, los Albigenses de Leon: de lo cual bien amargamente se queja el Tudense. Con los albores del Renacimiento asoma la imitacion de las formas y de los asuntos clásicos, primero en Cataluña, luégo en Castilla. Ciérrase la Edad Media con un monumento singular y admirable, en que la verdad humana, así en lo trágico y apasionado como en lo cómico y groseramente realista, se ostenta con tal vigor y crudeza y con tal variedad de tonos y con tan estupendo poder característico, que en vano fuera buscar otro mayor ejemplo ántes de Shakespeare. Pero la incomparable *Celestina*, espejo de lengua castellana, no influyó, en parte por su perfeccion misma, en parte por sus condiciones de obra irrepresentable, tan directamente como hubiera podido creerse, en los progresos del teatro; dado que no bastan maravillas aisladas para invertir el órden natural y graduado desarrollo de una literatura. Así es que nuestra dramática, áun despues de aquel gigantesco esfuerzo, continuó balbuciendo pastoriles coloquios en las *Eglogas* de Juan del Encina, y sólo por intervalos alcanzó en Lúcas Fernandez (insigne en la pintura de costumbres villanescas ó en donaires de ermitaños y santeros) la enérgica inspiracion y el delicado sentimiento que abrillantan algunas escenas del *Auto de la Pasion*. Más variedad y riqueza hay en Gil Vicente, que alguna vez, en sus

obras portuguesas, v. gr., en la *Farsa de Inés Pereira*, presentó verdaderos esbozos de comedia de carácter, y que ensayó además el drama novelesco con asuntos tomados de los libros de caballerías. Dieron alimento y estímulo los dramáticos italianos al extremeño Torres Naharro, verdadero padre de la comedia de capa y espada en la *Himenea* y en la *Serafina*, facilísimo dialoguista en la *Tinelaria* y en la *Soldadesca*, que sin argumento propiamente dicho, y siendo rosarios de escenas sueltas, empeñan sabrosamente la atención: tal es el desenfado, movimiento y sal mordicante de algunos pedazos. Siguen con ménos talento las huellas de Torres Naharro, Jaime de Huete y otros muchos, á la vez que se multiplican las imitaciones de la *Celestina*, todas inferiores á su modelo. El teatro religioso se seculariza hasta cierto punto, y sale del templo á la plaza: sus creaciones eclipsan á las del naciente teatro profano: nada más delicado que la *Representacion* del encuentro de Jesus con los discípulos que iban al castillo de Emaus, compuesta por Pedro Altamirando: nada más delicado que el *Auto de las Donas*, el de *la Oveja perdida* y el de los *Desposorios de Cristo*. Ni valen ménos las *representaciones* de Sebastian de Horozco, y la *Obra del Pecador* de Bartolomé Aparicio. En aquella mezcla y confusion de elementos, que luégo habian de armonizarse en el genuino teatro español, unos se inclinan á la imitacion de la tragedia clásica, otros refunden comedias italianas, aderezándolas con pasos é intermedios jocosos de propia invencion y de costumbres nacionales, en cuyos arreglos fueron insignes Lope de Rueda y Juan de Timoneda: otros, los ménos, buscan con poderoso instinto naturalista una forma de tragedia moderna, áun tratando asuntos de la historia ó de la Biblia.

Así llegó Micael de Carvajal, en algunos pedazos de la *Tragedia Josephina*, á la expresion verdadera y sencilla de los afectos, sin menoscabo de la elevacion poética. Todo se habia ensayado en esta primera época de nuestro teatro, si hemos de creer al Sr. Cañete, que la ha investigado y que la conoce como nadie. «Desde la tragedia al entremes, pasando por los diferentes matices de la comedia, moral, política, urbana; desde la ideal personificacion de vicios y virtudes hasta el retrato de figuras tocadas del más grosero realismo.» Como embrion informe del drama de Lope pueden considerarse los abigarados é incoherentes ensayos de Juan de la Cueva y de Cristóbal de Virués, donde se mezclan en modo confuso resabios clásicos (como los que inspiran la tragedia de *Ayax de Telamon* y la de *Elisa Dido*), reminiscencias italianas, noveleria desenfrenada y atisbos de comedia nacional. Más que ninguno de ellos se levantó el divino ingenio de Miguel de Cervantes en aquella su ruda *Numancia*, tan épica en medio de su desaliño, y tal, que retrae á la memoria la férrea poesia del viejo Esquilo en *Los siete sobre Tebas*.

Al fin vino Lope de Vega, precedido ó ayudado por los poetas valencianos, y se alzó con el cetro de la monarquía cómica. Ingenio más lozano y fácil no le han visto los siglos; más fecundo creador de argumentos y de situaciones dramáticas, tampoco: en la pintura del amor y de los caracteres femeninos vence á todos los nuestros: cuando quiere, llega á lo trágico y á lo patético: en lo cómico sólo le excede Tirso: amenas, discretas y fáciles de leer son siempre sus comedias, cuya variedad de tonos aún asombra y maravilla más que su número. No sólo abrió el camino á todos los restantes, sino que lo

probó, tanteó y recorrió en todas direcciones, dejando rastros de luz donde quiera, de tal suerte que apenas es posible descubrir en Moreto, en Calderon ó en Rojas forma, asunto, carácter, intriga ó recurso escénico que no tenga en alguna comedia de Lope su modelo, patron y fundamento. Lope lo invadió todo: la comedia italiana libre y desvergonzada; la pastoral al modo del *Aminta* ó de *El Pastor Fido*; la comedia de costumbres villanescas y populáres sin falso bucolismo; la de costumbres áulicas; la de capa y espada; la de rufianes, pícaros y Celestinas; el drama histórico, el trágico, el religioso y simbólico; el mitológico; el caballeresco; el alegórico; el auto sacramental; el entremes. Con Lope ha sido injusta la fama más que con ninguno de nuestros dramáticos: pocos han tenido valor para internarse en su repertorio: á Lope le ha ahogado la inmensa balumba de sus obras. Muy de ligero se le ha declarado inferior á Calderon, sin reparar que aquel arte desordenado, hijo de la improvisacion, y en que los aciertos, con ser tantos, parecen casuales, está, por eso mismo, más exento de trabas y convenciones, y encierra un fondo de verdad humana y una generosa poesía aún no viciada ni enturbiada, sino en raras ocasiones, por el falso lirismo que ahoga, como planta parásita, las mejores concepciones de Calderon y de Rojas.

El drama español, tal como Lope le fijó y le transmitió á sus sucesores, tiene ante todo carácter nacional y popular, y sin ir declaradamente en contra de los preceptos clásicos, prescinde de ellos, y se regula por los instintos y por el modo de sentir y de pensar del público que habia de oírle. Sus asuntos son todos los asuntos, pero vestidos y disfrazados á la castellana; su forma, la de una novela rápida y de

mucho movimiento, más atenta al enredo que á los caracteres; sus fuentes de inspiración, el sentimiento religioso, el orgullo nacional, el amor, el punto de honra; sus límites en cuanto á tiempo y lugar, ningunos; los accesorios líricos, frecuentes.

Pero ha sido error extremar las semejanzas entre nuestros dramáticos, hasta negar á cada uno sus condiciones propias y geniales. Sobre todos se levanta Tirso, el primero á toda ley de los nuestros en lo cómico, el primero también en la creación de caracteres, uno de los cuales, D. Juan, logra vida tan universal y duradera como los héroes de Shakespeare, y ha dejado en el mundo más larga prole que ninguno de ellos. Añádase á todo esto la soberana idea de *El condenado por desconfiado* (joya de nuestro teatro teológico), el hermosísimo carácter de Doña María de Molina en *La prudencia en la mujer*, crónica dramática superior á cualquiera de las de Shakespeare; los rasgos de estupenda poesía histórica y fantástica que brillan en el *Infanzon de Illescas*, y finalmente aquel sinnúmero de comedias palacianas de tan hechicero y maligno discreto, y de comedias villanescas tan primaverales y desenfadadas... ¿Quién dudará en conceder á Tirso la palma del arte entre los nuestros, y después de él á Alarcón, maestro de la comedia terenciana, menos pedagógico y menos seco que Molière? Ni fuera justo relegar á tanto olvido y declarar tan de ligero autores de segundo orden á Guillen de Castro, en cuyas *Mocedades del Cid* revivió el poderoso aliento épico de nuestros romances; á Mira de Amescua, gran imaginador de argumentos, que otros aprovecharon luego, eximio versificador y á veces poeta de tan enérgica inspiración como lo acredita *El esclavo del demonio* (hermano menor de *El Condenado*), y á

Luis Velez de Guevara, de quien heredó Calderon el argumento y escenas enteras de *La Niña de Gomez Arias*.

Tal y tan floreciente era el estado de nuestro teatro cuando Calderon vino á apoderarse de él, como en otro tiempo Lope.

### III.—Autos Sacramentales.

La primera y más numerosa seccion de las obras calderonianas abraza las representaciones eucarísticas en un acto, compuestas para ser representadas en la fiesta del Córpus. Este género españolísimo y singular se llama *Auto Sacramental*.

Sus orígenes son oscuros: para indagarlos puede ver mi lector el prólogo de Pedroso al tomo de *Autos*, que compiló para la Biblioteca de Rivadeneyra. La fiesta del Córpus, aunque en muchas iglesias particulares se celebraba ántes, sólo en tiempo de Urbano IV (1263) fué extendida á la Iglesia universal. En España sabemos que la introdujo Berenguer de Palaciolo (que murió en 1314). Desde el principio, á todos los regocijos con que se celebraba esta festividad, verdaderamente de alegría, á todas las solemnidades religiosas, á las ceremonias litúrgicas, se añadieron ya ciertos gérmenes de representacion dramática, por lo ménos en algunas catedrales de la corona de Aragon. En Castilla hubieron de ser poco frecuentes tales espectáculos, puesto que nada dicen de ellos las leyes de Partida, que mencionan otras representaciones de la Natividad, de la Adoracion, etc. Ni los cánones del concilio de Aranda ni los del Hispalense, encaminados á atajar los abusos que empezaban á introducirse en

el teatro lírico, hacen memoria de los autos del Córpus; de donde hemos de inferir que si hubo (como parece verosímil) representaciones en tal día, debieron de tener poca relacion, á lo ménos directa, con el misterio que se celebraba. Y así como en Gerona solian representarse en tal día el sacrificio de Isaac, la venta de José y otras historias del Antiguo Testamento; así en Portugal la primera obra de que con certeza sepamos haber sido destinada á una funcion sacramental, el *Auto de San Martinho* de Gil Vicente, no contiene otra cosa que la sabida leyenda de la capa de San Martin.

En el siglo xvi, las representaciones eucarísticas, como todo género de drama sagrado, se secularizan hasta cierto punto, saliendo del templo á la plaza pública, y de manos de actores clérigos á las de histriones pagados y alquilados. Ni ha de verse en tan grave transformacion indicio alguno de entibiamiento de las creencias, puesto que nunca fueron más enérgicas ni nunca estalló con más violencia la protesta española contra la herejía, sino que la devocion se hizo en sus formas más grave y solemne, y desterró del templo (para no dar asidero á las detracciones de los luteranos) muchos de aquellos antiguos y candorosos regocijos, sin que por eso fueran ménos católicos ni de ménos provechoso ejemplo y enseñanza los nuevos autos que los antiguos.

El teatro religioso del siglo xvi, en cualquiera de sus formas, suele valer más que el teatro profano, y no fuera difícil empresa entresacar del grueso volúmen de autos viejos de la Biblioteca Nacional obras de tan grato perfume de sencillez y sentimiento como el auto de *Las Donas*, ó tan ingeniosos como el de la *Residencia del hombre*. Y nunca fué tan poeta

Juan de Timoneda (aunque casi siempre refundiendo y aprovechando obras anteriores) como en la *Oveja Perdida* y en los *Desposorios de Cristo*. La acción dramática en estos primeros ensayos es sencillísima, por no decir nula: la ciencia teológica de los autores, en general muy escasa, aunque su fe los salva, y rara vez tropiezan: la poesía lírica no es tan rica y pródiga como en los de Valdivielso y Calderon, y vano fuera buscar en Timoneda ó en el tundiador Juan de Pedrosa las encumbradas síntesis y la armonía condensadora de los autos del último período. Pero en esas primeras y modestas flores de nuestra dramática halagan suavemente el ánimo ingenuos y no aprendidos acentos de ternura y de verdad humana, que compensan la pobreza y torpeza del artificio.

Lope se enseñoreó de este género como de los restantes, y derramó en él tesoros de fantasía. Véanse sobre todo el *Auto de la siega* y el *de los Cantares*. Siguiéronle con igual fortuna Tirso y Valdivielso, facilísimo aunque desigual poeta este último, y verdadero cantor del cielo, puesto que nunca dedicó su pluma más que á asuntos sagrados, así en lo dramático como en lo épico y lírico.

Pero el auto *tipo*, la perfección del género, sólo se halla en las obras calderonianas. Ya no es posible tratar de ellas con el intolerante menosprecio que afectó la crítica del siglo pasado. Téngaselos en buen hora por una excepción estética, por un teatro singular entre todos los del mundo; pero si el género hubiera sido tan radicalmente absurdo como le declararon sus censores, ¿se concibe que obtuviera aquel grado de popularidad (superior al de toda composición profana), siendo, como era, por su índole misma un teatro teológico y didáctico, des-

provisto de cuantos recursos pueden interesar en la escena? Algo de esta popularidad de los autos puede atribuirse al aparato y á la tramoya, á la mayor ostentacion del arte histriónico, á las apariencias, pompas y carros. Pero por mucho que concedamos al placer de los ojos y por muy buena fe que en los espectadores supongamos para deslumbrarse con tan rudos medios de producir ilusion, ¿que auditorio del mundo, á no ser el de España en el siglo xvii, preparado á ello por una educacion escolástica y teológica, que tanto habia penetrado en las costumbres y en la vida, hubiera escuchado, no ya con entusiasmo sino con paciencia, un poema dialogado, sin accion, ni movimiento, ni pasiones humanas, en que eran interlocutores la Fe y la Esperanza, el Ingenio humano y el Albedrío, la Sinagoga y el Gentilismo, el Agua, el Aire y el Fuego y otros de la misma especie, y donde todo el interes se concentraba en los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion y en el dogma de la presencia sacramental?

Semejante drama teológico no tiene igual ni parecido en ningun teatro. Apénas se le pueden encontrar remotas semejanzas con el *Prometeo encadenado*, donde Esquilo simbolizó, no (como se ha dicho) las luchas y dolores de la humanidad, sino la derrota de los dioses de estirpe titánica por otros dioses nuevos.

Ajeno de este lugar sería discutir, con ocasion de los *Autos Sacramentales*, si en el arte tienen cabida lo sobrenatural y lo invisible, así como las abstracciones, las personificaciones, las ideas puras, las virtudes y los vicios. Si la belleza, áun en el sentido de la Estética hegeliana, es la manifestacion sensible y el resplandor de la idea en la forma, claro es

que no puede limitarse á lo humano, ni ménos á lo plástico y figurativo. No sólo la belleza física, sino la intelectual y la moral, pueden y deben entrar en la creacion artística. Claro que los conceptos intelectuales, las ideas puras no caben como tales ideas ni en su desarrollo dialéctico, pero sí en cuanto se revisten de forma sensible y adecuada al arte.

Pero ¿cabén en la dramática? Me atrevo casi á decir que no. El drama, tal como ha sido entendido por todas las escuelas y ejecutado por todos los pueblos, vive de pasiones, de afectos y de caracteres humanos: no es mas que la vida humana en accion. Un drama con personajes simbólicos ó abstractos es un verdadero *tour de force*, y engendra inevitable monotonía y frialdad. Así y todo, no me atrevo á condenar los *Autos*. Además de ser fruto natural del tiempo y tener cumplida justificacion histórica, en ellos derramaron nuestros poetas, sobre todo Calderon, no sólo tesoros de poesía lírica, sino verdaderos primores dramáticos, aunque accidentales y accesorios.

El auto sacramental exige, más que ninguna otra composicion dramática, exacta noticia é inteligencia de las condiciones materiales de su representacion. Yo no la daré, porque ya lo hizo Pedroso trazando un admirable cuadro de época; pero séame lícito decir que el drama eucarístico no se concibe aprisionado entre los bastidores de un teatro moderno, sino á la luz del sol, en medio del dia, en la Plaza Mayor ó en la Plaza de la Villa, ante aquel auditorio tan extraño y abigarrado, pero tan uno en creencias y afectos, que comprendia desde el Rey y los magnates y los Consejos hasta la infima plebe, con la escena ideal y fantástica de los carros, y con toda aquella

pompa y lujo de estridentes armonías y colores. Acordémonos un poco de la tragedia griega, y otro poco de la ópera moderna, y algo de las representaciones italianas al aire libre, y mucho de las conclusiones de las escuelas: añadamos á todo esto la fe ardentísima de grandes y pequeños, y sólo así comprenderemos la grandeza de aquel extraordinario espectáculo.

Tema obligado de él era la presencia real de Cristo en la hostia consagrada, pero no recuerdo obra alguna en que el acto de la institucion del Sacramento haya sido presentado en su forma directa é histórica. El mismo fervor de los poetas impedia aquella manera de profanacion. Necesario fué tratar el asunto de soslayo, y encerrarle en condiciones análogas á las del arte dramático. Escogitáronse para esto varios medios más ó menos ingeniosos: al principio largos diálogos en que dos ó más personas discurren sobre la Sagrada Cena; luégo vidas de los santos más insignes por su especial devocion al Santísimo Sacramento. Lo primero no era dramático: lo segundo asimilaba los autos á cualquier otro género de comedias devotas y humanas, idénticas en su desarrollo á las comedias profanas.

Desechados por lo comun tales recursos, no quedaba otro que la alegoría, y á él acudieron nuestros poetas. Ora entraron á saco por las historias del Antiguo Testamento, en que todo es anuncio, sombra y prefiguracion de la Ley Nueva, como es de ver en los autos intitulados *La Zarza de Moisés*, *La Cena de Baltasar*, *La primer flor del Carmelo*, *El veillon de Gedeon*, etc., en muchos de los cuales hay doble y aún triple alegoría; ora se aprovecharon de los ejemplos y parábolas del Evangelio; ora, y ya con más violencia, torcieron y aplicaron á su propósito he-

chos bien dispares de la historia antigua y moderna. Y no paró en esto la manía alegórica, sino que constreñidos los poetas por aquella especie de pié forzado, y por la necesidad de escribir anualmente dos ó más autos, hicieron, ó bien obras puramente abstractas, en que sólo por incidencia intervienen seres humanos, siendo todo lo restante del discurso entre los elementos, las ciencias, las virtudes, los atributos de Dios, los sentidos y las potencias del alma, personificadas; ó bien dramas mitológicos como el *Divino Orfeo* y el *Sacro Parnaso*, en que los dioses del Politeísmo helénico venían á ser símbolo del mismo Redentor y á dar testimonio de los misterios de nuestra fe; ó bien *sermones de circunstancias* (al modo de los predicadores gerundianos) y donde todo el artificio dramático y la alegoría consiste ó en una cacería del Rey, ó en una informacion de limpieza de sangre, ó en unas conclusiones de universidad, ó en el tumulto de una posada ó de un hospital de locos; que de todas estas extravagancias y otras inauditas pueden hallarse muestras en Calderon ó en sus discípulos. A veces se parodiaban los títulos, los argumentos y hasta escenas y versos de las comedias más en boga, no de otra manera que el maestro Valdivielso daba á sus *ensaladillas* y *chanzonetas* al Santísimo Sacramento el tono y la música de las canciones picarescas que más andaban en boca de las gentes.

Hay, pues, en Calderon un simbolismo, ya sublime, ya pueril, pero enderezado todo por sano y cristianísimo intento á la magnificacion y loor del *Verdadero Dios Pan* (título de un auto). Este simbolismo lo abraza todo, hasta las fábulas de la gentilidad, donde nuestro poeta descubre siempre huellas y vestigios alterados de la tradicion primitiva y

un como anuncio y preparacion evangélica, llegando á poner en cotejo los libros teogónicos de los antiguos con la narracion del *Génesis*.

La riqueza lírica es grande en los *Autos*. Exórnanlos trozos traducidos ó imitados de las Escrituras, paráfrasis de himnos y fragmentos del rezo eclesiástico. El diálogo, ya de suyo frio y monótono por las condiciones del género, suele además estar deslustrado por las formas secas del razonamiento silogístico. Así y todo, puede decirse que Calderon en ninguna de sus obras dió tan brillantes muestras de poeta lírico como en los *Autos*, á pesar de las antítesis, frases simétricas, metáforas descomunales y vano lujo de palabrería *bombástica* y altisonante. ¿Y quién le negará el lauro de gran poeta, cuando en medio de esas dobles y triples alegorías, confusa y abigarrada mezcla de teología, de historia y de mitología, acierte á descubrir la raíz de ese maravilloso simbolismo, que de un modo más ó ménos claro y poético abraza y expone las relaciones de Dios con la naturaleza, las del cuerpo con el espíritu, las de los sentidos con las potencias del alma?

En la imposibilidad de conceder demasiado espacio á los *Autos Sacramentales*, hemos incluido en esta coleccion tres de los que tenemos por mejores: *La vida es sueño*, donde, además de estar contenido en cifra y de un modo abstracto el pensamiento del más celebrado drama del poeta, es de admirar el vigor de condensacion con que el autor recorre la historia humana, desde el *Fiat* creador hasta la caida del hombre, y desde ésta hasta su Regeneracion, con símbolos más transparentes y de mejor ley estética que los que usa en otros autos: *La cena de Baltasar*, como muestra de los autos más dramáticos y en que mejor se acomodan al fin y propósito

del teatro sacramental las historias del Antiguo Testamento, sin salir enteramente de las condiciones dramáticas ordinarias, realizándolo todo hermosos trozos de poesía lírica, v. gr., las primeras y las últimas octavas en agudos, tan famosas y conocidas: y finalmente *A Dios por razon de Estado*, como ejemplo de los autos en que predominan los conceptos puros y las discusiones teológicas.

#### IV.—Dramas religiosos.

Género es este tan rico en nuestra literatura como el de los *Autos Sacramentales*. Incluyo en este segundo miembro de la clasificación, no sólo las comedias llamadas *devotas de santos ó á lo divino*, sino las que versan sobre asuntos del Antiguo Testamento.

Algunas de las obras piadosas de Calderon se han perdido: así, v. gr., *La Virgen de la Almudena*, *La Virgen de los Remedios*, *El carro del cielo* y *El Triunfo de la Cruz*, dado caso que sea obra distinta de *La Exaltacion*. Tampoco parece el *San Francisco de Borja*, aunque pueden hallarse felices reminiscencias de ella en *El Fénix de España* del jesuita Diego Calleja.

Descartadas éstas y alguna otra que tampoco ha llegado á nuestros días, quedan unas quince, muy diversas en asunto y en mérito. De gran parte de ellas puede prescindirse sin menoscabo de la gloria del poeta. Sobre historias de la ley antigua versan *Los cabellos de Absalon* (mera refundición, con un acto entero igual, de *La venganza de Tamar*, valentísima tragedia del maestro Tirso de Molina, siquiera la deslustre lo repugnante de algunas situaciones);

*La Sibila del Oriente*, refundición de un auto sacramental, *El árbol del mejor fruto*, y obra de las peor escritas é imaginadas de Calderon, llena de absurdos geográficos é históricos, como hablar Joab de las cuatro partes del mundo y de los enemigos que habia derrotado junto al Danubio; y *Júdas Macabeo*, donde se hace uso de pólvora y arcabuces. *Las cadenas del demonio* es la evangelización de Armenia por San Bartolomé, y *La Aurora en Copavacana* la aparición de una imágen de la Virgen en el Perú: obras las dos de escaso mérito. De *Exaltacion de la Cruz* sólo quedan en la memoria de las gentes tres hermosísimos versos en que el autor llama al sagrado madero de la cruz:

Iris de paz, que se puso  
Entre las iras del cielo  
Y los delitos del mundo,

versos que por sí solos, y prescindiendo de la paronomasia de *Iris é iras*, valen tanto como un largo poema. *La Virgen del Sagrario* es una crónica dramática que dura siglos y enlaza toda la historia de España con el origen, pérdida y restauración de una imágen: son de notar en ella algunas escenas episódicas, como el bizarrísimo desafío entre el montañés y el muzárabe sobre la admisión del rito romano.

Descartadas estas obras, quedan aún seis de Calderon, pertenecientes al género devoto. Tres de ellas forman un grupo y tienen cierta unidad de pensamiento, y aún escenas muy semejantes: *El José de las mujeres*, *Los dos amantes del cielo* y *El Mágico prodigioso*. En las tres los protagonistas son catecúmenos, y en las tres empiezan á salir de las

tinieblas del paganismo por medio de la lectura de algun texto sagrado ó profano: el de Plinio en *El Mágico*, el principio del Evangelio de San Juan en *Los dos amantes del cielo*, y un lugar de la *Epístola á los corintios* en *El José de las mujeres*. En las tres combaten los protagonistas, ayudados por la divina gracia, contra los halagos del amor profano y contra todas las artes diabólicas, puestas en juego por el mismo príncipe de los abismos, que es personaje muy principal en ellas. Y en las tres, finalmente, reciben victoriosos la palma triunfal del martirio. Abundan en todos estos dramas, lo mismo que en los autos, las discusiones teológicas.

Pero aquí se detienen las semejanzas, porque el mérito de los tres dramas es muy desigual. El que ménos vale es *El José de las mujeres*, donde la heroína Eugenia, filósofa alejandrina (trasunto de Hipatia) acaba por convertirse al cristianismo y retirarse á las soledades de la Tebaida, de donde vuelve á Alejandría para derribar las estatuas que, creyéndola muerta, le habian sido levantadas durante su ausencia. El pensamiento capital de *Los dos amantes del cielo* (obra bastante conocida en Alemania por una traduccion de Schack) merece no escasa loa: una mujer que sólo quiere conceder su amor á quien haya muerto por ella, y que se hace cristiana movida por la consideracion del entrañable amor de un Dios que se hizo carne por los pecados del mundo; un catecúmeno cristiano que resiste y lucha contra todas las seducciones del arte y de los sentidos, y entabla una especie de duelo teológico con la mujer que adora, hasta convertirla. De todo esto podia haber resultado una accion interesante, y, sin embargo, no resulta más que una comedia de enredo con acompañamiento de teología y de sabrosos cuentos de un gracioso.

De *El Mágico* poco hay que decir, puesto que pasa universalmente por una de las obras maestras del poeta, y Rosenkranz llegó á compararle con el *Fausto*, aunque la semejanza se reduce á intervenir en ambas obras pacto diabólico por alcanzar un sabio la posesion de una mujer. Y este es elemento vulgarísimo, no sólo de la leyenda de *Fausto* y de la de *El Mágico*, sino de la de Teófilo y otras infinitas.

Lo mejor de *El Mágico* son los datos fundamentales que Calderon tomó de las actas de San Cipriano de Antioquía, escritas en griego por Simeon Metaphrastes, y traducidas al latin por Lipomano. En lo demas, pienso que la ejecucion es inferior á la grandeza del pensamiento y á la severa teología de las primeras escenas. Cuando no hablan Cipriano y el Demonio, *El Mágico* (aunque la accion pase en Antioquía y en los primeros siglos de nuestra era) es una de tantas comedias de capa y espada, con dos galanes celosos, y chistes de criados, y cuchilladas y escondites. Los caracteres son débiles: el demonio tiene mucho de ergotista y de leguleyo, y algo de prestidigitador hábil en escamoteos. Justina es tipo vulgar y pálido, hasta que llega la escena admirable en que el tentador agota sus recursos para infundir en ella el ánsia del placer, y acaba por confesar su derrota, exclamando:

Venciste, mujer, venciste  
Con no dejarte vencer.

En esta escena y en la que sigue á la aparicion del esqueleto está el verdadero drama. Lo demas es un embrollo amoroso, que oscurece y rebaja la alta concepcion de esta obra, en que el autor se propuso mostrar cómo la especulacion racional es prepara-

cion para la fe, y cómo el libre albedrío ayudado por la gracia triunfa de todas las sugestiones diabólicas.

*La Devocion de la Cruz* y *el Purgatorio de San Patricio* tienen entre sí bastante analogía. El *Rusebio* de la primera y el *Ludovico Enio* pertenecen á una galería muy rica en nuestro teatro: la de bandoleros y facinerosos, que jamás pierden la fe y llegan á convertirse á la hora de la muerte. Así, el *Enrico de El condenado por desconfiado*, el *Leonido* de la *Fianza satisfecha* y el *D. Gil* de *El esclavo del demonio*. Se ha tachado á estos dramas de anticristianos y de mal ejemplo: hasta se les ha querido encontrar parentesco con la doctrina luterana de la fe que justifica sin las obras. Error incúsculpable que demuestra mala fe ó poca lectura, pues ninguno de estos criminales se salva por la fe sola, sino por verdadero y sincerísimo arrepentimiento de sus culpas, acompañado de firme propósito de la enmienda, y ninguno de ellos trata de disculpar sus pecados atenuando los fueros del libre albedrío. Fuera de que alguno de ellos, v. gr., Ludovico, hace aún en esta vida asperísima penitencia. La doctrina es enteramente católica: lo heterodoxo, á la vez que irracional y de mal ejemplo, sería que tales delincuentes, sinceramente arrepentidos, no hallasen perdon ni misericordia. ¡Cuán horrible y desesperado drama resultaría!

El *Purgatorio de San Patricio* está fundado en la vulgarísima leyenda de aquella cueva ó *necromanteion* irlandés, tal como la habia popularizado en España el doctor Juan Perez de Montalban. Aunque obra irregular y desconcertada, encierra el drama calderoniano primores de buena ley: trozos de vigor dantesco en la pintura de las regiones infernales, y algunos rasgos felices en el carácter de

Ludovico, que el autor ha echado á perder, sin embargo, hasta hacer de él un monstruo casi increíble de perversidad. La grandeza de los personajes aún en lo malo no se logra sumando enormidades, las cuales son en el carácter una falsedad equivalente al énfasis y á la hipérbole en la expresion. Yago será siempre más negro y odioso que todos los malvados de melodrama, sin necesidad de haber cometido ningun incesto ni parricidio.

*La detencion de la Cruz* es interesantísima leyenda, y como obra de las mocedades de Calderon, está escrita con más frescura y sencillez y con ménos afectacion que otras obras de su edad madura. Los caracteres de Eusebio y del viejo Lisardo son buenos, sin ser de primer orden. Julia no es carácter, y el mayor defecto que yo encuentro á la obra es la súbita transformacion de aquella monja en mujer facinerosa y bandolera. Que Julia por amor de Eusebio huya del convento y corra á los brazos de su amante, entra en la verosimilitud dramática; pero que una doncella tímida y recatada que aún despues de haber saltado las tapias del monasterio, siente impulsos de volver á él, cometa inmediatamente, y sin necesidad ni explicacion alguna, tantos homicidios y atropellos, no es humano, ni racional, ni interesante. Algunas escenas de este drama estan admirablemente concebidas: así, v. gr., el diálogo de Julia y Eusebio junto al cadáver del hijo de Lisardo.

Superior á todos los dramas religiosos de Calderon me parece *el Príncipe Constante*, donde el autor ha logrado hacer interesante en la escena á un varon justo, integérrimo, dechado de santidad y perfeccion. Sabido es que los *piadosos* Eneas y Godofredos son personajes de poco juego en el teatro, que vive de la lucha de pasiones y de afectos. Con

todo eso, el infante mártir de Portugal, Don Fernando, resulta interesante y simpático, además de admirable. El autor ha hecho de él una especie de Régulo cristiano, mucho más heroico que el de Roma, porque no le mueve sólo el amor patrio ni la palabra empeñada, sino el sentimiento religioso aterrado ante la idea de ver convertidos en mezquitas los templos de Cristo.

—¿Por qué no me das á Ceuta?

—Porque es de Dios y no es mia.

Esta sublime expresion da por sí sola el espíritu del drama. Y Don Fernando llega á interesar porque, aunque perfecto é invencible, es hombre al cabo, y se lamenta de la desnudez y del frio y del hambre, que reciamente combaten su enérgica determinacion.

Contra lo que suele pasar en Calderon, los personajes episódicos no estorban, y el bizarro tipo de Muley y sus amores con la hermosa Fénix contribuyen á dar apacible variedad y colorido al drama, y á hacerle más humano. Hay en él trozos líricos de los mejores de Calderon, sobre todo la escena en que admirablemente se glosa aquel romance de Góngora:

Entre los sueltos caballos  
De los vencidos Zenétes,

cuyo efecto debia ser portentoso en un público que le sabía de memoria y que le acompañaba en coro: y el hermosísimo soneto:

Estas que fueron pompa y alegría,

uno de los pocos sonetos nuestros del buen tiempo en que los tercetos no decaen de la entonacion de los cuartetos, y uno de los pocos tambien en que la idea y la forma corren parejas y se compenetran fácil y armoniosamente.

### V.—Comedias filosóficas.

Son las mismas que D. Alberto Lista llamó *ideales*, incluyendo malamente entre ellas algunas como *Saber del mal y del bien*, *Gustos y disgustos son no más que imaginacion*, cuya filosofia se reduce á las vulgarísimas máximas de su título, siendo por lo demas comedias de enredo ó comedias palacianas semejantes á tantas otras. Por consiguiente (salvo mejor parecer) creo que sólo dos obras calderonianas deben incluirse en este grupo: *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, y *La vida es sueño*.

Goza la primera de cierta celebridad en Europa desde los tiempos de Voltaire que descubrió en ella el original del *Heraclio*, de Corneille: lo cual han negado luégo Viguier y Philarète Chasles, promoviendo una embrollada cuestion de originalidad. Pero aunque sea cierto que de la comedia *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* no descubrió Hartzzenbusch edicion anterior á 1664, miéntras que el *Heraclio* aparece impreso en 1647, tambien lo es:

1.º Que Calderon no sabía frances, como lo prueban ciertos personajes grotescos de sus entremeses, á quienes pretende hacer hablar en aquella lengua.

2.º Que la historia literaria presenta cien casos de imitaciones de obras españolas por dramáticos franceses del siglo xvii (testigos *El Cid*, *El Menti-*

roso y muchos más), y un solo caso de imitación francesa en España, y es *El Honrador de su padre*, de Diamante.

3.º Que se han perdido casi todas las ediciones príncipes de nuestras comedias, ya sueltas, ya en tomos de varios. Y aún suponiendo que *En esta vida...* no se imprimiera hasta 1664, pudo llegar á Francia manuscrita, como otras comedias nuestras que actores españoles representaron allí, y cuyos manuscritos se conservan.

4.º Que el verdadero original de la comedia de Calderon es *La rueda de la fortuna*, de Mira de Amescua, impresa desde 1616.

Esto sin otros argumentos más menudos, que ya esforzó el Sr. Hartzenbusch.

Lo que Corneille tomó del drama de Calderon es la excelente situación trágica del primer acto, en que Heraclio y Leonido se disputan la gloria de ser hijos del muerto emperador Mauricio, y el viejo Astolfo que los había criado se niega á revelar cuál de los dos es hijo del tirano y cuál lo es de su enemigo. Todo el primer acto de *En esta vida* es (fuera de algunas manchas de dición) una exposicion admirable. Desde el segundo acto, la obra degenera en comedia de magia, confusa y embrollada, y hecha más para prestigio de los ojos que para solaz del entendimiento.

*La vida es sueño* pasa por la obra maestra del poeta, y lo es sin duda, si se atiende al vigor de la concepcion. No hay pensamiento tan grande en ningun teatro del mundo. No sólo una sino varias tésis están allí revestidas de forma dramática: primera, el poder del libre albedrío que vence al influjo de las estrellas; segunda, la vanidad de las pompas y grandezas humanas, y cierta manera de escepticis-

mo en cuanto á los fenómenos y apariencias sensibles; tercera, la victoria de la razon, iluminada por el desengaño, sobre las pasiones desencadenadas y los apetitos feroces del hombre en su estado natural y salvaje. *La vida es sueño* es cifra de la historia humana en general, y de la de cada uno de los hombres en particular. Segismundo es lo que debia ser, dado el propósito del autor, no un carácter, sino un símbolo. No es escéptico como Hamlet: la tésis escéptica no es aquí más que provisional, y cede ante una tésis dogmática más alta. La razon doma á la concupiscencia; la fe aclara y resuelve el enigma de la vida humana. El Segismundo bárbaro de la primera jornada *reprime* (un poco de prisa, es verdad, pero ya se sabe que el desarrollo artístico en Calderon peca de atropellado) su fiera y brava condicion, hasta convertirse en el héroe cristiano de la tercera jornada. El mismo autor nos dió la clave del simbolismo en un auto titulado tambien *La vida es sueño*, donde se generaliza y toma carácter universal y abstracto la accion de la comedia. El protagonista es el hombre que con su libre albedrío despeña al entendimiento, y cae en el pecado original, regenerándose luégo por los méritos de la sangre de Cristo y por el valor de sus propias obras ayudadas por la divina gracia.

El gérmen de la comedia, es decir, el sueño de Segismundo, está en un cuento muy sabido de *Las mil y una noches*, pero sin alcance ni significacion trascendente de ningun género. Todas las bellezas de la obra de Calderon le pertenecen á él sólo. ¿A qué apuntar los pocos lunares que la afean? Sobran sin duda las aventuras de la doncella andante que va á Polonia á vengarse de un agravio; y no son modelo de diction las famosas décimas, aunque lo sean algunos de los monólogos de Segismundo.

## VI.—Dramas trágicos.

Sección riquísima en las obras de nuestro poeta, y la más abundante en joyas de alto precio.

Prescindamos de *La niña de Gomez Arias*, cuyo argumento es más propio de la novela, donde todo cabe, hasta las aberraciones morales y los casos patológicos, que del drama, en que siempre será repugnante espectáculo el de un galán que por vil interés vende su dama á los musulmanes. Además, esta obra es refundición de otra de Luis Velez de Guevara, y Calderon ha aprovechado escenas enteras de la comedia primitiva.

*El Alcalde de Zalamea* no sólo es la obra más popular de Calderon entre españoles, sino la más perfecta y artística de todas las suyas. Pueden encontrársela analogías con ciertas obras de Lope, verbi gracia, *El mejor Alcalde el Rey*, *Fuente Ovejuna*, *Peribáñez* y *el Comendador de Ocaña*, pero sólo á Calderon pertenecen el desarrollo y los caracteres, que al revés de lo que sucede en otras obras suyas, son vivos, personales, enérgicos y hasta ricos y complejos, dignos del mismo Shakespeare. Y esto se diga no sólo del singularísimo D. Lope de Figueroa (que más que tipo de fantasía, es valentísimo retrato), caudillo viejo, jurador, impaciente y colérico, lleno de preocupaciones militares, y á la vez noble, generoso, recto, caballero y hasta afectuoso; no sólo del alcalde labrador Pedro Crespo, en quien se aunan por arte maravilloso el sentimiento de la justicia y el sentimiento vindicativo de la propia ofensa, sino hasta de los personajes más secundarios, de los villanos, sol-

dados y vivanderas, de Rebolledo y la Chispa. La vida y la animacion corren á torrentes en este drama, donde hay hasta despilfarro de poder característico. Y junto con ésto la expresion suele ser sencilla, natural y *única*, de tal suerte que el drama llegaria á los últimos lindes de la perfeccion, si no fuera por aquella malhadada escena del bosque. ¿Pero quién no olvida tan leve mácula, cuando ve á Pedro Crespo en la escena más admirable que trazó Calderon, deponer la vara, y postrarse á los piés del capitán, demandándole la reparacion de su honor, y cuando ve perdida toda esperanza de concordia, levantarse como justicia y prenderle y agarrotarle, confundiendo en uno el desagravio de la ley moral y el desagravio de su sangre?

Rasgos trágicos de primer órden brillan en *Amar despues de la muerte ó El Tuzaní de la Alpujarra*, cuyo argumento está tomado de las *Guerras civiles de Granada*, de Ginés Perez de Hita. Interrogacion digna de Shakespeare es la del Tuzaní cuando exclama, al oír jactarse de su infame accion al asesino de Clara: «¿Fué como ésta la puñalada?» Y todo su carácter, vengativo, celoso, reconcentrado y profundo, es de purísima éstirpe africana, y de sombría y vehemente inspiracion. Como se trata de un asunto histórico casi contemporáneo, es grande el color local, sobre todo en las escenas de la rebelion de los moriscos.

Nada ménos que cuatro dramas de Calderon versan sobre la pasion de los celos, quizá la más dramática de todas y la más rica en contrastes, agitaciones, antinomias y luchas. Calderon la ha descrito en su máximo grado de exaltacion: no la ha analizado pacientemente y fibra á fibra, y sin duda por eso quedan sus celosos inferiores á Otelo, y la misma

pasion resulta ó idealizada hasta el delirio como en el Tetrarca, ó subordinada á rencores como en don Juan de Roca, ó á móviles de honra como en don Gutierre de Solís: nunca tan humana como en el moro de Venecia, en quien despues de todo no son los celos más que exaltacion y quinta esencia del amor.

«Quisiera estarla matando nueve años seguidos. ¡Qué divina mujer!...» Estas frases apasionadisimas que abundan en Shakespeare, jamás se le escapan á Calderon. Sus maridos matan friamente, y porque así lo exigen el *honor* y las conveniencias sociales, cuya injusticia deploran con amargura:

El legislador tirano  
Que puso en ajena mano  
Mi opinion, y no en la mia.

Vano fuera establecer colejo entre tan correctos esclavos de la *opinion*, y un bárbaro como Otelo, todo carne y sangre y hervor de pasion, y por eso mismo humano, admirable y eterno.

Hay cierta gradacion en los cuatro dramas calderonianos. D. Juan de Roca, *el pintor de su deshonra*, se venga del adulterio consumado: D. Lope de Almeida toma *secreta venganza* del *secreto* propósito del *agravio* consentido: D. Gutierre Alfonso de Solís (encarnacion la más completa del sentimiento del honor en lo que tiene de irracional y falso) no venga agravio ninguno, pero quiere evitar hasta la sombra y la posibilidad de él, por el sangriento medio de la incision en las venas de su mujer: el Tetrarca, finalmente, no se venga de nada, sino que inmola á la desdichada Mariene por egoismo y para evitar que otro, despues de la muerte de él, la posea. Y sin

embargo, el Tetrarca es de todos ellos el único verdaderamente apasionado. Y aún puede decirse que sus celos tienen más noble raíz y fundamento que los de Otelo; pero tanto extremó el autor la nota idealista, que el Tetrarca llega á parecer un energúmeno, fuera de todas las condiciones de la vida humana. Así y todo, es gran carácter, y tiene el drama accidentes bellísimos, como aquello de las *arrastradas pompas*; pero siempre daremos la preferencia al *Médico de su honra*, como trasunto de un modo de pensar social que era dramático, aunque tuviese una punta de falsedad.

### VII.—Comedias de capa y espada.

Son comedias de costumbres del tiempo, lozanas y vivideras, como todo lo que arranca de las entrañas de la realidad. No constituyen la porción más trascendental de las obras de Calderon, pero sí la más amena y la que más intacta ha conservado su fama, en medio de todos los cambios de gusto. Hoy mismo son las obras suyas que con más deleite vemos en las tablas. Son también las escritas con más llaneza, y las más libres de culteranismo, aunque no de discreteos y sutilezas, que el autor reprodujo, porque estaban en la conversacion del tiempo, y que á veces se perdonan por lo ingeniosos y bizarros y por ser un rasgo característico de la época, hijo de condiciones nativas del ingenio español.

Respírase en todas estas obras delicado perfume de honor y galantería. Todas se parecen, y todas son diferentes, sin embargo. Dan materia á la fábula amores y celos. La casualidad enreda y rige la trama. Los personajes inexcusables son un galán joven,

valiente, discreto, pundonoroso y de noble estirpe (el cual suele haber militado en Flándes ó en Italia); una dama tan noble y discreta como él, y además portento de hermosura, casi siempre huérfana de madre, y sometida á un padre, hermano ó tutor, más altiva que enamorada, algo soberbia de condicion y no poco violenta y arrojada; otra pareja de galan y dama que tiene, con ménos brillo, las mismas condiciones; un padre ó hermano, y á veces dos, muy caballeros y muy guardadores de la honra de su casa, y á la vez coléricos, impacientes y fáciles á la ira; un criado que lo anima todo con sus chistes y aconseja ó ayuda á su amo en la arriesgada á empresa. El amor que anda en juego es siempre amor lícito y honesto, entre personas libres, y encaminado á matrimonio. Para estorbar tan feliz resultado suelen atravesarse dos géneros de obstáculos, unos casuales é imprevistos, otros morales, que generalmente nacen de los celos del otro amante ó de la otra dama. El amante sospecha de la fidelidad de la dama ó ésta de la suya: comienzan los celos y las quejas: interviene á deshora en la plática el padre, el hermano ó el otro galan: embózase nuestro héroe y los resiste á todos, alborotando la calle: huye la dama despavorida y tapada á casa de una amiga ó á la del mismo galan, que por de contado respeta escrupulosamente su honor: y así va enredándose la madeja entre escondites, cuchilladas, embozos y mantos, hasta que todo se aclara felizmente, y la doncella andante premia en santo vínculo los afanes de su caballero. Sobre todo este fondo un poco monótono añádase una portentosa variedad de invenciones secundarias, un poder para atar y conducir la intriga mayor que el que constituye la única gloria de Scribe y de tantos otros: pón-

gase todo en versos fáciles y numerosos, con toda la gala y abundancia de la lengua castellana, y se tendrá idea de esas deliciosas comedias que se llaman *Los empeños de un acaso*, *Mañanas de Abril y Mayo*, *La Dama Luende*, *El escondido y la tapada*, *Dar tiempo al tiempo*, *Casa con dos puertas*, y tantas y tantas entre las que apenas se puede escoger, por que casi todas son oro de ley.

No ignoro los reparos que se han hecho y pueden hacerse á este género. En primer lugar, la monotonía y pobreza del fondo, aunque la variedad de incidentes la realce. Pero la vida de entónces era ménos vária y complicada que la nuestra, y además una gran parte de las relaciones sociales quedaban fuera de la jurisdiccion del poeta cómico, ya por loable respeto á la santidad del hogar, ya porque aquel arte buscaba por instinto lo que habia de noble, elevado y caballeresco en la vida real, y no lo que desahacía ó turbaba su armonía.

En segundo lugar, y con más fundamento, puede achacarse á la comedia calderoniana de enredo, escasa variedad de caracteres. Hase dicho que el don Pedro y la doña Leonor de una comedia en nada difieren del D. Juan y la doña María de otra, y que Calderon nunca vió ni acertó á reproducir más que un mundo encantado en que todos los galanes son celosos y valientes, todas las damas discretas y ariscadas, y todos los criados decidores y chistosos. No negaremos que esto sea verdad casi siempre (por la razon ántes apuntada), pero pueden traerse excepciones muy notables. Aparte de que la identidad de los graciosos (que no suelen ser lo mejor de Calderon), no es tanta como se pondera, hay variedad hasta en los tipos femeninos, en que tampoco llegó Calderon á la dulce ó apasionada ternura que acertó

á poner en sus heroínas Lope de Vega. Caracteres son, ó á lo ménos esbozos de carácter, la dama culti-latini-parla de *No hay burlas con el amor*, la hermosa necia y la fea discreta de *Cuál es mayor perfeccion*, la mogigata y la coqueta de *Guárdate del agua mansa*, y la resuelta doña Angela de *La Dama Duende*, sin otras que ahora no acuden á mi memoria. Como carácter de galan trazó Calderon uno bellissimo en el D. Carlos de *No siempre lo peor es cierto*, prototipo de pasion generosa, delicada y pura, como quien piensa y afirma

Que es hombre bajo, que es necio,  
 Es vil, es ruin, es infame  
 El que solamente atento  
 A lo irracional del gusto  
 Y á lo bruto del deseo,  
 Viendo perdido lo más  
 Se contenta con lo ménos.

Más grave pecado, y de este sí que no podemos absolver á Calderon, es el empleo uniforme de ciertos recursos cómodos, pero que tienen mucho de convencionales é inverosímiles. En nuestras comedias basta un embozo ó un manto para hacer que desconozcan á una persona hasta sus más familiares deudos y amigos. Las tapadas, los escondidos, las luces apagadas, las puertas falsas, las alacenas giratorias, agradan en una ó en dos comedias, pero repetidas hasta la saciedad, engendran hastío y denuncian falta de inventiva en el poeta. No merecen tanta censura los duelos y cuchilladas, que con ser tantos en sus comedias, aún eran muchos más en la vida real. Y en cuanto á las visitas de las damas en casa de sus galanes, desgracia es de nuestras actuales

costumbres el que no podamos concebirlas sino como pecaminosas, pero tampoco es lícito dudar que á los contemporáneos les parecian verosímiles é inocentes.

Se parecen mucho á las comedias de capa y espada (y tanto que no vale la pena de hacer clase aparte, aunque la condicion de los protagonistas sea diversa) ciertas comedias palacianas de Calderon, como *El secreto á voces*, *El encanto sin encanto*, *La banda y la flor*, *Con quien vengo, vengo*, etc., etc., en que son príncipes y grandes señores, en vez de hidalgos de la clase media, los que andan envueltos en lances de amor y celos. Calderon no hizo nada en este género que pueda compararse con la profunda, sazónada y discreta ironía de Tirso en *El vergonzoso en Palacio* ó en *El castigo del pensó qué*.

#### VIII.—De otros géneros cultivados por Calderon.

Despues de maduro exámen no me he atrevido á incluir en esta coleccion ninguno de los dramas de espectáculo ó comedias de tramoya, en que Calderon fué fecundísimo. El poeta queda siempre en tales dramas subordinado al maquinista y al pintor escenógrafo, y no hace obras de arte mas que á medias. Quizá él se engañara hasta tener por las mejores suyas las que escribia para los aparatosos festejos de los Sitios Reales; pero la posteridad, más cuerda, las ha relegado al olvido. Hoy no tienen más interes que el histórico y el de algunos buenos versos acá y allá esparcidos y casi ahogados en un mar de enfática y culterana palabrería. Juzgar á Calderon por tales dramas sería evidente injusticia. Buscar en ellos pasion, interes, caracteres y color de

las respectivas épocas, fuera necedad y desvarío. Baste consignar para recuerdo, que Calderon explotó grandemente los *Metamorfóseos* ovidianos, y puso en escena casi todas las fábulas de la antigüedad: los amores de *Apolo y Climene*, la caída del *Hijo del Sol*, *Faeton*, la *Estatua de Prometeo*, el *Golfo de las Sirenas*, las *Fortunas de Andrómeda y Perseo*, las aventuras de Hércules, Teseo y Jason, y la estancia de Aquiles en casa del rey Licomedes, disfrazada con el retumbante título de *El monstruo de los jardines*. Únicamente hemos abierto la mano en cuanto á dos breves zarzuelas, *El laurel de Apolo* y *La púrpura de la rosa*, que además de ser de las más antiguas muestras de su género, contienen, sobre todo la primera, hermosos rasgos de poesía lírica.

Por razones análogas hemos excluido á carga cerrada los dramas fundados en libros de caballerías, v. gr., *Hado y Divisa*, *La Puente de Mantible*, *El castillo de Lindabridis*, *El jardín de Fabrina*; así como los dramas históricos, v. gr., *El segundo Scipion*, *Las armas de la hermosura*, *La gran Cenobia*, etc., en que innecesaria y caprichosamente está falseada la historia, no sólo en su esencia y en el carácter distintivo de las razas y de las civilizaciones, sino hasta en los datos externos más vulgares, hasta suponer, v. gr., que Coriolano toma las armas contra Roma por galantería y por impedir que se cumpla una ley suntuaria sobre los trajes de las mujeres. Mascarada semejante no la hay ni en la misma tragedia francesa.

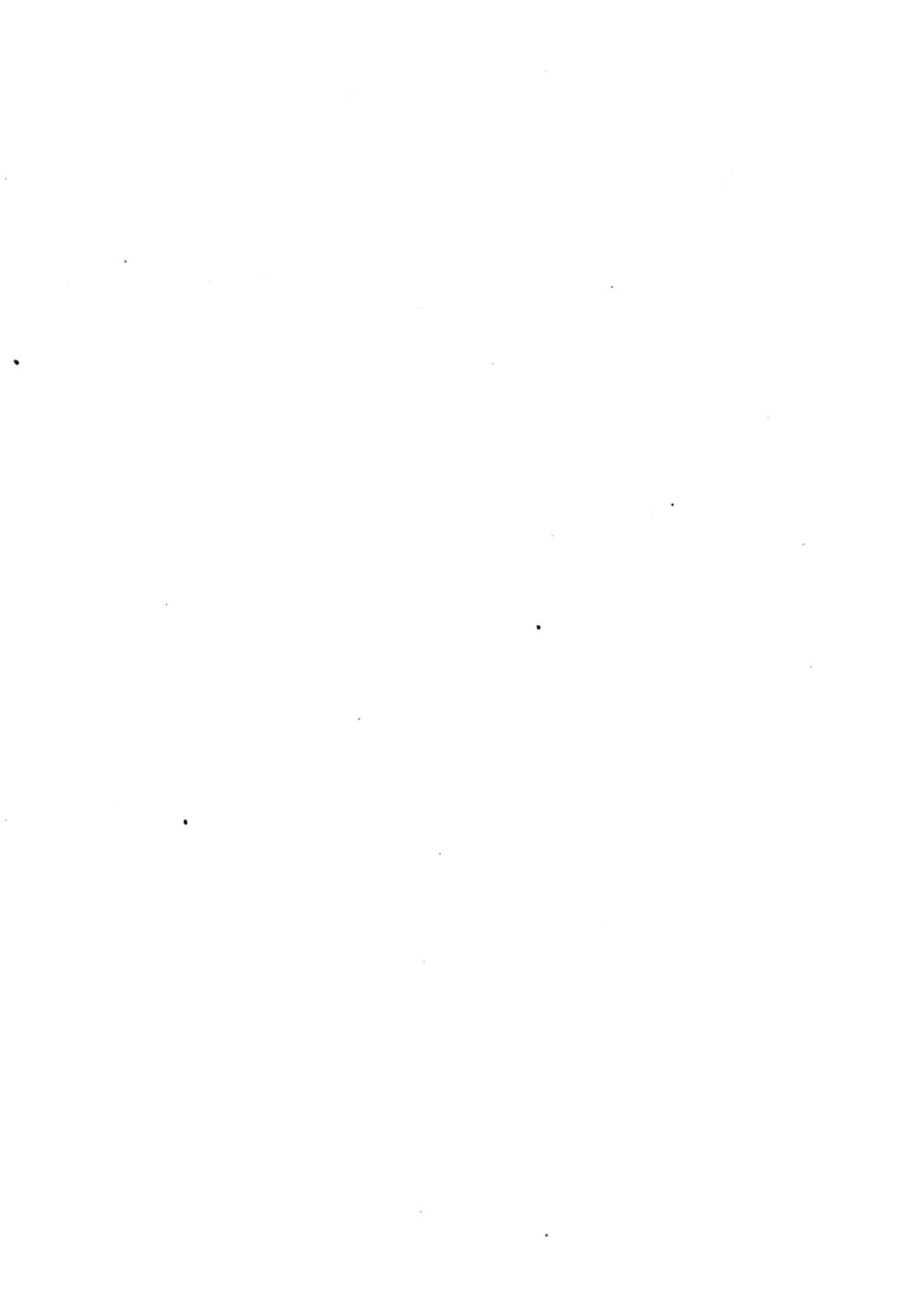
Sólo dos de estos dramas, ambos de asunto cercano al poeta, merecen conservarse: *La cisma de Ingalaterra*, no sólo por rasgos tan valientes como aquel soberbio

Yo tengo de borrar cuanto tú escribas

pronunciado por la sombra de Ana Bolena, cuando el teólogo coronado, amante suyo, prepara la refutación de Lutero, sino por la útil materia de comparación que ofrece con el *Enrique VIII* de Shakespeare. *El sitio de Breda*, comedia soldadesca y de circunstancias, muy animada y llena de rumbo, tropel y boato, viene á ser el cuadro de *Las lanzas* puesto en verso; pero desgraciadamente lo que cabe y es hermoso en la pintura, no lo es en el teatro.

Resumamos: Calderon, sin ser en todo rigor de arte el primero de nuestros dramáticos, es el más profundo en las ideas, el de genio más comprensivo y alto, quizá el más grande en lo trágico, y de cierto en lo simbólico. Es además el poeta nacional por excelencia, español y católico hasta los tuétanos é idealizador mágico de los sentimientos caballerescos y de los más nobles impulsos de la raza. Si en los caracteres fué débil, quizá debamos atribuirlo á que no acertó á ver más que los lados simpáticos y nobles de la naturaleza humana. Lo que pierde en universalidad, lo gana en sabor castizo. Sus defectos son los del ingenio español; su grandeza se confunde con la de España, y no morirá sino con ella. ¡Privilegio singular y para envidiado! Pero áun hay otro más alto: el ser á un mismo tiempo poeta admirable de su raza y de su siglo, y poeta y maestro y delicias de la humanidad en todas las edades, como lo son Shakespeare y Cervántes.

M. MENÉNDEZ PELAYO.



**DRAMAS RELIGIOSOS Y FILOSÓFICOS.**



LA VIDA ES SUEÑO.



LA VIDA ES SUEÑO.

## PERSONAS.

---

BASILIO, <i>rey de Polonia.</i>	ROSAURA, <i>dama.</i>
SEGISMUNDO, <i>príncipe.</i>	<i>Soldados.</i>
ASTOLFO, <i>duque de Mos-</i>	<i>Guardas.</i>
<i>covia.</i>	<i>Músicos.</i>
CLOTALDO, <i>viejo.</i>	<i>Acompañamiento.</i>
CLARIN, <i>gracioso.</i>	<i>Criados.</i>
ESTRELLA, <i>infanta.</i>	<i>Damas.</i>

---

La escena es en la corte de Polonia, en una fortaleza poco distante y en el campo.

---

---

---

## JORNADA PRIMERA.

---

A un lado monte fragoso y al otro una torre cuya planta baja sirve de prision á Segismundo. La puerta, que da frente al espectador, está entreabierta. La accion principia al anochecer.

### ESCENA PRIMERA.

ROSAURA, CLARIN.

(Rosaura vestida de hombre aparece en lo alto de las peñas, y baja á lo llano; tras ella viene Clarin.)

ROSAURA. Hipogrifo violento  
Que corriste parejas con el viento,  
¿Dónde rayo sin llama,  
Pájaro sin matiz, pez sin escama,  
Y bruto sin instinto  
Natural, al confuso laberinto  
Destas desnudas peñas  
Te desbocas, arrastras y despeñas?  
Quédate en este monte,  
Donde tengan los brutos su Faetonte;  
Que yo, sin más camino  
Que el que me dan las leyes del destino,  
Ciega y desesperada  
Bajaré la aspereza enmarañada

Deste monte eminente,  
 Que arrugá al sol el ceño de su frente.  
 Mal, Polonia, recibes  
 A un extranjero, pues con sangre escribes  
 Su entrada en tus arenas,  
 Y apénas llega, cuando llega á penas.  
 Bien mi suerte lo dice;  
 ¿Mas dónde halló piedad un infelice?

CLARIN. Dí dos, y no me dejes  
 En la posada á mí cuando te quejes;  
 Que si dos hemos sido  
 Los que de nuestra patria hemos salido  
 A probar aventuras,  
 Dos los que entre desdichas y locuras  
 Aquí habemos llegado,  
 Y dos los que del monte hemos rodado,  
 ¿No es razon que yo sienta  
 Meterme en el pesar, y no en la cuenta?

ROSAURA. No te quiero dar parte  
 En mis quejas, Clarin, por no quitarte,  
 Llorando tu desvelo,  
 El derecho que tienes tú al consuelo.  
 Que tanto gusto habia  
 En quejarse, un filósofo decia,  
 Que, á trueco de quejarse,  
 Habian las desdichas de buscarse.

CLARIN. El filósofo era  
 Un borracho barbon: ¡oh! ¡quién le diera  
 Más de mil bofetadas!  
 Quejárase despues de muy bien dadas.  
 ¿Mas qué haremos, señora,  
 A pié, solos, perdidos y á esta hora  
 En un desierto monte,  
 Cuando se parte el sol á otro horizonte?

ROSAURA ;Quién ha visto sucesos tan extraños!  
 Mas si la vista no padece engaños  
 Que hace la fantasía,  
 A la medrosa luz que aún tiene el día,  
 Me parece que veo  
 Un edificio.

CLARIN. Ó miente mi deseo,  
 Ó termino las señas.

ROSAURA. Rústico nace entre desnudas peñas  
 Un palacio tan breve,  
 Que al sol apenas á mirar se atreve:  
 Con tan rudo artificio  
 La arquitectura está de su edificio,  
 Que parece, á las plantas  
 De tantas rocas y de peñas tantas  
 Que al sol tocan la lumbre,  
 Peñasco que ha rodado de la cumbre.

CLARIN. Vámonos acercando;  
 Que este es mucho mirar, señora, cuando  
 Es mejor que la gente  
 Que habita en ella, generosamente  
 Nos admita.

ROSAURA. La puerta  
 (Mejor diré funesta boca) abierta  
 Está, y desde su centro  
 Nace la noche, pues la engendra dentro.

(Suenan dentro cadenas.)

CLARIN. ¡Qué es lo que escucho, cielo!

ROSAURA. Inmóvil bulto soy de fuego y hielo.

CLARIN. ¿Cadenita hay que suena?  
 Mátenme, si no es galeote en pena:  
 Bien mi temor lo dice.

ESCENA II.

SEGISMUNDO, *en la torre.*—ROSAURA, CLARIN.

SEGISM. (Dentro.) ¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

ROSAURA. ¡Qué triste voz escucho!

Con nuevas penas y tormentos lucho.

CLARIN. Yo con nuevos temores.

ROSAURA. Clarin...

CLARIN. Señora...

ROSAURA. Huyamos los rigores

Desta encantada torre.

CLARIN. Yo aún no tengo

Ánimo para huir, cuando á eso vengo.

ROSAURA. ¿No es breve luz aquella

Caduca exhalacion, pálida estrella,

Que en trémulos desmayos,

Pulsando ardores y latiendo rayos,

Hace más tenebrosa

La oscura habitacion con luz dudosa?

Sí, pues á sus reflejos

Puedo determinar (aunque de léjos)

Una prision oscura,

Que es de un vivo cadáver sepultura;

Y porque más me asombre,

En el traje de fiera yace un hombre

De prisiones cargado,

Y sólo de una luz acompañado.

Pues huir no podemos,

Desde aquí sus desdichas escuchemos:

Sepamos lo que dice.

(Abrense las hojas de la puerta, y descúbrese Segismundo con una cadena y vestido de pieles. Hay luz en la torre.)

SEGISM. ¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!  
Apurar, cielos, pretendo,  
Ya que me tratáis así,  
Qué delito cometí  
Contra vosotros naciendo:  
Aunque si nací, ya entiendo  
Qué delito he cometido:  
Bastante causa ha tenido  
Vuestra justicia y rigor,  
Pues el delito mayor  
Del hombre es haber nacido.  
Solo quisiera saber  
Para apurar mis desvelos  
(Dejando á una parte, cielos,  
El delito del nacer),  
¿Qué más os pude ofender,  
Para castigarme más?  
¿No nacieron los demas?  
Pues si los demas nacieron,  
¿Qué privilegios tuvieron  
Que yo no gocé jamás?  
Nace el ave, y con las galas  
Que le dan belleza suma,  
Apénas es flor de pluma,  
Ó ramillete con alas,  
Cuando las etéreas alas  
Corta con velocidad,  
Negándose á la piedad  
Del nido que deja en calma:  
¿Y teniendo yo más alma,  
Tengo ménos libertad?  
Nace el bruto, y con la piel  
Que dibujan manchas bellas,  
Apénas signo es de estrellas

(Gracias al docto pincel),  
Cuando atrevido y cruel,  
La humana (1) necesidad  
Le enseña á tener crueldad,  
Monstruo de su laberinto:  
¿Y yo con mejor instinto  
Tengo ménos libertad?  
Nace el pez, que no respira,  
Aborto de ovas y lamas,  
Y apenas bajel de escamas .  
Sobre las ondas se mira,  
Cuando á todas partes gira,  
Midiendo la inmensidad  
De tanta capacidad  
Como le da el centro frio:  
¿Y yo con más albedrío  
Tengo ménos libertad?  
Nace el arroyo, culebra  
Que entre flores se desata,  
Y apenas, sierpe de plata,  
Entre las flores se quiebra,  
Cuando músico celebra  
De las flores la piedad,  
Que le da la majestad  
Del campo abierto á su huida:  
¿Y teniendo yo más vida  
Tengo ménos libertad?  
En llegando á esta pasion,  
Un volcan, un Etna hecho,  
Quisiera arrancar del pecho  
Pedazos del corazon:  
¿Qué ley, justicia ó razon

---

(1) Natural.

Negar á los hombres sabe  
 Privilegio tan süave,  
 Excepcion tan principal,  
 Que Dios le ha dado á un cristal,  
 Á un pez, á un bruto y á un ave?

ROSAURA. Temor y piedad en mí  
 Sus razones han causado.

SEGISM. ¿Quién mis voces ha escuchado?  
 ¿Es Clotaldo?

CLARIN. (Ap. á su amo.) Dí que sí.

ROSAURA. No es sino un triste (¡ay de mí!)  
 Que en estas bóvedas frias  
 Oyó tus melancolias.

SEGISM. Pues muerte aquí te daré,  
 Porque no sepas que sé (Asela.) 117  
 Que sabes flaquezas mias.  
 Sólo porque me has oido,  
 Entre mis membrudois brazos  
 Te tengo de hacer pedazos.

CLARIN. Yo soy sordo, y no he podido  
 Escucharte.

ROSAURA. Si has nacido  
 Humano, baste el postrarme  
 Á tus piés para librarme.

SEGISM. Tu voz pudo enternecerme,  
 Tu presencia suspenderme  
 Y tu respeto turbarme.  
 ¿Quién eres? que aunque yo aquí  
 Tan poco del mundo sé,  
 Que cuna y sepulcro fué  
 Esta torre para mí:  
 Y aunque desde que nací  
 (Si esto es nacer) sólo advierto  
 Este rústico desierto,

---

Donde miserable vivo,  
Siendo un esqueleto vivo,  
Siendo un animado muerto:  
Y aunque nunca ví ni hablé,  
Sino á un hombre solamente  
Que aquí mis desdichas siente,  
Por quien las noticias sé  
De cielo y tierra, y aunque  
Aquí, porque más te asombres  
Y monstruo humano me nombres,  
Entre asombros y quimeras,  
Soy un hombre de las fieras,  
Y una fiera de los hombres:  
Y aunque en desdichas tan graves  
La política he estudiado,  
De los brutos enseñado,  
Advertido de las aves,  
Y de los astros süaves  
Los círculos he medido;  
Tú sólo, tú has suspendido  
La pasión á mis enojos,  
La suspensión á mis ojos,  
La admiración á mi oído.  
Con cada vez que te veo  
Nueva admiración me das,  
Y cuando te miro más,  
Aun más mirarte deseo.  
Ojos hidrópicos creo  
Que mis ojos deben ser;  
Pues cuando es muerte el beber,  
Beben más, y desta suerte,  
Viendo que el ver me da muerte,  
Estoy muriendo por ver.  
Pero véate yo y muera;

Que no sé, rendido ya,  
Si el verte muerte me da,  
El no verte qué me diera.  
Fuera, más que muerte fiera,  
Ira, rabia y dolor fuerte;  
Fuera muerte: desta suerte  
Su rigor he ponderado,  
Pues dar vida á un desdichado  
Es dar á un dichoso muerte.

ROSAURA. Con asombro de mirarte,  
Con admiracion de oírte,  
Ni sé qué pueda decirte,  
Ni qué pueda preguntarte:  
Sólo diré que á esta parte  
Hoy el cielo me ha guiado  
Para haberme consolado,  
Si consuelo puede ser  
Del que es desdichado, ver  
Otro que es más desdichado.  
Cuentan de un sabio, que un día  
Tan pobre y mísero estaba,  
Que sólo se sustentaba  
De unas yerbas que cogia.  
¿Habrà otro (entre sí decia)  
Más pobre y triste que yo?  
Y cuando el rostro volvió,  
Halló la respuesta, viendo  
Que iba otro sabio cogiendo  
Las hojas que él arrojó.  
Quejoso de la fortuna  
Yo en este mundo vivia,  
Y cuando entre mí decia:  
¿Habrà otra persona alguna  
De suerte más importuna?

Piadoso me has respondido;  
 Pues volviendo en mi sentido,  
 Hallo que las penas mías,  
 Para hacerlas tú alegrías  
 Las hubieras recogido.  
 Y por si acaso mis penas  
 Pueden en algo aliviarte,  
 Óyelas atento, y toma  
 Las que dellas me sobraren.  
 Yo soy...

### ESCENA III.

CLOTALDO, SOLDADOS.—SEGISMUNDO, ROSAURA,  
 CLARIN.

CLOTAL. (Dentro.) Guardas desta torre,  
 Que, dormidas ó cobardes,  
 Dísteis paso á dos personas  
 Que han quebrantado la cárcel...

ROSAURA. Nueva confusion padezco.

SEGISM. Este es Clotaldo, mi alcaide.  
 ¿Aun no acaban mis desdichas?

CLOTAL. (Dentro.) Acudid, y vigilantes,  
 Sin que puedan defenderse,  
 Ó prendedles, ó matadles.

Voces. (Dentro.) ¡Traicion!

CLARIN. Guardas desta torre,  
 Que entrar aquí nos dejasteis,  
 Pues que nos dais á escoger,  
 El prendernos es más fácil.

(Salen Clotaldo y los soldados: él con una pistola, y todos  
 con los rostros cubiertos.)

- CLOTAL. (Aparte á los soldados al salir.)  
Todos os cubrid los rostros;  
Que es diligencia importante  
Mientras estamos aquí  
Que no nos conozca nadie.
- CLARIN. ¿Enmascaraditos hay?
- CLOTAL. Oh vosotros que ignorantes,  
De aqueste vedado sitio  
Coto y término pasasteis  
Contra el decreto del Rey,  
Que manda que no ose nadie  
Examinar el prodigio  
Que entre esos peñascos yace,  
Rendid las armas y vidas,  
O aquesta pistola, áspid  
De metal, escupirá  
El veneno penetrante  
De dos balas, cuyo fuego  
Será escándalo del aire.
- SEGISM. Primero, tirano dueño,  
Que los ofendas ni agravies,  
Será mi vida despojo  
Destos lazos miserables;  
Pues en ellos, vive Dios,  
Tengo de despedazarme  
Con las manos, con los dientes,  
Entre aquestas peñas, ántes  
Que su desdicha consienta  
Y que lllore sus ultrajes.
- CLOTAL. Si sabes que tus desdichas,  
Segismundo, son tan grandes,  
Que ántes de nacer moriste  
Por ley del cielo; si sabes  
Que aquestas prisiones son



Que han movido y removido  
 Mil autos sacramentales,  
 Yo, ni humilde ni soberbio,  
 Sino entré las dos mitades  
 Entreverado, te pido  
 Que nos remedies y ampares.

CLOTAL. ¡Hola!

SOLDAD. Señor...

CLOTAL. A los dos  
 Quitad las armas, y atadles  
 Los ojos, porque no vean  
 Cómo ni de dónde salen.

ROSAURA. Mi espada es esta, que á tí  
 Solamente ha de entregarse,  
 Porque al fin, de todos eres  
 El principal, y no sabe  
 Rendirse á ménos valor.

CLARIN. La mia es tal, que puede darse  
 Al más rüin: tomadla vos. (A un soldado.)

ROSAURA. Y si he de morir, dejarte  
 Quiero, en fe desta piedad,  
 Prenda que pudo estimarse  
 Por el dueño que algun día  
 Se la ciñó: que la guardes  
 Te encargo, porque aunque yo  
 No sé qué secreto alcance,  
 Sé que esta dorada espada  
 Encierra misterios grandes,  
 Pues solo fiado en ella  
 Vengo á Polonia á vengarme  
 De un agravio.

CLOTAL. (Aparte.) ¡Santos cielos!  
 ¡Qué es esto! ya son más graves  
 Mis penas y confusiones,

Mis ánsias y mis pesares.

¿Quién te la dió?

ROSAURA. Una mujer.

CLOTAL. ¿Cómo se llama?

ROSAURA. Que calle

Su nombre es fuerza.

CLOTAL. ¿De qué

Inferes ahora, ó sabes,

Que hay secreto en esta espada?

ROSAURA. Quien me la dió, dijo: «Parte

A Polonia, y solicita

Con ingenio, estudio ó arte,

Que te vean esa espada

Los nobles y principales,

Que yo sé que alguno dellos

Te favorezca y ampare;»

Que por si acaso era muerto,

No quiso entónces nombrarle.

CLOTAL. (Ap.) ¡Válgame el cielo, qué escucho!

Aun no sé determinarme

Si tales sucesos son

Ilusiones ó verdades.

Esta es la espada que yo

Dejé á la hermosa Violante.

Por señas que el que ceñida

La trajera, habia de hallarme

Amoroso como hijo,

Y piadoso como padre.

Pues ¿qué he de hacer (¡ay de mi!)

En confusion semejante,

Si quien la trae por favor,

Para su muerte la trae,

Pues que sentenciado á muerte

Llega á mis piés? ¡Qué notable

Confusion! ¡Qué triste hado!  
¡Qué suerte tan inconstante!  
Este es mi hijo, y las señas  
Dicen bien con las señales  
Del corazón, que por verlo  
Llama al pecho, y en él bate  
Las alas, y no pudiendo  
Romper los candados, hace  
Lo que aquel que está encerrado,  
Y oyendo ruido en la calle  
Se asoma por la ventana:  
El así, como no sabe  
Lo que pasa, y oye el ruido,  
Va á los ojos á somarse,  
Que son ventanas del pecho  
Por donde en lágrimas sale.  
¡Qué he de hacer? (¡Valedme, cielos!)  
¡Qué he de hacer? Porque llevarle  
Al Rey, es llevarle (¡ay triste!)  
A morir. Pues ocultarle  
Al Rey no puedo, conforme  
A la ley del homenaje.  
De una parte el amor propio,  
Y la lealtad de otra parte  
Me rinden. Pero ¿qué dudo?  
La lealtad del Rey ¿no es ántes  
Que la vida y que el honor?  
Pues ella viva y él falte.  
Fuera de que si ahora atiendo  
A que dijo que á vengarse  
Viene de un agravio, hombre  
Que está agraviado, es infame.—  
No es mi hijo, no es mi hijo,  
Ni tiene mi noble sangre.

Pero si ya ha sucedido  
Un peligro, de quien nadie  
Se libró, porque el honor  
Es de materia tan frágil  
Que con una accion se quiebra  
O se mancha con un aire,  
¿Qué más puede hacer, qué más.  
El que es noble, de su parte,  
Que á costa de tantos riesgos  
Haber venido á buscarle?  
Mi hijo es, mi sangre tiene,  
Pues tiene valor tan grande;  
Y así, entre una y otra duda,  
El medio más importante  
Es irme al Rey, y decirle  
Que es mi hijo, y que le mate.  
Quizá la misma piedad  
De mi honor podrá obligarle;  
Y si le merezco vivo,  
Yo le ayudaré á vengarse  
De su agravio; mas si el Rey,  
En sus rigores constante,  
Le da muerte, morirá  
Sin saber que soy su padre.—  
Venid conmigo, extranjeros,  
(A Rosaura y Clarin.)  
No temais, no, de que os falte  
Compañía en las desdichas,  
Pues en duda semejante  
De vivir ó de morir,  
No sé cuáles son más grandes. (Vase.)

---

Salon del Palacio Real en la corte (1).

### ESCENA V.

**ASTOLFO Y SOLDADOS, que salen por un lado, y por el otro LA INFANTA ESTRELLA Y DAMAS. Música militar dentro y salvas.**

**ASTOLFO.** Bien al ver los excelentes  
Rayos, que fueron cometas,  
Mezclan salvas diferentes  
Las cajas y las trompetas,  
Los pájaros y las fuentes:  
Siendo con música igual,  
Y con maravilla suma,  
A tu vista celestial  
Unos, clarines de pluma,  
Y otras, aves de metal;  
Y así os saludan, señora,  
Como á su reina las balas,  
Los pájaros como Aurora,  
Las trompetas como á Palas  
Y las flores como á Flora;  
Porque sois, burlando el dia  
Que ya la noche destierra,  
Aurora en el alegría,  
Flora en paz, Palas en guerra,  
Y reina en el alma mia.

**ESTREL.** Si la voz se ha de medir

---

(1) Calderon no la nombra: sin duda le pareció poco necesario, por ser el drama de pura invencion.

Con las acciones humanas,  
Mal habeis hecho en decir  
Finezas tan cortesanias,  
Donde os pueda desmentir  
Todo ese marcial trofeo  
Con quien ya atrevida lucho;  
Pues no dicen, segun creo,  
Las lisonjas que os escucho,  
Con los rigores que veo.  
Y advertid que es bajá accion,  
Que sólo á una fiera toca,  
Madre de engaño y traicion,  
El halagar con la boca  
Y matar con la intencion.

ASTOLFO. Muy mal informada estais,  
Estrella, pues que la fe  
De mis finezas dudais,  
Y os suplico que me oigais  
La causa, á ver si la sé.  
Falleció Eustorgio tercero,  
Rey de Polonia, y quedó  
Basilio por heredero,  
Y dos hijas, de quien yo  
Y vos nacimos.— No quiero  
Cansaros con lo que tiene  
Lugar aquí.— Clorilene,  
Vuestra madre y mi señora,  
Que en mejor imperio ahora  
Dosel de luceros tiene,  
Fué la mayor, de quien vos  
Sois hija; fué la segunda,  
Madre y tia de los dos,  
La gallarda Recisunda,  
Que guarde mil años Dios;

Casó en Moscovia, de quien  
Nací yo. Volver ahora  
Al otro principio es bien.  
Basilio, que ya, señora,  
Se rinde al comun desdén  
Del tiempo, más inclinado  
A los estudios que dado  
A mujeres, enviudó  
Sin hijos, y vos y yo  
Aspiramos á este Estado.  
Vos alegais que habeis sido  
Hija de hermana mayor;  
Yo, que varon he nacido,  
Y aunque de hermana menor,  
Os debo ser preferido.  
Vuestra intencion y la mia  
A nuestro tio contamos:  
Él respondió que queria  
Componernos, y aplazamos  
Este puesto y este dia.  
Con esta intencion salí  
De Moscovia y de su tierra;  
Con esta llegué hasta aquí,  
En vez de haceros yo guerra,  
A que me la hagais á mí.  
¡Oh! quiera Amor, sabio dios,  
Que el vulgo, astrólogo cierto,  
Hoy lo sea con los dos,  
Y que pare este concierto  
En que seais Reina vos,  
Pero Reina en mi albedrío,  
Dándós, para más honor,  
Su corona nuestro tio,  
Sus triunfos vuestro valor

Y su imperio el amor mio.

ESTREL. A tan cortés bizzaría  
 Méenos mi pecho no muestra,  
 Pues la imperial monarquía  
 Para sólo hacerla vuestra  
 Me holgara que fuera mia;  
 Aunque no está satisfecho  
 Mi amor de que sois ingrato,  
 Si en cuanto decís, sospecho  
 Que os desmiente ese retrato  
 Que está pendiente del pecho.

ASTOLFO. Satisfaceros intento  
 Con él... Mas lugar no da  
 Tanto sonoro instrumento, (Tocan cajas.)  
 Que avisa que sale ya  
 El Rey con su parlamento.

### ESCENA VI.

EL REY BASILIO, ACOMPAÑAMIENTO. — ASTOLFO,  
 ESTRELLA, DAMAS, SOLDADOS.

ESTREL. Sabio Táles...

ASTOLFO. Docto Euclides...

ESTREL. Que entre signos...

ASTOLFO. Que entre estrellas...

ESTREL. Hoy gobiernas...

ASTOLFO. Hoy resides...

ESTREL. Y sus caminos...

ASTOLFO. Sus huellas...

ESTREL. Describes...

**ASTOLFO.** Tasas y mides ...  
**ESTREL.** Deja que en humildes lazos...  
**ASTOLFO.** Deja que en tiernos abrazos...  
**ESTREL.** Hiedra dese tronco sea.  
**ASTOLFO.** Rendido á tus piés me vea.  
**BASILIO.** Sobrinos, dadme los brazos,  
 Y creed, pues que leales  
 Á mi precepto amoroso  
 Venis con afectos tales,  
 Que á nadie deje quejoso  
 Y los dos quedeis iguales:  
 Y así, cuando me confieso  
 Rendido al prolijo peso,  
 Sólo os pido en la ocasion  
 Silencio, que admiracion  
 Ha de pedirla el suceso.  
 Ya sabeis (estadme atentos,  
 Amados sobrinos míos,  
 Corte ilustre de Polonia,  
 Vasallos, deudos y amigos),  
 Ya sabeis que yo en el mundo  
 Por mi ciencia he merecido  
 El sobrenombre de docto,  
 Pues, contra el tiempo y olvido,  
 Los pinceles de Timantes,  
 Los mármoles de Lisipo,  
 En el ámbito del orbe  
 Me aclaman el gran Basilio.  
 Ya sabeis que son las ciencias  
 Que más curso y más estimo,  
 Matemáticas sutiles,  
 Por quien al tiempo le quito,  
 Por quien á la fama rompo  
 La jurisdiccion y oficio

De enseñar más cada día;  
Pues cuando en mis tablas miro  
Presentes las novedades  
De los venideros siglos,  
Le gano al tiempo las gracias  
De contar lo que yo he dicho.  
Esos círculos de nieve,  
Esos doseles de vidrio  
Que el sol ilumina á rayos,  
Que parte la luna á giros;  
Esos orbes de diamantes,  
Esos globos cristalinos  
Que las estrellas adornan  
Y que campean los signos,  
Son el estudio mayor  
De mis años, son los libros  
Donde en papel de diamante,  
En cuadernos de zafiro,  
Escribe con líneas de oro,  
En caracteres distintos,  
El cielo nuestros sucesos,  
Ya adversos ó ya benignos.  
Estos leo tan veloz,  
Que con mi espíritu sigo  
Sus rápidos movimientos  
Por rumbos y por caminos.  
;Pluguiera al cielo, primero  
Que mi ingenio hubiera sido  
De sus márgenes comento,  
Y de sus hojas registro,  
Hubiera sido mi vida  
El primero desperdicio  
De sus iras, y que en ellas  
Mi tragedia hubiera sido,

Porque de los infelices  
Aun el mérito es cuchillo,  
Que á quien le daña el saber,  
Homicida es de sí mismo!  
Dígalo yo, aunque mejor  
Lo dirán sucesos míos,  
Para cuya admiración  
Otra vez silencio os pido.  
En Clorilene, mi esposa,  
Tuve un infelice hijo,  
En cuyo parto los cielos  
Se agotaron de prodigios.  
Antes que á la luz hermosa  
Le diese el sepulcro vivo  
De un vientre (porque el nacer  
Y el morir son parecidos),  
Su madre infinitas veces,  
Entre ideas y delirios  
Del sueño, vió que rompía  
Sus entrañas atrevido  
Un monstruo en forma de hombre,  
Y entre su sangre teñido,  
La daba muerte, naciendo  
Víbora humana del siglo.  
Llegó de su parto el día,  
Y los presagios cumplidos  
(Porque tarde ó nunca son  
Mentirosos los impíos),  
Nació en horóscopo tal,  
Que el sol, en su sangre tinto,  
Entraba sañudamente  
Con la luna en desaffo;  
Y siendo valla la tierra,  
Los dos faroles divinos

A luz entera luchaban,  
Ya que no á brazo partido.  
El mayor, el más horrendo  
Eclipse que ha padecido  
El sol, despues que con sangre  
Lloró la muerte de Cristo,  
Este fué, porque anegado  
El orbe en incendios vivos,  
Presumió que padecia  
El último parasismo:  
Los cielos se oscurecieron,  
Temblaron los edificios,  
Llovieron piedras las nubes,  
Corrieron sangre los rios.  
En aqueste, pues, del sol  
Ya frenesí, ó ya delirio,  
Nació Segismundo, dando  
De su condicion indicios,  
Pues dió la muerte á su madre,  
Con cuya fiereza dijo:  
Hombre soy, pues que ya empiezo  
A pagar mal beneficios.  
Yo, acudiendo á mis estudios,  
En ellos y en todo miro  
Que Segismundo sería  
El hombre más atrevido,  
El príncipe más cruel  
Y el monarca más impío,  
Por quien su reino vendria  
A ser parcial y diviso,  
Escuela de las traiciones  
Y academia de los vicios;  
Y él, de su furor llevado,  
Entre asombros y delitos,

Habia de poner en mí  
Las plantas, y yo rendido  
A sus piés me habia de ver,  
(¡Con qué vergüenza lo digo!)  
Siendo alfombra de sus plantas  
Las canas del rostro mio.  
¿Quién no da crédito al daño,  
Y más al daño que ha visto  
En su estudio, donde hace  
El amor propio su oficio?  
Pues dando crédito yo  
Á los hados, que divinos  
Me pronosticaban daños  
En fatales vaticinios,  
Determiné de encerrar  
La fiera que habia nacido,  
Por ver si el sabio tenia  
En las estrellas dominio.  
Publicóse que el infante  
Nació muerto, y prevenido  
Hice labrar una torre  
Entre las peñas y riscos  
De esos montes, donde apenas  
La luz ha hallado camino,  
Por defenderle la entrada  
Sus rústicos obeliscos.  
Las graves penas y leyes,  
Que con públicos edictos  
Declararon que ninguno  
Entrase á un vedado sitio  
Del monte, se ocasionaron  
De las causas que os he dicho.  
Allí Segismundo vive  
Miseró, pobre y cautivo,

Adonde sólo Clotaldo  
Le ha hablado, tratado y visto.  
Este le ha enseñado ciencias;  
Este en la ley le ha instruido  
Católica, siendo sólo  
De sus miserias testigo.  
Aquí hay tres cosas: la una  
Que yo, Polonia, os estimo  
Tanto, que os quiero librar  
De la opresion y servicio  
De un rey tirano, porque  
No fuera señor benigno  
El que á su patria y su imperio  
Pusiera en tanto peligro.  
La otra es considerar  
Que si á mi sangre le quito  
El derecho que le dieron  
Humano fuero y divino,  
No es cristiana caridad;  
Pues ninguna ley ha dicho  
Que por reservar yo á otro  
De tirano y de atrevido,  
Pueda yo serlo, supuesto  
Que si es tirano mi hijo,  
Porque él delitos no haga,  
Vengo yo á hacer los delitos.  
Es la última y tercera  
El ver cuánto yerro ha sido  
Dar crédito fácilmente  
Á los sucesos previstos;  
Pues aunque su inclinacion  
Le dicte sus precipicios,  
Quizá no le vencerán,  
Porque el hado más esquivo,

La inclinacion más violenta,  
El planeta más impío,  
Sólo el albedrío inclinan,  
No fuerzan el albedrío.  
Y así, entre una y otra causa,  
Vacilante y discursivo,  
Previne un remedio tal,  
Que os suspenda los sentidos.  
Yo he de ponerle mañana,  
Sin que él sepa que es mi hijo  
Y Rey vuestro, á Segismundo  
(Que aqueste su nombre ha sido  
En mi dosel, en mi silla,  
Y en fin, en el lugar mio,  
Donde os gobierne y os mande,  
Y donde todos rendidos  
La obediencia le jureis;  
Pues con aquesto consigo  
Tres cosas, con que respondo  
Á las otras tres que he dicho.  
Es la primera, que siendo  
Prudente, cuerdo y benigno,  
Desmintiendo en todo al hado  
Que dél tantas cosas dijo,  
Gozaréis el natural  
Príncipe vuestro, que ha sido  
Cortesano de unos montes  
Y de sus fieras vecino.  
Es la segunda, que si él  
Soberbio, osado, atrevido  
Y cruel, con rienda suelta  
Corre el campo de sus vicios,  
Habré yo piadoso entónces  
Con mi obligacion cumplido;

Y luégo en desposeerle  
 Haré como Rey invicto,  
 Siendo el volverle á la cárcel  
 No crueldad, sino castigo.  
 Es la tercera, que siendo  
 El príncipe como os digo,  
 Por lo que os amo, vasallos,  
 Os daré reyes más dignos  
 De la corona y el cetro;  
 Pues serán mis dos sobrinos,  
 Que junto en uno el derecho  
 De los dos, y convenidos  
 Con la fe del matrimonio,  
 Tendrán lo que han merecido.  
 Esto como rey os mando,  
 Esto como padre os pido,  
 Esto como sabio os ruego,  
 Esto como anciano os digo;  
 Y si el Séneca español,  
 Que era humilde esclavo, dijo,  
 De su república un rey,  
 Como esclavo os lo suplico.

ASTOLFO. Si á mí el responder me toca,  
 Como el que en efecto ha sido  
 Aquí el más interesado,  
 En nombre de todos digo  
 Que Segismundo parezca,  
 Pues le basta ser tu hijo.

TODOS. Dános al príncipe nuestro,  
 Que ya por rey le pedimos.

BASILIO. Vasallos, esa fineza  
 Os agradezco y estimo.  
 Acompañad á sus cuartos  
 A los dos atlantes míos,

**Que mañana le vereis.**

**Todos. ¡Viva el grande rey Basilio!**

**(Entranse todos acompañando á Estrella y á Astolfo: qué-  
dase el Rey.)**

### ESCENA VII.

**CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.—BASILIO.**

**CLOTAL. ¿Podréte hablar? (Al Rey.)**

**BASILIO. ¡Oh Clotaldo!**

**Tú seas muy bien venido.**

**CLOTAL. Aunque viniendo á tus plantas**

**Era fuerza haberlo sido,**

**Esta vez rompe, señor,**

**El hado triste y esquivo**

**El privilegio á la ley**

**Y á la costumbre el estilo.**

**BASILIO. ¿Qué tienes?**

**CLOTAL. Una desdicha,**

**Señor, que me ha sucedido,**

**Cuando pudiera tenerla**

**Por el mayor regocijo.**

**BASILIO. Prosigue.**

**CLOTAL. Este bello jóven,**

**Osado ó inadvertido,**

**Entró en la torre, señor,**

**Adonde al Príncipe ha visto,**

**Y es...**

**BASILIO. No os alijais, Clotaldo:**

**Si otro día hubiera sido,**

**Confieso que lo sintiera;**

**Pero ya el secreto he dicho,**

Y no importa que él lo sepa,  
 Supuesto que yo lo digo.  
 Vedme despues, porque tengo  
 Muchas cosas que advertiros  
 Y muchas que hagais por mí;  
 Que habeis de ser, os aviso,  
 Instrumento del mayor  
 Suceso que el mundo ha visto:  
 Y á esos presos, porque al fin  
 No presumais que castigo  
 Descuidos vuestros, perdono. (Vase.)  
 CLOTAL. ¡Vivas, gran señor, mil siglos!

### ESCENA VIII.

CLOTALDO, ROSAURA, CLARIN.

CLOTAL. (Ap. Mejoró el cielo la suerte:  
 Ya no diré que es mi hijo,  
 Pues que lo puedo excusar.)  
 Extranjeros peregrinos,  
 Libres estais.  
 ROSAURA. Tus piés beso  
 Mil veces.  
 CLARIN. Y yo los viço,  
 Que una letra más ó ménos  
 No reparan dos amigos.  
 ROSAURA. La vida, señor, me has dado;  
 Y pues á tu cuenta vivo,  
 Eternamente seré  
 Esclavo tuyo.  
 CLOTAL. No ha sido  
 Vida la que yo te he dado,

Porque un hombre bien nacido,  
Si está agraviado, no vive;  
Y supuesto que has venido  
Á vengarte de un agravio,  
Segun tú propio me has dicho,  
No te he dado vida yo,  
Porque tú no la has traído,  
Que vida infame no es vida.

(Ap. Bien con aquesto le animo.)

ROSAURA. Confieso que no la tengo,  
Aunque de tí la recibo;  
Pero yo con la venganza  
Dejaré mi honor tan limpio,  
Que pueda mi vida luego,  
Atropellando peligros,  
Parecer dádiva tuya.

CLOTAL. Toma el acero bruñido  
Que trajiste; que yo sé  
Que él baste, en sangre teñido  
De tu enemigo, á vengarte;  
Porque acero que fué mio  
(Digo este instante, este rato  
Que en mi poder le he tenido),  
Sabrá vengarte.

ROSAURA. En tu nombre  
Segunda vez me le ciño,  
Y en él juro mi venganza,  
Aunque fuese mi enemigo  
Más poderoso.

CLOTAL. ¿Eslo mucho?

ROSAURA. Tanto, que no te lo digo,  
No porque de tu prudencia  
Mayores cosas no fio,  
Sino porque no se vuelva

Contra mí el favor que admiro  
En tu piedad.

CLOTAL.                    Antes fuera  
Ganarme á mí con decirlo;  
Pues fuera cerrarme el paso  
De ayudar á tu enemigo.  
(Ap. ¡Oh si supiera quién es!)

ROSAURA. Porque no pienses que estimo  
Tan poco esa confianza,  
Sabe que el contrario ha sido  
No ménos que Astolfo, duque  
De Moscovia.

CLOTAL.                    (Ap. Mal resisto  
El dolor, porque es más grave,  
Que fué imaginado, visto.  
Apuremos más el caso.)  
Si moscovita has nacido,  
El que es natural señor,  
Mal agraviarte ha podido:  
Vuélvete á tu patria, pues,  
Y deja el ardiente brío  
Que te despeña.

ROSAURA.                    Yo sé,  
Que aunque mi principe ha sido,  
Pudo agraviarme.

CLOTAL.                    No pudo,  
Aunque pusiera atrevido  
La mano en tu rostro. (Ap. ¡Ay cielos!)

ROSAURA. Mayor fué el agravio mio.

CLOTAL. Dílo ya, pues que no puedes  
Decir más que yo imagino.

ROSAURA. Sí dijera; mas no sé  
Con qué respeto te miro,  
Con qué afecto te venero,

---

Con qué estimacion te asisto,  
Que no me atrevo á decirte  
Que es este exterior vestido  
Enigma, pues no es de quien  
Parece: juzga advertido,  
Si no soy lo que parezco,  
Y Astolfo á casarse vino  
Con Estrella, si podrá  
Agraviarme. Harto te he dicho.

(Vanse Rosaura y Clarin.)

CLOTAL. ¡Escucha, aguarda, detente!  
¿Qué confuso laberinto  
Es este, donde no puede  
Hallar la razon el hilo?  
Mi honor es el agraviado,  
Poderoso el enemigo,  
Yo vasallo, ella mujer:  
Descubra el cielo camino;  
Aunque no sé si podrá,  
Cuando en tan confuso abismo  
Es todo el cielo un presagio,  
Y es todo el mundo un prodigio.

---

## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA PRIMERA.

BASILIO, CLOTALDO.

CLOTAL. Todo, como lo mandaste,  
Queda efectuado.

BASILIO. Cuenta,  
Clotaldo, cómo pasó.

CLOTAL. Fué, señor, desta manera.  
Con la apacible bebida,  
Que de confecciones llena  
Hacer mandaste, mezclando  
La virtud de algunas hierbas,  
Cuyo tirano poder  
Y cuya secreta fuerza  
Así al humano discurso  
Priva, roba y enajena,  
Que deja vivo cadáver  
Á un hombre, y cuya violencia,  
Adormecido, le quita  
Los sentidos y potencias...  
—No tenemos que argüir  
Que aquesto posible sea,  
Pues tantas veces, señor,

---

Nos ha dicho la experiencia,  
Y es cierto, que de secretos  
Naturales está llena  
La medicina, y no hay  
Animal, planta ni piedra  
Que no tenga calidad  
Determinada, y si llega  
Á examinar mil venenos  
La humana malicia nuestra,  
Que den la muerte, ¿qué mucho  
Que, templada su violencia,  
Pues hay venenos que maten,  
Haya venenos que aduerman?  
Dejando aparte el dudar  
Si es posible que suceda,  
Pues que ya queda probado  
Con razones y evidencias...—  
Con la bebida, en efecto,  
Que el opio, la adormidera  
Y el beleño compusieron,  
Bajé á la cárcel estrecha  
De Segismundo; con él  
Hablé un rato de las letras  
Humanas, que le ha enseñado  
La muda naturaleza  
De los montes y los cielos,  
En cuya divina escuela  
La retórica aprendió  
De las aves y las fieras.  
Para levantarle más  
El espíritu á la empresa  
Que solícitas, tomé  
Por asunto la presteza  
De un águila caudalosa,

Que despreciando la esfera  
Del viento, pasaba á ser  
En las regiones supremas  
Del fuego rayo de pluma,  
Ó desasido cometa.  
Encarecí el vuelo altivo,  
Diciendo: «Al fin eres reina  
De las aves, y así, á todas  
Es justo que las prefieras.»  
Él no hubo menester más;  
Que en tocando esta materia  
De la majestad, discurre  
Con ambicion y soberbia;  
Porque en efecto la sangre  
Le incita, mueve y alienta  
Á cosas grandes, y dijo:  
«¡Que en la república inquieta  
De las aves tambien haya  
Quien les jure la obediencia!  
En llegando á este discurso  
Mis desdichas me consuelan;  
Pues, por lo ménos, si estoy  
Sujeto, lo estoy por fuerza;  
Porque voluntariamente  
Á otro hombre no me rindiera.»  
Viendole ya enfurecido  
Con esto, que ha sido el tema  
De su dolor, le brindé  
Con la pócima, y apénas  
Pasó desde el vaso al pecho  
El licor, cuando las fuerzas  
Rindió al sueño, discurriendo  
Por los miembros y las venas  
Un sudor frio, de modo

Que á no saber yo que era  
Muerte fingida, dudara  
De su vida. En esto llegan  
Las gentes de quien tú fias  
El valor desta experiencia,  
Y poniéndole en un coche,  
Hasta tu cuarto le llevan,  
Donde prevenida estaba  
La majestad y grandeza  
Que es digna de su persona.  
Allí en tu cama le acuestan,  
Donde al tiempo que el letargo  
Haya perdido la fuerza,  
Como á tí mismo, señor,  
Le sirvan. que así lo ordenas.  
Y si haberte obedecido  
Te obliga á que yo merezca  
Galardon, sólo te pido  
(Perdona mi inadvertencia)  
Que me digas. ¿qué es tu intento,  
Trayendo desta manera  
Á Segismundo á palacio?  
BASILIO. Clotaldo, muy justa es esa  
Duda que tienes, y quiero  
Sólo á tí satisfacerla.  
Á Segismundo mi hijo  
El influjo de su estrella  
(Bien lo sabes) amenaza  
Mil desdichas y tragedias:  
Quiero examinar si el cielo,  
Que no es posible que mienta,  
Y más habiéndonos dado  
De su rigor tantas muestras,  
En su cruel condicion,

Ó se mitiga, ó se temple  
Por lo ménos, y vencido  
Con valor y con prudencia  
Se desdice ; porque el hombre  
Predomina en las estrellas.  
Esto quiero examinar,  
Trayéndole donde sepa  
Que es mi hijo, y donde haga  
De su talento la prueba.  
Si magnánimo la vence,  
Reinará; pero si muestra  
El ser cruel y tirano,  
Le volveré á su cadena.  
Ahora preguntarás,  
Que para aquesta experiencia,  
¿Qué importó haberle traído  
Dormido desta manera?  
Y quiero satisfacerte,  
Dándote á todo respuesta.  
Si él supiera que es mi hijo  
Hoy, y mañana se viera  
Segunda vez reducido  
Á su prision y miseria,  
Cierto es de su condicion  
Que desesperara en ella;  
Porque sabiendo quién es,  
¿Qué consuelo habrá que tenga?  
Y así he querido dejar  
Abierta al daño la puerta  
Del decir que fué soñado  
Cuanto vió. Con esto llegan  
A examinarse dos cosas:  
Su condicion, la primera;  
Pues él despierto procede

En cuanto imagina y piensa:  
 Y el consuelo la segunda;  
 Pues aunque ahora se vea  
 Obedecido, y despues  
 A sus prisiones se vuelva,  
 Podrá entender que soñó,  
 Y hará bien cuando lo entienda  
 Porque en el mundo, Clotaldo,  
 Todos los que viven sueñan.

CLOTAL. Razones no me faltaran  
 Para probar que no aciertas;  
 Mas ya no tiene remedio;  
 Y segun dicen las señas,  
 Parece que ha despertado,  
 Y hácia nosotros se acerca.

BASILIO. Yo me quiero retirar:  
 Tú, como ayo suyo, llega,  
 Y de tantas confusiones  
 Como su discurso cercan,  
 Le saca con la verdad.

CLOTAL. ¿En fin, que me das licencia  
 Para que lo diga?

BASILIO. Sí;  
 Que podrá ser, con saberla,  
 Que conocido el peligro  
 Más fácilmente se venza. (Vase.)

## ESCENA II.

CLARIN.—CLOTALDO.

CLARIN. (Ap.) Á costa de cuatro palos,  
 Que el llegar aquí me cuesta,  
 De un alabardero rubio

Que barbó de su librea,  
 Tengo de ver cuanto pasa;  
 Que no hay ventana más cierta,  
 Que aquella que, sin rogar  
 Á un ministro de boletas,  
 Un hombre se trae consigo;  
 Pues para todas las fiestas,  
 Despojado y despejado  
 Se asoma á su desvergüenza.

CLOTAL. (Ap. Este es Clarin, el criado  
 De aquella (¡ay cielos!), de aquella  
 Que, tratante de desdichas,  
 Pasó á Polonia mi afrenta.)  
 Clarin, ¿qué hay de nuevo?

CLARIN. Hay,  
 Señor, que tu gran clemencia,  
 Dispuesta á vengar agravios  
 De Rosaura, la aconseja  
 Que tome su propio traje.

CLOTAL. Y es bien, porque no parezca  
 Liviandad.

CLARIN. Hay que mudando  
 Su nombre, y tomando cuerda  
 Nombre de sobrina tuya,  
 Hoy tanto honor se acrecienta,  
 Que dama en palacio ya  
 De la singular Estrella  
 Vive.

CLOTAL. Es bien que de una vez  
 Tome su honor por mi cuenta.

CLARIN. Hay que ella está esperando  
 Que ocasion y tiempo venga  
 En que vuelvas por su honor.

CLOTAL. Prevencion segura es esa;

Que al fin el tiempo ha de ser  
Quien haga esas diligencias.

CLARIN. Hay que ella está regalada,  
Servida como una reina,  
En fe de sobrina tuya.  
Y hay que viniendo con ella,  
Estoy yo muriendo de hambre  
Y nadie de mí se acuerda,  
Sin mirar que soy Clarin,  
Y que si el tal Clarin suena,  
Podrá decir cuanto pasa  
Al Rey, á Astolfo y á Estrella;  
Porque Clarin y criado  
Son dos cosas que se llevan  
Con el secreto muy mal;  
Y podrá ser, si me deja  
El silencio de su mano,  
Se cante por mí esta letra:  
*Clarin que rompe el albor,  
No suena mejor.*

CLOTAL. Tu queja está bien fundada;  
Yo satisfaceré tu queja,  
Y en tanto sírveme á mí.

CLARIN. Pues ya Segismundo llega.

### ESCENA III.

MÚSICOS, *cantando*, y CRIADOS, *dando de vestir á*  
SEGISMUNDO, *que sale como asombrado*.—CLO-  
TALDO, CLARIN.

SEGISM. ¡Válgame el cielo, qué veo!  
¡Válgame el cielo, qué miro!  
Con poco espanto lo admiro,

Con mucha duda lo creo.  
 ¿Yo en palacios suntuosos?  
 ¿Yo entre telas y brocados?  
 ¿Yo cercado de criados  
 Tan lucidos y briosos?  
 ¿Yo despertar de dormir  
 En lecho tan excelente?  
 ¿Yo en medio de tanta gente  
 Que me sirva de vestir?  
 Decir que sueño es engaño:  
 Bien sé que despierto estoy.  
 ¿Yo Segismundo no soy?  
 Dadme, cielos, desengaño.  
 Decidme, ¿qué pudo ser  
 Esto que á mi fantasía  
 Sucedió miéntas dormia,  
 Que aquí me he llegado á ver?  
 Pero sea lo que fuere,  
 ¿Quién me mete en discurrir?  
 Dejarme quiero servir,  
 Y venga lo que viniere.

CRIAD. 1<sup>o</sup> (Ap. al Criado 2.<sup>o</sup> y á Clarin.)

¿Qué melancólico está!

CRIAD. 2<sup>o</sup> ¿Pues á quién le sucediera

Esto, que no lo estuviera?

CLARIN. Á mí.

CRIAD. 2<sup>o</sup> Llega á hablarle ya.

CRIAD. 1<sup>o</sup> (A Segismundo.) ¿Volverán á cantar?

SEGISM.

No,

No quiero que canten más.

CRIAD. 2<sup>o</sup> Como tan suspenso estás,

Quise divertirte.

SEGISM.

Yo

No tengo de divertir

Con sus voces mis pesares;  
Las músicas militares  
Sólo he gustado de oír.

CLOTAL. Vuestra Alteza, gran señor,  
Me dé su mano á besar,  
Que el primero os ha de dar  
Esta obediencia mi honor.

SEGISM. (Ap.) Clotaldo es: ¿pues como así,  
Quien en prision me maltrata,  
Con tal respeto me trata?  
¿Qué es lo que pasa por mí?

CLOTAL. Con la grande confusion  
Que el nuevo estado te da,  
Mil dudas padecerá  
El discurso y la razon;  
Pero ya librate quiero  
De todas (si puede ser),  
Porque has, señor, de saber  
Que eres príncipe heredero  
De Polonia. Si has estado  
Retirado y escondido,  
Por obedecer ha sido  
A la inclemencia del hado,  
Que mil tragedias consiente  
A este imperio, cuando en él  
El soberano laurel  
Corone tu augusta frente.  
Mas fiando á tu atencion  
Que vencerás las estrellas,  
Porque es posible vencellas  
Un magnánimo varon,  
A palacio te han traído  
De la torre en que vivias,  
Mientras al sueño tenias

El espíritu rendido.  
 Tu padre, el Rey mi señor,  
 Vendrá á verte, y dél sabrás,  
 Segismundo, lo demas.

SEGISM. Pues vil, infame, traidor,  
 ¿Qué tengo más que saber,  
 Despues de saber quien soy,  
 Para mostrar desde hoy  
 Mi soberbia y mi poder?  
 ¿Cómo á tu patria le has hecho  
 Tal traicion, que me ocultaste  
 Á mí, pues que me negaste,  
 Contra razon y derecho,  
 Este estado?

CLOTAL. ¡Ay de mí triste!

SEGISM. Traidor fuiste con la ley,  
 Lisonjero con el Rey,  
 Y cruel conmigo fuiste;  
 Y así el Rey, la ley y yo,  
 Entre desdichas tan fieras,  
 Te condenan á que mueras  
 Á mis manos.

CRIAD. 2º Señor...

SEGISM. No  
 Me estorbe nadie, que es vana  
 Diligencia: ¡y vive Dios!  
 Si os poneis delante vos,  
 Que os eche por la ventana.

CRIAD. 2º Huye, Clotaldo.

CLOTAL. ¡Ay de tí,  
 Qué soberbia vas mostrando,  
 Sin saber que estás soñando! (Vase.)

CRIAD. 2º Advierte...

SEGISM. Aparta de aquí.

- CRIAD. 2º** Que á su Rey obedeció.  
**SEGISM.** En lo que no es justa ley  
 No ha de obedecer al Rey,  
 Y su príncipe era yo.  
**CRIAD. 2º** Él no debió examinar  
 Si era bien hecho ó mal hecho.  
**SEGISM.** Que estais mal con vos sospecho,  
 Pues me dais que replicar.  
**CLARIN.** Dice el Príncipe muy bien,  
 Y vos hicisteis muy mal.  
**CRIAD. 2º** ¿Quién os dió licencia igual?  
**CLARIN.** Yo me la he tomado.  
**SEGISM.** ¿Quién  
 Eres tú, dí?  
**CLARIN.** Entremetido,  
 Y deste oficio soy jefe,  
 Porque soy el mequetrefe  
 Mayor que se ha conocido.  
**SEGISM.** Tú sólo en tan nuevos mundos  
 Me has agradado.  
**CLARIN.** Señor,  
 Soy un grande agradador  
 De todos los Segismundos.

#### ESCENA IV.

ASTOLFO.—SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS, MÚSICOS.

**ASTOLFO.** ¡Feliz mil veces el día,  
 Oh Príncipe, que os mostrais,  
 Sol de Polonia, y llenais  
 De resplandor y alegría  
 Todos esós horizontes

Con tan divino arrebol;  
 Pues que salís como el sol  
 De los senos de los montes!  
 Salid, pues, y aunque tan tarde  
 Se corona vuestra frente  
 Del laurel resplandeciente,  
 Tarde muera.

SEGISM. Dios os guarde.

ASTOLFO. El no haberme conocido  
 Sólo por disculpa os doy  
 De no honrarme más. Yo soy  
 Astolfo, duque he nacido  
 De Moscovia, y primo vuestro:  
 Haya igualdad en los dos.

SEGISM. Si digo que os guarde Dios,  
 ¿Bastante agrado no os muestro?  
 Pero ya que haciendo alarde  
 De quien sois, desto os quejais,  
 Otra vez que me veais  
 Le diré á Dios que no os guarde.

CRIAD. 2º (A Astolfo.) Vuestra Alteza considere  
 Que como en montes nacido  
 Con todos ha procedido.

(A Segismundo.) Astolfo, señor, prefiere...

SEGISM. Cansóme como llegó  
 Grave á hablarme, y lo primero  
 Que hizo, se puso el sombrero.

CRIAD. 2º Es grande.

SEGISM. Mayor soy yo.

CRIAD. 2º Con todo eso, entre los dos  
 Que haya más respeto es bien  
 Que entre los demas.

SEGISM. ¿Y quién  
 Os mete conmigo á vos?

**ESCENA V.****ESTRELLA.—DICHOS.**

- ESTREL.** Vuestra Alteza, señor, sea  
Muchas veces bien venido  
Al dosel que agradecido  
Le recibe y le desea,  
Adonde, á pesar de engaños,  
Viva augusto y eminente,  
Donde su vida se cuente  
Por siglos, y no por años.
- SEGISM.** (A Clarín.) Díme tú ahora, ¿quién es  
Esta beldad soberana?  
¿Quién es esta diosa humana,  
Á cuyos divinos piés  
Postra el cielo su arrebol?  
¿Quién es esta mujer bella?
- CLARIN.** Es, señor, tu prima Estrella.
- SEGISM.** Mejor dijeras el sol.  
Aunque el parabien es bien (A Estrella.)  
Darme del bien que conquisto,  
De sólo haberos hoy visto  
Os admito el parabien:  
Y así, de llegarme á ver  
Con el bien que no merezco,  
El parabien agradezco,  
Estrella, que amanecer  
Podeis, y dar alegría  
Al más luciente farol.  
¿Qué dejais que hacer al sol,  
Si os levantais con el dia?  
Dadme á besar vuestra mano,

En cuya copa de nieve  
El aura candores bebe.

ESTREL. Sed más galan cortesano.

ASTOLFO. (Ap.) Soy perdido.

CRIAD. 2º (Ap. El pesar sé  
De Astolfo, y le estorbaré.)  
Advierte, señor, que no  
Es justo atreverse así,  
Y estando Astolfo...

SEGISM. ¿No digo  
Que vos no os metais conmigo?

CRIAD. 2º Digo lo que es justo.

SEGISM. Á mí  
Todo eso me causa enfado.  
Nada me parece justo  
En siendo contra mi gusto.

CRIAD. 2º Pues yo, señor, he escuchado  
De tí que en lo justo es bien  
Obedecer y servir.

SEGISM. Tambien oiste decir  
Que por un balcon, á quien  
Me canse, sabré arrojar.

CRIAD. 2º Con los hombres como yo  
No puede hacerse eso.

SEGISM. ¿No?  
¡Por Dios! que lo he de probar.

(Cògele en los brazos y éntrase, y todos trás él, volviendo  
. á salir inmediatamente.)

ASTOLFO. ¿Qué es esto que llego á ver?

ESTREL. Idle todos á estorbar. (Vase.)

SEGISM. (Volviendo.) Cayó del balcon al mar:  
¡Vive Dios! que pudo ser (1).

---

(1) Polonia no tenía puertos: Calderon por consiguiente

**A STOLFO.** Pues medid con más espacio  
Vuestras acciones severas,  
Que lo que hay de hombres á fieras,  
Hay desde un monte á palacio.

**SEGISM.** Pues en dando tan severo  
En hablar con entereza,  
Quizá no hallareis cabeza  
En que se os tenga el sombrero.

(Vase Astolfo.)

### ESCENA VI.

**BASILIO.—SEGISMUNDO, CLARIN, CRIADOS.**

**BASILIO.** ¿Qué ha sido esto?

**SEGISM.** Nada ha sido.

Á un hombre, que me ha cansado,  
Deste balcon he arrojado.

**CLARIN.** (A Segism.) Que es el Rey está advertido.

**BASILIO.** ¿Tan presto una vida cuesta  
Tu venida al primer dia?

**SEGISM.** Díjome que no podia  
Hacerse, y gané la apuesta.

**BASILIO.** Pésame mucho que cuando,  
Príncipe, á verte he venido,

---

no pudo colocar la accion del drama en una ciudad marítima. A este cargo que se ha hecho al autor por estos dos versos, creo que se responde muy fácilmente. *Mar* se llamaba en tiempo de Calderon al de *Ontigola*, que es un estanque; *Mar* se llamó despues al estanque grande de los jardines de la Granja. *Cayó del balcon al mar*, querrá, segun esto, decir: «cayó á un estanque de los jardines de palacio, cayó al estanque que está debajo del balcon.»

Pensado hallarte advertido,  
De hados y estrellas triunfando,  
Con tanto rigor te vea,  
Y que la primera accion  
Que has hecho en esta ocasion,  
Un grave homicidio sea.  
¿Con qué amor llegar podré  
A darte ahora mis brazos,  
Si de sus soberbios lazos,  
Que están enseñados sé  
A dar muerte? ¿Quién llegó  
A ver desnudo el puñal  
Que dió una herida mortal,  
Que no temiese? ¿Quién vió  
Sangriento el lugar, adonde  
A otro hombre le dieron muerte,  
Que no sienta? que el más fuerte  
A su natural responde.  
Yo así, que en tus brazos miro  
Desta muerte el instrumento,  
Y miro el lugar sangriento,  
De tus brazos me retiro;  
Y aunque en amorosos lazos  
Ceñir tu cuello pensé,  
Sin ellos me volveré,  
Que tengo miedo á tus brazos.

SEGISM. Sin ellos me podré estar  
Como me he estado hasta aquí;  
Que un padre que contra mí  
Tanto rigor sabe usar,  
Que su condicion ingrata  
De su lado me desvía,  
Como á una fiera me cria,  
Y como á un monstruo me trata

Y mi muerte solicita,  
De poca importancia fué  
Que los brazos no me dé,  
Cuando el sér de hombre me quita.

BASILIO. Al cielo y á Dios pluguiera  
Que á dártele no llegara;  
Pues ni tu voz escuchara,  
Ni tu atrevimiento viera.

SEGISM. Si no me le hubieras dado,  
No me quejara de ti;  
Pero una vez dado, sí,  
Por habérmele quitado;  
Pues aunque el dar la accion es  
Más noble y más singular,  
Es mayor bajeza el dar,  
Para quitarlo despues.

BASILIO. ¡Bien me agradeces el verte,  
De un humilde y pobre preso,  
Príncipe ya!

SEGISM.                   Pues en eso  
¿Qué tengo que agradecerte?  
Tirano de mi albedrio,  
Si viejo y caduco estás,  
¿Muriéndote, qué me das?  
¿Dasme más de lo que es mio?  
Mi padre eres y mi rey;  
Luego toda esta grandeza .  
Me da la naturaleza  
Por derecho de su ley.  
Luego aunque esté en tal estado,  
Obligado no te quedo,  
Y pedirte cuentas puedo  
Del tiempo que me has quitado  
Libertad, vida y honor;

Y así, agradéceme á mí  
Que yo no cobre de tí,  
Pues eres tú mi deudor.

**BASILIO.** Bárbaro eres y atrevido:  
Cumplió su palabra el cielo;  
Y así, para él mismo apelo,  
Soberbio y desvanecido.  
Y aunque sepas ya quién eres,  
Y desengañado estés,  
Y aunque en un lugar te ves  
Donde á todos te prefieres,  
Mira bien lo que te advierto,  
Que seas humilde y blando,  
Porque quizá estás soñando,  
Aunque ves que estás despierto. (Vase.)

**SEGISM.** ¿Que quizás soñando estoy,  
Aunque despierto me veo?  
No sueño, pues toco y creo  
Lo que he sido y lo que soy.  
Y aunque ahora te arrepientas,  
Poco remedio tendrás;  
Sé quien soy, y no podrás,  
Aunque suspires y sientas,  
Quitarme el haber nacido  
Desta corona heredero;  
Y si me viste primero  
A las prisiones rendido,  
Fué porque ignoré quién era,  
Pero ya informado estoy  
De quien soy, y sé que soy  
Un compuesto de hombre y fiera.

## ESCENA VII.

ROSAURA, *en traje de mujer*.—SEGISMUNDO,  
CLARIN, CRIADOS.

- ROSAURA. (Ap.) Siguiendo á Estrella vengo,  
Y gran temor de hallar á Astolfo tengo;  
Que Clotaldo desea  
Que no sepa quién soy, y no me vea,  
Porque dice que importa al honor mio:  
Y de Clotaldo fio  
Su efecto, pues le debo agradecida  
Aqui el amparo de mi honor y vida.
- CLARIN (A Segism.) ¿Qué es lo que te ha agradado  
Más de cuanto aquí has visto y admirado?
- SEGISM. Nada me ha suspendido;  
Que todo lo tenía prevenido;  
Mas si admirarme hubiera  
Algo en el mundo, la hermosura fuera  
De la mujer. Leia  
Una vez yo en los libros que tenía,  
Que lo que á Dios mayor estudio debe,  
Era el hombre, por ser un mundo breve;  
Mas ya que lo es recelo  
La mujer, pues ha sido un breve cielo;  
Y más beldad encierra  
Que el hombre, cuanto va de cielo á tierra;  
Y más si es la que miro.
- ROSAURA. (Ap.) El Príncipe está aquí; yo me retiro.
- SEGISM. Oye, mujer, detente;  
No juntes el ocaso y el oriente,  
Huyendo al primer paso;

Que juntos el oriente y el ocaso,  
 La luz y sombra fria,  
 Serás sin duda síncopa del día.  
 ¿Pero qué es lo que vec?

ROSAURA. Lo mismo que estoy viendo dudo y creo.

SEGISM. (Ap.) Yo he visto esta belleza  
 Otra vez.

ROSAURA. (Ap.) Yo esta pompa, esta grandeza  
 He visto reducida  
 A una estrecha prision.

SEGISM. (Ap. Ya hallé mi vida.)  
 Mujer, que aqueste nombre  
 Es el mejor requiebro para el hombre,  
 ¿Quién eres? que sin verte  
 Adoracion me debes, y de suerte  
 Por la fe te conquisto,  
 Que me persuado á que otra vez te he visto.  
 ¿Quién eres, mujer bella?

ROSAURA. Disimular me importa. Soy de Estrella  
 Una infelice dama.

SEGISM. No digas tal; di el sol, á cuya llama  
 Aquella estrella vive,  
 Pues de tus rayos resplandor recibe;  
 Yo vi en reino de olores  
 Que presidia entre escuadron de flores  
 La deidad de la rosa,  
 Y era su emperatriz por más hermosa;  
 Yo vi entre piedras finas  
 De la docta academia de sus minas  
 Preferir el diamante,  
 Y ser su emperador por más brillante;  
 Yo en esas córtés bellas  
 De la inquieta república de estrellas,  
 Ví en el lugar primero

Por rey de las estrellas al lucero;  
 Yo en esferas perfectas,  
 Llamando el sol á córtés los planetas,  
 Le ví que presidia,  
 Como mayor oráculo del día.  
 Pues ¿cómo si entre flores, entre estrellas,  
 Piedras, signos, planetas, las más bellas  
 Prefieren, tú has servido  
 La de ménos beldad, habiendo sido  
 Por más bella y hermosa,  
 Sol, lucero, diamante, estrella y rosa?

### ESCENA VIII.

CLOTALDO, *que se queda al paño.* — SEGISMUNDO,  
 ROSAURA, CLARIN, CRIADOS.

CLOTAL. (Ap.) A Segismundo reducir deseo,  
 Porque en fin le he criado: mas ¿qué veo!

ROSAURA. Tu favor reverencio:  
 Respóndate retórico el silencio:  
 Cuando tan torpe la razon se halla,  
 Mejor habla, señor, quien mejor calla.

SEGISM. No has de ausentarte, espera.  
 ¿Cómo quieres dejar de esa manera  
 A obscuras mi sentido?

ROSAURA. Esta licencia á vuestra Alteza pido.

SEGISM. Irte con tal violencia  
 No es pedirla, es tomarte la licencia.

ROSAURA. Pues si tú no la das, tomarla espero.

SEGISM. Harás que de cortés pase á grosero,  
 Porque la resistencia  
 Es veneno cruel de mi paciencia

ROSAURA. Pues cuando ese veneno,

- De furia, de rigor y saña lleno,  
 La paciencia venciera,  
 Mi respeto no osara, ni pudiera.
- SEGISM.** Sólo por ver si puedo,  
 Harás que pierda á tu hermosura el miedo,  
 Que soy muy inclinado  
 A vencer lo imposible: hoy he arrojado  
 De ese balcon á un hombre, que decia  
 Que hacerse no podia;  
 Y así por ver si puedo, cosa es llana  
 Que arrojaré tu honor por la ventana.
- CLOTAL.** (Ap.) Mucho se va empeñando.  
 ¿Qué he de hacer, cielos, cuando  
 Tras un loco deseo  
 Mi honor segunda vez á riesgo veo?
- ROSAURA.** No en vano prevenia  
 A este reino infeliz tu tiranía  
 Escándalos tan fuertes  
 De delitos, traiciones, iras, muertes.  
 Mas ¿qué ha de hacer un hombre,  
 Que no tiene de humano más que el nombre,  
 Atrevido, inhumano,  
 Cruel, soberbio, bárbaro y tirano,  
 Nacido entre las fieras?
- SEGISM.** Porque tú ese baldon no me dijeras,  
 Tan cortés me mostraba,  
 Pensando que con esto te obligaba;  
 Mas si lo soy hablando deste modo,  
 Has de decirlo, vive Dios, por todo.—  
 Hola, dejadnos solos, y esa puerta  
 Se cierre, y no entre nadie.
- (Vase Clarin y los criados.)
- ROSAURA.** Yo soy muerta.—  
 Advierte...

- SEGISM. Soy tirano,  
Y ya pretendes reducirme en vano.
- CLOTAL. (Ap.) ¡Oh qué lance tan fuerte!  
Saldré á estorbarlo, aunque me dé la muerte.  
Señor, atiende, mira. (Llega.)
- SEGISM. Segunda vez me has provocado á ira,  
Viejo caduco y loco.  
¿Mi enojo y mi rigor tienes en poco?  
¿Cómo hasta aquí has llegado?
- CLOTAL. De los acentos desta voz llamado,  
A decirte que seas  
Más apacible, si reinar deseas;  
Y no por verte ya de todos dueño,  
Seas cruel, porque quizá es un sueño.
- SEGISM. A radia me provocas,  
Cuando la luz del desengaño tocas.  
Veré, dándote la muerte,  
Si es sueño ó si es verdad.
- (Al ir á sacar la daga se la detiene Clotaldo, y se pone de rodillas.)
- CLOTAL. Yo desta suerte  
Librar mi vida espero.
- SEGISM. Quita la osada mano del acero.
- CLOTAL. Hasta que gente venga,  
Que tu rigor y cólera detenga,  
No he de soltarte.
- ROSAURA. ¡Ay cielo!
- SEGISM. Suelta, digo,  
Caduco, loco, bárbaro, enemigo,  
Ó será desta suerte, (Luchan.)  
Dándote ahora entre mis brazos muerte.
- ROSAURA. Acudid todos presto,  
Que matan á Clotaldo. (Vase.)
- (Sale Astolfo á tiempo que cae Clotaldo á sus piés, y él se pone en medio.)



- SEGISM. Mucho, señor, aunque hayas tú venido:  
Yo á ese viejo matar he pretendido.
- BASILIO. ¿Respeto no tenías  
A estas canas?
- CLOTAL. Señor, ved que son mias:  
Que no importa veréis.
- SEGISM. Acciones vanas,  
Querer que tenga yo respeto á canas;  
Pues áun esas podria (Al Rey.)  
Ser que viese á mis plantas algun dia,  
Porque áun no estoy vengado  
Del modo injusto con que me has criado.
- (Vase.)
- BASILIO. Pues ántes que lo veas,  
Volverás á dormir adonde creas  
Que cuanto te ha pasado,  
Como fué bien del mundo, fué soñado.  
(Vanse el Rey, Clotaldo y el acompañamiento.)

## ESCENA XI.

### ESTRELLA, ASTOLFO.

- ASTOLFO. ¡Qué pocas veces el hado,  
Que dice desdichas, miente,  
Pues es tan cierto en los males,  
Cuanto dudoso en los bienes!  
¡Qué buen astrólogo fuera,  
Si siempre casos crueles  
Anunciara; pues no hay duda  
Que ellos fueran verdad siempre!  
Conocerse esta experiencia  
En mí y Segismundo puede,

Estrella, pues en los dos  
Hace muestras diferentes.  
En él previno rigores,  
Soberbias, desdichas, muertes,  
Y en todo dijo verdad,  
Porque todo, al fin, sucede;  
Pero en mí, que al ver, señora,  
Esos rayos excelentes,  
De quien el sol fué una sombra  
Y el cielo un amago breve,  
Que me previno venturas,  
Trofeos, aplausos, bienes,  
Dijo mal, y dijo bien;  
Pues sólo es justo que acierte  
Cuando amaga con favores  
Y ejecuta con desdenes.

ESTREL. No dudo que esas finezas  
Son verdades evidentes;  
Mas serán por otra dama,  
Cuyo retrato pendiente  
Al cuello tragisteis cuando  
Llegasteis, Astolfo, á verme;  
Y siendo así, esos requiebros  
Ella sola los merece.  
Acudid á que ella os pague,  
Que no son buenos papeles  
En el consejo de amor  
Las finezas ni las feos  
Que se hicieron en servicio  
De otras damas y otros reyes.

## ESCENA XII.

ROSAURA, *que se queda al paño.*—ESTRELLA,  
ASTOLFO.

ROSAURA. (Ap.) ¡Gracias á Dios que llegaron  
Ya mis desdichas crueles  
Al término suyo, pues  
Quien esto ve nada teme!

ASTOLFO. Yo haré que el retrato salga  
Del pecho, para que éntre  
La imágen de tu hermosura.  
Donde entra Estrella no tiene  
Lugar la sombra, ni estrella  
Donde el sol; voy á traerle.—  
(Ap. Perdona, Rosaura hermosa,  
Este agravio, porque ausentes,  
No se guardan más fe que esta  
Los hombres y las mujeres.) (Vase.)  
(Adelántase Rosaura.)

ROSAURA. (Ap.) Nada he podido escuchar,  
Temerosa que me viese.

ESTREL. ¡Astrea!

ROSAURA. Señora mia.

ESTREL. Heme holgado que tú fueses  
La que llegaste hasta aquí;  
Porque de tí solamente  
Fiara un secreto.

ROSAURA. Honras,  
Señora, á quien te obedece.

ESTREL. En el poco tiempo, Astrea,

Que ha que te conozco, tienes  
De mi voluntad las llaves;  
Por esto, y por ser quien eres,  
Me atrevo á fiar de tí  
Lo que áun de mí muchas veces  
Recaté.

ROSAURA. Tu esclava soy.

ESTREL. Pues para decirlo en breve,  
Mi primo Astolfo (bastara  
Que mi primo te dijese,  
Porque hay cosas que se dicen  
Con pensarlas solamente),  
Ha de casarse conmigo,  
Si es que la fortuna quiere  
Que con una dicha sola  
Tantas desdichas descuente.  
Pesóme que el primer dia  
Echado al cuello trajese  
El retrato de una dama:  
Habléle en él (1) cortésmente,  
Es galan, y quiere bien,  
Fué por él, y ha de traerle  
Aquí; embarázame mucho  
Que él á mí á dármele llegue:  
Quédate aquí, y cuando venga,  
Le dirás que te le entregue  
Á tí. No te digo más;  
Discreta y hermosa eres:  
Bien sabrás lo que es amor. (Vase.)

---

(1) *Hablar en* equivalia ántes á *hablar de*.

**ESCENA XIII.****ROSAURA.**

¡Ojalá no lo supiese!  
¡Válgame el cielo! ¿quién fuera  
Tan atenta y tan prudente,  
Que supiera aconsejarse  
Hoy en ocasion tan fuerte?  
¿Habrá persona en el mundo  
Á quien el cielo inclemente  
Con más desdichas combata  
Y con más pesares cerque?  
¿Qué haré en tantas confusiones,  
Donde imposible parece  
Que halle razon que me alivie,  
Ni alivio que me consuele?  
Desde la primer desdicha,  
No hay suceso ni accidente  
Que otra desdicha no sea;  
Que unas á otras suceden,  
Herederas de sí mismas.  
Á la imitacion del Fénix,  
Unas de las otras nacen,  
Viviendo de lo que mueren,  
Y siempre de sus cenizas  
Está el sepulcro caliente.  
Que eran cobardes, decia  
Un sabio, por parecerle  
Que nunca andaba una sola;  
Yo digo que son valientes,  
Pues siempre van adelante,

---

Y nunca la espalda vuelven:  
Quien las llevare consigo,  
Á todo podrá atreverse,  
Pues en ninguna ocasion  
No haya miedo que le dejen.  
Dígalo yo, pues en tantas  
Como á mi vida suceden,  
Nunca me he hallado sin ellas,  
Ni se han cansado hasta verme,  
Herida de la fortuna,  
En los brazos de la muerte.  
¡Ay de mí! ¿qué debo hacer  
Hoy en la ocasion presente?  
Si digo quien soy. Clotaldo,  
Á quien mi vida le debe  
Este amparo y este honor,  
Conmigo ofenderse puede;  
Pues me dice que callando  
Honor y remedio espere.  
Si no he de decir quien soy  
Á Astolfo, y él llega á verme,  
¿Cómo he de disimular?  
Pues aunque fingirlo intenten  
La voz, la lengua y los ojos,  
Les dirá el alma que mienten.  
¿Qué haré? ¿Mas para qué estudio  
Lo que haré, si es evidente  
Que por más que lo prevenga,  
Que lo estudie y que lo piense,  
En llegando la ocasion  
Ha de hacer lo que quisiere  
El dolor? porque ninguno  
Imperio en sus penas tiene.  
Y pues á determinar

Lo que ha de hacer no se atreve  
 El alma, llegue el dolor  
 Hoy á su término, llegue  
 La pena á su extremo, y salga  
 De dudas y pareceres  
 De una vez; pero hasta entónces  
 Valedme, cielos, valedme.

### ESCENA XIV.

ASTOLFO, *que trae el retrato*.—ROSAURA.

ASTOLFO. Este es, señora, el retrato;  
 Mas ¡ay Dios!

ROSAURA. ¿Qué se suspende  
 Vuestra Alteza? ¿qué se admira?

ASTOLFO. De oírte, Rosaura, y verte.

ROSAURA. ¿Yo Rosaura? Hase engañado  
 Vuestra Alteza, si me tiene  
 Por otra dama; que yo  
 Soy Astrea, y no merece  
 Mi humildad tan grande dicha  
 Que esa turbacion le cueste.

ASTOLFO. Basta, Rosaura, el engaño,  
 Porque el alma nunca miente,  
 Y aunque como á Astrea te mire,  
 Como á Rosaura te quiere.

ROSAURA. No he entendido á vuestra Alteza,  
 Y así no sé responderle:  
 Sólo lo que yo diré  
 Es que Estrella (que lo puede  
 Ser de Vénus) me mandó  
 Que en esta parte le espere,

Y de la suya le diga  
Que aquel retrato me entregue,  
Que está muy puesto en razon,  
Y yo misma se lo lleve.  
Estrella lo quiere así,  
Porque áun las cosas más leves  
Como sean en mi daño,  
Es Estrella quien las quiere.

ASTOLFO. Aunque más esfuerzos hagas,  
;Oh qué mal, Rosaura, puedes  
Disimular! Dí á los ojos  
Que su música concierten  
Con la voz; porque es forzoso  
Que desdiga y que disuene  
Tan destemplado instrumento,  
Que ajustar y medir quiere  
La falsedad de quien dice,  
Con la verdad de quien siente.

ROSAURA. Ya digo que sólo espero  
El retrato.

ASTOLFO. Pues que quieres  
Llevar al fin el engaño,  
Con él quiero responderte.  
Dirásle, Astrea, á la Infanta,  
Que yo la estimo de suerte  
Que, pidiéndome un retrato,  
Poca fineza parece  
Enviársele, y así,  
Porque le estime y le precie  
Le envió el original;  
Y tú llevársele puedes,  
Pues ya le llevas contigo,  
Como á tí misma te lleves.

ROSAURA. Cuando un hombre se dispone,

Restado, altivo y valiente,  
 A salir con una empresa,  
 Aunque por trato le entreguen  
 Lo que valga más, sin ella  
 Necio y desairado vuelve.  
 Yo vengo por un retrato,  
 Y aunque un original lleve  
 Que vale más, volveré  
 Desairada: y así, déme  
 Vuestra Alteza ese retrato,  
 Que sin él no he de volverme.

ASTOLFO. ¿Pues cómo, si no he darle,  
 Le has de llevar?

ROSAURA. Desta suerte.

Suéltale, ingrato. (Trata de quitársele.)

ASTOLFO. Es en vano.

ROSAURA. ¡Vive Dios, que no ha de verse  
 En manos de otra mujer!

ASTOLFO. Terrible estás.

ROSAURA. Y tú aleve.

ASTOLFO. Ya basta, Rosauro mia.

ROSAURA. ¿Yo tuya? Villano, mientes.

(Están asidos ambos del retrato.)

## ESCENA XV.

ESTRELLA.—ROSAURA, ASTOLFO.

ESTREL. Astrea, Astolfo, ¿qué es esto?

ASTOLFO. (Ap.) Aquesta es Estrella.

ROSAURA. (Ap. Déme

Para cobrar mi retrato,

Ingenio el amor.) Si quieres (A Estrella.)

Saber lo que es, yo, señora,  
Te lo diré.

**ASTOLFO.** (Ap. á Rosaura.) ¿Qué pretendes?

**ROSAURA.** Mandásteme que esperase  
Aquí á Astolfo, y le pidiese  
Un retrato de tu parte.  
Quedé sola, y como vienen  
De unos discursos á otros  
Las noticias fácilmente,  
Viéndote hablar de retratos,  
Con su memoria acordéme  
De que tenía uno mio  
En la manga. Quise verle,  
Porque una persona sola  
Con locuras se divierte;  
Cayóseme de la mano  
Al suelo: Astolfo, que viene  
Á entregarte el de otra dama,  
Le levantó, y tan rebelde  
Está en dar el que le pides,  
Que en vez de dar uno, quiere  
Llevar otro; pues el mio  
Aun no es posible volverme,  
Con ruegos y persuasiones:  
Colérica é impaciente  
Yo, se le quise quitar.  
Aquel que en la mano tiene,  
Es mio, tú lo verás  
Con ver si se me parece.

**ESTREL.** Soltad, Astolfo, el retrato.

(Quítasele de la mano.)

**ASTOLFO.** Señora...

**ESTREL.** No son crueles  
Á la verdad los matices.

ROSAURA. ¿No es mio?

ESTREL. ¿Qué duda tiene?

ROSAURA. Ahora dí que te dé el otro.

ESTREL. Toma tu retrato, y véte.

ROSAURA. (Ap.) Yo he cobrado mi retrato,  
Venga ahora lo que viniere. (Vase.)

### ESCENA XVI.

ESTRELLA, ASTOLFO.

ESTREL. Dadme ahora el retrato vos  
Que os pedi; que aunque no piense  
Veros ni hablaros jamás,  
No quiero, no, que se quede  
En vuestro poder, siquiera  
Porque yo tan neciamente  
Le he pedido.

ASTOLFO. (Ap. ¿Cómo puedo  
Salir de lance tan fuerte?)  
Aunque quiera, hermosa Estrella,  
Servirte y obedecerte,  
No podré darte el retrato  
Que me pides, porque...

ESTREL. Eres  
Villano y grosero amante.  
No quiero que me le entregues;  
Porque yo tampoco quiero,  
Con tomarle, que me acuerdes  
Que te le he pedido yo. (Vase.)

ASTOLFO. Oye, escucha, mira, advierte.—  
¡Válgate Dios por Rosaura!

¿Dónde, cómo ó de qué suerte  
 Hoy á Polonia has venido  
 Á perderme y' á perderte? (Vase.)

Prision del Principe en la torre.

### ESCENA XVII.

SEGISMUNDO, *como al principio, con pieles y cadena, echado en el suelo*; CLOTALDO, DOS CRIADOS  
 y CLARIN.

CLOTAL. Aquí le habeis de dejar,  
 Pues hoy su soberbia acaba  
 Donde empezó.

UN CRIADO. Como estaba,  
 La cadena vuelvo á atar.

CLARIN. No acabes de despertar,  
 Segismundo, para verte  
 Perder, trocada la suerte,  
 Siendo tu gloria fingida,  
 Una sombra de la vida  
 Y una llama de la muerte.

CLOTAL. Á quien sabe discurrir  
 Así, es bien que se prevenga  
 Una estancia, donde tenga  
 Harto lugar de argüir.—  
 Este es al que habeis de asir, (A los criados.)  
 Y en este cuarto encerrar.  
 (Señalando la pieza inmediata.)

CLARIN. ¿Por qué á mí?

CLOTAL. Porque ha de estar

- Guardado en prision tan grave,  
 Clarin que secretos sabe,  
 Donde no pueda sonar.
- CLARIN. ¿Yo, por dicha, solícito,  
 Dar muerte á mi padre? No.  
 ¿Arrojé del balcon yo  
 Al Icaro de poquito?  
 ¿Yo sueño ó duermo? ¿Á qué fin  
 Me encierran?
- CLOTAL. Eres Clarin.
- CLARIN. Pues ya digo que seré  
 Corneta, y que callaré,  
 Qué es instrumento ruin.  
 (Llévaule, y queda solo Clotaldo.)

### ESCENA XVIII.

BASILIO, *rebozado*.—CLOTALDO, SEGISMUNDO,  
*adormecido*.

- BASILIO. Clotaldo.
- CLOTAL. ¡Señor! ¿así  
 Viene vuestra Majestad?
- BASILIO. La necia curiosidad  
 De ver lo que pasa aquí  
 Á Segismundo (¡ay de mí!),  
 Deste modo me ha traído.
- CLOTAL. Mirale allí reducido  
 Á su miserable estado.
- BASILIO. ¡Ay Príncipe desdichado  
 Y en triste punto nacido!  
 Llega á despertarle, ya  
 Que fuerza y vigor perdió

- Con el opio que bebió.
- CLOTAL. Inquieto, señor, está,  
Y hablando.
- BASILIO. ¿Qué soñará  
Ahora? Escuchemos, pues.
- SEGISM. (Entre sueños.) Piadoso príncipe es  
El que castiga tiranos:  
Clotaldo muera á mis manos.  
Mi padre bese mis piés.
- CLOTAL. Con la muerte me amenaza.
- BASILIO. Á mí con rigor y afrenta.
- CLOTAL. Quitarme la vida intenta.
- BASILIO. Rendirme á sus plantas traza.
- SEGISM. (Entre sueños.) Salga á la anchurosa plaza  
Del gran teatro del mundo  
Este valor sin segundo:  
Porque mi venganza cuadre  
Vean triunfar de su padre  
Al príncipe Segismundo. (Despierta.)  
Mas ¡ay de mí! ¿dónde estoy?
- BASILIO. Pues á mí no me ha de ver: (A Clotaldo.)  
Ya sabes lo que has de hacer.  
Desde allí á escucharle voy. (Retírase.)
- SEGISM. ¿Soy yo por ventura? ¿soy  
El que preso y aherrojado  
Llego á verme en tal estado?  
¿No sois mi sepulcro vos,  
Torre? Sí. ¡Válgame Dios,  
Qué de cosas he soñado!
- CLOTAL. (Ap.) Á mí me toca llegar  
Á hacer la deshecha ahora.—  
¿Es ya de despertar hora?
- SEGISM. Sí, hora es ya de despertar.
- CLOTAL. ¿Todo el día te has de estar

Durmiendo? ¿Desde que yo  
Al águila que voló  
Con tardo vuelo seguí,  
Y te quedaste tú aquí,  
Nunca has despertado?

SEGISM.

No,

Ni aún agora he despertado;  
Que segun, Clotaldo, entiendo,  
Todavía estoy durmiendo:  
Y no estoy muy engañado;  
Porque si ha sido soñado  
Lo que ví palpable y cierto,  
Lo que veo será incierto;  
Y no es mucho que rendido,  
Pues veo estando dormido,  
Que sueñe estando despierto.

CLOTAL. Lo que soñaste me dí.

SEGISM.

Supuesto que sueño fué,  
No diré lo que soñé,  
Lo que ví, Clotaldo, sí.  
Yo desperté, yo me ví  
(¡Qué crueldad tan lisonjera!)  
En un lecho, que pudiera  
Con matices y colores  
Ser el catre de las flores  
Que tejió la primavera.  
Aquí mil nobles rendidos  
Á mis piés nombre me dieron  
De su príncipe, y sirvieron  
Galas, joyas y vestidos.  
La calma de mis sentidos  
Tú trocaste en alegría,  
Diciendo la dicha mia,  
Que, aunque estoy desta manera,

- Príncipe en Polonia era.
- CLOTAL.** Buenas albricias tendria.
- SEGISM.** No muy buenas: por traidor,  
Con pecho atrevido y fuerte  
Dos veces te daba muerte.
- CLOTAL.** ¿Para mí tanto rigor?
- SEGISM.** De todos era señor,  
Y de todos me vengaba;  
Sólo á una mujer amaba...  
Que fué verdad, creo yo,  
En que todo se acabó,  
Y esto solo no se acaba. (Vase el Rey.)
- CLOTAL.** (Ap. Enternecido se ha ido  
El Rey de haberle escuchado.)  
Como habíamos hablado  
De aquella águila, dormido,  
Tu sueño imperios han sido;  
Mas en sueños fuera bien  
Honrar entónces á quien  
Te crió en tantos empeños,  
Segismundo, que áun en sueños  
No se pierde el hacer bien. (Vase.)

### ESCENA XIX.

#### SEGISMUNDO.

Es verdad; pues reprimamos  
Esta fiera condicion,  
Esta furia, esta ambicion,  
Por si alguna vez soñamos:  
Y sí haremos, pues estamos  
En mundo tan singular,

---

Que el vivir sólo es soñar;  
Y la experiencia me enseña  
Que el hombre que vive, sueña  
Lo que es, hasta despertar.  
Sueña el rey que es rey, y vive  
Con este engaño mandando,  
Disponiendo y gobernando;  
Y este aplauso, que recibe  
Prestado, en el viento escribe;  
Y en cenizas le convierte  
La muerte (¡desdicha fuerte!):  
¿Que hay quien intente reinar,  
Viendo que ha de despertar  
En el sueño de la muerte?  
Sueña el rico en su riqueza,  
Que más cuidados le ofrece;  
Sueña el pobre que padece  
Su miseria y su pobreza;  
Sueña el que á medrar empieza,  
Sueña el que afana y pretende,  
Sueña el que agravia y ofende,  
Y en el mundo, en conclusion,  
Todos sueñan lo que son,  
Aunque ninguno lo entiende.  
Yo sueño que estoy aquí  
Destas prisiones cargado,  
Y soñé que en otro estado  
Mas lisonjero me ví.  
¿Qué es la vida? Un frenesí:  
¿Qué es la vida? Una ilusion,  
Una sombra, una ficcion,  
Y el mayor bien es pequeño;  
Que toda la vida es sueño,  
Y los sueños sueños son.

## JORNADA TERCERA.

---

### ESCENA PRIMERA.

#### CLARIN.

En una encantada torre,  
Por lo que sé, vivo preso:  
¿Qué me harán por lo que ignoro,  
Si por lo que sé me han muerto?  
¡Que un hombre con tanta hambre  
Viniese á morir viviendo!  
Lástima tengo de mí;  
Todos dirán: «bien lo creo»;  
Y bien se puede creer,  
Pues para mí este silencio  
No conforma con el nombre  
Clarín, y callar no puedo.  
Quien me hace compañía  
Aquí, si á decirlo acierto,  
Son arañas y ratones:  
¡Miren qué dulces jilgueros!  
De los sueños desta noche  
La triste cabeza tengo  
Llena de mil chirimías,  
De trompetas y embelecós,  
De procesiones, de cruces,

De disciplinantes; y estos  
Unos suben, otros bajan,  
Unos se desmayan viendo  
La sangre que llevan otros:  
Mas yo, la verdad diciendo,  
De no comer me desmayo;  
Que en una prision me veo,  
Donde ya todos los dias  
En el filósofo leo  
Nicomédes, y las noches  
En el concilio Niceno.  
Si llaman santo al callar,  
Como en calendario nuevo,  
San secreto es para mí,  
Pues le ayuno y no le huelgo;  
Aunque está bien merecido  
El castigo que padezco,  
Pues callé, siendo criado,  
Que es el mayor sacrilegio.

(Ruido de cajas y clarines, y voces dentro.)

## ESCENA II.

SOLDADOS.—CLARIN.

SOLD. 1.<sup>o</sup> (Dentro.) Esta es la torre en que está.  
Echad la puerta en el suelo:  
Entrad todos.

CLARIN.                                   ;Vive Dios!  
Que á mí me buscan, es cierto,  
Pues que dicen que aquí estoy.  
¿Qué me querrán?

SOLD. 1.<sup>o</sup> (Dentro.) Entrad dentro.

(Salen varios soldados.)

SOLD. 2.<sup>o</sup> Aquí está.

CLARIN. No está.

SOLDADOS (Todos.) Señor...

CLARIN. (Ap.) ¿Si vienen borrachos estos?

SOLD. 1.<sup>o</sup> Tú nuestro príncipe eres;  
Ni admitimos ni queremos  
Sino al señor natural,  
Y lo á príncipe extranjero.  
Á todos nos da los piés.

SOLDADOS ¡Viva el gran Príncipe nuestro!

CLARIN. (Ap.) Vive Dios, que va de véras.

¿Si es costumbre en este reino  
Prender uno cada dia  
Y hacerle príncipe, y luego  
Volverle á la torre? Sí,  
Pues cada dia lo veo:  
Fuerza es hacer mi papel.

SOLDADOS Danos tus plantas.

CLARIN. No puedo,

Porque las he menester  
Para mí, y fuera defecto  
Ser príncipe desplantado.

SOLD. 2.<sup>o</sup> Todos á tu padre mesmo  
Le dijimos que á tí sólo  
Por príncipe conocemos,  
No al de Moscovia.

CLARIN. ¿Á mi padre

Le perdisteis el respeto?  
Sois unos tales por cuales.

SOLD. 1.<sup>o</sup> Fué lealtad de nuestro pecho.

CLARIN. Si fué lealtad, yo os perdono.

SOLD. 2.<sup>o</sup> Sal á restaurar tu imperio.

¡Viva Segismuddo!

TODOS.

¡Viva!

CLARIN. (Ap.) ¿Segismundo dicen? Bueno:  
Segismundos llaman todos  
Los príncipes contrahechos.

### ESCENA III.

SEGISMUNDO.—CLARIN, SOLDADOS.

SEGISM. ¿Quién nombra aquí á Segismundo?

CLARIN. (Ap.) ¡Mas que soy príncipe huero!

SOLD. 1.<sup>o</sup> ¿Quién es Segismundo?

SEGISM. Yo.

SOLD. 2.<sup>o</sup> (A Clarin.) ¿Pues cómo, atrevido y necio,  
Tú te hacías Segismundo?

CLARIN. ¿Yo Segismundo? Eso niego.  
Vosotros fuisteis los que  
Me segismundeasteis: luego  
Vuestra ha sido solamente  
Necedad y atrevimiento.

SOLD. 1.<sup>o</sup> Gran príncipe Segismundo  
(Que las señas que traemos  
Tuyas son, aunque por fe  
Te aclamamos señor nuestro),  
Tu padre el gran rey Basilio,  
Temeroso que los cielos  
Cumplan un hado, que dice  
Que ha de verse á tus piés puesto,  
Vencido de tí, pretende  
Quitarte accion y derecho  
Y dársele á Astolfo, duque

De Moscovia. Para esto  
 Juntó su corte, y el vulgo,  
 Penetrando ya y sabiendo  
 Que tiene rey natural,  
 No quiere que un extranjero  
 Venga á mandarle. Y así,  
 Haciendo noble desprecio  
 De la inclemencia del hado,  
 Te ha buscado donde preso  
 Vives, para que asistido  
 De sus armas, y saliendo  
 Desta torre á restaurar  
 Tu imperial corona y cetro,  
 Se la quites á un tirano.  
 Sal, pues; que en ese desierto,  
 Ejército numeroso  
 De bandidos y plebeyos  
 Te aclama: la libertad  
 Te espera; oye sus acentos.

*Voces.* (Dentro.) ¡Viva Segismundo, viva!  
 SEGISM. ¡Otra vez (¡que es esto, cielos!)  
 Quereis que sueñe grandezas,  
 Que ha de deshacer el tiempo?  
 ¡Otra vez quereis que vea  
 Entre sombras y bosquejos  
 La majestad y la pompa  
 Desvanecida del viento?  
 ¡Otra vez quereis que toque  
 El desengaño, ó el riesgo  
 Á que el humano poder  
 Nace humilde y vive atento?  
 Pues no ha de ser, no ha de ser  
 Mirarme otra vez sujeto  
 A mi fortuna; y pues sé

Que toda esta vida es sueño,  
 Idos, sombras, que fingís  
 Hoy á mis sentidos muertos  
 Cuerpo y voz, siendo verdad  
 Que ni teneis voz ni cuerpo;  
 Que no quiero majestades  
 Fingidas, pompas no quiero  
 Fantásticas, ilusiones  
 Que al soplo ménos ligero  
 Del aura han de deshacerse,  
 Bien como el florido almendro,  
 Que por madregar sus flores,  
 Sin aviso y sin consejo,  
 Al primer soplo se apagan,  
 Marchitando y desluciendo  
 De sus rosados capillos  
 Belleza, luz y ornamento.  
 Ya os conozco, ya os conozco,  
 Y sé que os pasa lo mesmo  
 Con cualquiera que se duerme:  
 Para mí no hay fingimientos;  
 Que, desengañado ya,  
 Sé bien que *la vida es sueño*.

SOLD. 2.<sup>o</sup> Si piensas que te engañamos,  
 Vuelve á esos montes soberbios  
 Los ojos, para que veas  
 La gente que aguarda en ellos  
 Para obedecerte.

SEGISM.

Ya

Otra vez ví aquesto mesmo  
 Tan clara y distintamente  
 Como ahora lo estoy viendo,  
 Y fué sueño.

SOLD. 2.<sup>o</sup>

Cosas grandes

Siempre, gran señor, trajeron  
Anuncios; y esto seria,  
Si lo soñaste primero.

SEGISM. Dices bien, anuncio fué;  
Y caso que fuese cierto,  
Pues que la vida es tan corta,  
Soñemos, alma, soñemos  
Otra vez; pero ha de ser  
Con atencion y consejo  
De que hemos de despertar  
Deste gusto al mejor tiempo;  
Que llevándolo sabido,  
Será el desengaño ménos;  
Que es hacer burla del daño  
Adelantarle el consejo.  
Y con esta prevencion  
De que cuando fuese cierto,  
Es todo el poder prestado  
Y ha de volverse á su dueño,  
Atrévámonos á todo.—  
Vasallos, yo os agradezco  
La lealtad; en mí llevais  
Quien os libre osado y diestro  
De extranjera esclavitud.  
Tocad al arma, que presto  
Vereis mi inmenso valor.  
Contra mi padre pretendo  
Tomar armas, y sacar  
Verdaderos á los cielos.  
Puesto he de verle á mis plantas...  
(Ap. Mas si ántes desto despierto,  
¿No será bien no decirlo,  
Supuesto que no he de hacerlo?)  
Todos. ¡Viva Segismundo, viva!

## ESCENA IV.

CLOTALDO.—SEGISMUNDO, CLARIN, SOLDADOS.

- CLOTAL. ¿Qué alboroto es este, cielos?
- SEGISM. Clotaldo.
- CLOTAL. Señor... (Ap. En mí  
Su rigor prueba.)
- CLARIN. (Ap.) Yo apuesto,  
Que le despeña del monte. (Vase.)
- CLOTAL. Á tus reales plantas llego,  
Ya sé que á morir.
- SEGISM. Levanta,  
Levanta, padre, del suelo;  
Que tú has de ser norte y guía  
De quien fie mis aciertos;  
Que ya sé que mi crianza  
Á tu mucha lealtad debo.  
Dame los brazos.
- CLOTAL. ¿Qué dices?
- SEGISM. Que estoy soñando, y que quiero  
Obrar bien, pues no se pierde  
El hacer bien, aún en sueños.
- CLOTAL. Pues, señor, si el obrar bien  
Es ya tu blason, es cierto  
Que no te ofenda el que yo  
Hoy solicite lo mismo.  
¡Á tu padre has de hacer guerra!  
Yo aconsejarte no puedo  
Contra mi rey, ni valerte.  
Á tus plantas estoy puesto,  
Dáme la muerte.



Pues todo fácil de parar se mira,  
 Mas que de un vulgo la soberbia ira.  
 Dígalo en bandos el rumor partido,  
 Pues se oye resonar en lo profundo  
 De los montes el eco repetido,  
 Unos ¡Astolfo! y otros ¡Segismundo!  
 El dosel de la jura, reducido  
 A segunda intencion, á horror segundo,  
 Teatro funesto es, donde importuna  
 Representa tragedias la fortuna.

ASTOLFO. Señor, suspéndase hoy tanta alegría;  
 Cese el aplauso y gusto lisonjero,  
 Que tu mano feliz me prometia;  
 Que si Polonia (á quien mandar espero)  
 Hoy se resiste á la obediencia mia,  
 Es porque la merezca yo primero.  
 Dadme un caballo, y de arrogancia lleno,  
 Rayo descienda el que blasona trueno. (Vase.)

BASILIO. Poco reparo tiene lo infalible,  
 Y mucho riesgo lo previsto tiene:  
 Si ha de ser, la defensa es imposible,  
 Que quien la excusa más, más la previene.  
 ¡Dura ley! ¡fuerte caso! ¡horror terrible!  
 Quien piensa huir el riesgo, al riesgo viene:  
 Con lo que yo guardaba me he perdido;  
 Yo mismo, yo mi patria he destruido.

## ESCENA VI.

ESTRELLA.—BASILIO.

ESTREL. Si tu presencia, gran señor, no trata  
 De enfrenar el tumulto sucedido,  
 Que de uno en otro bando se dilata

Por las calles y plazas dividido,  
 Verás tu reino en ondas de escarlata  
 Nadar, entre la púrpura teñido  
 De su sangre, que ya con triste modo,  
 Todo es desdichas y tragedias todo.  
 Tanta es la ruina de tu imperio, tanta  
 La fuerza del rigor duro, sangriento,  
 Que visto admira, y escuchado espanta.  
 El sol se turba y se embaraza el viento;  
 Cada piedra un pirámide levanta,  
 Y cada flor construye un monumento,  
 Cada edificio es un sepulcro altivo,  
 Cada soldado un esqueleto vivo.

### ESCENA VII.

CLOTALDO.—BASILIO, ESTRELLA.

- CLOTAL.** ¡Gracias á Dios que vivo á tus piés llego!  
**BASILIO.** Clotaldo, ¿pues qué hay de Segismundo?  
**CLOTAL.** Que el vulgo, monstruo despeñado y ciego,  
 La torre penetró, y de lo profundo  
 Della sacó su príncipe, que luego  
 Que vió segunda vez su honor segundo,  
 Valiente se mostró, diciendo fiero,  
 Que ha de sacar al cielo verdadero.  
**BASILIO.** Dadme un caballo, porque yo en persona  
 Vencer valiente un hijo ingrato quiero;  
 Y en la defensa ya de mi corona  
 Lo que la ciencia erró, venza el acero. (Vase.)  
**ESTREL.** Pues yo al lado del Sol seré Belona:  
 Poner mi nombre junto al suyo espero;  
 Que he de volar sobre tendidas alas  
 Á competir con la deidad de Pálas.  
 (Vase, y tocan al arma.)

## ESCENA VIII.

ROSAURA, *que detiene á CLOTALDO.*

ROSAURA. Aunque el valor que se encierra  
En tu pecho, desde allí  
Da voces, óyeme á mi,  
Que yo sé que todo es guerra.  
Bien sabes que yo llegué  
Pobre, humilde y desdichada  
A Polonia, y amparada  
De tu valor, en tí hallé  
Piedad; mandásteme (¡ay cielos!)  
Que disfrazada viviese  
En palacio, y pretendiese,  
Disimulando mis celos,  
Guardarme de Astolfo. En fin  
El me vió, y tanto atropella  
Mi honor, que viéndome, á Estrella  
De noche habla en un jardín:  
Deste la llave he tomado,  
Y te podré dar lugar  
De que en él puedas entrar  
A dar fin á mi cuidado.  
Así altivo, osado y fuerte,  
Volver por mi honor podrás,  
Pues que ya resuelto estás  
A vengarme con su muerte.

CLOTAL. Verdad es que me incliné,  
Desde el punto que te ví,  
A hacer, Rosaura, por tí  
(Testigo tu llanto fué)

Cuanto mi vida pudiese.  
Lo primero que intenté,  
Quitarte aquel traje fué;  
Porque, si acaso, te viese  
Astolfo en tu propio traje,  
Sin juzgar á liviandad  
La loca temeridad  
Que hace del honor ultraje.  
En este tiempo trazaba  
Cómo cobrar se pudiese  
Tu honor perdido, aunque fuese  
(Tanto tu honor me arrastraba)  
Dando muerte á Astolfo. ¡Mira  
Qué caduco desvarío!  
Si bien, no siendo rey mio,  
Ni me asombra, ni me admira.  
Darle pensé muerte; cuando  
Segismundo pretendió  
Dármela á mí, y él llegó,  
Su peligro atropellando,  
A hacer en defensa mia  
Muestras de su voluntad,  
Que fueron temeridad,  
Pasando de valentía.  
¡Pues cómo yo ahora (advierte),  
Teniendo alma agradecida,  
A quien me ha dado la vida  
Le tengo de dar la muerte?  
Y así, entre los dos partido  
El efecto y el cuidado,  
Viendo que á tí te la he dado,  
Y que dél la he recibido,  
No sé á qué parte acudir:  
No sé á qué parte ayudar,

---

Si á tí me obligué con dar,  
Dél lo estoy con recibir;  
Y así, en la accion que se ofrece,  
Nada á mi amor satisface,  
Porque soy persona que hace,  
Y persona que padece.

ROSAURA. No tengo que prevenir  
Que en un varon singular,  
Cuanto es noble accion el dar,  
Es baja el recibir.  
Y este principio asentado,  
No has de estarle agradecido,  
Supuesto que si él ha sido  
El que la vida te ha dado,  
Y tú á mí, evidente cosa  
Es, que él forzó tu nobleza  
A que hiciese una baja,  
Y yo una accion generosa.  
Luego estás dél ofendido,  
Luego estás de mí obligado,  
Supuesto que á mí me has dado  
Lo que dél has recibido;  
Y así debes acudir  
A mi honor en riesgo tanto,  
Pues yo le prefiero, cuanto  
Va de dar á recibir.

CLOTAL. Aunque la nobleza vive  
De la parte del que da,  
El agradecerla está  
De parte del que recibe.  
Y pues ya dar he sabido,  
Ya tengo con nombre honroso  
El nombre de generoso:  
Déjame el de agradecido;

Pues le puedo conseguir  
Siendo agradecido, cuanto  
Liberal, pues honra tanto  
El dar como el recibir.

ROSAURA. De tí recibí la vida,  
Y tú mismo me dijiste,  
Cuando la vida me diste,  
Que la que estaba ofendida  
No era vida: luego yo  
Nada de tí he recibido;  
Pues vida no vida ha sido  
La que tu mano me dió.  
Y si debes ser primero  
Liberal que agradecido  
(Como de tí mismo he oído),  
Que me des la vida espero,  
Que no me la has dado; y pues  
El dar engrandece más,  
Si ántes liberal, serás  
Agradecido despues.

CLOTAL. Vencido de tu argumento,  
Antes liberal seré.  
Yo, Rosaura, te daré  
Mi hacienda, y en un convento  
Vive; que está bien pensado  
El medio que solicito;  
Pues huyendo de un delito,  
Te recoges á un sagrado;  
Que cuando desdichas siente  
El reino, tan dividido,  
Habiendo noble nacido,  
No he de ser quien las aumente.  
Con el remedio elegido  
Soy en el reino leal,

Soy contigo liberal,  
 Con Astolfo agradecido;  
 Y así escoge el que te cuadre,  
 Quedándose entre los dos,  
 Que no hiciera ¡vive Dios!  
 Más, cuando fuera tu padre.

ROSAURA. Cuando tú mi padre fueras,  
 Sufriera esa injuria yo;  
 Pero no siéndolo, no.

CLOTAL. ¿Pues qué es lo que hacer esperas?

ROSAURA. Matar al Duque.

CLOTAL. ¿Una dama,  
 Que padre no ha conocido,  
 Tanto valor ha tenido?

ROSAURA. Sí.

CLOTAL. ¿Quién te alienta?

ROSAURA. Mi fama.

CLOTAL. Mira que, á Astolfo has de ver...

ROSAURA. Todo mi honor lo atropella.

CLOTAL. Tu rey, y esposo de Estrella.

ROSAURA. ¡Vive Dios que no ha de ser!

CLOTAL. Es locura.

ROSAURA. Ya lo veo.

CLOTAL. Pues véncela.

ROSAURA. No podré.

CLOTAL. Pues perderás...

ROSAURA. Ya lo sé

CLOTAL. Vida y honor.

ROSAURA. Bien lo creo.

CLOTAL. ¿Qué intentas?

ROSAURA. Mi muerte.

CLOTAL. Mira

Que eso es despecho.

ROSAURA. Es honor.

CLOTAL. Es desatino.

ROSAURA. Es valor.

CLOTAL. Es frenesí.

ROSAURA. Es rabia, es ira.

CLOTAL. En fin, ¿que no se da medio  
A tu ciega pasión?

ROSAURA. No.

CLOTAL. ¿Quién ha de ayudarte?

ROSAURA. Yo.

CLOTAL. ¿No hay remedio?

ROSAURA. No hay remedio.

CLOTAL. Piensa bien si hay otros modos...

ROSAURA. Perderme de otra manera. (Vase.)

CLOTAL. Pues si has de perderte, espera,  
Hija, y perdámonos todos. (Vase.)

Campo.

### ESCENA IX.

SEGISMUNDO, *vestido de pieles*; SOLDADOS, *mar-  
chando*; CLARIN.

(Tocan cajas.)

SEGISM. Si este día me viera  
Roma en los triunfos de su edad primera,  
¡Oh, cuánto se alegrara  
Viendo lograr una ocasión tan rara,  
De tener una fiera  
Que sus grandes ejércitos rigiera,  
A cuyo altivo aliento  
Fuera poca conquista el firmamento!  
Pero el vuelo abatamos,

Espíritu; no así desvanecemos  
 Aqueste aplauso incierto,  
 Si ha de pesarme cuando esté despierto,  
 De haberlo conseguido  
 Para haberlo perdido;  
 Pues miéntas ménos fuere,  
 Ménos se sentirá si se perdiere.

(Tocan un clarin.)

CLARIN. En un veloz caballo  
 (Perdóname, que fuerza es el pintallo  
 En viniéndome á cuento),  
 En quien un mapa se dibuja atento,  
 Pues el cuerpo es la tierra,  
 El fuego el alma que en el pecho encierra,  
 La espuma el mar, y el aire es el suspiro,  
 En cuya confusion un caos admiro;  
 Pues en el alma, espuma, cuerpo, aliento,  
 Mostrúo es de fuego, tierra, mar y viento;  
 De color remendado,  
 Rucio, y á su propósito rodado,  
 Del que bate la espuela;  
 Que en vez de correr vuela;  
 A tu presencia llega  
 Airosa una mujer.

SEGISM. Su luz me ciega.

CLARIN. ¡Vive Dios, que es Rosaura! (Retírase.)

SEGISM. El cielo á mi presencia la restaura.

### ESCENA X.

ROSAURA, *con vaquero, espada y daga.*—SEGISMUNDO, SOLDADOS.

ROSAURA. Generoso Segismundo,  
 Cuya majestad heroica

Sale al día de sus hechos  
De la noche de sus sombras;  
Y como el mayor planeta,  
Que en los brazos de la aurora  
Se restituye luciente  
A las plantas y á las rosas,  
Y sobre montes y mares,  
Cuando coronado asoma,  
Luz esparce, rayos brilla,  
Cumbres baña, espumas borda;  
Así amanezcas al mundo,  
Luciente sol de Polonia,  
Que á una mujer infelice,  
Que hoy á tus plantas se arroja,  
Ampares por ser mujer  
Y desdichada: dos cosas,  
Que para obligarle á un hombre,  
Que de valiente blasona,  
Cualquiera de las dos basta,  
Cualquiera de las dos sobra.  
Tres veces son las que ya  
Me admiras, tres las que ignoras  
Quién soy, pues las tres me viste  
En diverso traje y forma.  
La primera me creiste  
Varon en la rigurosa  
Prision, donde fué tu vida  
De mis desdichas lisonja.  
La segunda me admiraste  
Mujer, cuando fué la pompa  
De tu majestad un sueño,  
Una fantasma, una sombra.  
La tercera es hoy, que siendo  
Monstruo de una especie y otra,

Entre galas de mujer  
Armas de varon me adornan.  
Y porque compadecido  
Mejor mi amparo dispongas,  
Es bien que de mis sucesos  
Trágicas fortunas oigas.  
De noble madre nací  
En la corte de Moscovia,  
Que, segun fué desdichada,  
Debió de ser muy hermosa.  
En esta puso los ojos  
Un traidor, que no le nombra  
Mi voz por no conocerle,  
De cuyo valor me informa  
El mio; pues siendo objeto  
De su idea, siento ahora  
No haber nacido gentil,  
Para persuadirme loca  
A que fué algun dios de aquellos  
Que en metamorfosis llora  
Lluvia de oro, cisne y toro  
En Dánae, Leda y Europa.  
Cuando pensé que alargaba,  
Citando alevés historias,  
El discurso, hallo que en él  
Te he dicho en razones pocas  
Que mi madre, persuadida  
A finezas amorosas,  
Fué, como ninguna, bella,  
Y fué infeliz como todas.  
Aquella necia disculpa  
De fe y palabra de esposa  
La alcanzó tanto, que áun hoy  
El pensamiento la llora;

Habiendo sido un tirano  
Tan Eneas de su Troya,  
Que la dejó hasta la espada.  
Enváinense aquí su hoja,  
Que yo la desnudaré  
Antes que acabe la historia.  
Deste, pues, mal dado nudo  
Que ni ata ni aprisiona,  
O matrimonio ó delito,  
Si bien todo es una cosa.  
Nací yo tan parecida,  
Que fuí un retrato, una copia,  
Ya que en la hermosura no,  
En la dicha y en las obras;  
Y así, no habré menester  
Decir que poco dichosa  
Heredera de fortunas,  
Corrí con ella una propia.  
Lo más que podré decirte  
De mí, es el dueño que roba  
Los trofeos de mi honor,  
Los despojos de mi honra.  
Astolfo... ¡Ay de mí! al nombrarle  
Se encoleriza y se enoja .  
El corazon, propio efecto  
De que enemigo le nombra. —  
Astolfo fué el dueño ingrato,  
Que olvidado de las glorias  
(Porque en un pasado amor  
Se olvida hasta la memoria),  
Vino á Polonia, llamado  
De su conquista famosa,  
A casarse con Estrella,  
Que fué de mi ocaso antorcha.

¿Quién crêrá, que habiendo sido  
Una estrella quien conforma  
Dos amantes, sea una Estrella  
La que los divide ahora?  
Yo ofendida, yo burlada,  
Quedé triste, quedé loca,  
Quedé muerta, quedé yo,  
Que es decir, que quedó toda  
La confusion del infierno  
Cifrada en mi Babilonia;  
Y declarándome muda  
(Porque hay penas y congojas  
Que las dicen los afectos  
Mucho mejor que la boca),  
Dije mis penas callando,  
Hasta que una vez á solas,  
Violante mi madre (¡ay cielos!)  
Rompió la prision, y en tropa  
Del pecho salieron juntas,  
Tropezando unas con otras.  
No me embaracé en decirlas;  
Que en sabiendo una persona  
Que, á quien sus flaquezas cuenta,  
Ha sido cómplice en otras,  
Parece que ya le hace  
La salva y le desahoga;  
Que á veces el mal ejemplo  
Sirve de algo. En fin, piadosa  
Oyó mis quejas, y quiso  
Consolarme con las propias:  
Juez que ha sido delincuente,  
¡Qué fácilmente perdona!  
Escarmentando en sí misma,  
Y por negar á la ociosa

Libertad, al tiempo fácil,  
El remedio de su honra,  
No le tuvo en mis desdichas;  
Por mejor consejo toma  
Que le siga, y que le obligue,  
Con finezas prodigiosas,  
A la deuda de mi honor;  
Y para que á ménos costa  
Fuese, quiso mi fortuna  
Que en traje de hombre me ponga.  
Descuelga una antigua espada  
Que es esta que ciño: ahora  
Es tiempo que se desnude,  
Como prometí, la hoja,  
Pues confiada en sus señas,  
Me dijo: «Parte á Polonia,  
Y procura que te vean  
Ese acero que te adorna,  
Los más nobles; que en alguno  
Podrá ser que hallen piadosa  
Acogida tus fortunas,  
Y consuelo tus congojas.»  
Llegué á Polonia, en efecto:  
Pasemos, pues que no importa  
El decirlo, y ya se sabe,  
Que un bruto que se desboca  
Me llevó á tu cueva, adonde  
Tú de mirarme te asombras.  
Pasemos que allí Clotaldo  
De mi parte se apasiona,  
Que pide mi vida al Rey,  
Que el Rey mi vida le otorga,  
Que informado de quién soy,  
Me persuade á que me ponga

---

Mi propio traje, y que sirva  
A Estrella, donde ingeniosa  
Estorbé el amor de Astolfo  
Y el ser Estrella su esposa.  
Pasemos que aquí me viste  
Otra vez confuso, y otra  
Con el traje de mujer  
Confundiste entrambas formas;  
Y vamos á que Clotaldo,  
Persuadido á que le importa  
Que se casen y que reinen  
Astolfo y Estrella hermosa,  
Contra mi honor me aconseja  
Que la pretension deponga.  
Yo, viendo que tú, ¡oh valiente  
Segismundo! á quien hoy toca  
La venganza, pues el cielo  
Quiere que la cárcel rompas  
De esa rústica prision,  
Donde ha sido tu persona  
Al sentimiento una fiera,  
Al sufrimiento una roca,  
Las armas contra tu patria  
Y contra tu padre tomas,  
Vengo á ayudarte, mezclando  
Entre las galas costosas  
De Diana, los arneses  
De Pálas, vistiendo ahora  
Ya la tela y ya el acero,  
Que entrambos juntos me adornan.  
Ea, pues, fuerte caudillo,  
A los dos juntos importa  
Impedir y deshacer  
Estas concertadas bodas:

A mí, porque no se case  
El que mi esposo se nombra,  
Y á tí, porque, estando juntos  
Sus dos estados, no pongan  
Con más poder y más fuerza  
En duda nuestra victoria.  
Mujer vengo á persuadirte  
Al remedio de mi honra,  
Y varon vengo á alentarte  
A que cobres tu corona.  
Mujer vengo á enternecerte  
Cuando á tus plantas me ponga,  
Y varon vengo á servirte  
Con mi acero y mi persona.  
Y así piensa, que si hoy  
Como mujer me enamoras,  
Como varon te daré  
La muerte en defensa honrosa  
De mi honor; porque he de ser,  
En su conquista amorosa,  
Mujer para darte quejas,  
Varon para ganar honras.

SEGISM. (Ap.) Cielos, si es verdad que sueño,  
Suspendedme la memoria,  
Que no es posible que quepan  
En un sueño tantas cosas.  
¡Válgame Dios, quién supiera,  
O saber salir de todas,  
Ó no pensar en ninguna!  
¿Quién vió penas tan dudosas?  
Si soñé aquella grandeza  
En que me ví, ¿cómo ahora  
Esta mujer me refiere  
Unas señas tan notorias?

Luego fué verdad, no sueño;  
Y si fué verdad (que es otra  
Confusion, y no menor),  
¿Cómo mi vida le nombra  
Sueño? Pues ¿tan parecidas  
A los sueños son las glorias,  
Que las verdaderas son  
Tenidas por mentirosas,  
Y las fingidas por ciertas?  
¿Tan poco hay de unas á otras,  
Que hay cuestion sobre saber  
Si lo que se ve y se goza,  
Es mentira ó es verdad!  
¿Tan semejante es la copia  
Al original, que hay duda  
En saber si es ella propia?  
Pues si es así, y ha de verse  
Desvanecida entre sombras  
La grandeza y el poder,  
La majestad y la pompa,  
Sepamos aprovechar  
Este rato que nos toca,  
Pues sólo se goza en ella  
Lo que entre sueños se goza.  
Rosaura está en mi poder,  
Su hermosura el alma adora;  
Gocemos, pues, la ocasion;  
El amor las leyes rompa  
Del valor y la confianza  
Con que á mis plantas se postra.  
Esto es sueño; y pues lo es,  
Soñemos dichas ahora,  
Que despues serán pesares.  
Mas ¡con mis razones propias

Vuelvo á convencerme á mí!  
Si es sueño, si es vanagloria,  
¿Quién por vanagloria humana  
Pierde una divina gloria?  
¿Qué pasado bien no es sueño?  
¿Quién tuvo dichas heroicas  
Que entre si no diga, cuando  
Las revuelve en su memoria:  
Sin duda que fué soñado  
Cuanto vi? Pues si esto toca  
Mi desengaño, si sé  
Que es el gusto llama hermosa,  
Que la convierte en cenizas  
Cualquiera viento que sopla,  
Acudamos á lo eterno,  
Que es la fama vividora  
Donde ni duermen las dichas,  
Ni las grandezas reposan.  
Rosaura está sin honor;  
Más á un príncipe le toca  
El dar honor, que quitarle.  
;Vive Dios! que de su honra  
He de ser conquistador,  
Ántes que de mi corona.  
Huyamos de la ocasion,  
Que es muy fuerte.—Alarma, (A un soldado.)  
Que hoy he dar la batalla,  
Ántes que la oscura sombra  
Sepulte los rayos de oro  
Entre verdinegras ondas.

ROSAURA. ;Señor! ¿pues así te ausentas?  
;Pues ni una palabra sola  
No te debe mi cuidado,  
Ni merece mi congoja?

¿Cómo es posible, señor,  
 Que ni me mires ni oigas?  
 ¿Aun no me vuelves el rostro?  
 SEGISM. Rosauro, al honor le importa,  
 Por ser piadoso contigo,  
 Ser cruel contigo ahora.  
 No te responde mi voz,  
 Porque mi honor te responda;  
 No te hablo, porque quiero  
 Que te hablen por mí mis obras,  
 Ni te miro, porque es fuerza,  
 En pena tan rigurosa,  
 Que no mire tu hermosura  
 Quien ha de mirar tu honra.

(Vase, y los soldados con él.)

ROSAURA. ¿Qué enigmas, cielos son estas?  
 Despues de tanto pesar,  
 ¡Aun me queda que dudar  
 Con equívocas respuestas!

## ESCENA XI.

CLARIN.—ROSAURA.

CLARIN. ¿Señora, es hora de verte?  
 ROSAURA. ¡Ay Clarin! ¿dónde has estado?  
 CLARIN. En una torre encerrado  
 Brujuleando mi muerte,  
 Si me da, ó si no me da;  
 Y á figura que me diera,  
 Pasante quínola fuera  
 Mi vida: que estuve ya  
 Para dar un estallido.

- ROSAURA. ¿Por qué?  
 CLARIN. Porque sé el secreto  
 De quien eres, y en efeto,  
 Clotaldo... ¿Pero qué ruido  
 Es este? (Suenan cajas.)  
 ROSAURA. ¿Qué puede ser?  
 CLARIN. Que del palacio sitiado  
 Sale un escuadron armado  
 A resistir y vencer  
 El del fiero Segismundo.  
 ROSAURA. ¿Pues cómo cobarde estoy,  
 Y ya á su lado no soy  
 Un escándalo del mundo,  
 Cuando ya tanta crueldad  
 Cierra sin orden ni ley? (Vase.)

## ESCENA XII.

CLARIN.—SOLDADOS, *dentro*.

- Voces.* (De unos.) ¡Viva nuestro invicto Rey!  
*Voces.* (De otros.) ¡Viva nuestra libertad!  
 CLARIN. ¡La libertad y el Rey vivan!  
 Vivan muy enhorabuena,  
 Que á mí nada me da pena  
 Como en cuenta me reciban  
 Que yo, apartado este dia  
 En tan grande confusion,  
 Haga el papel de Neron,  
 Que de nada se dolía.  
 Si bien me quiero doler  
 De algo, y ha de ser de mí:  
 Escondido, desde aquí

Toda la fiesta he de ver.  
 El sitio es oculto y fuerte,  
 Entre estas peñas.—Pues ya  
 La muerte no me hallará,  
 Dos higas para la muerte.

(Escóndese; tocan cajas, y suena ruido de armas).

### ESCENA XIII.

BASILIO, CLOTALDO Y ASTOLFO, *huyendo*.—CLARIN, *oculto*.

BASILIO. ¡Hay más infelice rey!  
 ¡Hay padre más perseguido!

CLOTAL. Ya tu ejército vencido  
 Baja sin tino ni ley.

ASTOLFO. Los traidores vencedores  
 Quedan.

BASILIO. En batallas tales  
 Los que vencen son leales,  
 Los vencidos los traidores.  
 Huyamos, Clotaldo, pues,  
 Del cruel, del inhumano  
 Rigor de un hijo tirano.

(Disparan dentro y cae Clarin herido de donde está.)

CLARIN. ¡Válgame el cielo!

ASTOLFO. ¿Quién es  
 Este infelice soldado,  
 Que á nuestros piés ha caido  
 En sangre todo teñido?

CLARIN. Soy un hombre desdichado,  
 Que por quererme guardar  
 De la muerte, la busqué.

Huyendo della, encontré  
 Con ella, pues no hay lugar,  
 Para la muerte, secreto:  
 De donde claro se arguye,  
 Que quien más su efecto huye,  
 Es quien se llega á su efeto.  
 Por eso tornad, tornad  
 A la lid sangrienta luego;  
 Que entre las armas y el fuego  
 Hay mayor seguridad  
 Que en el monte más guardado,  
 Pues no hay seguro camino  
 A la fuerza del destino  
 Y á la inclemencia del hado;  
 Y así, aunque á libraros vais  
 De la muerte con huir,  
 Mirad que vais á morir,  
 Si está de Dios que murais. (Cae dentro.)

BASILIO. ¡Mirad que vais á morir,  
 Si está de Dios que murais!  
 ¡Qué bien (!hay cielos!) persuade  
 Nuestro error, nuestra ignorancia  
 A mayor conocimiento  
 Este cadáver que habla  
 Por la boca de una herida,  
 Siendo el humor que desata  
 Sangrienta lengua que enseña  
 Que son diligencias vanas  
 Del hombre, cuantas dispone  
 Contra mayor fuerza y causa!  
 Pues yo, por librar de muertes  
 Y sediciones mi pátria,  
 Vine á entregarla á los mismos  
 De quien pretendí librarla.

**CLOTAL.** Aunque el hado, señor, sabe  
Todos los caminos, y halla  
A quien busca entre lo espeso  
De las peñas, no es cristiana  
Determinacion decir  
Que no hay reparo á su saña.  
Sí hay, que el prudente varon  
Victoria del hado alcanza;  
Y si no estás reservado  
De la pena y la desgracia,  
Haz por donde te reserves.

**ASTOLFO.** Clotaldo, señor, te habla  
Como prudente varon  
Que madura edad alcanza,  
Yo como jóven valiente.  
Entre las espesas matas  
De ese monte está un caballo,  
Veloz aborto del aura;  
Huye en él, que yo entre tanto  
Te guardaré las espaldas.

**BASILIO.** Si está de Dios que yo muera,  
O si la muerte me aguarda  
Aquí, hoy la quiero buscar,  
Esperando cara á cara.

(Tocan al arma.)

#### ESCENA XIV.

SEGISMUNDO, ESTRELLA, ROSAURA, SOLDADOS,  
ACOMPAÑAMIENTO.-BASILIO, ASTOLFO, CLOTALDO.

**SOLDADO.** En lo intrincado del monte,  
Entre sus espesas ramas,

El Rey se esconde.

SEGISM. ;Seguidle!

No quede en sus cumbres planta  
Que no examine el cuidado,  
Tronco á tronco, y rama á rama.

CLOTAL. ;Huye, señor!

BASILIO. ;Para qué?

ASTOLFO. ;Qué intentas?

BASILIO. Astolfo, aparta.

CLOTAL. ;Qué quieres?

BASILIO. Hacer, Clotaldo,

Un remedio que me falta.—

Si á mí buscándome vas, (A Segismundo.)

Ya estoy, príncipe, á tus plantas:

(Arrodillándose.)

Sea dellas blanca alfombra

Esta nieve de mis canos.

Pisa mi cerviz, y huella

Mi corona; postra, arrastra

Mi decoro y mi respeto;

Toma de mi honor venganza,

Sírvete de mí cautivo;

Y tras prevenciones tantas,

Cumpla el hado su homenaje,

Cumpla el cielo su palabra.

SEGISM. Corte ilustre de Polonia,  
Que de admiraciones tantas  
Sois testigos, atended,  
Que vuestro príncipe os habla.

Lo que está determinado

Del cielo, y en azul tabla

Dios con el dedo escribió,

De quien son cifras y estampas

Tantos papeles azules

---

Que adornan letras doradas,  
Nunca engaña, nunca miente;  
Porque quien miente y engaña  
Es quien, para usar mal dellas,  
Las penetra y las alcanza.  
Mi padre, que está presente,  
Por excusarse á la saña  
De mi condicion, me hizo  
Un bruto, una fiera humana:  
De suerte, que cuando yo  
Por mi nobleza gallarda,  
Por mi sangre generosa,  
Por mi condicion bizarra  
Hubiera nacido dócil  
Y humilde, sólo bastara  
Tal género de vivir,  
Tal linaje de crianza,  
Á hacer fieras mis costumbres:  
¡Qué buen modo de estorbarlas!  
Si á cualquier hombre dijesen:  
«Alguna fiera inhumana  
Te dará muerte:» ¿escogiera  
Buen remedio en despertalla  
Cuando estuviera durmiendo?  
Si dijeran: «Esta espada  
Que traes ceñida, ha de ser  
Quien te dé la muerte;» vana  
Diligencia de evitarlo  
Fuera entónces desnudarla  
Y ponérsela á los pechos.  
Si dijesen: «Golfos de agua  
Han de ser tu sepultura  
En monumentos de plata;»  
Mal hiciera en darse al mar,

Cuando soberbio levanta  
Rizados montes de nieve,  
De cristal crespas montañas.  
Lo mismo le ha sucedido  
Que á quien, porque le amenaza  
Una fiera, la despierta;  
Que á quien, temiendo una espada,  
La desnuda; y que á quien mueve  
Las ondas de una borrasca: .  
Y cuando fuera (escuchadme)  
Dormida fiera mi saña,  
Templada espada mi furia,  
Mi rigor quieta bonanza,  
La fortuna no se vence  
Con injusticia y venganza,  
Porque ántes se incita más;  
Y así, quien vencer aguarda  
Á su fortuna, ha de ser  
Con cordura y con templanza.  
No ántes de venir el daño  
Se reserva ni se guarda  
Quien le previene; que aunque  
Puede humilde (cosa es clara)  
Reservarse dél, no es  
Sino despues que se halla  
En la ocasion, porque aquesta  
No hay camino de estorbarla.  
Sirva de ejemplo este raro  
Espectáculo, esta extraña  
Admiracion, este horror,  
Este prodigio; pues nada  
Es más, que llegar á ver  
Con prevenciones tan várias,  
Rendido á mis piés á un padre,

Y atropellado á un monarca.  
 Sentencia del cielo fué;  
 Por más que quiso estorbarla  
 Él, no pudo; ¿y podré yo  
 Que soy menor en las canas,  
 En el valor y en la ciencia,  
 Vencerla?—Señor, levanta, (Al Rey.)  
 Dame tu mano; que ya  
 Que el cielo te desengaña  
 De que has errado en el modo  
 De vencerla, humilde aguarda  
 Mi cuello á que tú te vengues:  
 Rendido estoy á tus plantas.

**BASILIO.** Hijo, que tan noble accion  
 Otra vez en mis entrañas  
 Te engendra, príncipe eres.  
 A tí el laurel y la palma  
 Se te deben; tú venciste;  
 Corónente tus hazañas.

**TODOS.** ¡Viva Segismundo, viva!

**SEGISM.** Pues que ya vencer aguarda  
 Mi valor grandes victorias,  
 Hoy ha de ser la más alta  
 Vencerme á mí.—Astolfo dé  
 La mano luego á Rosaura,  
 Pues sabe que de su honor  
 Es deuda y yo he de cobrarla.

**ASTOLFO.** Aunque es verdad que la debo  
 Obligaciones, repara  
 Que ella no sabe quién es;  
 Y es bajeza y es infamia  
 Casarme yo con mujer...

**CLOTAL.** No prosigas, tente, aguarda;  
 Porque Rosaura es tan noble

Como tú, Astolfo, y mi espada  
Lo defenderá en el campo;  
Que es mi hija, y esto basta.

ASTOLFO. ¿Qué dices?

CLOTAL. Que yo hasta verla  
Casada, noble y honrada,  
No la quise descubrir.  
La historia desto es muy larga;  
Pero, en fin, es hija mía.

ASTOLFO. Pues siendo así, mi palabra  
Cumpliré.

SEGISM. Pues porque Estrella  
No quede desconsolada,  
Viendo que príncipe pierde  
De tanto valor y fama,  
De mi propia mano yo  
Con esposo he de casarla  
Que en méritos y fortuna,  
Si no le excede, le iguala.  
Dáme la mano.

ESTREL. Yo gano  
En merecer dicha tanta.

SEGISM. A Clotaldo, que leal  
Sirvió á mi padre, le aguardan  
Mis brazos, con las mercedes  
Que él pidiere que le haga.

SOLDAD. Si así á quien no te ha servido  
Honras, ¿á mí que fui causa  
Del alboroto del reino,  
Y de la torre en que estabas  
Te saqué, qué me darás?

SEGISM. La torre; y porque no salgas  
Della nunca, hasta morir  
Has de estar allí con guardas;

---

Que el traidor no es menester  
Siendo la traicion pasada.

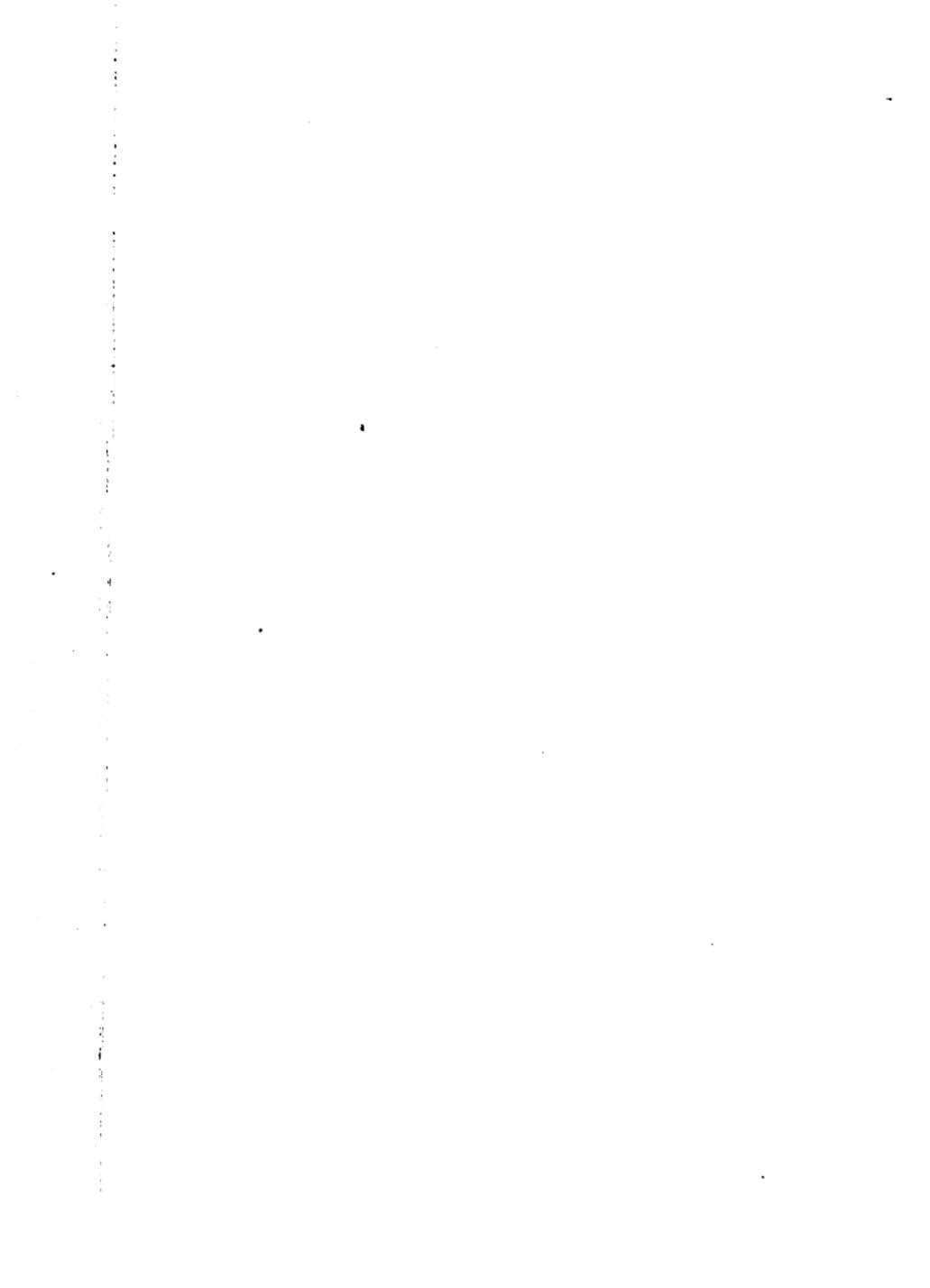
**BASILIO.** Tu ingenio á todos admira.

**ASTOLFO.** ¡Qué condicion tan mudada!

**ROSAURA.** ¡Qué discreto y qué prudente!

**SEGISM.** ¿Qué os admira? ¿qué os espanta,  
Si fué mi maestro un sueño,  
Y estoy temiendo en mis ansias  
Que he de despertar y hallarme  
Otra vez en mi cerrada  
Prision? Y cuando no sea,  
El soñarlo sólo basta;  
Pues así llegué á saber  
Que toda la dicha humana  
En fin pasa como un sueño,  
Y quiero hoy aprovecharla  
El tiempo que me durare:  
Pidiendo de nuestras faltas  
Perdon, pues de pechos nobles  
Es tan propio el perdonarlas.

---



**LA DEVOCION DE LA CRUZ.**

## PERSONAS.

---

EUSEBIO.	BRAS.	} <i>Villanos.</i>
CURCIO, <i>viejo.</i>	TIRSO.	
LISARDO.	TORIBIO.	
OCTAVIO.	JULIA, <i>dama.</i>	
ALBERTO, <i>sacerdote.</i>	ARMINDA, <i>criada.</i>	
CELIO.	MENGA, <i>villana graciosa.</i>	
RICARDO.	<i>Bandoleros. Villanos.</i>	
CHILINDRINA.	<i>Soldados.</i>	
GIL, <i>villano gracioso.</i>		

---

La acción es en Sena y en sus contornos.

---

---

---

## JORNADA PRIMERA.

---

Arboleda inmediata á un camino que se dirige á Sena.

### ESCENA PRIMERA.

MENGA, GIL.

MENGA. (Dentro.) ¡Verá por dó va la burra!

GIL. (Dentro.) Jo, dimuño; jo mohina.

MENGA. Ya verá por do camina:

Arre acá.

GIL. ¡El diablo te aburra!

¡No hay quien una cola tenga,

Pudiendo tenella mil? (Salen.)

MENGA. ¡Buena hacienda has hecho, Gil!

GIL. ¡Buena hacienda has hecho, Menga,

Pues tú la culpa tuviste!

Que como ibas caballera,

Que en el hoyo se metiera

Al oído la dijiste,

Por hacerme regañar.

MENGA. Por verme caer á mí,

Se lo dijiste, eso sí.

GIL. ¡Cómo la hemos de sacar?

MENGA. ¡Pues en el lodo la dejas?

- GIL. No puede mi fuerza sola.
- MENGA. Yo tiraré de la cola,  
Tira tú de las orejas.
- GIL. Mejor remedio sería  
Hacer el que aprovechó  
A un coche, que se atascó  
En la corte esotro dia.  
Este coche, Dios delante,  
Que arrastrado de dos potros,  
Parecia entre los otros  
Pobre coche vergonzante;  
Y por maldicion muy cierta  
De sus padres (¡hado esquivo!)  
Iba de estribo en estribo,  
Ya que no de puerta en puerta;  
En un arroyo atascado,  
Con ruegos el caballero,  
Con azotes el cochero,  
Ya por fuerza, ya por grado,  
Ya por gusto, ya por miedo,  
Que saliesen procuraban:  
Por recio que lo mandaban,  
Mi coche quedo que quedo.  
Viendo que no importan nada  
Cuantos remedios hicieron,  
Delante el coche pusieron  
Un harnero de cebada.  
Los caballos, por comer,  
De tal manera tiraron,  
Que tosieron y arrancaron;  
Y esto podemos hacer.
- MENGA. ¡Que nunca valen dos cuartos  
Tus cuentos!
- GIL. Menga, yo siento

Ver un animal hambriento,  
 Donde hay animales hartos.  
**MENGA.** Voy al camino á mirar  
 Si pasa de nuestra aldea  
 Gente, cualquiera que sea,  
 Porque te venga á ayudar,  
 Pues te das tan pocas mañas.  
**GIL.** ¿Vuelves, Menga, á tu porfia?  
**MENGA.** ¡Ay burra del alma mia! (Vase.)

## ESCENA II.

GIL.

¡Ay burra de mis entrañas!  
 Tú fuiste la más honrada  
 Burra de toda la aldea;  
 Que no ha habido quien te vea  
 Nunca mal acompañada.  
 No eres nada callejera:  
 De mejor gana te estabas  
 En tu pesebre, que andabas  
 Cuando te llevaban fuera.  
 Pues ¿altanera y liviana?  
 Bien me atrevo á jurar yo  
 Que ningun burro la vió  
 Asomada á la ventana.  
 Yo sé que no merecia  
 Su lengua desdicha tal;  
 Pues jamás por habrar mal  
 Dijo: Aquesta boca es mia.  
 Pues como á ella la sobre  
 De lo que comiendo está,

Luego al punto se lo da  
 A alguna borrica pobre. (Ruido dentro.)  
 Mas ¿qué ruido es este? Allí  
 De dos caballos se apean  
 Dos hombres, y hácia mí vienen,  
 Despues que atados los dejan.  
 ¡Descoloridos, y al campo  
 De mañana! Cosa es cierta  
 Que comen barro, ó están  
 Opilados. Mas ¿si fueran  
 Bandoleros? ¡Aquí es ello!  
 Pero lo que fuere sea,  
 Aquí me escondo: que andan,  
 Que corren, que salen, que entran.  
 (Escóndese.)

### ESCENA III.

EUSEBIO, LISARDO.—GIL, *escondido*.

LISARDO. No pasemos adelante,  
 Porque esta estancia encubierta  
 Y apartada del camino,  
 Es para mi intento buena.  
 Sacad, Eusebio, la espada;  
 Que yo de aquesta manera,  
 A los hombres como vos  
 Saco á refír.

EUSEBIO. Aunque tenga  
 Bastante causa en haber  
 Llegado al campo, quisiera  
 Saber lo que á vos os mueve.  
 Decid, Lisardo, la queja

Que de mi teneis.

LISARDO. Son tantas,

Que falta voz á la lengua,  
Razones á la razon,  
Y al sufrimiento paciencia.  
Quisiera, Eusebio, callarlas,  
Y áun olvidarlas quisiera;  
Porque cuando se repiten,  
Hacen de nuevo la ofensa.  
¿Conoceis estos papeles?

EUSEBIO. Arrojadlos en la tierra,  
Y los alzaré.

LISARDO. Tomad.

¿Qué os suspendeis? ¿Qué os altera?

EUSEBIO. ¡Mal haya el hombre, mal haya  
Mil veces aquel que entrega  
Sus secretos á un papel!  
Porque es disparada piedra  
Que se sabe quién la tira,  
Y no se sabe á quién llega.

LISARDO. ¿Habeislos ya conocido?

EUSEBIO. Todos están de mi letra,  
Que no la puedo negar.

LISARDO. Pues yo soy Lisardo, en Sena,  
Hijo de Lisardo Curcio.  
Bien excusadas grandezas  
De mi padre consumieron  
En breve tiempo la hacienda  
Que los suyos le dejaron;  
Que no sabe cuánto yerra  
Quien, por excesivos gastos,  
Pobres á sus hijos deja.  
Pero la necesidad,  
Aunque ultraje la nobleza,

No excusa de obligaciones  
A los que nacen con ellas.  
Julia, pues (¡saben los cielos  
Cuánto el nombrarla me pesa!),  
Ó no supo conservarlas,  
Ó no llegó á conocerlas.  
Pero al fin, Julia es mi hermana;  
¡Pluguiera á Dios no lo fuera!  
Y advertid que no se sirven  
Las mujeres de sus prendas  
Con amorosos papeles,  
Con razones lisonjeras,  
Con ilícitos recados,  
Ni con infames terceras.  
No os culpo en el todo á vos;  
Que yo confieso que hiciera  
Lo mismo, á darme una dama  
Para servirla licencia.  
• Pero culpós en la parte  
De ser mi amigo, y en esta  
Con más culpa os comprehende  
La culpa que tuvo ella.  
Si mi hermana os agradó  
Para mujer (que no era  
Posible, ni yo lo creo  
Que os atrevierais á verla  
Con otro fin, ni aún con este;  
Pues ¡vive Dios! que quisiera,  
Ántes que con vos casada,  
Mirarla á mis manos muerta):  
En fin, si vos la elegisteis  
Para mujer, justo fuera  
Descubrir vuestros deseos  
Á mi padre, ántes que á ella.

Este era término justo,  
Y entónces mi padre viera  
Si le estaba bien el darla,  
Que pienso que no os la diera;  
Porque un caballero pobre,  
Cuando en cosas como estas  
No puede medir iguales  
La calidad y la hacienda,  
Por no deslucir su sangre  
Con una hija doncella,  
Hace sagrado un convento;  
Que es delito la pobreza.  
Aqueste á Julia mi hermana  
Con tanta prisa la espera,  
Que mañana ha de ser monja,  
Por voluntad ó por fuerza.  
Y porque no será bien  
Que una religiosa tenga  
Prendas de tan loco amor  
Y de voluntad tan necia,  
Á vuestras manos las vuelvo,  
Con resolucion tan ciega,  
Que no sólo he de quitarlas,  
Mas tambien la causa dellas.  
Sacad la espada, y aquí  
El uno de los dos muera,  
Vos, porque no la sirvais,  
Ó yo, porque no lo vea.

EUSEBIO. Tened, Lisardo, la espada,  
Y pues yo he tenido flema  
Para oír desprecios míos,  
Escuchadme la respuesta.  
Y aunque el discurso sea largo  
De mi suceso, y parezca

Que, estando solos los dos,  
Es demasiada paciencia;  
Pues que ya es fuerza reñir,  
Y morir el uno es fuerza;  
Por si los cielos permiten  
Que yo el infelice sea,  
Oid prodigios que admiran  
Y maravillas que elevan;  
Que no es bien que con mi muerte  
Eterno silencio tengan.  
Yo no sé quién fué mi padre;  
Pero sé que la primera  
Cuna fué el pié de una Cruz,  
Y el primer lecho una piedra.  
Raro fué mi nacimiento,  
Segun los pastores cuentan,  
Que desta suerte me hallaron  
En la falda de esas sierras.  
Tres dias dicen que oyeron  
Mi llanto, y que á la aspereza  
Donde estaba, no llegaron  
Por el temor de las fieras,  
Sin que alguna me ofendiese;  
Pero ¿quién duda que era  
Por respeto de la Cruz,  
Que tenía en mi defensa?  
Hallóme un pastor, que acaso  
Buscó una perdida oveja  
En la aspereza del monte,  
Y trayéndome á la aldea  
De Eusebio, que no sin causa  
Estaba entónces en ella,  
Le contó mi prodigioso  
Nacimiento, y la clemencia

---

Del cielo asistió á la suya.  
Mandó en fin que me trajeran  
A su casa, y como á hijo  
Me dió la crianza en ella.  
Eusebio soy de la Cruz,  
Por su nombre, y por aquella  
Que fué mi primera guia,  
Y fué mi guarda primera.  
Tomé por gusto las armas,  
Por pasatiempo las letras;  
Murió Eusebio, y yo quedé  
Herederero de su hacienda.  
Si fué prodigioso el parto,  
No lo fué ménos la estrella  
Que enemiga me amenaza,  
Y piadosa me reserva.  
Tierno infante era en los brazos  
Del ama, cuando mi fiera  
Condicion, bárbara en todo,  
Dió de sus rigores muestra;  
Pues con solas las encías,  
No sin diabólica fuerza,  
Partí el pecho de quien tuve  
El dulce alimento; y ella,  
Del dolor desesperada,  
Y de la cólera ciega,  
En un pozo me arrojó,  
Sin que ninguno supiera  
De mí. Oyéndome reir,  
Bajaron á él, y cuentan  
Que estaba sobre las aguas,  
Y que con las manos tiernas  
Tenía una Cruz formada  
Y sobre los labios puesta.

Un dia que se abrasaba  
La casa, y la llama fiera  
Cerraba el paso á la huida,  
Y á la salida la puerta,  
Entre las llamas estuve  
Libre, sin que me ofendieran:  
Y advertí despues, dudando  
Que haya en el fuego clemencia,  
Que era dia de la Cruz.  
Tres lustros contaba apénas,  
Cuando por el mar fuí á Roma,  
Y en una brava tormenta,  
Desesperada mi nave  
Chocó en una oculta peña:  
En pedazos dividida,  
Por los costados abierta;  
Abrazado de un madero  
Salí venturoso á tierra,  
Y este madero tenía  
Forma de Cruz. Por las sierras  
De esos montes caminaba  
Con otro hombre, y en la senda  
Que dos caminos partia,  
Una Cruz estaba puesta.  
En tanto que me quedé  
Haciendo oracion en ella,  
Se adelantó el compañero;  
Y despues dándome priesa  
Para alcanzarle, le hallé  
Muerto á las manos sangrientas  
De bandoleros. Un dia,  
Riñendo en una pendencia,  
De una estocada caí,  
Sin que hiciese resistencia,

En la tierra; y cuando todos  
Pensaron hallarla ajena  
De remedio, sólo hallaron  
Señal de la punta fiera  
En una Cruz que traía  
Al cuello, que en mi defensa  
Recibió el golpe. Cazando  
Una vez por la aspereza  
Deste monte, se cubrió  
El cielo de nubes negras,  
Y publicando con truenos  
Al mundo espantosa guerra,  
Lanzas arrojaba en agua,  
Balas disparaba en piedras.  
Todos hicieron las hojas  
Contra las nubes defensa,  
Siendo ya tiendas de campo  
Las más ocultas malezas;  
Y un rayo, que fué en el viento  
Caliginoso cometa,  
Volvió en ceniza á los dos  
Que de mí estaban más cerca.  
Ciego, turbado y confuso  
Vuelvo á mirar lo que era,  
Y hallé á mi lado una Cruz,  
Que yo pienso que es la mesma  
Que asistió á mi nacimiento,  
Y la que yo tengo impresa  
En los pechos; pues los cielos  
Me han señalado con ella,  
Para públicos efectos  
De alguna causa secreta.  
Pero aunque no sé quién soy,  
Tal espíritu me alienta,

Tal inclinacion me anima,  
 Y tal ánimo me fuerza,  
 Que por mí me da valor  
 Para que á Julia merezca;  
 Porque no es más la heredada,  
 Que la adquirida nobleza.  
 Este soy, y aunque conozco  
 La razon, y aunque pudiera  
 Dar satisfaccion bastante  
 A vuestro agravio, me ciega  
 Tanto la pasion de veros  
 Hablando de esa manera,  
 Que ni os quiero dar disculpa,  
 Ni os quiero admitir la queja;  
 Y pues quereis estorbar  
 Que yo su marido sea;  
 Aunque su casa la guarde,  
 Aunque un convento la tenga,  
 De mí no ha de estar segura;  
 Y la que no ha sido buena  
 Para mujer, lo será  
 Para dama: así desea,  
 Desesperado mi amor  
 Y ofendida mi paciencia,  
 Castigar vuestro desprecio,  
 Y satisfacer mi afrenta.

LISARDO. Eusebio, donde el acero  
 Ha de hablar, calle la lengua.

(Sacan las espadas, y riñen; Lisardo cae en el suelo, y procurando levantarse, torna á caer.)

¡Herido estoy!

EUSEBIO. ¿Y no muerto?

LISARDO. No, que en los brazos me queda  
 Aliento para... ¡Ay de mí!

Faltó á mis plantas la tierra.

EUSEBIO. Y falte á tu voz la vida.

LISARDO. No me permitas que muera  
Sin confesion.

EUSEBIO. ;Muere, infame!

LISARDO. No me mates, por aquella  
Cruz en que Cristo murió.

EUSEBIO. Aquesa voz te defienda  
De la muerte. Alza del suelo;  
Que cuando por ella ruegas,  
Falta rigor á la ira,  
Y falta á los brazos fuerza.  
Alza del suelo.

LISARDO. No puedo;  
Porque ya en mi sangre envuelta  
Voy despreciando la vida,  
Y el alma pienso que espera  
Á salir, porque entre tantas  
No sabe cuál es la puerta.

EUSEBIO. Pues fiate de mis brazos,  
Y animate; que aquí cerca  
De unos penitentes monjes  
Hay una ermita pequeña,  
Donde podrás confesarte  
Si vivo á sus puertas llegas.

LISARDO. Pues yo te doy mi palabra,  
Por esa piedad que muestras,  
Que si yo merezco verme  
En la divina presencia  
De Dios, pediré que tú  
Sin confesarte no mueras.

(Llévale Eusebio en brazos.)

GIL. ;Han visto lo que le debe!  
La caridad está buena;

Pero yo se la perdono.  
¡Matarle y llevarle á cuestas!

#### ESCENA IV.

BRAS, TIRSO, MENGA, TORIBIO.—GIL.

TORIBIO. ¿Aquí dices que quedaba?  
MENGA. Aquí se quedó con ella.  
TIRSO. Mírale allí embelesado.  
MENGA. Gil, ¿qué mirabas?  
GIL. ¡Ay Menga!  
TIRSO. ¿Qué te ha sucedido?  
GIL. ¡Ay Tirso!  
TORIBIO. ¿Qué viste? Dános respuesta.  
GIL. ¡Ay Toribio!  
BRAS. Dí, ¿qué tienes,  
Gil, ó de qué te lamentas?  
GIL. ¡Ay Bras, ay amigos míos!  
No lo sé más que una bestia.  
Matóle y cargó con él,  
Sin duda á salar le lleva.  
MENGA. ¿Quién le mató?  
GIL. ¿Qué sé yo?  
TIRSO. ¿Quién murió?  
GIL. No sé quién era.  
TORIBIO. ¿Quién cargó?  
GIL. ¿Qué sé yo quién?  
BRAS. ¿Y quién le llevó?  
GIL. Quienquiera.  
Pero porque lo sepais,  
Venid todos.

**TIRSO.** ¿Dó nos llevas?  
**GIL.** No lo sé, pero venid,  
Que los dos van aquí cerca. (Vanse)

---

Sala en casa de Curcio, en Sena.

**ESCENA V.**

**JULIA, ARMINDA.**

**JULIA.** Déjame, Arminda, llorar  
Una libertad perdida,  
Pues donde acaba la vida,  
Tambien acaba el pesar.  
¿Nunca has visto de una fuente  
Bajar un arroyo manso,  
Siendo apacible descanso  
El valle de su corriente;  
Y cuando le juzgan falto  
De fuerza las flores bellas,  
Pasa por encima dellas  
Rompiendo por lo más alto?  
Pues mis penas, mis enojos  
La misma experiencia han hecho;  
Detuviéronse en el pecho,  
Y salieron por los ojos.  
Deja que llore el rigor  
De un padre.

**ARMINDA.** Señora, advierte...

**JULIA.** ¿Qué más venturosa suerte  
Hay, que morir de dolor?  
Pena que deja vencida

La vida, ser gloria ordena;  
Que no es muy grande la pena  
Que no acaba con la vida.

ARMINDA. ¿Que novedad obligó  
Tu llanto?

JULIA. ¡Ay, Arminda mia!  
Cuantos papeles tenía  
De Eusebio, Lisardo halló  
En mi escritorio.

ARMINDA. ¿Pues él  
Supo que estaban allí?

JULIA. Como aqueso contra mí  
Hará mi estrella cruel.  
Yo (¡ay de mí!) cuando le via  
El cuidado con que andaba,  
Pensé que lo sospechaba,  
Pero no que lo sabía.  
Llegó á mí descolorido,  
Y entre apacible y airado,  
Me dijo que habia jugado,  
Arminda, y que habia perdido:  
Que una joya le prestase  
Para volver á jugar.  
Por presto que la iba á dar,  
No aguardó á que la sacase:  
Tomó él la llave y abrió  
Con una cólera inquieta,  
Y en la primera naveta  
Los papeles encontró.  
Miróme y volvió á cerrar.  
Y sin decir nada (¡ay Dios!)  
Buscó á mi padre, y los dos  
(¿Quién duda es para tratar  
Mi muerte?) gran rato hablaron

Cerrados en su aposento;  
Salieron, y hácia el convento  
Los dos sus pasos guiaron,  
Segun Octavio me dijo.  
Y si lo que está tratado  
Ya mi padre ha efectuado,  
Con justa causa me aflijo;  
Porque si de aquesta suerte  
Que olvide á Eusebio desea,  
Antes que monja me vea,  
Yo misma me daré muerte.

#### ESCENA VI.

EUSEBIO.—DICHAS.

EUSEBIO. (Ap. Ninguno tan atrevido,  
Si no tan desesperado,  
Viene á tomar por sagrado  
La casa del ofendido.  
Antes que sepa la muerte  
De Lisardo Julia bella,  
Hablar quisiera con ella,  
Porque á mi tirana suerte  
Algun remedio consigo  
Si, ignorado mi rigor,  
Puede obligarla el amor  
Á que se vaya conmigo;  
Y cuando llegue á saber  
De Lisardo el hado injusto,  
Hará de la fuerza gusto  
Mirándose en mi poder.)  
Hermosa Julia.



Gente con que defenderte,  
 Hacienda para ofrecerte  
 Y un alma para adorarte.  
 Si darme vida deseas,  
 Si es verdadero tu amor,  
 Atrévete, ó el dolor  
 Hará que mi muerte veas.

JULIA. Oye, Eusebio.

ARMINDA. Mi señor  
 Viene, señora.

JULIA. ¡Ay de mí!

EUSEBIO. ¿Pudiera hallar contra mí  
 La fortuna más rigor?

JULIA. ¿Podrá salir?

ARMINDA. No es posible  
 Que se vaya; porque ya  
 Llamando á la puerta está.

JULIA. ¡Grave mal!

EUSEBIO. ¡Pena terrible!  
 ¿Qué haré?

JULIA. Esconderte es forzoso.

EUSEBIO. ¿Dónde ?

JULIA. En aqueso aposento.

ARMINDA. Presto, que sus pasos siento.

(Escóndese Eusebio.)

## ESCENA VII.

CURCIO.—JULIA, ARMINDA; EUSEBIO, *escondido*.

CURCIO Hija, si por el dichoso  
 Estado que tú codicias,  
 Y que ya seguro tienes,

No das á mis parabienes  
 La vida y alma en albricias,  
 Del deseo que he tenido  
 No agradeces el cuidado.  
 Todo queda efectuado,  
 Y todo tan prevenido,  
 Que sólo falta ponerte  
 La más bizarra y hermosa,  
 Para ser de Cristo esposa:  
 Mira ¡qué dichosa suerte!  
 Hoy aventajas á todas  
 Cuantas se ven envidiar,  
 Pues te verán celebrar  
 Aquestas divinas bodas.  
 ¿Qué dices?

JULIA. (Ap.) ¿Qué puedo hacer?

EUSEBIO. (Ap.) Yo me doy la muerte aquí,  
 Si ella le dice que sí.

JULIA. (Ap. No sé cómo responder.)  
 Bien, señor, la autoridad  
 De padre, que es preferida,  
 Imperio tiene en la vida;  
 Pero no en la libertad.  
 ¿Pues que supiera ántes yo  
 Tu intento, no fuera bien?  
 ¿Y que tú, señor, también  
 Supieras mi gusto?

CURCIO. No,  
 Que sola mi voluntad  
 En lo justo, ó en lo injusto,  
 Häs de tener tú por gusto.

JULIA. Sólo tiene libertad  
 Un hijo para escoger  
 Estado; que el hado impío

- No fuerza el libre albedrío.  
Déjame pensar y ver  
Espacio eso; y no te espante  
Ver que término te pida;  
Que el estado de una vida  
No se toma en un instante.
- CURCIO. Basta que yo lo he mirado,  
Y yo por tí he dado el sí.
- JULIA. Pues si tú vives por mí,  
Toma también por mí estado.
- CURCIO. ¡Calla, infame! ¡calla, loca!  
Que haré de aquese cabello  
Un lazo para tu cuello,  
O sacaré de tu boca  
Con mis manos la atrevida  
Lengua, que de oír me ofendo.
- JULIA. La libertad te defiende,  
Señor, pero no la vida.  
Acaba su curso triste,  
Y acabará tu pesar;  
Que mal te puedo negar  
La vida que tú me diste:  
La libertad que me dió  
El cielo, es la que te niego.
- CURCIO. En este punto á crêr llego  
Lo que el alma sospechó,  
Que no fué buena tu madre,  
Y manchó mi honor alguno;  
Pues hoy tu error importuno  
Ofende el honor de un padre,  
A quien el sol no igualó,  
En resplandor y belleza,  
Sangre, honor, lustre y nobleza.
- JULIA. Eso no he entendido yo,

Por eso no he respondido.

CURCIO. Arminda, salte allá fuera. (Vase.)

### ESCENA VIII.

CURCIO, JULIA.

CURCIO. Y ya que mi pena fiera  
Tantos años he tenido  
Secreta, de mis enojos  
La ciega pasion obliga  
A que la lengua te diga  
Lo que te han dicho los ojos.  
La señoría de Sena,  
Por dar á mi sangre fama,  
En su nombre me envió  
A dar la obediencia al papa  
Urbano Tercio. Tu madre,  
Que con opinion de santa  
Fué en Sena comun ejemplo  
De las matronas romanas,  
Y áun de las nuestras (no sé  
Cómo mi lengua la agravia;  
Mas ¡ay infelice! tanto  
La satisfaccion engaña),  
En Sena quedó, y yo estuve  
En Roma con la embajada  
Ocho meses; porque entónces  
Por concierto se trataba  
Que esta señoría fuese  
Del pontífice: Dios haga  
Lo que á su estado convenga,  
Que aquí importa poco ó nada.

Volví á Sena, y hallé en ella...  
Aquí el aliento me falta,  
Aquí la lengua enmudece,  
Y aquí el ánimo desmaya.  
Hallé (¡ay injusto temor!)  
A tu madre tan preñada,  
Que para el infeliz parto  
Cumplia las nueve faltas.  
Ya me habia prevenido  
Por sus mentirosas cartas  
Esta desdicha, diciendo  
Que, cuando me fuí, quedaba  
Con sospecha; y yo la tuve  
De mi deshonor tan clara,  
Que discurriendo mi agravio,  
Imaginé mi desgracia.  
No digo que verdad sea;  
Mas quien tiene sangre hidalga,  
No ha de aguardar á creer,  
Que el imaginar le basta.  
¿Qué importa que un noble sea  
Desdichado (¡oh ley tirana  
De honor! ¡oh bárbaro fuero  
Del mundo!) si la ignorancia  
Le disculpa? Mienten, mienten  
Las leyes; porque no alcanza  
Los misterios al efecto  
Quien no previene la causa.  
¿Qué ley culpa á un inocente?  
¿Qué opinion á un libre agravia?  
Miente otra vez; que no es  
Deshonra, sino desgracia.  
¡Bueno es que en leyes de honor  
Le comprenda tanta infamia

Al Mercurio que le roba,  
Como al Argos que le guarda!  
¿Qué deja el mundo, qué deja,  
Si así al inocente infama,  
De deshonra, para aquel  
Que lo sabe y que lo calla?  
Yo entre tantos pensamientos,  
Yo entre confusiones tantas,  
Ni ví regalo en la mesa,  
Ni hice descanso en la cama.  
Tan desabrido conmigo  
Estuve, que me trataba  
Como ajeno el corazon,  
Y como á tirano el alma.  
Y aunque á veces discurría  
En su abono, y aunque hallaba  
Verisímil la disculpa,  
Pudo en mí tanto la instancia  
Del temer que me ofendía,  
Que con saber que fué casta,  
Tomé de mis pensamientos,  
No de sus culpas, venganza.  
Y porque con más secreto  
Fuese, previne una caza  
Fingida, porque á un celoso  
Ficciones sólo le agradan.  
Al monte fui, y cuando todos  
Entretenidos estaban  
En su alegre regocijo,  
Con amorosas palabras  
(¿Qué bien las dice quien miente!  
¿Qué bien las cree quien ama!)  
Llevé á Rosmira, tu madre,  
Por una senda apartada

Del camino, y divertida  
 Llegó á una secreta estancia  
 Deste monte, á cuyo albergue  
 En sol ignoró la entrada,  
 Porque se la defendian  
 Rústicamente enlazadas,  
 Por no decir que amorosas,  
 Árboles, hojas y ramas.  
 Aquí, pues, adonde apenas  
 Huella imprimió mortal planta,  
 Solos los dos...

### ESCENA IX.

ARMINDA.—DICHOS.

ARMINDA. Si el valor,  
 Que el noble pecho acompaña,  
 Señor, y si la experiencia  
 Que te han dado honrosas canas,  
 En la desdicha presente  
 No te niega ó no te falta,  
 Exámen será el valor  
 De tu ánimo.

CURCIO. ¿Qué causa  
 Te obliga á que así interrumpas  
 Mi razon?

ARMINDA. Señor...

CURCIO. Acaba;  
 Que más la duda me ofende.

JULIA. ¿Por qué te suspendes? Habla.

ARMINDA. No quisiera ser la voz  
 De mi pena y tu desgracia.

- CURCIO. No temas decirla tú,  
Pues yo no temo escucharla.
- ARMINDA. A Lisardo, mi señor...
- EUSEBIO. Esto sólo me faltaba.
- ARMINDA. Bañado en su sangre traen,  
En una silla por andas,  
Cuatro rústicos pastores,  
Muerto (¡ay Dios!) á puñaladas;  
Mas ya á tu presencia llega:  
No le veas.
- CURCIO. ¡Cielos! ¿Tantas  
Penas para un desdichado?  
¡Ay de mí!

### ESCENA X.

GIL, MENGA, TIRSO, BRAS Y TORIBIO, *que traen*  
*á LISARDO muerto en una silla.*—DICHOS.

- JULIA. Pues ¿qué inhumana  
Fuerza ensangrentó la ira  
En su pecho? ¿Qué tirana  
Mano se bañó en mi sangre,  
Contra su inocencia airada?  
¡Ay de mí!
- ARMINDA. Mira, señora...
- BRAS. No llegues á verle.
- CURCIO. Aparta.
- TIRSO. Detente, señor.
- CURCIO. Amigos,  
No puede sufrirlo el alma.  
Dejadme ver ese cadáver frío,  
Depósito infeliz de heladas veras,

Ruina del tiempo, estrago del impío  
 Hado, teatro funesto de mis penas.  
 ¿Qué tirano rigor (¡ay hijo mio!)  
 Trágico monumento en las arenas  
 Construyó, porque hiciese en quejas vanas  
 Mortaja triste de mis blancas canas?

¡Ay amigos! decid: ¿quién fué homicida  
 De un hijo, en cuya vida yo animaba?

MENGA. Gil lo dirá, que, al verle dar la herida,  
 Oculto entre unos árboles estaba.

CURCIO. Dí, amigo, dí, ¿quién me quitó esta vida?

GIL. Yo solo sé que Eusebio se llamaba  
 Cuando con él reñía.

CURCIO. ¿Hay más deshonra?  
 Eusebio me ha quitado vida y honra.

(A Julia.)

Disculpa agora tú de sus crueles  
 Deseos la ambicion; dí que concibe  
 Casto amor, pues, á falta de papeles,  
 Lascivos gustos con tu sangre escribe.

JULIA. Señor...

CURCIO. No me respondas como sueles:

A tomar hoy estado te apercibe,  
 O apercibe tambien á tu hermosura,  
 Con Lisardo temprana sepultura.  
 Los dos á un tiempo el sentimiento esquivo,  
 En este día sepultar concierto,  
 El muerto al mundo, en mi memoria vivo.  
 Tú, viva al mundo, en mi memoria muerta.  
 Y en tanto que el entierro os apercibo,  
 Porque no huyas cerraré esta puerta.  
 Queda con él, porque de aquesta suerte.  
 Lecciones al morir te dé su muerte. (Vase.)

## ESCENA XI.

JULIA; LISARDO, *muerto*; EUSEBIO.

JULIA. Mil veces procuro hablarte,  
Tirano Eusebio, y mil veces  
El alma duda, el aliento  
Falta, y la lengua enmudece.  
No sé, no sé cómo pueda  
Hablar; porque á un tiempo vienen  
Envueltas iras piadosas  
Entre piedades crueles.  
Quisiera cerrar los ojos  
A aquesta sangre inocente,  
Que está pidiendo venganza,  
Desperdiciando claveles:  
Y quisiera hallar disculpa  
En las lágrimas que viertes;  
Que al fin heridas y ojos  
Son bocas que nunca mienten.  
Y en una mano el amor,  
Y en otra el rigor presente,  
A un mismo tiempo quisiera  
Castigarte y defenderte;  
Y entre ciegas confusiones  
De pensamientos tan fuertes,  
La clemencia me combate,  
Y el sentimiento me vence.  
¿Desta suerte solicitas  
Obligarme? ¿Desta suerte,  
Eusebio, en vez de finezas,  
Con crueldades me pretendes?

Cuando de mi boda el día  
Resuelta esperaba, ¡quieres  
Que en vez de apacibles bodas,  
Tristes obsequias celebre!  
Cuando por tu gusto era  
Á mi padre inobediente,  
¡Lutos funestos me das  
En vez de galas alegres!  
Cuando, arriesgando mi vida,  
Hice posible el quererte,  
¡En vez de tálamo (¡ay cielos!)  
Un sepulcro me previenes!  
Y cuando mi mano ofrezco,  
Despreciando inconvenientes  
De honor, ¡la tuya bañada  
En mi sangre me la ofreces!  
¿Qué gusto tendré en tus brazos,  
Si para llegar á verme  
Dando vida á nuestro amor,  
Voy tropezando en la muerte?  
¿Qué dirá el mundo de mí,  
Sabiendo que tengo siempre,  
Si no presente el agravio,  
Quien le cometi6 presente?  
Pues cuando quiera el olvido  
Sepultarle, sólo el verte  
Entre mis brazos, será  
Memoria con que me acuerde.  
Yo ent6nces, yo, aunque te adore,  
Los amorosos placeres  
Trocaré en iras, pidiendo  
Venganzas; pues ¿cómo quieres  
Que viva sujeta un alma  
A efectos tan diferentes,

Que esté esperando el castigo  
Y deseando que no llegue?  
Basta, por lo que te quise,  
Perdonarte, sin que esperes  
Verme en tu vida, ni hablarme.  
Esa ventana, que tiene  
Salida al jardín, podrá  
Darte paso; por ahí puedes  
Escaparte; huye el peligro,  
Porque, si mi padre viene,  
No te halle aquí. Véte, Eusebio,  
Y mira que no te acuerdes  
De mí; que hoy me pierdes tú  
Porque quisiste perderme.  
Véte, y vive tan dichoso,  
Que tengas felicemente  
Bienes, sin que á los pesares  
Pagues pension de los bienes.  
Que yo haré para mi vida  
Una celda prison breve,  
Si no sepulcro, pues ya  
Mi padre enterrarme quiere.  
Allí lloraré desdichas  
De un hado tan inclemente,  
De una fortuna tan fiera,  
De una inclinacion tan fuerte,  
De un planeta tan opuesto,  
De una estrella tan rebelde,  
De un amor tan desdichado,  
De una mano tan aleve,  
Que me ha quitado la vida  
Y no me ha dado la muerte,  
Porque entre tantos pesares  
Siempre viva y muera siempre.

**EUSEBIO.** Si acaso más que tus voces  
Son ya tus manos crueles  
Para tomar la venganza,  
Rendido á tus piés me tienes.  
Preso me trae mi delito,  
Tu amor es la cárcel fuerte,  
Las cadenas son mis yerros,  
Prisiones que el alma teme,  
Verdugo es mi pensamiento;  
Si son tus ojos los jueces,  
Y ellos me dan la sentencia,  
Por fuerza será de muerte.  
Mas dirá entónces la fama  
En su pregon: «Este muere  
Porque quiso,» pues que solo  
Es mi delito quererte.  
No pienso darte disculpa;  
No parezca que la tiene  
Tan grande error; sólo quiero  
Que me mates y te vengues.  
Toma esta daga, y con ella  
Rompe un pecho que te ofende,  
Saca un alma que te adora,  
Y tu misma sangre vierte.  
Y si no quieres matarme,  
Para que á vengarse llegue  
Tu padre, diré que estoy  
En tu aposento.

**JULIA.** ¡Detente!

Y por última razon,  
Que he de hablarte eternamente,  
Has de hacer lo que te digo.

**EUSEBIO.** Yo lo concedo.

**JULIA.** Pues véte

Adonde guardes tu vida.  
Hacienda tienes, y gente  
Que te podrá defender.

EUSEBIO. Mejor será que yo quede  
Sin ella; porque si vivo,  
Será imposible que deje  
De adorarte, y no has de estar,  
Aunque un convento te encierre,  
Segura.

JULIA. Guárdate tú,  
Que yo sabré defenderme.

EUSEBIO. ¿Volveré yo á verte?

JULIA. No.

EUSEBIO. ¿No hay remedio?

JULIA. No le esperes.

EUSEBIO. ¿Que al fin me aborreces ya?

JULIA. Haré por aborrecerte.

EUSEBIO. ¿Olvidarásme?

JULIA. No sé.

EUSEBIO. ¿Veréte yo?

JULIA. Eternamente.

EUSEBIO. Pues ¿aquel pasado amor...?

JULIA. Pues ¿esta sangre presente...?—

La puerta abren: véte Eusebio.

EUSEBIO. Iré por obedecerte.

¡Que no he de volverte á ver!

JULIA. ¡Que no has de volver á verme!

(Suena ruido, vanse cada uno por una parte, y entran el  
cuerpo algunos criados.)

## JORNADA SEGUNDA.

---

Monte.

### · ESCENA PRIMERA.

**RICARDO, CELIO, EUSEBIO, en traje de bandoleros,  
con arcabuces.**

(Suena un tiro dentro.)

**RICARDO.** Pasó el plomo violento  
Su pecho.

**CELIO.** Y hace el golpe más sangriento,  
Que con su sangre la tragedia imprima  
En tierna flor.

**EUSEBIO.** Ponle una cruz encima,  
Y perdónele Dios.

**RICARDO.** Las devociones  
Nunca faltan del todo á los ladrones.

(Vanse Ricardo y Celio.)

**EUSEBIO.** Y pues mis hados fieros  
Me traen á capitan de bandoleros,  
Llegarán mis delitos  
A ser, como mis penas, infinitos.  
Como si diera muerte  
A Lisardo á traicion, de aquesta suerte  
Mi patria me persigue,

Porque su furia y mi despecho obligue  
 A que guarde una vida,  
 Siendo de tantas bárbaro homicida.  
 Mi hacienda me han quitado,  
 Mis villas confiscado,  
 Y á tanto rigor llegan,  
 Que el sustento me niegan.  
 No toque pasajero  
 El término del monte, si primero  
 No rinde hacienda y vida.

### ESCENA II.

RICARDO, BANDOLEROS; ALBERTO, *preso*.—EUSEBIO.

RICARDO. Llegando á ver la boca de la herida,  
 Escucha, capitan, el más extraño  
 Suceso.

EUSEBIO. Ya deseo el desengaño.

RICARDO. Hallé el plomo deshecho  
 En este libro que tenía en el pecho,  
 Sin haber penetrado,  
 Y al caminante solo desmayado:  
 Vestle aquí sano y bueno.

EUSEBIO. De espanto estoy y admiraciones lleno.  
 ¿Quién eres, venerable  
 Caduco, á quien los cielos, admirable  
 Han hecho con prodigio milagroso?

ALBERTO. Yo soy, oh capitan, el más dichoso  
 De cuantos hombres hay; que he merecido  
 Ser sacerdote indigno, y he leído  
 En Bolonia sagrada teología  
 Cuarenta y cuatro años con desvelo.

Díome Su Santidad, por este celo,  
 De Trento el obispado  
 Premiando mis estudios; y admirado  
 Yo de ver que tenia  
 Cuenta de tantas almas,  
 Y que apénas la daba de la mia,  
 Los laureles dejé, dejé las palmas,  
 Y huyendo sus engaños,  
 Vengo á buscar seguros desengaños  
 En estas soledades,  
 Donde viven desnudas las verdades.  
 Paso á Roma á que el Papa me conceda  
 Licencia, capitan, para que pueda  
 Fundar un órden santo de eremitas;  
 Mas tu saña atrevida  
 Quita el hilo á mi suerte y á la vida.

EUSEBIO. ¿Qué libro es este, dí?

ALBERTO. Este es el fruto,  
 Que rinde á mis estudios el tributo  
 De tantos años.

EUSEBIO. ¿Qué es lo que contiene?

ALBERTO. Él trata del origen verdadero  
 De aquel divino y celestial madero  
 En que animoso y fuerte,  
 Muriendo, triunfó Cristo de la muerte.  
 El libro, en fin, se llama  
 «Milagros de la Cruz.»

EUSEBIO. ¿Qué bien la llama  
 De aquel plomo inclemente,  
 Más que la cera, se mostró obediente!  
 ¡Plugüiera á Dios, mi mano,  
 Ántes que blanco su papel hiciera  
 De aquel golpe tirano,  
 Entre su fuego ardiera!

Lleva ropa y dinero  
Y la vida; sólo este libro quiero.  
Y vosotros salidle acompañando  
Hasta dejarle libre.

ALBERTO. Iré rogando  
Al Señor te dé luz para que veas  
El error en que vives.

EUSEBIO. Si deseas  
Mi bien, pídele á Dios que no permita  
Muera sin confesion.

ALBERTO. Yo te prometo  
Seré ministro en tan piadoso efeto,  
Y te doy mi palabra  
(Tanto en mi pecho tu clemencia labra)  
Que si me llamas en cualquiera parte,  
Dejaré mi desierto  
Por ir á confesarte:  
Un sacerdote soy; mi nombre Alberto.

EUSEBIO. ¿Tal palabra me das?

ALBERTO. Y la confieso  
Con la mano.

EUSEBIO. Otra vez tus plantas beso.

(Vase Alberto con Ricardo y los bandoleros.)

### ESCENA III.

CHILINDRINA.—EUSEBIO.

CHILIND. Hasta venir á hablarte,  
El monte atravesé de parte á parte.

EUSEBIO. ¿Qué hay, amigo?

CHILIND. Dos nuevas harto malas.

EUSEBIO. Á mi temor el sentimiento iguales.

¿Qué son?

CHILIND. Es la primera  
(Decirla no quisiera),  
Que al padre de Lisardo  
Han dado...

EUSEBIO. Acaba, que el efecto aguardo.

CHILIND. Comision de prenderte ó de matarte.

EUSEBIO. Esotra nueva temo  
Mas, porque en un confuso extremo,  
Al corazon parece que camina  
Toda el alma, adivina  
De algun futuro daño.  
¿Qué ha sucedido?

CHILIND. Á Julia...

EUSEBIO. No me engaño

En prevenir tristezas,  
Si para ver mi mal, por Julia empiezas.  
¿Julia no me dijiste?  
Pues eso basta para verme triste.  
¡Mal haya amén la rigurosa estrella  
Que me obligó á querella!  
En fin, Julia... prosigue.

CHILIND. En un convento,

Seglar está.

EUSEBIO. ¡Ya falta el sufrimiento!

¡Que el cielo me castigue  
Con tan grandes venganzas,  
De perdidos deseos,  
De muertas esperanzas,  
Que de los mismos cielos,  
Por quien me deja, vengo á tener celos!  
Mas ya tan atrevido,  
Que viviendo matando,  
Me sustento robando,

No puedo ser peor de lo que he sido.  
 Despéñese el intento,  
 Pues ya se ha despeñado el pensamiento.  
 Llama á Celio y Ricardo. (Ap. Amando  
 CHILIND. Voy por ellos. (Vase.) [muero!]  
 EUSEBIO. Vé, y diles que aquí espero.—  
 Asaltaré el convento que la guarda.  
 Ningun grave castigo me acobarda;  
 Que por verme señor de su hermosura,  
 Tirano amor me fuerza  
 Á acometer la fuerza,  
 Á romper la clausura,  
 Y á violar el sagrado;  
 Que ya del todo estoy desesperado.  
 Pues si no me pusiera  
 Amor en tales puntos,  
 Solamente lo hiciera  
 Por cometer tantos delitos juntos.

#### ESCENA IV.

GIL, MENGA.—EUSEBIO.

MENGA. ¿Mas que encontramos con él,  
 Segun mezquina nació?  
 GIL. Menga, yo ¿no voy aquí?  
 No temas ese cruel  
 Capitan de buñuleros,  
 Ni el hallarlo te alborote;  
 Que honda llevo yo y garrote.  
 MENGA. Temo, Gil, sus hechos fieros;  
 Si no, á Silvia á mirar ponte,  
 Cuando aquí la acometió;

- Que doncella al monte entró,  
Y dueña salió del monte,  
Que no es peligro pequeño.
- GIL. Conmigo fuera cruel,  
Que también entro doncel,  
Y pudiera salir dueño. (Reparan en Eusebio.)
- MENGA. (A Eusebio.) ¡Ah señor! que va perdido,  
Que anda Eusebio por aquí.
- GIL. No eche, señor, por ahí.
- EUSEBIO. (Ap.) Estos no me han conocido,  
Y quiero disimular.
- GIL. ¿Quiere que aquesse ladron  
Le mate?
- EUSEBIO. (Ap. Villanos son.)  
¿Con qué podré yo pagar  
Este aviso?
- GIL. Con huir  
De ese bellaco.
- MENGA. Si os coge,  
Señor, aunque no le enoje  
Ni vuestro hacer ni decir,  
Luego os matará; y creed  
Que con poner tras la ofensa  
Una cruz encima, piensa  
Que os hace mucha merced.

## ESCENA V.

RICARDO, CELIO.—DICHOS.

- RICARDO. ¿Dónde le dejaste?
- CELIO. Aquí.
- GIL. (A Eusebio.) Es un ladron, no le esperes.

- RICARDO. Eusebio, ¿qué es lo que quieres?
- GIL. ¿Eusebio le llamó?
- MENGA. Sí.
- EUSEBIO. Yo soy Eusebio; ¿que os mueve  
Contra mi? ¿No hay quien responda?
- MENGA. Gil, ¿tienes garrote y honda?
- GIL. Tengo el diablo que te lleve.
- CILIO. Por los apacibles llanos  
Que hace del monte la falda,  
A quien guarda el mar la espalda,  
Vi un escuadron de villanos  
Que armado contra tí viene,  
Y pienso que se avecina;  
Que así Curcio determina  
La venganza que previene.  
Mira qué piensas hacer:  
Junta tu gente, y partamos.
- EUSEBIO. Mejor es que agora huyamos,  
Que esta noche hay más que hacer.  
Venid conmigo los dos,  
De quien justamente sfo  
La opinion y el honor mio.
- RICARDO. Muy bien puedes, que por Dios  
Que he de morir á tu lado.
- EUSEBIO. Villanos, vida teneis,  
Sólo porque le lleveis  
A mi enemigo un recado.  
Decid á Curcio que yo  
Con tanta gente atrevida  
Solo defiende la vida,  
Pero que le busco no.  
Y que no tiene ocasion  
De buscarme de esta suerte,  
Pues no dí á Lisardo muerte

Con engaño ó con traicion.  
 Cuerpo á cuerpo le maté,  
 Sin ventaja conocida,  
 Y ántes de acabar la vida,  
 En mis brazos le llevé  
 Adonde se confesó,  
 Digna accion para estimarse;  
 Mas que si quiere vengarse,  
 Que he de defenderme yo.—  
 Y agora porque no vean

(A los bandoleros.)

Aquestos por dónde vamos,  
 Atadlos entre estos ramos:  
 Vendados sus ojos sean,  
 Porque no avisen.

RICARDO.

Aquí

Hay cordel.

CELIO.

Pues llega presto.

GIL.

De San Sebastian me han puesto.

MENGA.

De San Sebastian á mí.

Mas ate cuando quisiere,  
 Señor, como no me mate.

GIL.

Oye, señor, no me ate,  
 Y puto sea yo si huyere.  
 Jura tú, Menga, tambien  
 Este mismo juramento.

CELIO.

Ya están atados.

EUSEBIO.

Mi intento

Se va ejecutando bien.  
 La noche amenaza oscura  
 Tendiendo su negro velo.  
 Julia, aunque te guarde el cielo,  
 He de gozar tu hermosura. (Vanse.)

## ESCENA VI.

GIL, MENGA, *atados.*

- GIL. ¿Quién habrá que ahora nos vea,  
Menga, aunque caro nos cueste,  
Que no diga que es aqueste  
Peralvillo de la aldea?
- MENGA. Véte llegando hácia aquí,  
Gil, que yo no puedo andar.
- GIL. Menga, vénme á desatar,  
Y te desataré á tí  
Luégo al punto.
- MENGA. Ven primero  
Tú, que ya estás importuno.
- GIL. ¿Es decir, que vendrá alguno?  
Pondré que falta un arriero  
Las tres ánades cantando,  
Un caminante pidiendo,  
Un estudiante comiendo,  
Una santera rezando,  
Hoy en aqueste camino,  
Lo que á ninguno faltó;  
Mas la culpa tengo yo.
- Una voz.* (Dentro.) Hácia esta parte imagino  
Que oigo voces; llegad presto.
- GIL. Señor, en buen hora acuda  
A desatar una duda,  
En que ha rato que estoy puesto.
- MENGA. Si acaso buscáis, señor,  
Por el monte algun cordel,  
Yo os puedo servir con él.

- GIL. Este es más gordo y mijor.  
 MENGA. Yo, por ser mujer, espero  
 Remedio en las ánsias mias.  
 GIL. No repare en cortesias,  
 Desátame á mí primero.

### ESCENA VII.

CURCIO, OCTAVIO, BRAS, TIRSO, SOLDADOS.—  
 GIL, MENGA.

- TIRSO. Hácia aquesta parte suena  
 La voz.  
 GIL. ¡Que te quemas!  
 TIRSO. Gil,  
 ¿Qué es esto?  
 GIL. El diablo es sutil;  
 Desata, Tirso, y mi peña  
 Te diré despues.  
 CURCIO. ¿Qué es esto?  
 MENGA. Venga en buen hora, señor,  
 A castigar un traidor.  
 CURCIO. ¿Quién desta suerte os ha puesto?  
 GIL. ¿Quién? Eusebio, que en efeto  
 Dice... Pero ¿qué sé yo  
 Lo que dice? Él mos dejó  
 Aquí en semejante aprieto.  
 TIRSO. No llores, pues, que no ha estado  
 Hoy muy poco liberal  
 Contigo.  
 BRAS. No lo ha hecho mal,  
 Pues á Menga te ha dejado.  
 GIL. ¡Ay Tirso! no lloro yo

- Porque piadoso no fué.
- TIRSO. Pues ¿por qué lloras?
- GIL. ¿Por qué?  
 Porque á Menga me dejó.  
 La de Anton llevó, y al cabo  
 De seis, que no parecia,  
 Halló á su mujer un dia;  
 Hicimos un baile bravo  
 De hallazgo, y gastó cien reales.
- BRAS. ¿Bartolo no se casó  
 Con Catalina, y parió  
 A seis meses no cabales?  
 Y andaba con gran placer  
 Diciendo: ¡Si tú lo vieses!  
 Lo que otra hace en nueve meses,  
 Hace en cinco mi mujer.
- TIRSO. Ello no hay honra segura.
- CURCIO. ¿Que esto llegue á escuchar yo  
 Deste tiranó? ¿quién vió  
 Tan notable desventura?
- MENGA. Cómo destruirle piensa;  
 Que hasta las mismas mujeres  
 Tomaremos, si tú quieres,  
 Las armas para su ofensa.
- GIL. Que aquí acude es lo más cierto:  
 Y toda esta procesion  
 De cruces que miras, son,  
 Señor, por hombres que ha muerto.
- OCTAVIO. Es aquí lo más secreto  
 De todo el monte.
- CURCIO. (Ap.) Y aquí  
 Fué ¡cielos! donde yo ví  
 Aquel milagroso efeto  
 De inocencia y castidad,

Cuya beldad atrevido  
Tantas veces he ofendido  
Con dudas, siendo verdad  
Un milagro tan patente.

OCTAVIO. Señor, ¿qué nueva pasion  
Causa tu imaginacion?

CURCIO. Rigores que el alma siente  
Son, Octavio; y mis enojos,  
Para publicar mi mengua,  
Como los niego á la lengua,  
Me van saliendo á los ojos.  
Haz, Octavio, que me deje  
Solo esa gente que sigo,  
Porque aquí de mí y conmigo  
Hoy á los cielos me queje.

OCTAVIO. Ea, soldados, despejad.

BRAS. ¿Qué decís?

TIRSO. ¿Qué pretendéis?

GIL. Despiojad, ¿no lo entendéis?  
Que nos vamos á espulgar.

(Vanse todos, menos Curcio.)

## ESCENA VIII.

### CURCIO.

¿A quién no habrá sucedido,  
Tal vez lleno de pesares,  
Descansar consigo á solas  
Por no descubrirse á nadie?  
Yo, á quien tantos pensamientos  
A un tiempo afligen, que hacen  
Con lágrimas y suspiros

---

Competencia al mar y al aire,  
Compañero de mí mismo  
En las mudas soledades,  
Con la pensión de mis bienes  
Quiero divertir mis males.  
Ni las aves, ni las fuentes  
Sean testigos bastantes:  
Que al fin las fuentes murmuran,  
Y tienen lengua las aves.  
No quiero más compañía  
Que a estos rústicos sauces;  
Pues quien escucha y no aprende,  
Será fuerza que no hable.  
Teatro este monte fué  
Del suceso más notable,  
Que entre prodigios de celos  
Cuentan las antigüedades,  
De una inocente verdad.  
Pero ¿quién podrá librarse  
De sospechas, en quien son  
Mentirosas las verdades?  
Muerte de amor son los celos,  
Que no perdonan á nadie,  
Ni por humilde le dejan,  
Ni le respetan por grave.  
Aquí pues, donde yo digo,  
Rosmira y yo... De acordarme,  
No es mucho que el alma tiemble,  
No es mucho que la voz falte;  
Que no hay flor que no me asombre,  
No hay hoja que no me espante,  
No hay piedra que no me admire,  
Tronco que no me acobarde,  
Peñasco que no me oprima,

---

Monte que no me amenace;  
Porque todos son testigos  
De una hazaña tan infame.  
Saqué al fin la espada, y ella,  
Sin temerme y sin turbarse,  
Porque en riesgos de amor nunca  
El inocente es cobarde:  
«Esposo, dijo, detente;  
No digo que no me mates,  
Si es tu gusto, porque yo  
¿Cómo he de poder negarte  
La misma vida que es tuya?  
Solo te pido que ántes  
Me digas por lo que muero,  
Y déjame que te abrace.»  
Yo la dije: «En tus entrañas,  
Como la víbora, traes  
A quien te ha de dar la muerte.  
Indicio ha sido bastante  
El parto infame que esperas.  
Mas no le verás, que ántes  
Dándote muerte, seré  
Verdugo tuyo y de un ángel.»  
«Si acaso, me dijo entónces,  
Si acaso, esposo, llegaste  
A creer flaquezas mias,  
Justo será que me mates.  
Mas á esta Cruz abrazada,  
A esta que estaba delante,  
Prosiguió, doy por testigo  
De que no supe agraviarte  
Ni ofenderte; que ella sola  
Será justo que me ampare.»  
Bien quisiera entónces yo,

Arrepentido, arrojarme  
A sus piés, porque se vía  
Su inocencia en su semblante.  
El que una traicion intenta,  
Antes mire lo que hace;  
Porque una vez declarado,  
Aunque procure enmendarse,  
Por decir que tuvo causa,  
Lo ha de llevar adelante.  
Yo, pues, no porque dudaba  
Ser la disculpa bastante,  
Sino porque mi delito  
Más amparado quedase,  
El brazo levanté airado,  
Tirando por várias partes  
Mil heridas; pero solo  
Las ejecuté en el aire.  
Por muerta al pié de la Cruz  
Quedó, y queriendo escaparme-  
A casa llegué, y halléla  
Con más belleza que sale  
El alba, cuando en sus brazos  
Nos presenta el sol infante.  
Ella en sus brazos tenía  
A Julia, divina imágen  
De hermosura y discrecion:  
(¿Qué gloria pudo igualarse  
A la mia?) que su parto  
Habia sido aquella tarde  
Al mismo pié de la Cruz;  
Y por divinas señales,  
Con que al mundo descubria  
Dios un milagro tan grande,  
La niña que habia parido,

---

Dichosa con señas tales,  
Tenía en el pecho una Cruz  
Labrada de fuego y sangre.  
Pero ¡ay! que tanta ventura  
Templaba el que se quedase  
Otra criatura en el monte:  
Que ella, entre penas tan graves,  
Sintió haber parido dos;  
Y yo entónces...

### ESCENA IX.

#### OCTAVIO.—CURCIO.

OCTAVIO.                    Por el valle  
Atraviesa un escuadron  
De bandoleros; y ántes  
Que cierre la noche triste,  
Será bien, señor, que bajes  
A buscarlos, no oscurezca;  
Porque ellos el monte saben,  
Y nosotros no.

CURCIO.                    Pues junta  
La gente vaya adelante;  
Que no hay gloria para mí,  
Hasta llegar á vengarme. (Vanse)

---

(Vista exterior de un convento.)

### ESCENA X.

EUSEBIO, RICARDO, CELIO, *con una escala.*

RICARDO. Llega con silencio, y pon  
A esa parte las escalas.

EUSEBIO. Icaro seré sin alas,  
Sin fuego seré Faeton:  
Escalar al sol intento,  
Y si me quiere ayudar  
La luz, tengo de pasar  
Mas allá del firmamento.  
Amor ser tirano enseña.  
En subiendo yo, quitad  
Esa escala, y esperad  
Hasta que os haga una seña.  
Quien subiendo se despeña,  
Suba hoy y baje ofendido,  
En cenizas convertido;  
Que la pena del bajar,  
No será parte á quitar  
La gloria de haber subido.

RICARDO. ¿Qué esperas?

CELIO. Pues ¿qué rigor  
Tu altivo orgullo embaraza?

EUSEBIO. ¿No veis cómo me amenaza  
Un vivo fuego?

RICARDO. Señor.

Fantasmas son del temor.

EUSEBIO. ¿Yo temor?

- CELIO. Sube.  
 EUSEBIO. Ya llego.  
 Aunque á tantos rayos ciego,  
 Por las llamas he de entrar;  
 Que no lo podrá estorbar  
 De todo el infierno el fuego. (Sube y entra )
- CELIO. Ya entró.  
 RICARDO. Alguna fantasía  
 De su mismo horror fundada,  
 En la idea acreditada,  
 O alguna ilusion sería.
- CELIO. Quita la escala.  
 RICARDO. Hasta el día  
 Aquí le hemos de esperar.
- CELIO. Atrevimiento fué entrar,  
 Aunque yo de mejor gana  
 Me fuera con mi villana;  
 Mas despues habrá lugar. (Vanse.)

---

Celda de Julia

### ESCENA XI.

EUSEBIO; JULIA, *en el lecho.*

- EUSEBIO. Por todo el convento he andado,  
 Sin ser de nadie sentido,  
 Y por cuanto he discurrido,  
 De mi destino guiado,  
 A mil celdas he llegado  
 De religiosas, que abiertas



- JULIA.    ¿Qué quieres, forma fingida,  
De la idea repetida,  
Solo á la vista aparente?  
¿Eres, para pena mia,  
Voz de la imaginacion?  
Retrato de la ilusion?  
Cuerpo de la fantasía?  
Fantasma en la noche fria?
- EUSEBIO. Julia, escucha. Eusebio soy,  
Que vivo á tus piés estoy;  
Que si el pensamiento fuera,  
Siempre contigo estuviera.
- JULIA.    Desengañándome voy  
Con oírte, y considero  
Que mi recato ofendido  
Más te quisiera fingido,  
Eusebio, que verdadero.  
Donde yo llorando muero,  
Donde yo vivo penando,  
¿Qué quieres? ¿estoy temblando!  
¿Qué buscas? ¿estoy muriendo!  
¿Qué emprendes? ¿estoy temiendo!  
¿Qué intentas? ¿estoy dudando!  
¿Cómo has llegado hasta aquí?
- EUSEBIO. Todo es extremos amor,  
Y mi pena y tu rigor  
Hoy han de triunfar de mí.  
Hasta verte aquí, sufrí  
Con esperanza segura;  
Pero viendo tu hermosa  
Perdida, he atropellado  
El respeto del sagrado,  
Y la ley de la clausura.  
De lo cierto ó de lo injusto

Los dos la culpa tenemos,  
 Y en mí vienen dos extremos,  
 Que son la fuerza y el gusto.  
 No puede darle disgusto  
 Al cielo mi pretension;  
 Antes de esta ejecucion,  
 Casada eres en secreto,  
 Y no cabe en un sujeto  
 Matrimonio y religion.

JULIA. No niego el lazo amoroso,  
 Que hizo con felicidades  
 Unir á dos voluntades,  
 Que fué su efecto forzoso;  
 Que te llamé amado esposo,  
 Y que todo eso fué así,  
 Confieso; pero ya aquí,  
 Con voto de religiosa,  
 A Cristo de ser su esposa  
 Mano y palabra le dí.  
 Ya soy suya, ¿qué me quieres?  
 Véte, porque el mundo asombres.  
 Donde mates á los hombres,  
 Donde fuerces las mujeres.  
 Véte, Eusebio; ya no esperes  
 Fruto de tu loco amor;  
 Para que te cause horror,  
 Que estoy en sagrado piensa.

EUSEBIO. Cuanto es mayor tu defensa,  
 Es mi apetito mayor.  
 Ya las paredes salté  
 Del convento, ya te ví;  
 No es amor quien vive en mí,  
 Causa más oculta fué.  
 Cumple mi gusto, ó diré

Que tú misma me has llamado,  
 Que me has tenido encerrado  
 En tu celda muchos dias:  
 Y pues las desdichas mias  
 Me tienen desesperado,  
 Daré voces; sepan...

JULIA.

Tente,  
 Eusebio, mira... (¡ay de mí!)  
 Pasos siento por aquí,  
 Al coro atraviesa gente.  
 ¡Cielos, no sé lo que intente!  
 Cierra esa celda, y en ella  
 Estarás, pues atropella  
 Un temor á otro temor.

EUSEBIO. ¡Qué poderoso es mi amor!

JULIA. ¡Qué rigurosa es mi estrella! (Vanse.)

---

•

Vista exterior del convento.

## ESCENA XII.

RICARDO, CELIO.

RICARDO. Ya son las tres, mucho tarda.

CELIO. El que goza su ventura,  
 Ricardo, en la noche oscura,  
 Nunca el claro sol aguarda.  
 Yo apuesto que le parece  
 Que nunca el sol madrugó  
 Tanto, y que hoy apresuró  
 Su curso.

- RICARDO. Siempre amanece  
 Más temprano á quien desea;  
 Pero al que goza, más tarde.
- CELIO. No creas que al sol aguarde  
 Que en el oriente se vea.
- RICARDO. Dos horas son ya.
- CELIO. No creo  
 Que Eusebio lo diga.
- RICARDO. Es justo;  
 Porque al fin son de su gusto  
 Las horas de tu deseo.
- CELIO. ¿No sabes lo que he llegado  
 Hoy, Ricardo, á sospechar?  
 Que Julia le envió á llamar.
- RICARDO. Pues si no fuera llamado,  
 ¿Quién á escalar se atreviera  
 Un convento?
- CELIO. ¿No has sentido,  
 Ricardo, á esta parte ruido?
- RICARDO. Sí.
- CELIO. Pues llega la escalera.

### ESCENA XIII.

JULIA, EUSEBIO, á una ventana.—RICARDO, CELIO.

- EUSEBIO. Déjame, mujer.
- JULIA. Pues cuando  
 Vencida de tus deseos,  
 Movida de tus suspiros,  
 Obligada de tus ruegos,  
 De tu llanto agradecida,  
 Dos veces á Dios ofendo,

Como á Dios, y como á esposo,  
 ¡Mis brazos dejas, haciendo  
 Sin esperanzas desdenes,  
 Y sin posesion desprecios!  
 ¿Dónde vas?

**EUSEBIO.** Mujer, ¿qué intentas?

Déjame, que voy huyendo  
 De tus brazos, porque he visto  
 No sé qué deidad en ellos.  
 Llamas arrojan tus ojos,  
 Tus suspiros son de fuego,  
 Un volcan cada razon,  
 Un rayo cada cabello,  
 Cada palabra es mi muerte,  
 Cada regalo un infierno:  
 Tantos temores me causa  
 La Cruz que he visto en tu pecho.  
 Señal prodigiosa ha sido,  
 Y no permitan los cielos  
 Que, aunque tanto los ofenda,  
 Pierda á la Cruz el respeto.  
 Pues si la hago testigo  
 De las culpas que cometo,  
 ¿Con qué vergüenza despues  
 Llamarla en mi ayuda puedo?  
 Quédate en tu religion,  
 Julia: yo no te desprecio,  
 Que más agora te adoro.

**JULIA.** Escucha, detente, Eusebio.

**EUSEBIO.** Esta es la escala.

**JULIA.** Detente,

Ó llévame allá.

**EUSEBIO.** No puedo, (Baja.)

Pues que, sin gozar la gloria

Que tanto esperé, te dejo.

¡Válgame el Cielo! caí. (Cae.)

RICARDO. ¿Qué ha sido?

EUSEBIO. ¿No veis el viento

Poblado de ardientes rayos?

¿No mirais sangriento el cielo

Que todo sobre mí viene?

¿Dónde estar seguro puedo,

Si airado el cielo se muestra?

Divina Cruz, yo os prometo,

Y os hago solemne voto

Con cuantas cláusulas puedo,

De en cualquier parte que os vea,

Las rodillas por el suelo,

Rezar un Ave María.

(Levántase, y vanse los tres, dejando la escala puesta.)

#### ESCENA XIV.

JULIA. (*En la ventana.*)

Turbada y confusa quedo.

¿Aquestas fueron, ingrato.

Las firmezas? ¿Estos fueron

Los extremos de tu amor?

¿Ó son de mi amor extremos?

Hasta vencerme á tu gusto,

Con amenazas, con ruegos,

Aquí amante, allí tirano,

Porfiaste; pero luego

Que de tu gusto y mi pena

Pudiste llamarte dueño,

Antes de vencer, huiste.

¿Quien, sino tú, venció huyendo?  
¡Muerta soy, cielos piadosos!  
¿Por qué introdujo venenos  
Naturaleza, si habia,  
Para dar muerte, desprecios?  
Ellos me quitan la vida;  
Pues que con nuevo tormento  
Lo que me desprecia busco.  
¿Quién vió tan dudoso efecto  
De amor? Cuando me rogaba  
Con mil lágrimas Eusebio,  
Le dejaba; pero agora,  
Porque él me deja, le ruego.  
Tales somos las mujeres,  
Que contra nuestros deseos,  
Aun no queremos dar gusto  
Con lo mismo que queremos.  
Ninguno nos quiera bien,  
Si pretende alcanzar premio;  
Que queridas despreciamos  
Y aborrecidas queremos.  
No siento que no me quiera,  
Sólo que me deje sienta.  
Por aquí cayó, tras él  
Me arrojaré. ¿Mas qué es esto?  
¿Esta no es escala? Sí.  
¿Qué terrible pensamiento!  
Detente, imaginacion,  
No me despeñes; que creo  
Que si llego á consentir,  
Á hacer el delito llego.  
¿No saltó Eusebio por mí  
Las paredes del convento?  
¿No me holgué de verle yo

En tantos peligros puesto  
Por mi causa? ¿Pues qué dudo?  
¿Qué me acobardo? ¿qué temo?  
Lo mismo haré yo en salir  
Que él en entrar: si es lo mesmo,  
Tambien se holgará de verme  
Por su causa en tales riesgos.  
Ya por haber consentido  
La misma culpa merezco;  
Pues si es tan grande el pecado,  
¿Por qué el gusto ha de ser ménos?  
Si consentí, y me dejé  
Dios de su mano, ¿no puedo  
De una culpa, que es tan grande,  
Tener perdón? ¿Pues qué espero?

(Baja por la escala.)

Al mundo, al honor, á Dios  
Hallo perdido el respeto,  
Cuando á ceguedad tan grande  
Vendados los ojos vuelvo.  
Demonio soy, que he caido  
Despeñado deste cielo,  
Pues sin tener esperanza  
De subir, no me arrepiento.  
Ya estoy fuera de sagrado,  
Y de la noche el silencio  
Con su oscuridad me tiene  
Cubierta de horror y miedo.  
Tan deslumbrada camino,  
Que en las tinieblas tropiezo,  
Y áun no caigo en mi pecado.  
¿Dónde voy? ¿qué hago? ¿qué intento?  
Con la muda confusion  
De tantos horrores, temo

---

Que se me altera la sangre,  
Que se me eriza el cabello.  
Turbada la fantasía,  
En el aire forma cuerpos,  
Y sentencias contra mí  
Pronuncia la voz del eco.  
El delito, que ántes era  
Quien me animaba soberbio,  
Es quien me acobarda agora.  
Apénas las plantas puedo  
Mover, que el mismo temor  
Grillos á mis piés ha puesto.  
Sobre mis hombros parece  
Que carga un prolijo peso  
Que me oprime, y toda yo  
Estoy cubierta de hielo.  
No quiero pasar de aquí,  
Quiero volverme al convento,  
Donde de aqueste pecado  
Alcance perdon; pues creo  
De la clemencia divina,  
Que no hay luces en el cielo,  
Que no hay en el mar arenas,  
No hay átomos en el viento,  
Que, sumados todos juntos,  
No sean número pequeño  
De los pecados, que sabe  
Dios perdonar. Pasos siento.  
Á esta parte me retiro  
En tanto que pasan, luégo  
Subiré sin que me vean. (Retírase.)

**ESCENA XV.**

**RICARDO, CELIO.**—*JULIA, retirada donde no los ve.*

**RICARDO.** Con el espanto de Eusebio  
Aquí se quedó la escala,  
Y agora por ella vuelvo,  
No aclare el dia, y la vean  
Á esta pared.

(Quitan la escala, y vanse; Julia llega donde estaba  
la escala.)

**JULIA.**

Ya se fueron:

Agora podré subir  
Sin que me sientan. ¿Qué es esto?  
¿No es aquesta la pared  
De la escala? Pero creo  
Que hácia estotra parte está.  
Ni aquí tampoco está. ¡Cielos!  
¿Cómo he de subir sin ella?  
Mas ya mi desdicha entiendo;  
Desta suerte me negais  
La entrada vuestra; pues creo  
Que, cuando quiero subir  
Arrepentida, no puedo.  
Pues si ya me habeis negado  
Vuestra clemencia, mis hechos  
De mujer desesperada  
Darán asombros al cielo,  
Darán espantos al mundo,  
Admiracion á los tiempos,  
Horror al mismo pecado,  
Y terror al mismo infierno.

## JORNADA TERCERA.

---

Monte.

### ESCENA PRIMERA.

GIL, *con muchas cruces, y una muy grande al pecho.*

GIL.     Por leña á este monte voy,  
Que Menga me lo ha mandado,  
Y para ir seguro, he hallado  
Una brava invencion hoy.  
De la Cruz dicen que es  
Devoto Eusebio; y así  
He salido armado aquí  
De la cabeza á los piés.  
Dicho y hecho: ¡él es par diez!  
No encuentro, lleno de miedo,  
Donde estar seguro puedo;  
Sin alma quedo. Esta vez  
No me ha visto; yo quisiera  
Esconderme hácia este lado,  
Mientras pasa; yo he tomado  
Por guarda una cambronera  
Para esconderme. ¡No es nada!  
Tanta púa es la más chica:  
¡Pléguete Cristo! más pica  
Que perder una trocada,

Más que sentir un desprecio  
De una dama Fierabras,  
Que á todos admite, y más  
Que tener celos de un necio.

## ESCENA II.

EUSEBIO.—GIL, *escondido*.

EUSEBIO. No sé adónde podré ir:  
Larga vida un triste tiene,  
Que nunca la muerte viene  
Á quien le cansa el vivir.  
Julia, yo me ví en tus brazos  
Cuando tan dichoso era,  
Que de tus brazos pudiera  
Hacer amor nuevos lazos.  
Sin gozar al fin dejé  
La gloria que no tenía;  
Mas no fué la causa mía,  
Causa más secreta fué;  
Pues teniendo mi albedrío,  
Superior efecto ha hecho  
Que yo respete en tu pecho  
La Cruz que tengo en el mio.  
Y pues con ella los dos,  
¡Ay Julia! habemos nacido,  
Secreto misterio ha sido  
Que lo entiende sólo Dios.

GIL. (Ap.) Mucho pica, ya no puedo  
Mas sufrillo.

EUSEBIO. Entre estos ramos  
Hay gente. ¿Quién va?

GIL. (Ap.) Aquí echamos  
 Á perder todo el enredo.

EUSEBIO. (Ap.) Un hombre á un árbol atado,  
 Y una Cruz al cuello tiene:  
 Cumplir mi voto conviene  
 En el suelo arrodillado.

GIL. Á quién, Eusebio, enderezas  
 La oracion, ú de qué tratas?  
 Si me adoras, ¿qué me atas?  
 Si me atas, ¿qué me rezas?

EUSEBIO. ¿Quién es?

GIL. ¿Á Gil no conoces?  
 Desde que con el recado,  
 Aquí me dejaste atado,  
 No han aprovechado voces  
 Para que álguien (¡qué rigor!)  
 Me llegase á desatar.

EUSEBIO. Pues no es aqueste el lugar  
 Donde te dejé.

GIL. Señor,  
 Es verdad; mas yo que ví  
 Que nadie llegaba, he andado,  
 De árbol en árbol atado,  
 Hasta haber llegado aquí.  
 Aquesta la causa fué  
 De suceso tan extraño.

EUSEBIO. (Ap. Este es simple, y de mi daño  
 Cualquier suceso sabré.)  
 Gil, yo te tengo aficion  
 Desde que otra vez hablamos,  
 Y así quiero que seamos  
 Amigos.

GIL. Tiene razon;  
 Y quisiera, pues nos vemos

Tan amigos, no ir allá,  
Sino andarme por acá,  
Pues aquí todos seremos  
Buñoleros, que diz que es  
Holgada vida, y no andar  
Todo el año á trabajar.

EUSEBIO. Quédate conmigo, pues.

### ESCENA III.

RICARDO, BANDOLEROS; JULIA, *vestida de hombre, y cubierto el rostro*.—EUSEBIO, GIL.

RICARDO. En lo bajo del camino  
Que esta montaña atraviesa,  
Ahora hicimos una presa,  
Que segun es, imagino  
Que te dé gusto.

EUSEBIO. Está bien,  
Luégo della trataremos.  
Sabe agora que tenemos  
Un nuevo soldado.

RICARDO. ¿Quién?

GIL. Gil: ¿no me ve?

EUSEBIO. Este villano,  
Aunque le veis inocente,  
Conoce notablemente  
Desta tierra monte y llano,  
Y en él será nuestra guia:  
Fuera desto, al campo irá  
Del enemigo, y será  
En él mi perdida espía.  
Arcabuz le podeis dar

Y un vestido.

CELIO. Ya está aquí.

GIL. (Ap.) Tengan lástima de mí,  
Que me quedo á embandolear.

EUSEBIO. ¿Quién es ese gentil hombre  
Que el rostro encubre?

RICARDO. No ha sido  
Posible que haya querido  
Decir la patria ni el nombre;  
Porque al capitán no más  
Dice que lo ha de decir.

EUSEBIO. Bien te puedes descubrir,  
Pues ya en mi presencia estás.

JULIA. ¿Scis el capitán?

EUSEBIO. Sí.

JULIA. (Ap.) ¡Ay Dios!

EUSEBIO. Díme quién eres, y á qué  
Viniste.

JULIA. Yo lo diré,  
Estando solos los dos.

EUSEBIO. Retiraos todos un poco. (Vanse.)

#### ESCENA IV.

JULIA, EUSEBIO.

EUSEBIO. Ya estás á solas conmigo;  
Sólo árboles y flores  
Pueden ser mudos testigos  
De tus voces; quita el velo  
Con que cubierto has traído  
El rostro, y dime: ¿quién eres?  
¿Dónde vas? ¿qué has pretendido?

Habla.

- JULIA. Porque de una vez (Saca la espada.)  
 Sepas á lo que he venido,  
 Y quién soy, saca la espada:  
 Pues desta manera digo,  
 Que soy quien viene á matarte.
- EUSEBIO. Con la defensa resisto  
 Tu osadía y mi temor;  
 Porque mayor habia sido  
 De la accion, que de la voz.
- JULIA. Riñe, cobarde, conmigo,  
 Y verás que con tu muerte  
 Vida y confusion te quito.
- EUSEBIO. Yo por defenderme, más  
 Que por ofenderte, riño,  
 Que ya tu vida me importa;  
 Pues si en este desafio  
 Te mato, no sé por qué;  
 Y si me matas, lo mismo.  
 Descúbrete agora pues,  
 Si te agrada.
- JULIA. Bien has dicho,  
 Porque en venganzas de honor,  
 Sino es que conste el castigo  
 Al que fué ofensor, no queda  
 Satisfecho el ofendido. (Descúbrese.)  
 ¿Conócesme? ¿qué te espantas?  
 ¿Qué me miras?
- EUSEBIO. Que rendido  
 A la verdad y á la duda  
 En confusos desvaríos,  
 Me espanto de lo que veo,  
 Me asombro de lo que miro.
- JULIA. Ya me has visto.



Que cortésmente previno  
En las ancas de un caballo,  
A tanto cansancio alivio,  
A la vista de una aldea,  
Porque entrar en ella quiso,  
Le pagué en un despoblado  
Con la muerte el beneficio.  
Tres dias fueron y noches  
Los que aquel desierto me hizo  
Mesa de silvestres plantas,  
Lecho de peñascos frios.  
Llegué á una pobre cabaña,  
A cuyo techo pajizo,  
Juzgué pabellon dorado  
En la paz de mis sentidos.  
Liberal huésped fue  
Una serrana conmigo,  
Compitiendo en los deseos  
Con el pastor su marido.  
Á la hambre y al cansancio  
Dejé en su albergue rendidos  
Con buena mesa, aunque pobre,  
Manjar, aunque humilde, limpio.  
Pero al despedirme dellos,  
Habiendo ántes prevenido  
Que al buscarme no pudiesen  
Decir: «nosotros la vimos,»  
Al cortés pastor, que al monte  
Salió á enseñarme el camino,  
Maté, y entré donde luego  
Hago en su mujer lo mismo.  
Mas considerando entónces  
Que en el propio traje mio  
Mi pesquisidor llevaba,

Mudármele determino.  
Al fin, pues, por varios casos,  
Con las armas y el vestido  
De un cazador, cuyo sueño,  
No imágen, trasunto vivo  
Fué de la muerte, llegué  
Aquí, venciendo peligros,  
Despreciando inconvenientes,  
Y atropellando designios.

EUSEBIO. Con tanto asombro te escucho,  
Con tanto temor te miro,  
Que eres al oído encanto,  
Si á la vista basilisco.  
Julia, yo no te desprecio;  
Pero temo los peligros  
Con que el cielo me amenaza,  
Y por eso me retiro.  
Vuélvete tú á tu convento;  
Que yo temeroso vivo  
De esa Cruz tanto, que huyo  
De tí.—Mas ¿qué es este ruido?

### ESCENA V.

RICARDO, BANDOLEROS.—DICHOS.

RICARDO Preven, señor, la defensa;  
Que apartados del camino,  
Al monte Curcio y su gente  
En busca tuya han salido.  
De todas esas aldeas  
Tanto el número ha crecido.  
Que han venido contra tí  
Viejos, mujeres y niños,  
Diciendo que han de vengar

En tu sangre, la de un hijo  
Muerto á tus manos, y juran  
De llevarte por castigo,  
O por venganzas de tantos,  
Preso á Sena, muerto ó vivo.

**EUSEBIO.** Julia, despues hablaremos.  
Cubre el rostro, y ven conmigo;  
Que no es bien que en poder quedes  
De tu padre y mi enemigo.—  
Soldados, este es el dia  
De mostrar aliento y brío.  
Porque ninguno desmaye,  
Considere que atrevidos  
Vienen á darnos la muerte,  
O prendernos, que es lo mismo:  
Y si no, en pública cárcel,  
De desdichas perseguidos,  
Y sin honra nos veremos:  
Pues si esto hemos conocido,  
¿Por la vida y por la honra,  
Quién temió el mayor peligro?  
No piensen que los tememos,  
Salgamos á recibirlos;  
Que siempre está la fortuna  
De parte del atrevido.

**RICARDO.** No hay que salir; que ya llegan  
A nosotros.

**EUSEBIO.** Preveníos,  
Y ninguno sea cobarde;  
Que, vive el cielo, si miro  
Huir alguno ó retirarse,  
Que he de ensangrentar los filos  
De aqueste acero en su pecho,  
Primero que en mi enemigo.

**ESCENA VI.**

**CURCIO Y GENTE, dentro.—DICHOS.**

**CURCIO.** (Dentro.) En lo encubierto del monte  
Al traidor Eusebio he visto,  
Y para inútil defensa  
Hace murallas sus riscos.

**Voces.** (Dentro.) Ya entre las espesas ramas  
Desde aquí los descubrimos.

**JULIA.** ¡A ellos! (Vase.)

**EUSEBIO.** Esperad, villanos;  
Que, vive Dios, que teñidos  
Con vuestra sangre los campos,  
Han de ser undosos rios.

**RICARDO.** De los cobardes villanos  
Es el número excesivo.

**CURCIO.** (Dentro.) ¡Adónde, Eusebio, te escondes?

**EUSEBIO.** No escondo, que ya te sigo.

(Vanse todos, y disparan arcabuces dentro.)

---

Otro lado del monte, en cuyo fondo habrá una Cruz.

**ESCENA VII.**

**JULIA.**

Del monte que yo he buscado,  
Apénas las yerbas piso,  
Cuando horribles voces oigo,

Marciales campañas miro.  
 De la pólvora los ecos,  
 Y del acero los filos,  
 Unos ofenden la vista,  
 Y otros turban el oído.  
 Mas ¿qué es aquello que veo?  
 Desbaratado y vencido  
 Todo el escuadron de Eusebio  
 Le deja ya el enemigo.  
 Quiero volver á juntar  
 Toda la gente que ha habido  
 De Eusebio, y volver á darle .  
 Favor; que si los animo,  
 Seré en su defensa asombro  
 Del mundo, seré cuchillo  
 De la parca, estrago fiero  
 De sus vidas, vengativo  
 Espanto de los futuros,  
 Y admiracion destes siglos. (Vase.)

### ESCENA VIII.

GIL, *de bandolero; despues* MENGA, BRAS, TIRSO  
 Y VILLANOS.

GIL. Por estar seguro, apénas  
 Fuí bandolero novicio,  
 Cuando, por ser bandolero,  
 Me veo en tanto peligro.  
 Cuando yo era labrador,  
 Eran ellos los vencidos;  
 Y hoy, por que soy de la carda,  
 Va sucediendo lo mismo.

Sin ser avariento traigo  
 La desventura conmigo;  
 Pues tan desgraciado soy,  
 Que mil veces imagino  
 Que, á ser yo judío, fueran  
 Desgraciados los judíos.

(Salen Menga, Bras, Tirso y otros villanos.)

MENGA. ¡A ellos, que van huyendo!

BRAS. No ha de quedar uno vivo  
 Tan solamente.

MENGA. Hacia aquí  
 Uno dellos se ha escondido.

BRAS. Muera este ladron.

GIL. Mirad  
 Que yo soy.

MENGA. Ya nos ha dicho  
 El traje que es bandolero.

GIL. El traje les ha mentido,  
 Como muy grande bellaco.

MENGA. Dale tú.

BRAS. Pégale, digo.

GIL. Bien dado estoy y pegado.  
 Advertid...

TIRSO. No hay que advertirnos.  
 Bandolero sois.

GIL. Mirad  
 Que soy Gil, votado á Cristo.

MENGA. ¿Pues no hablaras ántes, Gil?

TIRSO. Pues, Gil, ¿no lo hubieras dicho?

GIL. ¿Que más ántes, si el *yo soy*  
 Os dije desde el principio?

MENGA. ¿Qué haces aquí?

GIL. ¿No lo veis?

Ofendo á Dios en el quinto:

- Mato solo más, que juntos  
Un médico y un estío.
- MENGA. ¿Qué traje es este?  
GIL. Es el diablo.  
Maté á uno, y su vestido  
Me puse.
- MENGA. ¿Pues cómo, di,  
No está de sangre teñido,  
Si le mataste?
- GIL. Eso es fácil;  
Murió de miedo, esta ha sido  
La causa.
- MENGA. Ven con nosotros,  
Que victoriosos seguimos  
Los bandoleros, que agora  
Cobardes nos han huido.
- GIL. No más vestido, aunque vaya  
Titiritando de frio. (Vanse.)

### ESCENA IX.

EUSEBIO, CURCIO, *peleando.*

- CURCIO. Ya estamos solos los dos.  
Gracias al cielo que quiso  
Dar la venganza á mi mano  
Hoy, sin haber remitido  
Á las ajenas mi agravio,  
Ni tu muerte á ajenos filos.
- EUSEBIO. No ha sido en esta ocasion  
Airado el cielo conmigo,  
Curcio, en haberte encontrado;  
Porque si tu pecho vino

Ofendido, volverá  
 Castigado y ofendido.  
 Aunque no sé qué respeto  
 Has puesto en mí, que he temido  
 Más tu enojo que tu acero:  
 Y aunque pudieran tus bríos  
 Darme temor, sólo temo  
 Cuando aquesas canas miro,  
 Que me hacen cobarde.

CURCIO.

Eusebio,

Yo confieso que has podido  
 Templar en mí de la ira,  
 Con que agraviado te miro,  
 Gran parte; pero no quiero  
 Que pienses inadvertido  
 Que te dan temor mis canas,  
 Cuando puede el valor mio.  
 Vuelve á reñir, que una estrella  
 Ó algun favorable signo,  
 No es bastante á que yo pierda  
 La venganza que consigo.  
 Vuelve á reñir.

EUSEBIO.

¿Yo temor?

Neciamente has presumido  
 Que es temor lo que es respeto;  
 Aunque, si verdad te digo,  
 La victoria que deseo  
 Es, á tus plantas rendido,  
 Pedirte perdon; y á ellas  
 Pongo la espada que ha sido  
 Temor de tantos.

CURCIO.

Eusebio,

No has de pensar que me animo  
 A matarte con ventaja.

Esta es mi espada. (Ap. Así quito  
La ocasion de darle muerte.)  
Ven á los brazos conmigo.

(Abrázanse los dos, y luchan.)

EUSEBIO. No sé qué efecto has hecho  
En mí, que el corazon dentro del pecho,  
A pesar de venganzas y de enojos,  
En lágrimas se asoma por los ojos,  
Y en confusion tan fuerte,  
Quisiera, por vengarte, darme muerte.  
Véngate en mí; rendida  
A tus plantas, señor, está mi vida.

CURCIO. El acero de un noble, aunque ofendido,  
No se mancha en la sangre de un rendido;  
Que quita grande parte de la gloria  
El que con sangre borra la victoria.

*Voces.* (Dentro.) Hacia aquí están.

CURCIO. Mi gente victoriosa  
Viene á buscarme, cuando temerosa  
La tuya vuelve huyendo.  
Darte vida pretendo;  
Escóndete, que en vano  
Defenderé el enojo vengativo  
De un escuadron villano,  
Y solo tú, imposible es quedar vivo.

EUSEBIO. Yo, Curcio, nunca huyo  
De otro poder, aunque he temido el tuyo;  
Que si mi mano aquesta espada cobra,  
Verás, cuanto valor en tí me falta,  
Que en tu gente me sobra.

---

**ESCENA X.**

OCTAVIO, GIL, BRAS *y los demas* VILLANOS.—DICHOS.

OCTAVIO. Desde el más hondo valle á la más alta  
Cumbre de aqueste monte, no ha quedado  
Alguno vivo; solo se ha escapado  
Eusebio, porque huyendo aquesta tarde...

EUSEBIO. Mientes, que Eusebio nunca fué cobarde.

TODOS. ¿Aquí está Eusebio? ¡Muera!

EUSEBIO. ¡Llegad, villanos!

CURCIO. ¡Tente, Octavio, espera!

OCTAVIO. ¿Pues tú, señor, que habias  
De animarnos, agora desconfias?

BRAS. ¿Un hombre amparas que en tu sangre y  
Introdujo el acero y la deshonra? [honra

GIL. ¿A un hombre, que atrevido  
Toda aquesta montaña ha destruido?  
A quien en el aldea no ha dejado  
Melon doncella que él no haya catado,  
Y á quien tantos ha muerto,  
¿Cómo así le defiendes?

OCTAVIO. ¿Qué es, señor, lo que dices? ¿Qué pretendes?

CURCIO. Esperad, escuchad (¡ triste suceso!):  
¿Cuánto es mejor que á Sena vaya preso?  
Dáte á prision, Eusebio; que prometo,  
Y como noble juro, de ampararte,  
Siendo abogado tuyo, aunque soy parte.

EUSEBIO. Como á Curcio no más, yo me rindiera;  
Mas como á juez, no puedo;  
Porque aquél es respeto, y éste es miedo.

OCTAVIO. ¡Muera Eusebio!

- CURCIO.** Advertid...
- OCTAVIO.** Pues qué, ¿tú quieres  
Defenderle? ¿A la patria traidor eres?
- CURCIO.** ¿Yo traidor? Pues me agravian desta suerte,  
Perdona, Eusebio, porque yo el primero  
Tengo de ser en darte triste muerte.
- EUSEBIO.** Quitate de delante,  
Señor, porque tu vista no me espante;  
Quo viéndote, no dudo  
Que te tenga tu gente por escudo.
- (Vanse todos peleando con él.)
- CURCIO.** Apretándole van. ¡Oh quién pudiera  
Darte agora la vida,  
Eusebio, aunque la suya misma diera!  
En el monte se ha entrado,  
Por mil partes herido:  
Retirándose baja despeñado  
Al valle. Voy volando,  
Que aquella sangre fria,  
Que con tímida voz me está llamando,  
Algo tiene de mia;  
Que sangre, que no fuera  
Propia, ni me llamara, ni la oyera. (Vase.)

## ESCENA XI.

*EUSEBIO, que baja despeñado.*

Cuando, de la vida incierto,  
Me despeña la más alta  
Cumbre, veo que me falta  
Tierra donde caiga muerto:

---

Pero si mi culpa advierto,  
Al alma reconocida,  
No el ver la vida perdida  
La atormenta, sino el ver  
Cómo ha de satisfacer  
Tantas culpas una vida.  
Ya me vuelve á perseguir  
Este escuadron vengativo;  
Pues no puedo quedar vivo,  
He de matar ó morir:  
Aunque mejor será ir  
Donde al cielo perdon pida;  
Pero mis pasos impida  
La Cruz, porque desta suerte  
Ellos me den breve muerte,  
Y ella me dé eterna vida.  
Arbol, donde el cielo quiso  
Dar el fruto verdadero  
Contra el bocado primero,  
Flor del nuevo paraíso,  
Arco de luz, cuyo aviso  
En piélago más profundo  
La paz publicó del mundo,  
Planta hermosa, fértil vid,  
Arpa del nuevo David,  
Tabla del Moisés segundo:  
Pecador soy, tus favores  
Pido por justicia yo;  
Pues Dios en tí padeció  
Sólo por los pecadores.  
A mí me debes tus lóres;  
Que por mí sólo muriera  
Dios, si más mundo no hubiera:  
Luego eres tú Cruz por mí,

Que Dios no muriera en tí  
Si yo pecador no fuera.  
Mi natural devocion  
Siempre os pidió con fe tanta,  
No permitieseis, Cruz santa,  
Muriese sin confesion.  
No seré el primer ladron  
Que en vos se confiese á Dios.  
Y pues que ya somos dos,  
Y yo no lo he de negar,  
Tampoco me ha de faltar  
Redencion que se obró en vos.  
Lisardo, cuando en mis brazos  
Pude ofendido matarte,  
Lugar dí de confesarte,  
Antes que en tan breves plazos  
Se desatasen los lazos  
Mortales. Y agora advierto  
En aquel viejo, aunque muerto:  
Piedad de los dos aguardo.  
¡Mira que muero, Lisardo;  
Mira que te llamo, Alberto!

## ESCENA XII.

CURCIO. — EUSEBIO.

CURCIO. Hacia aquesta parte está.

EUSEBIO. Si es que venis á matarme,  
Muy poco hareis en quitarme  
Vida que no tengo ya.

CURCIO. ¡Qué bronce no ablandará

Tanta sangre derramada!  
Eusebio, rinde la espada.

EUSEBIO. ¿A quién?

CURCIO. A Curcio.

EUSEBIO. Esta es. (Dásela.)

Y yo tambien á tus piés,  
De aquella ofensa pasada  
Te pido perdon. No puedo  
Hablar más, porque una herida  
Quita el aliento á la vida,  
Cubriendo de horror y miedo  
Al alma.

CURCIO. Confuso quedo.

¿Será en ella de provecho  
Remedio humano?

EUSEBIO. Sospecho

Que la mejor medicina  
Para el alma es la divina.

CURCIO. ¿Dónde es la herida?

EUSEBIO. En el pecho.

CURCIO. Déjame poner en ella  
La mano, á ver si resiste  
El aliento. ¡Ay de mí triste!

(Registra la herida, y ve la Cruz.)

¿Qué señal divina y bella  
Es esta, que al conocella  
Toda el alma se turbó?

EUSEBIO. Son las armas que me dió  
Esta Cruz, á cuyo pié  
Nací; porque más no sé  
De mi nacimiento yo.  
Mi padre, á quien no señalo,  
Aun la cuna me negó;  
Que sin duda imaginó

Que habia de ser tan malo.  
Aquí nací.

CURCIO. Y aquí igualo  
El dolor con el contento,  
Con el gusto el sentimiento,  
Efectos de un hado impío  
Y agradable. ¡Ay, hijo mio!  
Pena y gloria en verte sientó.  
Tú eres, Eusebio, mi hijo,  
Si tantas señas advierto,  
Que, para llorarte muerto,  
Ya justamente me aflijo.  
De tus razones colijo  
Lo que el alma adivinó.  
Tu madre aquí te dejó  
En el lugar que te he hallado;  
Donde cometí el pecado,  
El cielo me castigó.  
Ya aqúeste lugar previene  
Informacion de mi error;  
¡Pero cuál seña mayor  
Que aquesta Cruz, que conviene  
Con otra que Julia tiene?  
Que no sin misterio el cielo  
Os señaló, porque al suelo  
Fuerais prodigio los dos.

EUSEBIO. No puedo hablar, padre, ¡adios!  
Porque ya de un mortal velo  
Se cubre el cuerpo, y la muerte  
Niega, pasando veloz,  
Para responderte voz,  
Vida para conocerte,  
Y alma para obedecerte.  
Ya llega el golpe más fuerte,

- Ya llega el trance más cierto.  
¡Alberto!
- CURCIO. ¡Que llore muerto  
A quien aborrecí vivo!
- EUSEBIO. ¡Ven, Alberto!
- CURCIO. ¡Oh trance esquivo!  
¡Guerra injusta!
- EUSEBIO. ¡Alberto! ¡Alberto! (Muere.)
- CURCIO. Ya al golpe más violento  
Rindió el último aliento:  
Paguen mis blancas canas  
Tanto dolor. (Tírase de los cabellos.)

## ESCENA XIII.

BRAS, y luego OCTAVIO.—CURCIO; EUSEBIO,  
*muerto.*

- BRAS. Ya son tus quejas vanas.  
¿Cuándo puso inconstante la fortuna  
En tu valor extremos?
- CURCIO. En ninguna  
Llegó el rigor á tanto.  
Abrasen mis enojos  
Este monte con llanto,  
Puesto que es fuego el llanto de mis ojos.  
¡Oh triste estrella! ¡oh rigurosa suerte!  
¡Oh atrevido dolor!

(Sale Octavio.)

- OCTAVIO. Hoy, Curcio, advierte  
La fortuna en los males de tu estado,  
Cuántos puede sufrir un desdichado.  
El cielo sabe cuánto hablarte siento.

- CURCIO. ¿Qué ha sido?  
 OCTAVIO. Julia falta del convento.  
 CURCIO. El mismo pensamiento, di, ¿pudiera  
 Con el discurso hallar pena tan fiera,  
 Que es mi desdicha airada,  
 Sucedió, áun mayor que imaginada?  
 Este cadáver frio,  
 Este que ves, Octavio, es hijo mio.  
 Mira si basta en confusion tan fuerte  
 Cualquiera pena destas á una muerte.  
 Dadme paciencia, cielos,  
 Ó quitadme la vida,  
 Agora perseguida  
 De tormentos tan fieros.

#### ESCENA XIV.

GIL, TIRSO, VILLANOS.—DICHOS.

- GIL. ¡Señor!  
 CURCIO. ¿Hay más dolor?  
 GIL. Los bandoleros,  
 Que huyeron castigados,  
 En busca tuya vuelven, animados  
 De un demonio de un hombre,  
 Que encubre dellos mismos rostro y nombre.  
 CURCIO. Agora que mis penas fueron tales,  
 Que son lisonjas los mayores males.  
 El cuerpo se retire lastimoso  
 De Eusebio, en tanto que un sepulcro honroso  
 A sus cenizas da mi desventura.  
 TIRSO. ¿Pues cómo piensas darle sepultura  
 Hoy en lugar sagrado,  
 Cuando sabes que ha muerto excomulgado?

- BRAS. Quien desta suerte ha muerto,  
Digno sepulcro sea este desierto.
- CURCIO. ¡Oh villana venganza!  
¡Tanto poder en tí la ofensa alcanza,  
Que pasas desta suerte,  
Los últimos umbrales de la muerte?  
(Vase llorando.)
- BRAS. Sea en penas tan graves,  
Su sepulcro las fieras y las áves.
- OTRO. Del monte despeñado  
Caiga, por más rigor, despedazado.
- TIRSO. Mejor es darle agora  
Rústica sepultura entre estos ramos.  
(Colocan entre las ramas el cuerpo de Eusebio.)  
Pues ya la noche baja,  
Envuelta en esa lóbrega mortaja;  
Aquí en el monte, Gil, con él te queda,  
Porque sola tu voz avisar pueda,  
Si algunas gentes vienen  
De las que huyeron. (Vanse.)
- GIL. ¡Linda flema tienen!  
A Eusebio han enterrado  
Allí, y á mí aquí solo me han dejado.  
Señor Eusebio, acuérdesese, le digo,  
Que un tiempo fui su amigo.  
¡Mas qué es esto? ó me engaña mi deseo,  
O mil personas á esta parte veo.

### ESCENA XV.

ALBERTO.—GIL, EUSEBIO, *muerto*.

ALBERTO. Viniendo agora de Roma,  
Con la muda suspension  
De la noche, en este monte

Perdido otra vez estoy.  
 Aquesta es la parte adonde  
 La vida Eusebio me dió,  
 Y de sus soldados temo  
 Que en grande peligro estoy.

EUSEBIO. ¡Alberto!

ALBERTO.                   ¿Qué aliento es este  
 De una temerosa voz,  
 Que repitiendo mi nombre  
 En mis oídos sonó?

EUSEBIO. ¡Alberto!

ALBERTO.                   Otra vez pronuncia  
 Mi nombre, y me pareció  
 Que es á esta parte; yo quiero  
 Ir llegando.

GIL.                               ¡Santo Dios!  
 Eusebio es, y ya es mi miedo  
 De los miedos el mayor.

EUSEBIO. ¡Alberto!

ALBERTO.                   Mas cerca suena.  
 Voz, que discurre veloz  
 El viento, y mi nombre dices,  
 ¿Quién eres?

EUSEBIO.                   Eusebio soy;  
 Llegá, Alberto, hácia esta parte,  
 Adonde enterrado estoy;  
 Llegá y levanta estos ramos.  
 No temas.

ALBERTO.                   No temo yo.

GIL.                       Yo sí. (Alberto le descubre.)

ALBERTO.                   Ya estás descubierto.  
 Díme de parte de Dios,  
 ¿Qué me quieres?

EUSEBIO.                   De su parte,

Mi fe, Alberto, te llamé,  
 Para que, ántes de morir,  
 Me oyese en confesion.  
 Rato há que hubiera muerto;  
 Pero libre se quedó  
 Del espíritu el cadáver;  
 Que de la muerte el feroz  
 Golpe le privó del uso,  
 Pero no le dividió. (Levántase.)  
 Ven adonde mis pecados  
 Confiese, Alberto, que son  
 Más que del mar las arenas  
 Y los átomos del sol.  
 ¡Tanto con el cielo puede  
 De la Cruz la devocion!

ALBERTO. Pues yo cuantas penitencias  
 Hice hasta agora, te doy,  
 Para que en tu culpa sirvan  
 De alguna satisfaccion.

(Vanse Eusebio y Alberto.)

GIL. ¡Por Dios, que va por su pié!  
 Y para verlo mejor,  
 El sol descubre sus rayos.  
 A decirlo á todos yvo.

### ESCENA XVI.

JULIA, *algunos* BANDOLEROS; *despues* CURCIO  
 Y VILLANOS.—GIL.

JULIA. Agora, que descuidados  
 La victoria los dejó  
 Entre los brazos del sueño,

- Nos dan bastante ocasion.  
 UNO. Si has de salirles al paso,  
 Por esta parte es mejor;  
 Que ellos vienen por aquí.  
 (Salen Curcio y villanos.)
- CURCIO. Sin duda que inmortal soy  
 En los males que me matan,  
 Pues no me mata el dolor.
- GIL. A todas partes hay gente;  
 Sepan todos de mi voz  
 El más admirable caso  
 Que jamás el mundo vió.  
 De donde enterrado estaba  
 Eusebio, se levantó,  
 Llamando á un clérigo á voces.  
 Mas ¿para qué os cuento yo  
 Lo que todos podeis ver?  
 Mirad con la devocion  
 Que está puesto de rodillas.
- CURCIO. ¡Mi hijo es! ¡Divino Dios!  
 ¿Qué maravillas son estas?
- JULIA. ¿Quién vió prodigio mayor?
- CURCIO. Así como el santo anciano  
 Hizo de la absolucion  
 La forma, segunda vez  
 Muerto á sus plantas cayó.

### ESCENA XVII.

ALBERTO. — DICHOS.

- ALBERTO. Entre sus grandezas tantas,  
 Sepa el mundo la mayor  
 Maravilla de las suyas,

Porque la ensalce mi voz.  
 Despues de haber muerto Eusebio,  
 El cielo depositó  
 Su espíritu en su cadáver,  
 Hasta que se confesó;  
 Que tanto con Dios alcanza  
 De la Cruz la devocion.

CURCIO. ¡Ay, hijo del alma mia!  
 No fué desdichado, no,  
 Quien en su trágica muerte  
 Tantas glorias mereció.  
 Así Julia conociera  
 Sus culpas.

JULIA. ¡Válgame Dios!  
 ¿Qué es lo que estoy escuchando?  
 ¿Qué prodigio es este? ¿Yo  
 Soy la que á Eusebio pretende,  
 Y hermana de Eusebio soy?  
 Pues sepa Curcio, mi padre,  
 Sepa el mundo y todos hoy  
 Mis graves culpas: yo misma,  
 Asombrada á tanto horror,  
 Daré voces: sepan todos  
 Cuantos hoy viven, que yo  
 Soy Julia, en número infame  
 De las malas la peor.  
 Mas ya que ha sido comun  
 Mi pecado, desde hoy  
 Lo será mi penitencia;  
 Pidiendo humilde perdon  
 Al mundo del mal ejemplo,  
 De la mala vida á Dios.

CURCIO. ¡Oh asombro de las maldades!  
 Con mis propias manos yo

Te mataré, porque sea  
Tu vida y tu muerte atroz.  
JULIA. Valedme vos, Cruz divina;  
Que yo mi palabra os doy,  
De hacer, volviendo al convento,  
Penitencia de mi error.

(Al querer herirla Curcio, se abraza de la Cruz que estaba  
en el sepulcro de Eusebio, y vuela.)

ALBERTO. ¡Gran milagro!  
CURCIO. Y con el fin  
De tan grande admiracion,  
La *Devocion de la Cruz*  
Felice acaba su autor.

---

**EL MÁGICO PRODIGIOSO.**

## PERSONAS.

---

CIPRIANO.

EL DEMONIO.

FLORO.

LELIO.

MOSCON.

JUSTINA, *dama.*

LIVIA, *criada.*

LISANDRO, *viejo.*

EL GOBERNADOR DE ANTIO-  
QUÍA.

FABIO, *criado.*

CLARIN.

UN CRIADO.

UN SOLDADO.

*Soldados.*

*Gente.*

---

La escena es en Antioquía y extramuros.

---

---

---

## JORNADA PRIMERA.

---

Bosque cercano á Antioquia.

### ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO, *vestido de estudiante*; CLARIN y MOSCON,  
*de gorrones, con unos libros.*

CIPRIAN. En la amena soledad  
De aquesta apacible estancia,  
Bellísimo laberinto  
De árboles, flores y plantas,  
Podeis dejarme, dejando  
Conmigo (que ellos me bastan  
Por compañía) los libros  
Que os mandé sacar de casa;  
Que yo, en tanto que Antioquia  
Celebra con fiestas tantas  
La fábrica dese templo  
Que hoy á Júpiter consagra,  
Y su translacion, llevando  
Públicamente su estatua  
Adonde con más decoro  
Y honor esté colocada;

Huyendo del gran bullicio  
 Que hay en sus calles y plazas,  
 Pasar estudiando quiero  
 La edad que al dia le falta.  
 Idos los dos á Antioquía,  
 Gozad de sus fiestas várias,  
 Y volved por mí á este sitio  
 Cuando el sol cayendo vaya  
 A sepultarse en las ondas,  
 Que entre oscuras nubes pardas  
 Al gran cadáver de oro  
 Son monumentos de plata.  
 Aquí me hallaréis.

MOSCON. No puedo,

Aunque tengo mucha gana  
 De ver las fiestas, dejar  
 De decir, ántes que vaya  
 A verlas, señor, siquiera  
 Cuatro ó cinco mil palabras.  
 ¿Es posible que en un dia  
 De tanto gusto, de tanta  
 Festividad y contento,  
 Con cuatro libros te salgas  
 Al campo solo, volviendo  
 A su aplauso las espaldas?

CLARIN. Hace mi señor muy bien;  
 Que no hay cosa más cansada  
 Que un dia de procesion  
 Entre cofrades y danzas.

MOSCON. En fin, Clarin, y en principio,  
 Viviendo con arte y maña,  
 Eres un temporalazo  
 Lisonjero, pues alabas  
 Lo que hace, y nunca dices

Lo que sientes.

- CLARIN. Tú te engañas  
 (Que es el mentís más cortés  
 Que se dice cara á cara,  
 Y yo digo lo que siento).
- CIPRIAN. Ya basta, Moscon, ya basta,  
 Clarin. ¡Que siempre los dos  
 Habeis con vuestra ignorancia  
 De estar porfiando, y tomando  
 Uno de otro la contraria!  
 Idos de aquí, y (como digo)  
 Me buscaréis cuando caiga  
 La noche, envolviendo en sombras  
 Esta fábrica gallarda  
 Del universo.
- MOSCON. ¿Qué va,  
 Que aunque defendido hayas  
 Que es bueno no ver las fiestas,  
 Que vas á verlas?
- CLARIN. Es clara  
 Consecuencia: nadie hace  
 Lo que aconseja que hagan  
 Los otros.
- MOSCON. (Ap.) Por ver á Livia,  
 Vestirme quisiera de alas. (Vase.)
- CLARIN. (Ap.) Aunque, si digo verdad,  
 Livia es la que me arrebató  
 Los sentidos. Pues ya tienes  
 Más de la mitad andada  
 Del camino; llega, *Livia*,  
 Al *na*, y sé, Livia, *liviana*. (Vase.)

**ESCENA II.**

CIPRIANO.

Ya estoy solo, ya podré,  
 Si tanto mi ingenio alcanza,  
 Estudiar esta cuestion  
 Que me trae suspensa el alma,  
 Desde que en Plinio leí  
 Con misteriosas palabras  
 La difinicion de Dios;  
 Porque mi ingenio no halla  
 • Ese Dios en quien convengan  
 Misterios ni señas tantas.  
 Esta verdad escondida  
 He de apurar. (Póase á leer.)

**ESCENA III.**EL DEMONIO, *vestido de gala*.—CIPRIANO.

DEMONIO. (Ap.) Aunque hagas  
 Más discursos, Cipriano,  
 No has de llegar á alcanzarla,  
 Que yo te la esconderé.

CIPRIAN. Ruido siento en estas ramas.  
 ¿Quién va? ¿quién es?

DEMONIO. Caballero,  
 • Un forastero es, que anda  
 En este monte perdido  
 Desde toda esta mañana,

Tanto que rendido ya  
El caballo, en la esmeralda  
Qu es tapete destes montes,  
A un tiempo paze y descansa .  
A Antioquía es el camino  
Á negocios de importancia;  
Y apartándome de toda  
La gente que me acompaña,  
Divertido en mis cuidados  
(Caudal que á ninguno falta),  
Perdí el camino y perdí  
Criados y camaradas.

CIPRIAN. Mucho me espanto de que  
Tan á vista de las altas  
Torres de Antioquía, así  
Perdido andeis. No hay de cuantas  
Veredas á aqueste monte  
Ó le linean ó le pautan,  
Una que á dar en sus muros,  
Como en su centro, no vaya:  
Por cualquiera que tomeis,  
Vais bien.

DEMONIO. Esa es la ignorancia,  
Á la vista de las ciencias ,  
No saber aprovecharlas.  
Y supuesto que no es bien  
Que éntre yo en ciudad extraña,  
Donde no soy conocido ,  
Solo y preguntando, hasta  
Que la noche venza al dia,  
Aquí estaré lo que falta;  
Que en el traje y en los libros  
Que os divierten y acompañan,  
Juzgo que debeis de ser

Grande estudiante, y el alma  
Esta inclinacion me lleva  
De los que en estudios tratan. (Siéntase.)

CIPRIAN. ¿Habeis estudiado?

DEMONIO. No;

Pero sé lo que me basta  
Para no ser ignorante.

CIPRIAN. Pues ¿qué ciencias sabeis?

DEMONIO. Hartas.

CIPRIAN. Aun estudiándose una  
Mucho tiempo, no se alcanza,  
¿Y vos (¡grande vanidad!)  
Sin estudiar sabeis tantas?

DEMONIO. Sí, que de una patria soy  
Donde las ciencias más altas  
Sin estudiarse se saben.

CIPRIAN. ¡Oh quién fuera de esa patria!  
Que acá miéntras más se estudia,  
Más se ignora.

DEMONIO. Verdad tanta  
Es esta, que sin estudios  
Tuve tan grande arrogancia  
Que á la cátedra de prima  
Me opuse, y pensé llevarla,  
Porque tuve muchos votos;  
Y aunque la perdí, me basta  
Haberlo intentado; que hay  
Pérdidas con alabanza.  
Si no lo quereis creer,  
Decid qué estudiais, y vaya  
De argumento; que aunque no  
Sé la opinion que os agrada,  
Y ella sea la segura,  
Yo tomaré la contraria.

- CIPRIAN. Mucho me huelgo de que  
 A eso vuestro ingenio salga.  
 Un lugar de Plinio es  
 El que me trae con mil ansias  
 De entenderle, por saber  
 Quién es el Dios de quien habla.
- DEMONIO. Ese es un lugar que dice  
 (Bien me acuerdo) estas palabras:  
 «Dios es una bondad suma  
 Una esencia, una sustancia,  
 Todo vista, todo manos.»
- CIPRIAN. Es verdad.
- DEMONIO. ¿Qué repugnancia  
 Hallais en esto?
- CIPRIAN. No hallar  
 El Dios de quien Plinio trata;  
 Que si ha de ser bondad suma,  
 Aun á Júpiter le falta  
 Suma bondad, pues le vemos  
 Que es pecaminoso en tantas  
 Ocasiones: Dánae hable  
 Rendida, Europa robada.  
 Pues ¿cómo en suma bondad,  
 Cuyas acciones sagradas  
 Habian de ser divinas,  
 Caben pasiones humanas?
- DEMONIO. Esas son falsas historias  
 En que las letras profanas  
 Con los nombres de los dioses  
 Entendieron disfrazada  
 La moral filosofía.
- CIPRIAN. Esa respuesta no basta,  
 Pues el decoro de Dios  
 Debiera ser tal, que osadas

No llegaran á su nombre  
 Las culpas, áun siendo falsas.  
 Y apurando más el caso,  
 Si suma bondad se llaman  
 Los dioses, siempre es forzoso  
 Que á querer lo mejor vayan;  
 Pues ¿cómo unos quieren uno,  
 Y otros otro? Esto se halla  
 En las dudosas respuestas  
 Que suelen dar sus estatuas.  
 Porque no digais despues  
 Que alegué letras profanas...  
 Á dos ejércitos, dos  
 Ídolos una batalla  
 Aseguraron, y el uno  
 La perdió: ¿no es cosa clara  
 La consecuencia de que  
 Dos voluntades contrarias  
 No pueden á un mismo fin  
 Ir? Luego yendo oncontradas,  
 Es fuerza, si la una es buena,  
 Que la otra ha de ser mala.  
 Mala voluntad en Dios  
 Implica el imaginarla:  
 Luego no hay suma bondad  
 En ellos, si union les falta.

**DEMONIO.** Niego la mayor, porque  
 Aquesas respuestas dadas  
 Así, convienen á fines  
 Que nuestro ingenio no alcanza,  
 Que es la providencia; y más  
 Debíó importar la batalla  
 Al que la perdió el perderla,  
 Que al que la ganó el ganarla.

CIPRIAN. Concedo; pero debiera  
Aquel Dios, pues que no engañan  
Los dioses, no asegurar  
La victoria; que bastaba  
La pérdida permitir  
Allí, sin asegurarla.  
Luego si Dios todo es vista,  
Cualquiera Dios viera clara  
Y distintamente el fin;  
Y al verle, no asegurara  
El que no habia de ser: luego  
Aunque sea deidad tanta,  
Distinta en personas, debe  
En la menor circunstancia  
Ser una sola en esencia.

DEMONIO. Importó para esa causa  
Mover así los afectos  
Con su voz.

CIPRIAN. Cuando importara  
El moverlos, genios hay  
(Que buenos y malos llaman  
Todos los doctos), que son  
Unos espíritus que andan  
Entre nosotros, dictando  
Las obras buenas y malas,  
Argumento que asegura  
La inmortalidad del alma:  
Y bien pudiera ese Dios,  
Con ellos, sin que llegara  
A mostrar que mentir sabe,  
Mover afectos.

DEMONIO. Repara  
En que esas contrariedades  
No implican al ser las sacras

- Deidades una, supuesto  
 Que en las cosas de importancia  
 Nunca disonaron. Bien  
 En la fábrica gallarda  
 Del hombre se ve, pues fué  
 Solo un concepto al obrarla.
- CIPRIAN. Luego si ese fué un solo,  
 Ese tiene más ventaja  
 A los otros; y si son  
 Iguales, puesto que hallas  
 Que se pueden oponer  
 (Esta no puedes negarla)  
 En algo; al hacer el hombre,  
 Cuando el uno lo intentara,  
 Pudiera decir el otro:  
 «No quiero yo que se haga.»  
 Luego si Dios todo es manos,  
 Cuando el uno le criara,  
 El otro le deshiciera.  
 Pues eran manos entrambas  
 Iguales en el poder,  
 Desiguales en la instancia,  
 ¿Quién venciera destes dos?
- DEMONIO. Sobre imposibles y falsas  
 Propositiones, no hay  
 Argumento. Dí, ¿qué sacas  
 Deso?
- CIPRIAN. Pensar que hay un Dios,  
 Suma bondad, suma gracia,  
 Todo vista, todo manos,  
 Infalible, que no engaña,  
 Superior, que no compite,  
 Dios á quien ninguno iguala,  
 Un principio sin principio,

Una esencia, una sustancia,  
 Un poder y un querer solo;  
 Y cuando como éste haya  
 Una, dos ó más personas,  
 Una deidad soberana  
 Ha de ser sola en esencia,  
 Causa de todas las causas.

DEMONIO. ¿Cómo te puedo negar (Levántase.)  
 Una evidencia tan clara?

CIPRIAN. ¿Tanto lo sentís?

DEMONIO. ¿Quién deja  
 De sentir que otro le haga  
 Competencia en el ingenio?  
 Y aunque responder no falta,  
 Dejo de hacerlo, porque  
 Gente en este monte anda,  
 Y es hora de que prosiga  
 A la ciudad mi jornada.

CIPRIAN. Id en paz.

DEMONIO. Quedad en paz.  
 (Ap. Pues tanto tu estudio alcanza,  
 Yo haré que el estudio olvides,  
 Suspendido en una rara  
 Beldad. Pues tengo licencia  
 De perseguir con mi rabia  
 A Justina, sacaré  
 De un efecto dos venganzas.) (Vase.)

CIPRIAN. No ví hombre tan notable.  
 Mas pues mis criados tardan,  
 Volver á repasar quiero  
 De tanta duda la causa.

(Vuelve á leer, sin reparar en los que vienen.)

**ESCENA IV.**

LELIO, FLORO.—CIPRIANO.

- LELIO. No pasemos adelante;  
Que estas peñas, estas ramas  
Tan intrincadas, que al mismo  
Sol le defienden la entrada,  
Solo pueden ser testigos  
De nuestro duelo.
- FLORO. La espada  
Sacad; que aquí son las obras,  
Si allá fuéron las palabras.
- LELIO. Ya sé que en el campo, muda  
La lengua, el acero habla  
Desta suerte. (Riñen.)
- CIPRIANO. ¿Qué es aquesto?  
Lelio, tente; Floro, aparta,  
Que basta que esté yo en medio,  
Aunque esté en medio sin armas.
- LELIO. ¿De dónde, di, Cipriano,  
A embarazar mi venganza  
Has salido?
- FLORO. ¿Eres aborto  
Destos troncos y estas ramas?

**ESCENA V.**

MOSCON, CLARIN.—DICHOS.

- MOSCON. Corre, que con mi señor  
Han sido las cuchilladas.
- CLARIN. Para acercarme á esas cosas

No suelo yo correr nada;  
Mas para apartarme, sí.

MOSCON Y } Señor...  
CLARIN. }

CIPRIANO. No habéis más palabra.—

Pues ¿qué es esto? Dos amigos,  
Que por su sangre y su fama  
Hoy son de toda Antioquía  
Los ojos y la esperanza,  
Uno del Gobernador  
Hijo, y otro de la clara  
Familia de los Colaltos,  
¡Así aventuran y arrastran  
Dos vidas que pueden ser  
De tanto honor á su patria!

LELIO. Cipriano, aunque el respeto  
Que debo por muchas causas  
A tu persona, este instante  
Tiene suspensa mi espada,  
No la tienes reducida  
• A la quietud de la vaina.  
Tú sabes de ciencias más  
• Que de duelos, y no alcanzas  
Que á dos nobles en el campo  
No hay respeto que les haga  
Amigos, pues sólo es medio  
• Morir uno en la demanda.

FLORO. Lo mismo te digo, y ruego  
Que con tu gente te vayas,  
Pues que riñendo nos dejas  
Sin traicion y sin ventaja.

CIPRIAN. Aunque os parece que ignoro  
Por mi profesion las várias  
Leyes del duelo que estudia

El valor y la arrogancia,  
 Os engañais; que nací  
 Con obligaciones tantas  
 Como los dos, á saber  
 Qué es honor y qué es infamia.  
 Y no el darme á los estudios

• Mis alientos acobarda;  
 • Que muchas veces se dieron  
 Las manos letras y armas.  
 Si el haber salido al campo  
 Es del reñir circunstancia,  
 Con haber reñido ya  
 Esa calumnia se salva.  
 Y así, bien podeis decir  
 Desta pendencia la causa;  
 Que yo, si habiéndola oido,  
 Reconociere al contarla  
 Que alguno de los dos tiene  
 Algo que se satisfaga,  
 De dejaros á los dos  
 Solos, os doy la palabra.

LELIO. Pues con esa condicion  
 De que en sabiendo la causa  
 Nos has de dejar reñir,  
 Yo me prefiero á contarla.  
 Yo quiero á una dama bien,  
 Y Floro quiere á esta dama:  
 ¡Mira tú cómo podrás

• Convenirnos! pues no hay traza  
 Con que dos nobles celosos  
 • Den á partido sus ansias.

FLORO. Yo quiero á esta dama, y quiero  
 Que no se atreva á mirarla  
 Ni áun el sol; y pues no hay

- Medio aquí, y que la palabra  
 Nos has dado de dejarnos  
 Reñir, á un lado te aparta.
- CIPRIAN.** Esperad, que hay que saber  
 Más. Decidme, ¿es esta dama  
 A la esperanza posible,  
 Ó imposible á la esperanza?
- LELIO.** Tan principal es, tan noble,  
 Que si el sol celos causara  
 A Floro, áun dél no podria  
 Tenerlos con justa causa,  
 Porque presumo que el sol  
 Aun no se atreve á mirarla.
- CIPRIAN.** Casáste tú con ella?
- FLORO.** Ahí está mi confianza.
- CIPRIAN.** ¿Y tú?
- LELIO.** ¡Pluguiera á los cielos  
 Que á tanta dicha llegara!  
 Que aunque es en extremo pobre,  
 La virtud por dote basta.
- CIPRIAN.** Pues si á casaros con ella  
 Aspiráis los dos, ¿no es vana  
 Accion, culpable é indigna,  
 Querer ántes disfamarla?  
 ¿Qué dirá el mundo, si alguno  
 De los dos con ella casa,  
 Despues de haber muerto al otro  
 Por ella? que aunque no haya  
 Ocasion para decirlo,  
 Decirlo sin ella basta.  
 No digo yo que os sufrais  
 El servirla y festejarla  
 A un tiempo, porque no quiero  
 Que de mí partido salga

Tan cobarde; que el galan  
 Que de sus celos pasara  
 Primero la contingencia,  
 Pasará despues la infamia;  
 Pero digo que sepais  
 De cuál de los dos se agrada,  
 Y luego...

LELIO. Detente, espera;  
 Que es accion cobarde y baja  
 Ir á que la dama diga  
 A quién escoge la dama,  
 Pues ha de escogirme á mí  
 O á Floro. Si á mí, me agrava  
 Más el empeño en que estoy,  
 Pues es otro empeño que haya  
 Quien quiera á la que me quiere.  
 Si á Floro escoge, la saña  
 De que á otro quiera quien quiero,  
 Es mayor: luego excusada  
 Accion es que ella lo diga,  
 Pues con cualquier circunstancia  
 Hemos en apelacion  
 De volver á las espadas:  
 El querido por su honor,  
 Y el otro por su venganza.

FLORO. Confieso que esa opinion  
 Recibida es y asentada,  
 Mas con las damas que amores  
 Elegir y dejar tratan;  
 Y así, hoy pedírsela intento  
 A su padre. Y pues me basta  
 Habiendo al campo salido,  
 Haber sacado la espada  
 (Mayormente cuando hay

- Quien el reñir embaraza),  
 Con satisfaccion bastante  
 La vuelvo, Lelio, á la vaina.
- LELIO.** En parte me ha convencido  
 Tu razon; y aunque apurarla  
 Pudiera, más quiero hacerme  
 De su parte, ó cierta ó falsa.  
 Hoy la pediré á su padre.
- CIPRIAN.** Supuesto que aquesta dama  
 En que los dos la sirvais  
 Ella no aventura nada,  
 Pues que confesais los dos  
 Su virtud y su constancia,  
 Decidme quién es; que yo.  
 Pues que tengo mano tanta  
 En la ciudad, por los dos  
 Quiero preferirme á hablarla,  
 Para que esté prevenida  
 Cuando á eso su padre vaya.
- LELIO.** Dices bien.
- CIPRIAN.** ¿Quién es?
- FLORO.** Justina,  
 De Lisandro hija.
- CIPRIAN.** Al nombrarla  
 He conocido cuán pocas  
 Fueron vuestras alabanzas;  
 Que es virtuosa y es noble.  
 Luégo voy á visitarla.
- FLORO.** (Ap.) El cielo en mi favor mueva  
 Su condicion siempre ingrata. (Vase.)
- LELIO.** Corone amor al nombrarme,  
 De laurel mis esperanzas. (Vase.)
- CIPRIAN.** ¡Oh, quiera el cielo que estorbe  
 Escándalos y desgracias! (Vase.)

## ESCENA VI.

## MOSCON, CLARIN.

- MOSCON. ¿Ha oido vuesa merced  
Que nuestro amo va á la casa  
De Justina?
- CLARIN. Sí señor,  
¿Qué hay, que vaya ó que no vaya?
- MOSCON. Hay que no tiene que hacer  
Allá usarced.
- CLARIN. ¿Por qué causa?
- MOSCON. Porque yo por Livia muero,  
Que es de Justina criada,  
Y no quiero que se atreva  
Ni el mismo sol á mirarla.
- CLARIN. Basta, que no he de reñir  
En ningun tiempo por dama  
Que ha de ser esposa mia.
- MOSCON. Aquesa opinion me agrada,  
Y así es bien que diga ella  
Quién la obliga, ó quién la cansa.  
Vámonos allá los dos,  
Y ella elija.
- CLARIN. Es buena traza;  
Aunque ha de escogerte, temo.
- MOSCON. ¿Ya tienes deso confianza?
- CLARIN. Sí, que lo peor escogen  
Siempre las Livias ingratas. (Vanse.)

Sala en casa de Lisandro.

ESCENA VII.

JUSTINA, LISANDRO.

- JUSTINA. No me puedo consolar  
De haber hoy visto, señor,  
El torpe, el comun error  
Con que todo ese lugar  
Templo consagra y altar  
A una imágen que no pudo  
Ser deidad, pues que no dudo  
Que al fin, si algún testimonio  
Da de serlo, es el demonio,  
Que da aliento á un bronce mudo.
- LISAND. No fueras, bella Justina,  
Quien eres, si no lloraras,  
Sintieras y lamentaras  
Esa tragedia, esa ruina  
Que la religion divina  
De Cristo padece hoy.
- JUSTINA. Es cierto, pues al fin soy  
Hija tuya, y no lo fuera  
Si llorando no estuviera  
Ansias que mirando estoy.
- LISAND. ¡Ay, Justina! no ha nacido  
De ser tú mi hija, no,  
Que no soy tan feliz yo.  
Mas ¡ay Dios! ¿cómo he rotpido  
Secreto tan escondido?  
Afecto del alma fué.
- JUSTINA. ¿Qué dices, señor?

- LISAND. No sé.  
Confuso estoy y turbado.
- JUSTINA. Muchas veces te he escuchado  
Lo que ahora te escuché,  
Y nunca quise, señor,  
A costa de un sufrimiento  
Apurar tu sentimiento,  
Ni examinar mi dolor;  
Pero viendo que es error  
Que de entenderte no acabe,  
Aunque sea culpa grave;  
Que partas, señor, te pido,  
Tu secreto con mi oído,  
Ya que en tu pecho no cabe.
- LISAND. Justina, de un gran secreto  
El efecto te callé,  
La edad que tienes, porqué  
Siempre he temido el efeto;  
Mas viéndote ya sujeto  
Capaz de ver y advertir,  
Y viéndome á mí que el ir  
Con este báculo dando  
En la tierra, ir es llamando  
A las puertas del morir,  
No te tengo de dejar  
Con esta ignorancia, no,  
Porque no cumpliera yo  
Mi obligacion con callar:  
Y así, atiende á mi pesar  
Tu placer.
- JUSTINA. Conmigo lucha  
Un temor.
- LISAND. Mi pena es mucha,  
Pero esto es ley y razon.

JUSTINA. Señor, desta confusion

• Me rescata.

LISAND. Pues escucha.

Yo soy, hermosa Justina,  
Lisandro... No de que empiece  
Desde mi nombre te admires;  
Que aunque ya sabes que es este,  
Por lo que se sigue al nombre  
Es justo que te le acuerde,  
Pues de mí no sabes más  
Que mi nombre solamente.  
Lisandro soy, natural  
De aquella ciudad que en siete  
Montes es hidra de piedra,  
Pues siete cabezas tiene:  
De aquella que es silla hoy  
Del romano imperio, albergue  
Del cristiano digno, pues  
Solo Roma lo merece.  
En ella nací de humildes  
Padres, si es que nombre adquieren  
De humildes los que dejaron  
Tantas virtudes por bienes.  
Cristianos nacieron ambos,  
Venturosos descendientes  
De algunos que con su sangre  
Rubricaron felizmente  
-Las fatigas de la vida  
Con los triunfos de la muerte.  
En la religion cristiana  
Crecí instruido, de suerte  
Que en su defensa daré  
La vida una y muchas veces.  
Jóven era, cuando á Roma

Llegó encubierto el prudente  
Alejandro, papa nuestro,  
Que la apostólica sede  
Gobernaba, sin tener  
Donde tenerla pudiese;  
Que como la tiranía  
De los gentiles crueles  
Su sed apaga con sangre  
De la que á mártires vierte,  
Hoy la primitiva Iglesia  
Ocultos sus hijos tiene;  
No porque el morir rehusan,  
No porque el martirio temen,  
Sino porque de una vez  
No acabe el rigor rebelde  
Con todos, y destruida  
La Iglesia, en ella no quede  
Quien catequice al gentil,  
Quien le predique y le enseñe.  
A Roma, pues, Alejandro  
Llegó; y yendo oculto á verle,  
Recibí su bendicion,  
Y de su mano clemente  
Todos los órdenes sacros,  
A cuya dignidad tiene  
Envidia el ángel, pues solo  
El hombre serlo merece.  
Mandóme Alejandro pues  
Que á Antioquía me partiese  
A predicar de secreto  
La ley de Cristo. Obediente,  
Peregrinando á merced  
De tantas diversas gentes,  
A Antioquía vine; y cuando

---

Desde aquestos eminentes  
Montes llegué á descubrir  
Sus dorados chapiteles,  
El sol me faltó, y llevando  
Tras sí el dia, por hacerme  
Compañía me dejó  
A que le sustituyesen  
Las estrellas, como en prendas  
De que presto vendria á verme.  
Con el sol perdí el camino,  
Y vagueando tristemente  
En lo intrincado del monte,  
Me hallé en un oculto albergue,  
Donde los trémulos rayos  
De tanta antorcha viviente,  
Aun no se dejaban ya  
Ver, porque confusamente  
Servian de nubes pardas  
Las que fueron hojas verdes.  
Aquí, dispuesto á esperar  
Que otra vez el sol saliese,  
Dando á la imaginacion  
La jurisdiccion que tiene,  
Con las soledades hice  
Mil discursos diferentes.  
Desta suerte, pues, estaba,  
Cuando, de un suspiro leve  
El eco mal informado,  
La mitad al dueño vuelve.  
Retraje al oido todos  
Mis sentidos juntamente,  
Y volví á oir más distinto  
Aquel aliento y más débil,  
Mudo idioma de los tristes,

Pues con él solo se entienden.  
De mujer era el gemido,  
A cuyo aliento sucede  
La voz de un hombre, que á media  
Voz decia desta suerte:  
«Primer mancha de la sangre  
Más noble, á mis manos muere,  
Antes que á morir á manos  
De infames verdugos llegues.»  
La infeliz mujer decia  
En medias razones breves:  
«Duélete tú de tu sangre,  
Ya que de mí no te dueles.»  
Llegar pretendí yo entónces  
A estorbar rigor tan fuerte;  
Mas no pude, porque al punto  
Las voces se desvanecen,  
Y ví al hombre en un caballo,  
Que entre los troncos se pierde.  
Iman fué de mi piedad  
La voz, que ya halbuciente  
Y desmayada decia,  
Gimiendo y llorando á veces:  
«Mártir muero, pues que muero  
Por cristiana y inocente;»  
Y siguiendo de la voz  
El norte, en espacio breve  
Llegué donde una mujer,  
Que apénas dejaba verse,  
Estaba á brazo partido  
Luchando ya con la muerte.  
Apénas me sintió, cuando  
Dijo, esforzándose: «Vuelve,  
Sangriento homicida mio,



- JUSTINA. Sin duda entran hasta aquí,  
Porque siento afuera gente.
- LIVIA. No son ellos, Cipriano  
Es.
- JUSTINA. Pues ¿qué es lo que pretende  
Cipriano aquí?

### ESCENA IX.

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.—JUSTINA, LIVIA.

- CIPRIAN. Serviros  
Mi deseo es solamente.  
Viendo salir la justicia  
De vuestra casa, se atreve  
Á entrar aquí mi amistad,  
Por lo que á Lisandro debe,  
Á sólo saber (Ap. Turbado  
Estoy.) si acaso (Ap. ¡Qué fuerte  
Hielo discurre mis venas!)  
En algo serviros puede  
Mi deseo. (Ap. ¡Qué mal dije!  
Que no es hielo, fuego es este.)
- JUSTINA. Guárdeos el cielo mil años;  
Que en mayores intereses  
Habeis de honrar á mi padre  
Con vuestros favores.
- CIPRIAN. Siempre  
Estaré para serviros.  
(Ap. ¡Qué me turba y enmudece?)
- JUSTINA. Él ahora no está en casa.
- CIPRIAN. Luego bien, señora, puede  
Mi voz decir la ocasion

Que aquí me trae, claramente;  
 Que no es la que habeis oido,  
 La que sola á entrar me mueve  
 Á veros.

JUSTINA.                   Pues ¿qué mandais?

CIPRIAN. Que me oigais. Yo seré breve.

Hermosísima Justina,

• En quien hoy ostenta ufana

La naturaleza humana

Tantas señas de divina:

Vuestra quietud determina

Hallar mi deseo este dia;

Pero ved que es tiranía,

Como el efecto lo muestra,

Que os dé yo la quietud vuestra,

Y vos me quiteis la mia.

Lelio, de su amor movido

(¡No ví amor más disculpado!),

Floro, de su amor llevado

(¡No ví error más permitido!),

El uno y otro han querido

Por vos matarse los dos:

Por vos lo he estorbádo (¡ay Dios!);

Pero ved que es error fuerte

Que yo quite á otros la muerte,

Para que me la deis vos.

Por excusar el que hubiera

Escándalo en el lugar,

De su parte os vengo á hablar

(¡Oh nunca á hablaros viniera!),

Porque vuestra eleccion fuera

• Árbitro de sus recelos,

• Como juez de sus desvelos;

Pero ved que es gran rigor

Que yo componga su amor,  
 Y vos dispongais mis celos.  
 Hablaros, pues, ofrecí,  
 Señora, para que vos  
 Escogierais de los dos  
 Cuál quereis (¡infeliz fui!)  
 Que á vuestro padre (¡ay de mí!)  
 Os pida. Aquesto pretendo;  
 Pero ved (estoy muriendo)  
 Que es injusto (estoy temblando)  
 Que esté por ellos hablando,  
 Y que esté por mí sintiendo.

JUSTINA. De tal manera he extrañado  
 Vuestra vil proposicion,  
 Que el discurso y la razon  
 En un punto me han faltado.  
 Ni á Floro ocasion he dado  
 Ni á Lelio, para que así  
 Vos os atrevais aquí:  
 Y bien pudiérades vos  
 Escarmentar en los dos  
 Del rigor que vive en mí.

CIPRIAN. Si yo, por haber querido  
 Vos á alguno, pretendiera  
 Vuestro favor, mi amor fuera  
 Necio, infame y mal nacido.  
 Antes por haber vos sido  
 Firme roca á tantos mares,  
 Os quiero, y en los pesares  
 No escarmiento de los dos;  
 Que yo no quiero que vos  
 Me queraís por ejemplares.  
 ¿Qué diré á Lelio?

JUSTINA.

Que crea

‘ Los costosos desengaños  
De un amor de tantos años.

CIPRIAN. ¿Y á Floro?

JUSTINA. Que no me vea.

CIPRIAN. ¿Y á mí?

JUSTINA. Que osado no sea  
Vuestro amor.

CIPRIAN. ¿Cómo, si es dios?

JUSTINA. ¿Será más dios para vos,  
Que para los dos lo ha sido?

CIPRIAN. Sí.

JUSTINA. Pues ya yo he respondido  
Á Lelio, á Floro y á vos.  
(Vase, y tambien Cipriano.)

### ESCENA X.

CLARIN, MOSCON, LIVIA.

CLARIN. Señora Livia.

MOSCON. Señora  
Livia.

CLARIN. Aquí estamos los dos.

LIVIA. Pues ¿qué quereis vos? Y vos.  
¿Qué quereis?

CLARIN. Que usted ahora,  
Por si por dicha lo ignora,  
Sepa que bien la queremos.  
Para matarnos nos vemos;  
Pero atentos á no dar  
Escándalo en el lugar,  
Que uno escoja pretendemos.

LIVIA. Es tan grande el sentimiento

- De que así me hayais hablado,  
 Que mi dolor me ha dejado  
 Sin razon ni entendimiento.  
 ¡Que uno escoja! ¡Hay sufrimiento  
 En lance tan importuno?  
 ¡Uno yo! ¡Pues oportuno  
 No es para tener (¡ay Dios!)  
 Este ingenio á un tiempo dos  
 Que quereis que escoja uno?
- CLARIN. ¿Dos á un tiempo, cómo quieres?  
 ¿No te embarazaran dos?
- LIVIA. No, que de dos en dos los  
 Digerimos las mujeres.
- MOSCON. ¿De qué suerte te prefieres  
 Á eso?
- LIVIA. ¡Qué necia porfia!  
 Queriéndós la lealtad mia...
- MOSCON. ¿Cómo?
- LIVIA. *Alternative.*
- CLARIN. Pues  
 ¿Qué es *alternative*?
- LIVIA. Es  
 Querer á cada uno un dia. (Vase.)
- MOSCON. Pues yo escojo este primero.
- CLARIN. Mayor será el de mañana:  
 Yo le doy de buena gana.
- MOSCON. Livia, en fin, por quien yo muero,  
 Hoy me quiere, y hoy la quiero.  
 Bien es que tal dicha goce.
- CLARIN. Oye usted, ya me conoce.
- MOSCON. ¿Por qué lo dice? Concluya.
- CLARIN. Porque sepa que no es suya,  
 Así como den las doce. (Vase.)

Calle.

**ESCENA XI.**FLORO Y LELIO, *de noche, cada uno por su parte.*

LELIO. (Para sí.) Apénas la oscura noche  
 Extendió su manto negro,  
 Cuando yo á adorar la esfera  
 De aquestos umbrales vengo;  
 Que aunque hoy por Cipriano  
 Tengo suspenso el acero,  
 No el afecto; que no pueden  
 Suspenderse los afectos.

FLORO. (Para sí.) Aquí me ha de hallar el alba;  
 Que en otra parte violento  
 Estoy, porque en fin, en otra  
 Estoy fuera de mi centro.  
 ¡Quiera amor que llegue el día  
 Y la respuesta que espero  
 Con Cipriano, tocando  
 Ó la ventura ó el riesgo!

LELIO. (Ap.) Ruido en aquella ventana  
 He sentido.

FLORO. (Ap.) Ruido han hecho  
 En aquel balcon.

**ESCENA XII.**

EL DEMONIO, *abriendo una ventana de casa de Lisandro.*—FLORO, LELIO.

LELIO. (Ap.) Un bulto  
 Sale dél, á lo que puedo

Distinguir.

- FLORO.** (Ap.) Gente se asoma  
Á él, que entre sombras veo.
- DEMONIO.** (Para sí.) Para las persecuciones  
Que hacer en Justina intento,  
Á disfamar su virtud  
Desta manera me atrevo.  
(Baja por una escalera.)
- LELIO.** (Ap.) Mas ¡ay infeliz! ¡Qué miro!
- FLORO.** (Ap.) Pero ¡ay infeliz! ¡Qué veo!
- LELIO.** (Ap.) El negro bulto se arroja  
Ya desde el balcon al suelo.
- FLORO.** (Ap.) Un hombre es, que de su casa  
Sale. No me mateis, celos,  
Hasta que sepa quién es.
- LELIO.** (Ap.) Reconocerle pretendo,  
Y averiguar de una vez  
Quién logra el bien que yo pierdo.  
(Llegan los dos con las espadas desnudas á reconocer  
quién bajó.)
- DEMONIO.** (Para sí.) No sólo he de conseguir  
Hoy de Justina el desprecio,  
Sino rencores y muertes.  
Ya llegan: ábrase el centro,  
Dejando esta confusion  
A sus ojos.  
(Húndese, y quedan frente á frente Floro y Lelio.)

### ESCENA XIII.

FLORO, LELIO.

- LELIO.** Caballero,  
Quienquiera que seais, á mí

Me ha importado conoceros;  
Y á todo trance restado  
Con esta demanda vengo.  
Decid quién sois.

**FLORO.** Si os obliga  
A tan valiente despecho  
Saber en quién ha caído  
Vuestro amoroso secreto,  
Más que á vos el conocerme,  
Me importa á mí el conoceros;  
Que en vos es curiosidad,  
Y en mí más, porque son celos.  
¡Vive Dios, que he de saber  
Quién es de la casa dueño,  
Y quién á estas horas gana,  
Por ese balcon saliendo,  
Lo que yo pierdo llorando  
A estas rejas!

**LELIO.** ¡Bueno es eso,  
Querer deslumbrar ahora  
La luz de mis sentimientos,  
Atribuyéndome á mí  
Delito que sólo es vuestro!  
Quién sois tengo de saber,  
Y dar muerte á quien me ha muerto  
De celos, saliendo ahora  
Por ese balcon.

**FLORO.** ¡Qué necio  
Recato, encubrirse, cuando  
Está el amor descubriendo!

**LELIO.** En vano la lengua apura  
Lo que mejor el acero  
Hará.

**FLORO.** Con él os respondo. (Riñen los dos.)

LELIO. Quién ha sido, saber tengo,  
Hoy el admitido amante  
De Justina.

FLORO. Ese es mi intento.  
Moriré, ó sabré quién sois.

#### ESCENA XIV.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.—FLORO, LELIO.

CIPRIAN. Caballeros, deteneos,  
Si á aquesto puede obligaros  
Haber llegado á este tiempo.

FLORO. Nada me puede obligar  
A que deje el fin que intento.

CIPRIAN. ¿Floro?

FLORO. Sí, que con la espada  
En la mano, nunca niego  
Mi nombre.

CIPRIAN. A tu lado estoy;  
Muera quien te ofende.

LELIO. Ménos  
Que temer me dareis todos,  
Que él me daba solo.

CIPRIAN. ¿Lelio?

LELIO. Sí.

CIPRIAN. Ya no estoy á tu lado, (A Floro.)  
Porque es fuerza estar en medio.  
¿Qué es esto? ¡En un dia dos veces  
He de hallarme á componeros!

LELIO. Esta la última será,  
Porque ya estamos compuestos;  
Que con haber conocido

Quién es de Justina dueño,  
No le queda á mi esperanza  
Ni aún el menor pensamiento.  
Si no has hablado á Justina,  
Que no la hables te ruego  
De parte de mis agravios  
Y mis desdichas, habiendo  
Visto que Floro merece  
Sus favores en secreto.  
Dese balcon ha bajado  
De gozar el bien que pierdo;  
Y no es mi amor tan infame,  
Que haya de querer, atento  
A celos averiguados,  
Con desengaños tan ciertos. (Vase.)

FLORO. Espera.

### ESCENA XV.

CIPRIANO, FLORO, MOSCON, CLARIN.

CIPRIAN. No has de seguirle  
(Ap. De haberle oído estoy muerto);  
Que si es él el que ha perdido  
Lo que has ganado, y dispuesto  
A olvidar está, no es bien  
Apurar su sufrimiento.

FLORO. Tú y él apurais el mio  
Con estas cosas á un tiempo;  
Y así, á Justina no hables  
Por mí; que aunque yo pretendo  
A costa de mis agravios  
Vengarme de mis desprecios,

Ya la esperanza de ser  
Suyo cesó, porque creo  
Que no es noble el que porfia  
Sobre averiguados celos. (Vase.)

### ESCENA XVI.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

CIPRIAN. (Ap. ¿Qué es esto, cielos? ¿qué escucho?  
¿El uno del otro á un tiempo  
Unos mismos celos tienen?  
¿Yo de uno y otro los tengo?  
Los dos sin duda padecen  
Algun engaño, y yo tengo  
Que agradecerles, pues ya  
Los dos desisten en esto  
De su pretension. Desdichas,  
Aunque haya sido consuelo  
Este discurso, buscado  
De mis ansias, le agradezco.)  
Moscon, prevenme mañana  
Galas; Clarin, tráeme luego  
Espada y plumas; que amor  
Se regala en el objeto  
Airoso y lucido; y ya,  
Ni libros ni estudios quiero,  
Porque digan que es amor  
Homicida del ingenio. (Vanse.)

---

## JORNADA SEGUNDA.

---

### ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO, MOSCON Y CLARIN, *vestidos de gala.*

CIPRIAN. (Ap. Altos pensamientos míos,  
¿Dónde, dónde me traeis,  
Si ya por cierto teneis  
• Que son locos desvaríos  
Los que osados intentais,  
Pues atreviendós al cielo,  
Precipitados de un vuelo  
Hasta el abismo bajais?  
VÍ á Justina... ; Á Dios pluguiera  
Que nunca viera á Justina,  
Ni en su perfeccion divina  
La luz de la cuarta esfera!  
Dos amantes la pretenden,  
Uno del otro ofendido;  
Y yo á dos celos rendido,  
Aun no sé los que me ofenden:  
Sólo sé que mis recelos  
Me despeñan con sus furias  
De un desden á las injurias,  
De un agravio á los desvelos.

Todo lo demas ignoro,  
 Y en tan abrasado empeño,  
 Cielos, Justina es mi dueño,  
 Cielos, á Justina adoro.)  
 Moscon.

MOSCON. Señor.

CIPRIAN. Vé si está  
 Lisandro en casa.

MOSCON. Es razon.

CLARIN. No es; yo iré, porque Moscon  
 Hoy no puede entrar allá.

CIPRIAN. ¡Oh qué cansada porfia  
 Siempre la de los dos fué!  
 ¿Por qué no puede? ¿por qué?

CLARIN. Porque hoy, señor, no es su dia;  
 Mio sí, y de buena gana  
 A dar el recado voy;  
 Que yo allá puedo entrar hoy,  
 Y Moscon no, hasta mañana.

CIPRIAN. ¿Qué nueva locurá es esta,  
 Añadida al porfiar?  
 Ni tú ni él habeis de entrar  
 Ya, pues su luz manifiesta  
 Justina.

CLARIN. De fuera viene  
 Hácia su casa.

## ESCENA II.

JUSTINA y LIVIA, *con mantos*. — CIPRIANO,  
 MOSCON, CLARIN.

JUSTINA. ¡Ay de mí!  
 Livia, Cipriano está aquí. (Ap. á ella.)

**CIPRIAN.** (Ap. Disimular me conviene  
De mis celos los desvelos,  
Hasta apurarlos mejor.  
Sólo la hablaré en mi amor,  
Si lo permiten mis celos.)  
No en vano, señora, ha sido  
Haber el traje mudado,  
Para que, como criado,  
Pueda á vuestros piés rendido  
Serviros. Á mereceros  
Esto lleguen mis suspiros:  
Dad licencia de serviros,  
Pues no la dais de quererlos.

**JUSTINA.** Poco, señor, han podido  
Mis desengaños con vos,  
Pues que no han podido...

**CIPRIAN.** ¡Ay Dios!

**JUSTINA.** Mereceros un olvido.  
¿De qué manera quereis  
Que os diga cuánto es en vano  
La asistencia, Cipriano,  
Que á mis umbrales teneis?  
Si dias, si meses, si años,  
Si siglos á ellos estais,  
No espereis que á ellos oigais  
Sino solos desengaños:  
Porque es mi rigor de suerte,  
De suerte mis males fieros,  
Que es imposible quererlos,  
Cipriano, hasta la muerte. (Vase retirando.)

**CIPRIAN.** (Siguiéndola.) La esperanza que me dais,  
Ya dichoso puede hacerme.  
Si en muerte habeis de quererme,  
Muy corto plazo tomáis.

Yo le acepto, y si á advertir  
 Llegais cuán presto ha de ser,  
 Empezad vos á querer,  
 Que ya empiezo yo á morir. (Vase Justina.)

### ESCENA III.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN, LIVIA.

- CLARIN. En tanto que mi señor,  
 Livia, triste y discursivo,  
 Está de esqueleto vivo  
 Desengañando su amor,  
 Dáme los brazos.
- LIVIA. Paciencia  
 Ten, miéntras que considero  
 Si es tu día; que no quiero  
 Encargar yo mi conciencia.—  
 Mártes sí, miércoles no.
- CLARIN. ¿Qué cuentas, pues ha callado  
 Moscon?
- LIVIA. Puede haberse errado,  
 Y no quiero errarme yo;  
 Porque no quiero, si arguyo  
 Que justicia he de guardar,  
 Condenarme por no dar  
 A cada uno lo que es suyo.—  
 Pero bien dices, tu día  
 Es hoy.
- CLARIN. Pues dáme los brazos.
- LIVIA. Con mil amorosos lazos.
- MOSCON. ¿Oye usarced, reina mia?  
 Bien ve usarced, con la gana

Que hoy aquesos lazos hace:  
 Dígolo porque me abrace  
 Con la misma á mí mañana.

LIVIA. Excusada es la sospecha  
 De que á usted no satisfaga,  
 Ni quiera Júpiter que haga  
 Yo una cosa tan mal hecha  
 Como usar de demasia  
 Con nadie. Yo abrazaré  
 Con mucha equidad á usted  
 Cuando le toque su dia. (Vase.)

#### ESCENA IV.

CIPRIANO, MOSCON, CLARIN.

CLARIN. Por lo ménos, no he de vello  
 Yo.

MOSCON. Pues eso ¿qué ha importado?  
 ¿Puede á mí haberme agraviado  
 Jamás, si reparo en ello,  
 Una moza que no es mia?

CLARIN. No.

MOSCON. Luego yo bien porfio  
 Que no ha sido en daño mio  
 Lo que no ha sido en mi dia.  
 Mas ¿qué hace nuestro amo allí  
 Tan suspenso?

CLARIN. Por si á hablar  
 Llega algo, quiero escuchar.

MOSCON. Y yo tambien.

CIPRIAN. ¡Ay de mí!

Al irse acercando cada uno por su lado, Cipriano con la  
 accion les da á entrambos.)

- ¡Que tanto, amor, desconfíes!
- CLARIN. ¡Ay de mí!
- MOSCON. ¡Ay de mí! también.
- CLARIN. Llamar á este sitio es bien  
La isla de los ay-de-míes.
- CIPRIAN. ¿Aquí estábades los dos?
- CLARIN. Yo bien juraré que estaba.
- MOSCON. Yo y todo.
- CIPRIAN. Desdicha, acaba  
De una vez conmigo. ¡Ay Dios!  
¿Vióse en tan nuevos extremos  
El humano corazón? (Vanse.)

—  
Campo.

### ESCENA V.

CIPRIANO, CLARIN, MOSCON.

- CLARIN. ¿Adónde vamos, Moscon?
- MOSCON. En llegando lo sabremos.  
Pero fuera del lugar  
Camina.
- CLARIN. Excusado es  
Salirnos al campo, pues  
No tenemos que estudiar.
- CIPRIAN. Clarin, véte á casa.
- MOSCON. ¿Y yo?
- CLARIN. ¿Tú te habias de quedar?
- CIPRIAN. Los dos me habeis de dejar.
- CLARIN. A entrambos nos lo mandó.  
(Vanse Clarin y Moscon.)

## ESCENA VI.

## CIPRIANO.

Confusa memoria mia,  
No tan poderosa estés,  
Que me persuadas que es  
Otra alma la que me guía.  
Idólatra me cegué,  
Ambicioso me perdí,  
Porque una hermosura ví,  
Porque una deidad miré;  
Y entre confusos desvelos  
De un equívoco rigor,  
Conozco á quien tengo amor,  
Y no de quien tengo celos.  
Y tanto aquesta pasion  
Arrastra mi pensamiento,  
Tanto (;ay de mí!) este tormento  
Lleva mi imaginacion,  
Que diera (despecho es loco,  
Indigno de un noble ingenio)  
Al más diabólico genio  
(Harto al infierno provoco),  
Ya rendido, y ya sujeto  
Á penar y padecer,  
Por gozar esta mujer,  
Diera el alma.

**ESCENA VII.****EL DEMONIO.—CIPRIANO.**

**DEMONIO.** (Dentro.) Yo la aceto.

(Suena ruido de truenos. con tempestad y rayos.)

**CIPRIAN.** ¿Qué es esto, cielos puros?  
 ¡Claros á un tiempo, y en el mismo oscuros,  
 Dando al dia desmayos!  
 Los truenos, los relámpagos y rayos  
 Abortan de su centro  
 Los asombros que ya no caben dentro.  
 De nubes todo el cielo se corona,  
 Y preñado de horrores, no perdona  
 El rizado copete deste monte.  
 Todo nuestro horizonte  
 Es ardiente pincel del Mongibelo,  
 Niebla el sol, humo el aire, fuego el cielo.  
 ¡Tanto ha que te dejé, filosofa,  
 Que ignoro los efectos deste dia!  
 Hasta el mar sobre nubes se imagina  
 Desesperada ruina,  
 Pues crespo sobre el viento en leves plumas,  
 Le pasa por pavesas las espumas.  
 Naufragando una nave,  
 En todo el mar parece que no cabe;  
 Pues el ampáro más seguro y cierto  
 Es cuando huye la piedad del puerto.  
 El clamor, el asombro y el gemido  
 Fatal presagio han sido  
 De la muerte que espera; y lo que tarda  
 Es porque esté muriendo lo que aguarda.

Y aún en ella también vienen portentos ;  
 No son todos de cielos y elementos.  
 Sin duda se vistió de la tormenta (1).  
 Á chocar con la tierra  
 Viene. Ya no es del mar sólo la guerra,  
 Pues la que se le ofrece,  
 Un peñasco le arrima en que tropiece,  
 Porque la espuma en sangre se salpique.

(Sueña la tempestad, y dan voces dentro.)

*Voces.* (Dentro.) Que nos vamos á pique.

**DEMONIO.** En una tabla quiero (Dentro.)

Salir á tierra, para el fin que espero.

**CIPRIAN.** Porque su horror se asombre,

Burlando su poder, escapa un hombre,

Y el bajel, que en las ondas ya se ofusca,

El camarín de los tritones busca,

Y en cresco remolino,

Es cadáver del mar, cascado el pino.

(Sale el Demonio, mojado, como que sale del mar.)

**DEMONIO.** (Para sí. Para el prodigio que intento,

Hoy me ha importado fingir

Sobre campos de zafir,

Este espantoso portentoso;

Y en forma desconocida

De la que otra vez me vió,

Cuando en este monte yo

Miré mi ciencia excedida,

Vengo á hacerle nueva guerra,

Valiéndome así mejor

De su ingenio y de su amor.)

Dulce madre, amada tierra,

---

(1) No hay verso que consuene con este. Para el metro y para el sentido falta algo.

Dáme amparo contra aquel  
Monstruo que de sí me arroja.

CIPRIAN. Pierde, amigo, la congoja *apartado*  
Y la memoria cruel  
De tu reciente fortuna,  
Viendo en tu mayor trabajo  
Que no hay firme bien debajo  
De los cercos de la luna.

DEMONIO. ¿Quién eres tú, á cuyas plantas  
Mi fortuna me ha traído?

CIPRIAN. Quien, de la piedad movido  
De penas y ruinas tantas,  
Serte de alivio quisiera.

DEMONIO. Imposible vendrá á ser;  
Que no le puedo tener  
Yo jamás.

CIPRIAN. ¿De qué manera?

DEMONIO. Todo mi bien he perdido...  
Pero sin razon me quejo,  
Pues ya con la vida dejo  
Mis memorias al olvido.

CIPRIAN. Ya que de aquel torbellino  
El terremoto cesó,  
Y el cielo á su paz volvió,  
Manso, quieto y cristalino,  
Con tal priesa, que su grave  
Enojo nos da á entender  
Que sólo debió de ser  
Hasta sumergir tu nave,  
Díme quién eres, siquiera  
Por la piedad que me das.

DEMONIO. Más de lo que has visto y más  
De lo que decir pudiera,  
Me cuesta el llegar aquí;

Que en mi fortuna cruel,  
La menor es del bajel.  
¿Quieres ver si es cierto?

CIPRIAN.

Si.

DEMONIO. Yo soy, pues saberlo quieres,  
Un epilogo, un asombro  
De venturas y desdichas,  
Que unas pierdo y otras lloro.  
Tan galan fuí por mis partes,  
Por mi lustre tan heroico,  
Tan noble por mi linaje  
Y por mi ingenio tan docto,  
Que aficionado á mis prendas  
Un rey, el mayor de todos  
(Puesto que todos le temen,  
Si le ven airado el rostro),  
En su palacio cubierto  
De diamantes y piropos  
(Y áun si los llamase estrella  
Fuera el hipérbole corto),  
Me llamó valido suyo,  
Cuyo aplauso generoso  
Me dió tan grande soberbia,  
Que competi al regio solio,  
Queriendo poner las plantas  
Sobre sus dorados tronos.  
Fué bárbaro atrevimiento:  
Castigado lo conozco.  
Loco anduve; pero fuera,  
Arrepentido, más loco.  
Más quiero en mi obstinacion  
Con mis alientos briosos  
Despeñarme de bizarro,  
Que rendirme de medroso.

Si fueron temeridades,  
No me ví en ellas tan solo,  
Que de sus mismos vasallos  
No tuviese muchos votos.  
De su corte, en fin, vencido,  
Aunque en parte victorioso,  
Salf arrojando venenos  
Por la boca y por los ojos,  
Y pregonando venganzas,  
Por ser mi agravio notorio,  
Logrando en las gentes suyas  
Insultos, muertes y robos.  
Los anchos campos del mar,  
Sangriento pirata corro,  
Argos ya de sus bajíos,  
Y lince de sus escollos.  
En aquel bajel que el viento  
Desvaneció en leves soplos;  
En aquel bajel que el mar  
Convirtió en ruina sin polvo,  
Esas campañas de vidrio  
Hoy corria codicioso,  
Hasta examinar un monte  
Piedra á piedra y tronco á tronco;  
Porque en él un hombre vive,  
Y á buscarle me dispongo,  
A que cumpla una palabra  
Que el me ha dado y yo le otorgo.  
Embistióme esta tormenta;  
Y aunque pudo prodigioso  
Mi ingenio enfrenar á un tiempo  
Al euro, al gierzo y al noto,  
No quise désesperado,  
Por otras causas, por otros

Fines, convertirlos hoy  
En regalados favonios.  
(Ap. Que pude, dije, y no quise:  
Aquí de su ingenio noto  
Los riesgos, pues desta suerte  
A mágicas le aficiono.)  
No te espantes del despecho,  
Ni del prodigio tampoco:  
De aquel, porque yo con ira  
Me diera muerte á mí propio;  
Ni deste, porque con ciencias  
Daré al sol pálido asombro.  
Soy en la magia que alcanzo,  
El registro poderoso  
Desos orbes: línea á línea  
Los he discurrido todos.  
Y porque no te parezca  
Que sin ocasion blasono,  
Mira si á este mismo instante  
Quieres que lo inculto y toscó  
Deste Nembrot de peñascos,  
Más bruto que el babilonio,  
Te facilite lo horrible,  
Sin que pierda lo frondoso.  
Este soy, huérfano huésped  
Destos fresnos, destes chopos;  
Y aunque este soy, á tus plantas  
Quiero pedirte socorro;  
Y quiero en el que me dieres,  
Librarte el bien que te compro  
Con el afán de mi estudio,  
Que en experiencias abono,  
Trayéndote á tu albedrío  
(Ap. Aquí en el amor le toco)

Cuanto te pida el deseo  
Más avaro y codicioso.  
Y en tanto que no le aceptes,  
Ya de cortés, ya de corto,  
Págate de los deseos,  
Si es que en tí no los malogro;  
Que por la piedad que muestras  
(Que agradezco y que conozco),  
Seré tu amigo tan firme,  
Que ni el repetido monstruo  
De sucesos, la fortuna,  
Que entre baldones y elogios,  
Próspera y adversa muestra  
Lo avaro y lo generoso;  
Ni en su continua tarea  
Corriendo y volando á tornos  
El tiempo, iman de los siglos;  
Ni el cielo, ni el cielo propio,  
A cuyos astros el mundo  
Debe el bellissimo adorno,  
Tendrán poder de apartarme  
De tu lado un punto sólo,  
Como aquí me des amparo;  
Y áun todo aquesto es muy poco  
Para lo que yo intereso,  
Si mis pensamientos logro.

CIPRIAN. Puedo decir que al mar albricias pido  
De que te hayas perdido,  
Y á este monte llegaras,  
Donde verás bien claras  
Muestras de la amistad que ya te ofrezco,  
Si feliz por mi huésped te merezco:  
Y así, vénte conmigo;  
Que he de estimarte por seguro amigo.



- CIPRIAN. A mí me tienen  
Cansado, porque siempre necios vienen.
- MOSCON. ¿Quién es aqueste hombre,  
Señor?
- CIPRIAN. Un huésped mio, no os asombre.
- CLARIN. ¿Para qué quieres huéspedes ahora?
- CIPRIAN. (Al Demonio) Lo que merece tu valor ignora.
- MOSCON. Mi señor hace bien. ¿Has de heredalle?
- CLARIN. No; pero tiene talle  
El tal huésped, si acaso no me engaño,  
De estarse en casa un año y otro año.
- MOSCON. ¿De qué lo infieres?
- CLARIN. Cuando aprisa pasa  
Un huésped, decir suelen: «No hará en casa  
Mucho humo;» y de aqueste...
- MOSCON. Dí.
- CLARIN. Presumo...
- MOSCON. ¿Qué?
- CLARIN. Que ha de hacer en casa mucho humo.
- CIPRIAN. Para que te repares  
De las iras del mar y tus pesares,  
Vénte conmigo.
- DEMONIO. Voy á obedecerte.
- CIPRIAN. Tu descanso procuro.
- DEMONIO. (Ap.) Yo tu muerte.  
Y pues ya he conseguido  
El mirarme contigo introducido,  
Ir á alterar mi saña determina  
De otra suerte tambien la de Justina.  
(Vanse Cipriano y el Demonio.)
- CLARIN. ¿No sabes qué he pensado?
- MOSCON. ¿Qué?
- CLARIN. Que del terremoto ha reventado  
Algun volcan; que mucho azufre he olido.

- MOSCON. Que es el huésped á mí me ha parecido.  
 CLARIN. Malas pastillas gasta. Mas ya infero  
 La causa  
 MOSCON. ¿Qué es?  
 CLARIN. El pobre caballero  
 Debe de tener sarna, y hase untado  
 Con unguento de azufre.  
 MOSCON. En ello has dado.  
 (Vanse.)

—  
 Calle.

### ESCENA IX.

LELIO, FABIO.

- FABIO. En fin, ¿vuelves á esta calle?  
 LELIO. La vida en ella perdí,  
 Y vuelvo á buscarla aquí:  
 Quiera amor que yo la halle.  
 ¡Ay de mí!  
 FABIO. A la puerta estás  
 De la casa de Justina.  
 LELIO. ¿Qué importa, si hoy determina  
 Mi amor declararse más?  
 Que pues á ver he llegado  
 Que á otro de noche se fía,  
 No es mucho que yo de día  
 Desahogue mi cuidado.  
 Retírate tú, porqué  
 El entrar solo es mejor.

Mi padre es gobernador  
 De Antioquía: bien podré  
 Con este aliento y la furia  
 Que á despeñarme camina,  
 En casa entrar de Justina,  
 Y quejarme de su injuria. (Vanse.)

Sala en casa de Lisandro.

**ESCENA X.**

JUSTINA; y luego, LELIO.

JUSTINA. Livia... Mas ¿quién está al paso?

(Sale Lelio.)

LELIO. Yo soy.

JUSTINA. Pues ¿qué novedad,  
 Señor, qué temeridad  
 Obliga?...

LELIO. Cuando me abraso  
 Tanto, á mis celos sujeto,  
 No lo he de estar á tu honor.  
 Perdona, que con mi amor  
 Ha espirado tu respeto.

JUSTINA. ¿Pues cómo tan atrevido  
 Osas...

LELIO. Como estoy furioso.

JUSTINA. Entrar...

LELIO. Como estoy celoso.

JUSTINA. Aquí...

LELIO. Como estoy perdido.

- JUSTINA. Sin advertir y sin ver  
El escándalo que da  
Que?...
- LELIO. No te aflijas, pues ya  
Tienes poco que perder.
- JUSTINA. Mira, Lelio, mi opinion.
- LELIO. Justina, eso mejor fuera  
Que tu voz se lo dijera  
A quien por ese balcon  
Sale de noche. No quiero  
Mas de que sepas que sé  
Tus liviandades, porqué  
MénoS ingrato y severo  
Tu honor esté con mi amor;  
Que es tu desden más injusto  
Porque tienes otro gusto,  
Que porque tienes honor.
- JUSTINA. Calla, calla, no hables más.  
¿Quién en mi casa se atreve,  
Ni quién en mi ofensa mueve  
Paso y voz? ¿Tan ciego estás,  
Tan atrevido, tan loco,  
Que con fingidas quimeras  
Eclipsar las luces quieras  
Que aún al sol tienen en poco?  
¿Hombre de mi casa...
- LELIO. Sí.
- JUSTINA. Por mi balcon?...
- LELIO. Mi dolor  
Lo diga, ingrata.
- JUSTINA. ¡Ay honor!  
Volved por vos y por mí.

**ESCENA XI.**

**EL DEMONIO**, *por la puerta que está á espaldas de Justina.* — **DICHOS.**

**DEMONIO.** (Ap.) Acudiendo mi furor  
 A los dos cargos que tengo,  
 A esta casa á entablar vengo  
 El escándalo mayor  
 Del mundo; y pues ya este amante  
 Tan despechado y tan ciego  
 Está, avívese su fuego.  
 Ponerme quiero delante,  
 Y como huyendo, despues  
 De ser visto, retirarme.

(Hace como que va á salir, y en viéndole Lelio, se reboza y vuelve á entrarse.)

**JUSTINA.** Hombre, ¿vienes á matarme?

**LELIO.** No, sino á morir.

**JUSTINA.** ¿Qué ves,  
 Que de nuevo te has mudado?

**LELIO.** Los engaños tuyos veo.  
 Dí ahora que mi deseo  
 Mis ofensas ha inventado.  
 Un hombre deste aposento  
 Iba á salir: como vió  
 Gente, embozado volvió  
 A retirarse.

**JUSTINA.** En el viento  
 Te finge tu fantasía  
 Ilusiones.

**LELIO.** ¡Pena brava!

- JUSTINA. ¿Pues de noche no bastaba,  
Lelio, mas tambien de dia  
La luz quieres engañar?
- LELIO. Si es engaño ó no es engaño,  
Así veré el desengaño.
- (Éntrase por donde estaba el Demonio.)
- JUSTINA. No te lo quiero excusar,  
Porque la inocencia mia,  
A costa desta licencia,  
Desvanezca la apariencia  
De la noche con el dia.

### ESCENA XII.

LISANDRO.—JUSTINA; LELIO, *dentro*.

- LISAND. Justina.
- JUSTINA. (Ap.) Esto me faltaba.  
¡Ay de mí, si Lelio sale,  
Estando Lisandro aquí!
- LISAND. Mis desdichas, mis pesares  
Vengo á consolar contigo.
- JUSTINA. ¿Qué tienes, que en el semblante  
Muestras disgusto y tristeza?
- LISAND. No es mucho, cuando se rasgue  
El corazon. Con el llanto  
Pasar no puedo adelante.
- (Aparece Lelio á la puerta del cuarto.)
- LELIO. (Ap.) Ahora acabo de creer  
Que sombra los celos hacen,  
Pues no está en este aposento,  
Ni tuvo por dónde echarse  
El hombre que ví.

- JUSTINA. (Ap. á Lelio.) No salgas,  
Lelio, que está aquí mi padre.
- LELIO. Esperaré á que se ausente,  
Convalecido en mis males. (Retírase.)
- JUSTINA. ¿De qué lloras? ¿Qué suspiras?  
Qué tienes, señor? Qué traes?
- LISAND. Tengo el dolor más sensible,  
Traigo la pena más grave  
Que vió la tierna piedad,  
Para ejemplos miserables,  
Con que la crueldad se baña  
De tanta inocente sangre.  
Al Gobernador envía  
El César Decio inviolable  
Un decreto... Hablar no puedo.
- JUSTINA. (Ap.) ¿Quién vió pena semejante?  
Lisandro, compadecido  
De los cristianos ultrajes,  
Conmigo habla, sin saber  
Que Lelio puede escucharle,  
Hijo del Gobernador.
- LISAND. En fin, Justina...
- JUSTINA. No pases,  
Señor, si así has de sentirlo,  
Con el discurso adelante.
- LISAND. Déjame que le repita;  
Que contigo, es aliviarle.  
En él manda...
- JUSTINA. No prosigas,  
Cuando es tan justo que engañes  
Tu vejez con más sosiego.
- LISAND. Cuando, porque me acompañes  
En los sentimientos vivos  
Que bastan para matarme,

Te doy cuenta del decreto  
 Más cruel que vió la márgen  
 Del Tiber, con sangre escrito  
 Para manchar sus cristales,  
 ¡Me diviertes! De otra suerte  
 Solias, Justina, escucharme  
 Estas lástimas.

JUSTINA. Señor,  
 No son los tiempos iguales.

LELIO. (Ap. al paño.) No oigo todo lo que hablan,  
 Sino destroncado á partes.

### ESCENA XIII.

FLORO, JUSTINA, LISANDRO; LELIO, *al paño*.

FLORO. (Ad.) Licencia tiene un celoso  
 Que llega á desengañarse  
 De una hipócrita virtud,  
 Sin que más respetos guarde.  
 Con este intento hasta aquí...  
 Mas con ella está su padre:  
 Esperaré otra ocasion.

LISAND. ¿Quién pisa aquestos umbrales?

FLORO. (Ap. Ya no es posible ¡ay de mí!  
 Que me vuelva sin hablarle.  
 Daréle alguna disculpa.)  
 Yo soy...

LISAND. ¿Tú en mi casa?

FLORO. A hablarte

Vengo, si me das licencia,  
 Sobre un negocio importante.

JUSTINA. (Ap.) Duélete de mí, fortuna;

- Que son estos muchos lances.
- LISAND. Pues ¿qué mandas?
- FLORO. (Ap.) ¡Qué diré  
Que deste empeño me saque?
- LELIO. (Al paño.) ¡Floro en casa de Justina  
Con libertad entra y sale!  
Si son fingidos aquellos  
Celos, ya estos son verdades.
- LISAND. Mudado traes el color.
- FLORO. No te admires, no te espantes,  
Que vengo á darte un aviso,  
Que es á tu vida importante,  
De un enemigo que tienes,  
Que de tu muerte en alcance  
Anda. Esto basta que diga.
- LISAND. (Ap. Sin duda que Floro sabe  
Que yo soy cristiano, y viene  
Con esta causa á avisarme  
De mi peligro.) Prosigue,  
Y nada, Floro, me calles.

#### ESCENA XIV.

LIVIA.—JUSTINA, LISANDRO, FLORO; LELIO,  
*al paño.*

- LIVIA. Señor, el Gobernador  
Me ha mandado que te llame,  
Y á la puerta está esperando.
- FLORO. Mejor será que yo aguarde:  
(Ap. Pensaré en tanto el engaño)  
Y así es bien que le despaches,

LISAND. Estimo tu cortesía.  
Aquí volveré al instante.  
(Vasen Lisandro y Livia.)

### ESCENA XV.

JUSTINA, FLORO; LELIO, *al paño*.

FLORO. ¿Eres tú la virtuosa  
Que á las lisonjas süaves  
Del templado viento llamas  
Descomedidos ultrajes?  
Pues ¿cómo de tu recato  
Y de tu casa las llaves  
Rendiste?

JUSTINA. Floro, detente:  
No tan descortés agravies  
Opinion de quien el sol  
Hizo el más costoso exámen  
De pura y limpia.

FLORO. Ya llega  
Aquesa vanidad tarde,  
Pues ya yo sé á quién has dado  
Libre entrada...

JUSTINA. ¿Qué así hables?

FLORO. Por un balcon.

JUSTINA. No pronuncies...

FLORO. A tu honor...

JUSTINA. ¿Que así me trates?

FLORO. Sí, que no merecen más  
Hipócritas humildades.

LELIO. (Ap.) Floro no fué el del balcon.  
Sin duda que hay otro amante,

Puesto que ni él ni yo fuimos.

JUSTINA. Pues tienes ilustre sangre,  
No ofendas nobles mujeres.

FLORO. ¡Que noble mujer te llames,  
Cuando á tus brazos le admites,  
Y por tus balcones sale!  
Rindióte el poder; que como  
Es gobernador su padre,  
Te llevó la vanidad  
De ver que á Antioquía mande...

LELIO. (Ap.) De mí habla.

FLORO. Sin mirar  
Otros defectos más grandes,  
Que la autoridad encubre  
En sus costumbres y sangre.  
Pero no...

(Sale Lelio.)

LELIO. Floro, detente,  
Y no en mi ausencia me agravies;  
Que hablar del competidor  
Mal, es de pechos cobardes.  
Y salgo á que no prosigas,  
Corrido de tantos lances  
Como contigo he tenido,  
Sin que en ninguno te mate.

JUSTINA. ¿Quién, sin culpa, se vió nunca  
En tan peligrosos lances?

FLORO. Cuanto yo de tí dijera  
Detras, te diré delante,  
Y es verdad no sospechosa.

(Empuñan las espadas.)

JUSTINA. Tente, Lelio; Floro, ¿qué haces?

LELIO. Tomar la satisfaccion  
Adonde escucho el desaire.

- FLORO. Sustentaré lo que dije  
Donde lo dije.
- JUSTINA.                               ;Libradme,  
Cielos, de tantas fortunas!
- FLORO. Y yo sabré castigarte.

## ESCENA XVI.

EL GOBERNADOR, LISANDRO, GENTE.—JUSTINA,  
LELIO, FLORO.

TODOS LOS )  
QUE SALEN ) Tenéos.

- JUSTINA.                               ;Ay infelice!
- GOBERN. ¿Qué es esto? Mas ¿no es bastante  
Indicio espadas desnudas,  
Para que pueda informarme?
- JUSTINA. ¿Qué desdicha!
- LISAND.                               ;Qué pesar!
- LELIO. Señor...
- GOBERN.                               Baste, Lelio, baste.  
¿Tú inquieto, siendo mi hijo?  
¿Tú de mi favor te vales  
Para alterar á Antioquía?
- LELIO. Señor, advierte...
- GOBERN.                               Llevadles;  
Que no ha de haber excepcion,  
Ni privilegios de sangre,  
Para no igualar castigos,  
Pues son las culpas iguales.
- LELIO. (Ap.) Celos traje, y llevo agravios.
- FLORO. (Ap.) Penas á penas se añaden.
- GOBERN. En diferentes prisiones,

Y con gente que los guarde,  
A los dos tened.—Y vos,  
Lisandro, ¿tan nobles partes  
Es posible que mancheis,  
Sufriendo?...

**LISAND.** No, no os engañen  
Deslumbradas apariencias,  
Porque Justina no sabe  
La ocasion.

**GOBERN.** ¿Dentro en su casa  
Quereis que viva ignorante,  
Mozos ellos, y ella hermosa?  
En peligro tan culpable  
Me templo, porque no digan  
Que sentencio como parte,  
Siendo apasionado juez;  
Mas vos que esto ocasionasteis,  
Ya perdida la vergüenza,  
Sé que volveréis á darme  
Ocasion (que la deseo)  
Para que nos desengañen  
De vuestra virtud mentida  
Verdaderas liviandades.

(Vanse el Gobernador y la gente, con Lelio y Floro.)

## ESCENA XVII.

JUSTINA, LISANDRO.

**JUSTINA.** Mis lágrimas os respondan.

**LISAND.** Ya lloras sin fruto y tarde.  
¡Oh qué mal, Justina, hice  
El dia que á declararte

Llegué quién eras! ¡Oh nunca  
Te contara que en la márgen  
De un arroyo, en ese monte  
Fuiste parto de un cadáver!

JUSTINA. Yo...

LISAND. No des satisfacciones.

JUSTINA. Los cielos han de abonarme.

LISAND. ¡Qué tarde será!

JUSTINA. No hay plazo  
Que en la vida llegue tarde.

LISAND. Para castigar delitos.

JUSTINA. Para acrisolar verdades.

LISAND. Por lo que ví te condeno.

JUSTINA. Yo á tí por lo que ignoraste.

LISAND. Déjame, que voy muriendo,  
Donde mi dolor me acabe.

JUSTINA. Pierda yo á tus piés la vida;  
Pero no me desampares. (Vanse.)

---

Sala en casa de Cipriano. En el fondo una galería por  
dónde se ve el campo.

### ESCENA XVIII.

CIPRIANO, EL DEMONIO, MOSCON, CLARIN.

DEMONIO. Desde que en tu casa entré,  
Te he visto sin alegría:  
Profunda melancolía  
En tu semblante se ve.  
Tu alivio no es bien que estorbes,  
Queriéndomelo ocultar,

Pues sabré destachonar  
La clavazon de los orbes,  
Por solo el menor deseo  
Que te ofenda y te fatigue.

CIPRIAN. No habrá mágica que obligue  
Al imposible que veo:  
Son mis ánsias infelices.

DEMONIO. Tu amistad me las confiese.

CIPRIAN. Quiero á una mujer.

DEMONIO. ¿Y es ese  
El imposible que dices?

CIPRIAN. Si tú supieras quién es.

DEMONIO. Curiosa atencion te doy,  
Mientras que burlando estoy  
De que tan cobarde estés.

CIPRIAN. La hermosa cuna temprana  
Del infante sol que enjuga  
Lágrimas cuando madruga,  
Vestido de nieve y grana;  
La verde prision ufana  
De la rosa cuando avisa  
Que ya sus jardines pisa  
Abril, y entre mansos hielos  
Al alba es llanto en los cielos,  
Lo que es en los campos risa;  
El detenido arroyuelo,  
Que el murmurar más süave  
Aun entre dientes no sabe,  
Porque se los prende el hielo;  
El clavel, que en breve cielo  
Es estrella de coral;  
El ave, que liberal  
Vestir matices presuma,  
Veloz cítara de pluma,

Al órgano de cristal;  
El risco que al sol engaña,  
Si á derretirle se atreve,  
Pues gastándole la nieve,  
No le gasta la montaña;  
El laurel que el pié se baña  
Con la nieve que atropella,  
Y verde Narciso della,  
Burla sin temer desmayos,  
En esta parte los rayos,  
Y los hielos en aquella;  
Al fin, cuna, grana, nieve,  
Campo, sol, arroyo, rosa,  
Ave que canta amorosa,  
Risa que aljófares llueve,  
Clavel que cristales bebe,  
Peñasco sin deshacer,  
Y laurel que sale á ver  
Si hay rayos que le coronen,  
Son las partes que componen  
A esta divina mujer.  
Estoy tan ciego y perdido,  
Porque mi pena te asombre,  
Que por parecer á otro hombre,  
Me engañé con el vestido.  
Mis estudios dí al olvido  
Como al vulgo mi opinion,  
El discurso á mi pasion,  
A mi llanto el sentimiento,  
Mis esperanzas al viento,  
Y al desprecio mi razon.  
Dije (y haré lo que dije)  
Que ofreciera liberal  
El alma á un genio infernal

(De aquí mi pasión colige),  
 Porque este amor que me aflige  
 Premiase con merecilla;  
 Pero es vana mi querella,  
 Tanto que presumo que es  
 El alma corto interés,  
 Pues no me la dan por ella.

DEMONIO. ¿Tu valor ha de seguir  
 Los pasos desesperados  
 De amantes que se acobardan  
 En los primeros asaltos?  
 ¿Tan lejos ejemplos viven  
 De bellezas que postraron  
 Su vanidad á los ruegos,  
 Su altivez á los halagos?  
 ¿Quieres lograr tus deseos,  
 Siendo su prisión tus brazos?

CIPRIAN. ¿Eso dudas?

DEMONIO. Pues envía  
 Allá fuera esos criados,  
 Y quedemos los dos solos.

CIPRIAN. Idos allá fuera entrambos.

MOSCON. Yo obedezco.

CLARIN. Y yo también.

(Ap. El tal huésped es el diablo.) (Escóndese.)

CIPRIAN. Ya se fueron.

DEMONIO. (Ap.) Poco importa  
 Que Clarin se haya quedado.

## ESCENA XIX.

CIPRIAN O, EL DEMONIO; CLARIN, *escondido*.

CIPRIAN. ¿Qué quieres ahora?

DEMONIO. Esa puerta

Cierra.

CIPRIAN. Ya solos estamos.

DEMONIO. Por gozar á esta mujer

Aquí dijeron tus labios

Que darás el alma.

CIPRIAN. Sí.

DEMONIO. Pues yo te acepto el contrato.

CIPRIAN. ¿Qué dices?

DEMONIO. Que yo le acepto.

CIPRIAN. ¿Cómo?

DEMONIO. Como puedo tanto,  
Que te enseñaré una ciencia  
Con que podrás á tu mando  
Traer la mujer que adoras;  
Que yo, aunque tan docto y sabio,  
Traerla para otro no puedo.  
Las escrituras hagamos  
Ante nosotros dos mismos.

CIPRIAN. ¿Quieres con nuevos agravios

Dilatar las penas mías?

Lo que ofrecí está en mi mano,

Pero lo que tú me ofreces

No está en la tuya, pues hallo

Que sobre el libre albedrío

Ni hay conjuros ni hay encantos.

DEMONIO. Hazme la cédula tú

Con tal condicion.

CLARIN. (Ap. al paño.) ¡Mal año!  
Segun lo que ahora he visto,  
No es muy bobo aqueste diablo.  
¡Yo darle cédula! Aunque  
Se me estuvieran mis cuartos  
Sin alquilar veinte siglos,  
No la hiciera.

CIPRIAN. Los engaños  
Son para alegres amigos,  
No para desconfiados.

DEMONIO. Quiero darte en testimonio  
De lo que yo puedo y valgo,  
Algun indicio, aunque sea  
De mi poder breve rasgo.  
¿Qué ves desta galería?

CIPRIAN. Mucho cielo y mucho prado,  
Un bosque, un arroyo, un monte.

DEMONIO. ¿Qué es lo que más te ha agradado?

CIPRIAN. El monte, porque es, en fin,  
De la que adoro retrato.

DEMONIO. Soberbio competidor  
De la estacion de los años,  
Que te coronas de nubes,  
Por bruto rey de los campos,  
Deja el suelo, mide el viento:  
Mira que soy quien te llamo.  
Y mira tú si á una dama  
Traerás, si yo á un monte traigo.

(Múdase un monte de una parte á otra en el fondo  
del teatro.)

CIPRIAN. ¡No ví más confuso asombro!  
¡No ví prodigio más raro!

CLARIN. (Ap.) Con el espanto y el miedo

Estoy dos veces temblando.

CIPRIAN. Pájaro que al viento vuelas,  
Siendo tus plumas tus ramos;  
Bajel que en el viento sulcas,  
Siendo jarcias tus penachos,  
Vuélvete á tu centro, y deja  
La admiracion y el espanto.

(Vuélvese el monte á su lugar primero.)

DEMONIO. Si esta no es prueba bastante,  
Pronuncien otra mis labios.  
¿Quieres ver esa mujer  
Que adoras?

CIPRIAN. Sí.

DEMONIO. Pues rasgando  
Las duras entrañas, tú,  
Monstruo de elementos cuatro,  
Manifiesta la hermosura  
Que en tu oscuro centro guardo.

(Abrese un peñasco, y aparece Justina durmiendo.)

¿Es aquella la que adoras?

CIPRIAN. Aquella es la que idolatro.

DEMONIO. Mira si dártela puedo,  
Pues donde quiera la traigo.

CIPRIAN. Divino imposible mio,  
Hoy serán centro tus brazos  
De mi amor, bebiendo el sol  
Luz á luz y rayo á rayo.

DEMONIO. Detente, que hasta que firmes  
La palabra que me has dado,  
No puedes tocarla.

(Quiere llegar, y ciérrase el peñasco.)

CIPRIAN. Espera,  
Parda nube del más claro  
Sol que amaneció á mis dichas.—

Mas con el viento me abrazo.—  
 Ya creo tus ciencias, ya  
 Confieso que soy tu esclavo.  
 ¿Qué quieres que haga por tí?  
 Qué me pides?

DEMONIO. Por resguardo

Una cédula firmada  
 Con tu sangre y de tu mano.

CLARIN. (Ap.) El alma le diera yo,  
 Por no haberme aquí quedado.

CIPRIAN. Pluma será este puñal,  
 Papel este lienzo blanco,  
 Y tinta para escribirlo  
 La sangre es ya de mis brazos.

(Escribe con la daga en un lienzo, habiéndose sacado sangre de un brazo.)

(Ap. ¡Qué hiel! qué horror! qué asombro!)  
 Digo yo el gran Cipriano,  
 Que daré el alma inmortal  
 (Qué frenesi! ¡qué letargo!)  
 A quien me enseñare ciencias  
 (¡Qué confusiones! qué espantos!)  
 Con que pueda atraer á mí  
 A Justina, dueño ingrato:  
 Y lo firmé de mi nombre.

DOMONIO. (Ap. Ya se rindió á mis engaños  
 El homenaje valiente,  
 Donde estaban tremolando  
 El discurso y la razon.)  
 ¿Has escrito?

CIPRIAN. Sí, y firmado.

DEMONIO. Pues tuyo es el sol que adoras.

CIPRIAN. Tuya por eternos años  
 Es el alma que te ofrezco.

- DEMONIO. Alma con alma te pago,  
Pues por la tuya te doy  
La de Justina.
- CIPRIAN. ¿Qué tanto  
Término para enseñarme  
La magia tomas?
- DEMONIO. Un año,  
Con condicion...
- CIPRIAN. Nada temas.
- DEMONIO. Que en una cueva encerrados,  
Sin estudiar otra cosa,  
Hemos de vivir entrambos,  
Sirviéndonos solamente  
A los dos este criado, (Saca á Clarin.)  
Que curioso se quedó,  
Pues con nosotros llevando  
Su persona, este secreto  
Desta suerte aseguramos.
- CLARIN. (Ap.) ¡Oh nunca yo me quedara!  
¿Que habiendo vecinos tantos  
Que acechen, no haya demonio  
Que venga al punto á llevarlos?
- CIPRIAN. Está bien. Dos dichas juntas  
Ingenio y amor lograron,  
Pues Justina será mia,  
Y yo vendré á ser espanto  
Del mundo con nuevas ciencias.
- DEMONIO. No salió mi intento vano.
- CLARIN. El mio sí.
- DEMONIO. Ven con nosotros.  
(Ap. Ya vencí el mayor contrario.)
- CIPRIAN. Dichosos sereis, deseos,  
Si tal posesion alcanzo.
- DEMONIO. (Ap. No ha de sosegar mi envidia



## JORNADA TERCERA.

---

Bosque. En el fondo una gruta.

### ESCENA PRIMERA.

CIPRIANO.

Ingrata beldad mia,  
Llegó el feliz, llegó el dichoso dia,  
Línea de mi esperanza,  
Término de mi amor y tu mudanza,  
Pues hoy será el postrero  
En que triunfar de tu desden espero.  
Este monte elevado  
En sí mismo al alcázar estrellado,  
Y aquesta cueva oscura,  
De dos vivos funesta sepultura,  
Escuela ruda han sido  
Donde la docta mágica he aprendido,  
En que tanto me muestro,  
Que puedo dar leccion á mi maestro.  
Y viendo ya que hoy una vuelta entera  
Cumple el sol de una esfera en otra esfera,  
A examinar de mis prisiones salgo  
Con la luz lo que puedo y lo que valgo.

Hermosos cielos puros,  
 Atended á mis mágicos conjuros;  
 Blandos aires voloces,  
 Parad al sabio estruendo de mis voces;  
 Gran peñasco violento,  
 Estremécete al ruido de mi acento;  
 Duros troncos vestidos,  
 Asombráos al horror de mis gemidos;  
 Floridas plantas bellas,  
 Al eco os asustad de mis querellas;  
 Dulces sonoras aves,  
 La accion temed de mis prodigios graves;  
 Bárbaras, crueles fieras,  
 Mirad las señas de mi afan primeras,  
 Porque ciegos, turbados,  
 Suspendidos, confusos, asustados,  
 Cielos, aires, peñascos, troncos, plantas,  
 Fieras y aves, esteis de ciencias tantas;  
 Que no ha de ser en vano  
 El estudio infernal de Cipriano

## ESCENA II.

EL DEMONIO. — CIPRIANO.

DEMONIO. Cipriano.

CIPRIAN. . ;Oh sabio maestro mio!

DEMONIO. ¿A qué, usando otra vez de tu albedrío,  
 Más que de mi preceto,  
 Con qué fin, por qué causa, y á qué efeto,  
 Osado ó ignorante,  
 Sales á ver del sol la faz brillante?

CIPRIAN. Viendo que ya yo puedo

Al infierno poner asombro y miedo,  
Pues con tanto cuidado  
La mágica he estudiado,  
Que aún tú mismo no puedes  
Decir, si es que me igualas, que me excedes;  
Viendo que ya no hay parte  
Della, que con fatiga, estudio y arte  
Yo no la haya alcanzado,  
Pues la nigromancia he penetrado,  
Cuyas líneas oscuras  
Me abrirán las funestas sepulturas,  
Haciendo que su centro  
Aborte los cadáveres, que dentro  
Tiranamente encierra  
La avarienta codicia de la tierra,  
Respondiendo por puntos  
A mis voces los pálidos difuntos;  
Y viendo, en fin, cumplida  
La edad del sol que fué plazo á mi vida,  
Pues corriendo veloz á su discurso,  
Con el rápido curso,  
Los cielos cada dia,  
Retrocediendo siempre á la porfia  
Del natural, en que se juzga extraño,  
El término fatal cumple hoy del año;  
Lograr mis ansias quiero,  
Atrayendo á mi voz el bien que espero.  
Hoy la rara, hoy la bella, hoy la divina,  
Hoy la hermosa Justina,  
En repetidos lazos  
Llamada de mi amor, vendrá á mis brazos;  
Que permitir no creo  
De dilacion un punto á mi deseo.

**DEMONIO.** Ni yo que le permitas

Quiero, si es este el fin que solicitas.  
 Con caracteres mudos  
 La tierra línea pues, y con agudos  
 Conjuros hiere el viento,  
 A tu esperanza y á tu amor atento.

CIPRIAN. Pues allí me retiro,  
 Donde verás que cielo y tierra admiro.

(Vase.)

DEMONIO. Y yo te doy licencia,  
 Porque sé de tu ciencia y de mi ciencia  
 Que el infierno inclemente,  
 A tus invocaciones obediente,  
 Podrá por mi entregarte  
 A la hermosa Justina en esta parte;  
 Que aunque el gran poder mio  
 No puede hacer vasallo un albedrío,  
 Puede representalle  
 Tan extraños deleites, que se halle  
 Empeñado á buscarlos,  
 Y inclinarlos podré, si no forzarlos.

### ESCENA III.

CLARIN. — EL DEMONIO.

CLARIN. Ingrata deidad mia,  
 No Livia ardiente, sino Livia fria,  
 Llegó el plazo en que espero  
 Alcanzar si tu amor es verdadero;  
 Pues ya sé lo que basta  
 Para ver si eres casta, ó haces casta;  
 Que con tanto cuidado  
 Aquí la ciencia mágica he estudiado,

Que por ella he de ver (¡ay de mí triste!)  
 Si con Moscon acaso me ofendiste.  
 Aguados cielos (ya otro dijo puros),  
 Atended á mis lóbregos conjuros:  
 Montes...

DEMONIO. Clarin, ¿qué es eso?

CLARIN. ¡Oh sabio maestro!

Por la concomitancia estoy tan diestro  
 En la magia, que quiero ver por ella  
 Si Livia, tan ingrata como bella,  
 Comete alguna vez superchería  
 En la fatal estancia de mi día.

DEMONIO. Deja aquesas locuras,  
 Y en lo intrincado desas peñas duras  
 Asiste á tu señor, para que veas  
 (Si tanta admiracion lograr deseas)  
 El fin de su cuidado;  
 Que solo quiero estar.

CLARIN. Yo acompañado.

Y si no he merecido  
 Haber las ciencias tuyas aprendido,  
 Porque, en fin, no te he hecho  
 Cédula con la sangre de mi pecho,  
 En este lienzo ahora (Saca un lienzo sucio.)  
 (Nunca le trae más limpio quien bien llora)  
 La haré, para que más te escandalices,  
 Dándome un mojicon en las narices;  
 Que no será embarazo  
 Salir de las narices ú del brazo.

(Escribe en el lienzo con el dedo, habiéndose hecho sangre.)  
 Digo yo, el gran Clarin, que si merezco  
 Ver á Livia cruel, que al diablo ofrezco...

DEMONIO. Ya digo que me dejes,  
 Y que con tu señor de mí te alejes.

CLARIN. Yo lo haré: no te alteres.  
Pues que tomar mi cédula no quieres  
Cuando darla procuro,  
Sin duda que me tienes por seguro. (Vase.)

#### ESCENA IV.

##### EL DEMONIO.

Ea, infernal abismo,  
Desesperado imperio de tí mismo,  
De tu prision ingrata  
Tus lascivos espíritus desata,  
Amenazando ruina  
Al vírgen edificio de Justina.  
De mil torpes fantasmas que en el viento  
Su casto pensamiento  
Hoy se forme, su honesta fantasía  
Se llene; y con dulcísima armonía  
Todo provoque amores,  
Los pájaros, las plantas y las flores.  
Nada miren sus ojos,  
Que no sean de amor dulces despojos;  
Nada oigan sus oídos,  
Que no sean de amor tiernos gemidos;  
Porque sin que defensa en su fe tenga,  
Hoy á buscar á Cipriano venga,  
De su ciencia invocada,  
Y de mi ciego espíritu guiada.  
Empezad, que yo en tanto  
Callaré, porque empiece vuestro canto..

(Vase.)

## ESCENA V.

JUSTINA; MÚSICA, *dentro*.

(Cantan dentro.)

UNA VOZ. *¿Cuál es la gloria mayor  
De esta vida?*

CORO. *Amor, amor.*

UNA VOZ. *No hay sujeto en que no imprima  
El fuego de amor su llama,  
Pues vive más donde ama  
El hombre, que donde anima.  
Amor solamente estima  
Cuanto tener vida sabe,  
El tronco, la flor y el ave:  
Luego es la gloria mayor  
De esta vida...*

CORO. *Amor, amor.*

JUSTINA. (Asombrada y inquieta.)  
Pesada imaginacion,  
Al parecer lisonjera,  
¿Cuándo te he dado ocasion  
Para que desta manera  
Aflijas mi corazon?  
¿Cuál es la causa, en rigor,  
Deste fuego, deste ardor,  
Que en mí por instantes creces?  
¿Qué dolor el que padece  
Mi sentido?

CORO. (Dentro.) *Amor, Amor.*

JUSTINA. (Sosegándose.) Aquel ruiseñor amante  
Es quien respuesta me da,

Enamorando constante  
A su consorte, que está  
Un ramo más adelante.  
Calla, ruiseñor; no aquí  
Imaginar me hagas ya,  
Por las quejas que te oí,  
Cómo un hombre sentirá,  
Si siente un pájaro así.  
Mas no: una vid fué lasciva,  
Que buscando fugitiva  
Va el tronco donde se enlace,  
Siendo el verdor con que abrace  
El peso con que derriba.  
No así con verdes abrazos  
Me hagas pensar en quien amas,  
Vid; que dudaré en tus lazos,  
Si así abrazan unas ramas,  
Cómo enraman unos brazos.  
Y si no es la vid, será  
Aquel girasol, que está  
Viendo cara á cara al sol,  
Tras cuyo hermoso arrebol  
Siempre moviéndose va.  
No sigas, no, tus enojos,  
Flor, con marchitos despojos;  
Que pensarán mis congojas,  
Si así lloran unas hojas,  
Como lloran unos ojos,  
Cesa, amante ruiseñor;  
Desúnete, vid frondosa;  
Párate, inconstante flor,  
U decid, ¿qué venenosa  
Fuerza usais?

CORO. (Dentro.) *Amor, Amor.*

JUSTINA. ¡Amor! ¿A quién le he tenido  
 Yo jamás? Objeto es vano;  
 Pues siempre despojo han sido  
 De mi desden y mi olvido  
 Lelio, Floro y Cipriano.  
 ¿A Lelio no desprecié?  
 ¿A Floro no aborrecí?  
 Y á Cipriano ¿no traté

(Párase al nombrar á Cipriano, y desde allí habla inquieta  
 otra vez.)

Con tal rigor, que de mí  
 Aborrecido, se fué  
 Donde dél no se ha sabido?  
 Mas (¡ay de mí!) ya yo creo  
 Que esta debe de haber sido  
 La ocasion con que ha podido  
 Atreverse mi deseo;  
 Pues desde que pronuncié  
 Que vive ausente por mí,  
 No sé (¡ay infeliz!), no sé  
 Qué pena es la que sentí.

(Sosiégase otra vez.)

Mas piedad sin duda fué  
 De ver que por mí olvidado  
 Viva un hombre, que se vió  
 De todos tan celebrado;  
 Y que á sus olvidos yo  
 Tanta ocasion haya dado.

(Vuelve á inquietarse.)

Pero si fuera piedad,  
 La misma piedad tuviera  
 De Lelio y Floro, en verdad;  
 Pues en una prision fiera  
 Por mí están sin libertad. (Sosiégase.)

Mas, ¡ay discursos! parad:  
 Si basta ser piedad sola,  
 No acompañeis la piedad;  
 Que os alargais de manera  
 Que no sé (¡ay de mí!), no sé  
 Si ahora á buscarle fuera,  
 Si adonde él está supiera.

### ESCENA VI.

EL DEMONIO.—JUSTINA.

DEMONIO. Vén, que yo te lo diré.

JUSTINA. ¿Quién eres tú, que has entrado  
 Hasta este retrete mio,  
 Estando todo cerrado?  
 ¿Eres monstruo que ha formado  
 Mi confuso desvarío?

DEMONIO. No soy sino quien, movido  
 Dese afecto que tirano  
 Te ha postrado y te ha vencido,  
 Hoy llevarte ha prometido  
 Adonde está Cipriano.

JUSTINA. Pues no lograrás tu intento;  
 Que esta pena, esta pasión  
 Que afligió mi pensamiento,  
 Llevó la imaginacion,  
 Pero no el consentimiento.

DEMONIO. En haberlo imaginado,  
 Hecho tienes la mitad:  
 Pues ya el pecado es pecado  
 No pares la voluntad,  
 El medio camino andado.

- JUSTINA. Desconfiarme es en vano,  
Aunque pensé; que aunque es llano  
Que el pensar es empezar,  
No está en mi mano el pensar,  
Y está el obrar en mi mano.  
Para haberte de seguir,  
El pié tengo de mover,  
Y esto puedo resistir,  
Porque una cosa es hacer  
Y otra cosa es discurrir.
- DEMONIO. Si una ciencia peregrina  
En tí su poder esfuerza,  
¿Cómo has de vencer, Justina,  
Si inclina con tanta fuerza,  
Que fuerza al paso que inclina?
- JUSTINA. Sabiéndome yo ayudar  
Del libre albedrío mio.
- DEMONIO. Forzaráale mi pesar.
- JUSTINA. No fuera libre albedrío  
Si se dejara forzar.
- DEMONIO. Vén donde un gusto te espera.  
(Tira de ella, y no puede moverla.)
- JUSTINA. Es muy costoso ese gusto.
- DEMONIO. Es una paz lisonjera.
- JUSTINA. Es un cautiverio injusto.
- DEMONIO. Es dicha.
- JUSTINA. Es desdicha fiera.
- DEMONIO. ¿Cómo te has de defender,  
(Tira con más fuerza.)  
Si te arrastra mi poder?
- JUSTINA. Mi defensa en Dios consiste.
- DEMONIO. Venciste, mujer, venciste (Suéltala.)  
Con no dejarte vencer.  
Mas ya que desta manera

De Dios estás defendida,  
 Mi pena, mi rabia fiera  
 Sabrá llevarte fingida,  
 Pues no puede verdadera.  
 Un espíritu verás,  
 Para este efecto no más,  
 Que de tu forma se informa,  
 Y en la fantástica forma  
 Disfamada vivirás.  
 Lograr dos triunfos espero,  
 De tu virtud ofendido:  
 Deshonrarte es el primero,  
 Y hacer de un gusto fingido  
 Un delito verdadero. (Vase.)

## ESCENA VII.

JUSTINA.

Desa ofensa al cielo apelo,  
 Porque desvanezca el cielo  
 La apariencia de mi fama,  
 Bien como al aire la llama,  
 Bien como la flor al hielo.  
 No podrás... Mas ¡ay de mí!  
 ¿Á quien estas voces doy?  
 ¿No estaba ahora un hombre aquí?  
 Sí. Mas no: yo sola estoy:  
 No. Mas sí, pues yo le ví.  
 ¿Por dónde se fué tan presto?  
 ¿Si le engendró mi temor?  
 Mi peligro es manifiesto.—  
 ¡Lisandro, padre, señor! (A voces.)  
 ¡Livia!

## ESCENA VIII.

LISANDRO Y LIVIA, *cada uno por su puerta.*—

JUSTINA.

- LISAND.                   ¿Qué es esto?
- LIVIA.                                   ¿Qué es esto?
- JUSTINA. Visteis un hombre (¡ay de mí!)  
Que ahora salió de aquí?  
Mal mis desdichas resisto.
- LISAND. ¡Hombre aquí!
- JUSTINA.                                   ¿No le habeis visto?
- LIVIA. No, señora.
- JUSTINA.                                   Pues yo sí.
- LISAND. ¿Cómo puede ser, si ha estado  
Todo este cuarto cerrado?
- LIVIA. (Ap.) Sin duda que á Moscon vió,  
Que tengo encerrado yo  
En mi aposento.
- LISAND.                                   Formado  
Cuerpo de tu fantasía  
El hombre debió de ser;  
Que tu gran melancolía  
Le supo formar y hacer  
De los átomos del día.
- LIVIA. Mi señor tiene razon.
- JUSTINA. No ha sido (¡ay de mí!) ilusion,  
Y mayor daño sospecho,  
Porque á pedazos del pecho  
Me arrancan el corazon.  
Algún hechizo mortal  
Se está haciendo contra mí,

Y fuera el conjuro tal,  
 Que á no haber Dios, desde aquí  
 Me dejara ir tras mi mal.  
 Mas él me ha de defender,  
 Y no sólo del poder  
 Desta tirana violencia;  
 Pero mi humilde inocencia  
 No ha de dejar padecer.—  
 Livia, el manto, porque en tanto  
     (Vase Livia.)  
 Que padezco estos extremos,  
 Tengo de ir al templo santo,  
 Que tan secreto tenemos  
 Los fieles.

(Sale Livia con el manto, y pónesele á Justina.)

- LIVIA.                   Aquí está el manto.  
 JUSTINA. En él tengo de templar  
           Este fuego que me abrasa.  
 LISAND. Yo te quiero acompañar.  
 LIVIA. (Ap.) Y yo volveré á alentar  
           En echándolos de casa.  
 JUSTINA. Pues voy á ampararme así,  
           Cielos, de vuestro favor,  
           Confío...  
 LISAND.               Vamos de aquí.  
 JUSTINA. Vuestra es la causa, Señor.  
           Volved por vos, y por mí.  
           (Vanse Justina y Lisandro.)

### ESCENA IX.

MOSCON.—LIVIA.

MOSCON. ¿Fuéronse ya?

LIVIA.                   Ya se fueron.

- MOSCON. ¡Con qué susto me tuvieron!
- LIVIA. ¿Es posible que salieras  
Del aposento, y vinieras  
Donde sus ojos te vieron?
- MOSCON. ¡Vive Dios, que no he salido  
Un instante, Livia mia,  
De donde estuve escondido!
- LIVIA. Pues ¿quién el hombre sería?
- MOSCON. El mismo diablo habrá sido.  
¿Qué sé yo? No muestres ya  
Por eso, mi bien, enfado.
- LIVIA. No es por eso. (Suspira.)
- MOSCON. ¿Qué será?
- LIVIA. ¿Qué pregunta, si há que está  
Un dia entero encerrado  
Conmigo? ¿No echa de ver (Llora.)  
Que habrá tambien menester  
El otro, su confidente,  
Que lllore hoy tenerle ausente,  
Pues no lloré en todo ayer?  
¿Hase de pensar de mí  
Que mujer tan fácil fui,  
Que en medio año de ausencia,  
Falté á la correspondencia  
Que al ser quien soy ofrecí?
- MOSCON. ¿Qué es medio año? Un año entero  
Há ya que pudo faltar.
- LIVIA. Es engaño, pues infiero  
Que yo no debo contar  
Los dias que no le quiero.  
Y si de un año (¡ay de mí!) (Llora.)  
Te dí la mitad á tí,  
Fuera injuria muy cruel  
Contárselo todo á él.

- MOSCON. Cuando yo, ingrata, creí  
Que fuera tu voluntad  
Toda mía, ¡con piedad  
Haces cuentas!...
- LIVIA. Sí, Moscon,  
Porque en fin, cuenta y razón  
Conservan toda amistad.
- MOSCON. Pues que tu constancia es tal,  
Adios, Livia, hasta mañana.  
Sólo te ruega mi mal  
Que pues eres su terciana,  
No seas su sincopal.
- LIVIA. Ya tú ves que no hay en mí  
Malicia alguna.
- MOSCON. Es así.
- LIVIA. En todo hoy no me has de ver;  
Mas no sea menester  
Enviar mañana por tí. (Vanse.)

-----

Bosque.

### ESCENA X.

CIPRIANO, *como asombrado*; CLARIN, *acechando,*  
*tras él.*

- CIPRIAN. Sin duda se han rebelado  
En los imperios cerúleos  
Las tropas de las estrellas,  
Pues me niegan sus influjos.  
Comunidades ha hecho

Todo el abismo profundo,  
 Pues la obediencia no rinde  
 Que me debe por tributo.  
 Una y mil veces el viento  
 Estremezco á mis conjuros,  
 Y una y mil veces la tierra  
 Con mis caracteres sulco,  
 Sin que me ofrezca á mis ojos  
 El humano sol que busco,  
 El cielo humano que espero  
 En mis brazos.

CLARIN. Eso ¿es mucho?

Pues una y mil veces yo  
 Hago en la tierra dibujos,  
 Una y mil veces el viento  
 A puras voces aturdo,  
 Y tampoco viene Livia.

CIPRIAN. Esta vez sola presumo  
 Volver á invocarla.—Escucha,  
 Bella Justina...

## ESCENA XI.

*Aparece una FIGURA fantástica de Justina.—*

CIPRIANO, CLARIN.

FIGURA. Ya escucho;  
 Que forzada de tus voces,  
 Aquestos montes discurro.  
 ¿Qué me quieres? ¿Qué me quieres,  
 Cipriano?

CIPRIAN. ¡Estoy confuso!

FIGURA. Y pues que ya...



Mas no: ¡en cocina y con manto!  
De otra suerte la disculpo.  
Sin duda debe de ser  
(Ahora he dado en el punto;  
Que una honrada nunca huele  
Mejor) cogida de susto.  
Ya la ha alcanzado, y con ella,  
De aqueste valle en lo inculto  
Luchando á brazos enteros  
(Que á brazos partidos, juzgo  
Que hiciera mal en luchar  
El amante más forzado),  
A este mismo sitio vuelven.  
Desde aquí acechar procuro;  
Que deseo saber cómo  
Se hace una fuerza en el mundo.

### ESCENA XIII.

CIPRIANO, *trayendo abrazada á la FIGURA fantástica de Justina.*

Ya, bellissima Justina,  
En este sitio, que oculto,  
Ni el sol le penetra á rayos,  
Ni á soplos el aire puro,  
Ya es trofeo tu belleza  
De mis mágicos estudios;  
Que por conseguirte, nada  
Temo, nada dificulto.  
El alma, Justina bella,  
Me cuestas; pero ya juzgo,  
Siendo tan grande el empleo,

Que no ha sido el precio mucho.  
Corre á la deidad el velo:  
No entre pardos, ni entre oscuros  
Celajes se esconda el sol;  
Sus rayos ostente rubios.

(Descúbrela, y ve un esqueleto.)

Mas ¡ay infeliz! ¿qué veo?  
¡Un yerto cadáver mudo  
Entre sus brazos me espera!  
¿Quién en un instante pudo  
En facciones desmayadas  
De lo pálido y caduco,  
Desvanecer los primores  
De lo rojo y lo purpúreo?

ESQUEL. Así, Cipriano, son  
Todas las glorias del mundo.

(Desaparece: sale Clarin huyendo, y se abraza con él  
Cipriano.)

#### ESCENA XIV.

CLARIN. — CIPRIANO.

CLARIN. Si álguien ha menester miedo,  
Yo tengo un poco y un mucho.  
CIPRIAN. Espera, fúnebre sombra.  
Ya con otro fin te busco.  
CLARIN. Pues yo soy fúnebre cuerpo.  
¿No echas de verlo en el bulto?  
CIPRIAN. ¿Quién eres?  
CLARIN. Yo estoy de suerte,  
Que áun quién soy creo que dudo.  
CIPRIAN. ¿Viste en lo raro del viento,

- Ó del centro en lo profundo,  
Yerto un cadáver, dejando  
En señas de polvo y humo  
Desvanecida la pompa  
Que llena de adornos trujo?
- CLARIN. ¿Ahora sabes que estoy  
Sujeto á los infortunios  
De acechador?
- CIPRIAN. ¿Qué se hizo?
- CLARIN. Deshízose luego al punto.
- CIPRIAN. Busquémosle.
- CLARIN. No busquemos.
- CIPRIAN. Sus desengaños procuro.
- CLARIN. Yo no, señor.

## ESCENA XV.

EL DEMONIO.—CIPRIANO, CLARIN.

- DEMONIO. (Ap.) ¡Justos cielos!  
Si juntas un tiempo tuvo  
Mi sér la ciencia y la gracia  
Cuando fui espíritu puro,  
La gracia sola perdí,  
La ciencia no. ¿Cómo injustos.  
Si esto es así, de mis ciencias  
Aun no me dejais el uso?
- CIPRIAN. ¡Lucero, sabio maestro! (Sin verle.)
- CLARIN. No le llames; que presumo  
Que venga en otro cadáver.
- DEMONIO. ¿Qué me quieres?
- CIPRIAN. Que del mucho  
Horror que padezco absorto,

Rescates hoy mi discurso.  
**CLARIN.** Yo, que no quiero rescates,  
 Por este lado me escurro. (Vase.)

### ESCENA XVI.

#### CIPRIANO, EL DEMONIO.

**CIPRIAN.** Apénas sobre la tierra  
 Herida, acentos pronuncio,  
 Cuando en la accion que allá estaba  
 Justina, divino asunto  
 De mi amor y mi deseo...  
 Pero ¿para qué procuro  
 Contarte lo que ya sabes?  
 Vino, abracéla, y al punto  
 Que la descubro (¡ay de mí!),  
 En su belleza descubro  
 Un esqueleto, una estatua,  
 Una imágen, un trasunto  
 De la muerte, que en distintas  
 Voces me dijo (¡oh qué susto!):  
 «Así, Cipriano, son  
 Todas las glorias del mundo.»  
 Decir que en la magia tuya,  
 Por mí ejecutada, estuvo  
 El engaño, no es posible;  
 Porque yo, punto por punto  
 La obré, sin que errar pudiese  
 De sus caracteres mudos  
 Una línea, ni una voz  
 De sus mortales conjuros.  
 Luego tú me has engañado

Cuando yo los ejecuto,  
Pues solo fantasmas hallo  
Adonde hermosuras busco.

**DEMONIO.** Cipriano, ni hubo en tí  
Defecto, ni en mí le hubo:  
En tí, supuesto que obraste  
El encanto con agudo  
Ingenio; en mí, pues el mío  
Te enseñó en él cuanto supo.  
El asombro que has tocado,  
Más superior causa tuvo.  
Mas no importará; que yo,  
Que tu descanso procuro,  
Te haré dueño de Justina  
Por otros medios más justos.

**CIPRIAN.** No es ese mi intento ya;  
Que de tal suerte confuso  
Este espanto me ha dejado,  
Que no quiero medios tuyos.  
Y así, pues que no has cumplido  
Las condiciones que puso  
Mi amor, sólo de tí quiero,  
Ya que de tu vista huyo,  
Que mi cédula me vuelvas,  
Pues es el contrato nulo.

**DEMONIO.** Yo te dije que te habia  
De enseñar en este estudio  
Ciencias que atraer pudiesen,  
De tus voces al impulso,  
A Justina; y pues el viento  
Aquí á Justina te trujo,  
Válido ha sido el contrato,  
Y yo mi palabra cumplo.

**CIPRIAN.** Tú me ofreciste que habia

De coger mi amor el fruto  
Que sembraba mi esperanza  
Por estos montes incultos.

DEMONIO. Yo me obligué, Cipriano,  
Solo á traerla.

CIPRIAN. Eso dudo;  
Que á dárme la te obligaste.

DEMONIO. Ya la ví en los brazos tuyos.

CIPRIAN. Fué una sombra.

DEMONIO. Fué un prodigio.

CIPRIAN. ¿De quién?

DEMONIO. De quien se dispuso  
A ampararla.

CIPRIAN. ¿Y cómo fué?

DEMONIO. (Temblando.) No quiero decirte cómo.

CIPRIAN. Valdréme yo de mis ciencias  
Contra tí. Yo te conjuro  
Que quién ha sido me digas.

DEMONIO. Un Dios, que á su cargo tuvo  
A Justina.

CIPRIAN. Pues ¿qué importa  
Solo un Dios, puesto que hay muchos?

DEMONIO. Tiene este el poder de todos.

CIPRIAN. Luego solamente es uno,  
Pues con una voluntad  
Obra más que todos juntos.

DEMONIO. No sé nada, no sé nada.

CIPRIAN. Ya todo el pacto renuncio,  
Que hice contigo; y en nombre  
De aque se Dios te pregunto:  
¿Qué le ha obligado á ampararla?

DEMONIO. (Después de hacer fuerza por no decirlo.)  
Guardar su honor limpio y puro.

CIPRIAN. Luego ese es suma bondad,

- Pues que no permite insulto.  
Mas ¿qué perdiera Justina,  
Si aquí se quedaba oculto?
- DEMONIO. Su honor, si lo adivinara  
Por sus malicias el vulgo.
- CIPRIAN. Luego ese Dios todo es vista,  
Pues vió los daños futuros.  
Pero ¿no pudiera ser  
Ser el encanto tan sumo,  
Que no pudiera vencerle?
- DEMONIO. No, que su poder es mucho.
- CIPRIAN. Luego ese Dios todo es manos,  
Pues que cuanto quiso pudo.  
Díme ¿quién es ese Dios,  
En quien hoy he hallado junto  
Ser una suma bondad,  
Ser un poder absoluto,  
Todo vista y todo manos,  
Que há tantos años que busco?
- DEMONIO. No lo sé.
- CIPRIAN. Díme quién es.
- DEMONIO. ¡Con cuánto horror lo pronuncio!  
Es el Dios de los cristianos.
- CIPRIAN. ¿Qué es lo que moverle pudo  
Contra mí?
- DEMONIO. Serlo Justina.
- CIPRIAN. ¿Pues tanto ampara á los suyos?
- DEMONIO. (Rabioso.) Sí, mas ya es tarde, ya es tarde  
Para hallarle tú, si juzgo  
Que siendo tú esclavo mio,  
No has de ser vasallo suyo.
- CIPRIAN. ¡Yo tu esclavo!
- DEMONIO. En mi poder  
Tu firma está.

CIPRIAN. Ya presumo  
Cobrarla de tí, pues fué  
Condicional, y no dudo  
Quitártela.

DEMONIO. ¿De qué suerte?

CIPRIAN. Desta suerte.

(Saca la espada, tírale al Demonio, y no le encuentra -)

DEMONIO. Aunque desnudo

El acero contra mí  
Esgrimas fiero y sañudo,  
No me herirás; y porque  
Desesperen tus discursos,  
Quiero que sepas que ha sido  
El Demonio el dueño tuyo.

CIPRIAN. ¡Qué dices!

DEMONIO. Que yo lo soy.

CIPRIAN. ¡Con cuánto asombro te escucho!

DEMONIO. Para que veas, no sólo  
Que esclavo eres, pero cúyo.

CIPRIAN. ¡Esclavo yo del demonio!  
¿Yo de un dueño tan injusto?

DEMONIO. Sí, que el alma me ofreciste,  
Y es mia desde aquel punto.

CIPRIAN. ¿Luego no tengo esperanza,  
Favor, amparo ó recurso,  
Que tanto delito pueda  
Borrar?

DEMONIO. No.

CIPRIAN. Pues ya ¿qué dudo?

No ociosamente en mi mano  
Esté aqueste acero agudo;  
Pasándome el pecho, sea  
Mi voluntario verdugo.  
Mas ¿qué digo? Quien de tí

- Librar á Justina pudo,  
 ¿A mí no podrá librarne?
- DEMONIO.** No, que es contra ti tu insulto.  
 Él no ampara los delitos,  
 Las virtudes sí.
- CIPRIAN.** Si es sumo  
 Su poder, el perdonar  
 Y el premiar será en él uno.
- DEMONIO.** Tambien lo será el premiar  
 Y el castigar, pues es justo.
- CIPRIAN.** Nadie castiga al rendido:  
 Yo lo estoy, pues lo procuro.
- DEMONIO.** Eres mi esclavo, y no puedes  
 Ser de otro dueño.
- CIPRIAN.** Eso dudo.
- DEMONIO.** ¿Cómo, estando en mi poder  
 La firma que con dibujos  
 De tu sangre, escrita tengo?
- CIPRIAN.** El que es poder absoluto,  
 Y no depende de otro,  
 Vencerá mis infortunios.
- DEMONIO.** De qué suerte?
- CIPRIAN.** Todo es vista,  
 Y verá el medio oportuno.
- DEMONIO.** Yo la tengo.
- CIPRIAN.** Todo es manos:  
 El sabrá romper los nudos.
- DEMONIO.** Dejaréte yo primero  
 Entre mis brazos difunto. (Luchan los dos.)
- CIPRIAN.** ¡Grande Dios de los cristianos!  
 Á tí en mis penas acudo.
- DEMONIO.** (Arrojando de entre sus brazos á Cipriano.)  
 Ese te ha dado la vida.
- CIPRIAN.** Más me ha de dar, pues le busco. (Vanse.)

Sala en el palacio del Gobernador.

**ESCENA XVII.**

**EL GOBERNADOR, FABIO, SOLDADOS.**

**GOBERN.** ¿Cómo ha sido la prision?

**FABIO.** Todos en su iglesia estaban  
Escondidos, donde daban  
Á su Dios adoracion.  
Llegué con armadas gentes,  
Toda la casa cerqué,  
Prendílos, y los llevé  
Á cárceles diferentes;  
Y el suceso, en fin, concluyo.  
Con decir que en esta ruina  
Prendí á la hermosa Justina  
Y á Lisandro, padre suyo.

**GOBERN.** Pues si riquezas codicias,  
Puestos, honores y más,  
¿Cómo esas nuevas me das,  
Fabio, sin pedirme albricias?

**FABIO.** Si así estimas mis sucesos,  
Las que me has de dar no ignoro.

**GOBERN.** Dí.

**FABIO.** La libertad de Floro  
Y Lelio, que tienes presos.

**GOBERN.** Aunque yo con su castigo  
Parece que escarmentar  
Quise todo este lugar,  
Si la verdad, Fabio, digo,  
Otra es la causa por qué  
Presos han vivido un año:

Y es que así de Lelio el daño  
Como padre aseguré.  
Floro, su competidor,  
Tiene deudos poderosos:  
Y estando los dos celosos  
Y empeñados en su amor,  
Temí que habian de volver  
Otra vez á la cuestion;  
Y hasta quitar la ocasion,  
No me quise resolver.  
Con este intento buscaba  
Algun color con que echar  
A Justina del lugar;  
Pero nunca le encontraba.  
Y pues su virtud fingida,  
No sólo ocasion me da  
Hoy de desterrarla ya,  
Mas de quitarla la vida,  
No estén más presos; y así,  
A sus prisiones irás,  
Y con brevedad traerás  
A Lelio y á Floro aquí.  
FABIO. Beso mil veces tus piés  
Por merced tan peregrina. (Vase.)

## ESCENA XVIII.

EL GOBERNADOR, SOLDADOS.

GOVERN. Ya está en mi poder Justina,  
Presa y convencida: pues  
¿Qué espera mi rabia fiera,  
Que ya en ella no ha vengado

Los enojos que me ha dado?  
A sangrientas manos muera  
De un verdugo.—Vos, mirad...

(A un soldado.)

Que aquí la traigais os mando  
Hoy á la vergüenza, dando  
Escándalo en la ciudad;  
Porque si en palacio está,  
Nada á darla vida baste.

(Vase el soldado con otros.)

### ESCENA XIX.

FABIO, LELIO, FLORO.—DICHOS.

FABIO. Los dos por quien enviasté  
Están á tus plantas ya.

LELIO. Yo que al fin sólo deseo  
Parecer tu hijo esta vez,  
No te miro como juez,  
Con los temores de reo;  
Sino como padre airado,  
Con los temores de hijo  
Obediente.

FLORO. Y yo colijo,  
Viéndome de tí llamado,  
Que es para darme, señor,  
Castigos que no merezco.  
Pero á tus plantas me ofrezco.

GOBERN. Lelio, Floro, mi rigor  
Justo con los dos ha sido,  
Porque si no os castigara,  
Padre, no juez me mostrara.

Pero teniendo entendido  
 Que en los nobles no duró  
 Nunca el enojo, y que ya  
 Quitada la causa está,  
 Intento piadoso yo  
 Haceros amigos luego.  
 En muestras de la amistad,  
 Aquí los brazos os dad.

LELIO. Yo el venturoso á ser llego  
 En ser hoy de Floro amigo.

FLORO. Y yo de que lo seré  
 Doy mano y palabra.

GOVERN. En fe  
 Deso, á libraros me obligo,  
 Que si el desengaño toco  
 Que de vuestro amor teneis,  
 No dudo que lo sereis.

## ESCENA XX.

EL DEMONIO, GENTE.—DICHOS.

DEMONIO. (Dentro.) ¡Guarda el loco, guarda el loco!

GOVERN. ¿Qué es esto?

LELIO. Yo lo iré á ver.

(Llega á la puerta, y vuelve luego.)

GOVERN. En palacio tanto ruido,  
 ¿De qué puede haber nacido?

FLORO. Gran causa debe de ser.

LELIO. Aqueste ruido, señor  
 (Escucha un raro suceso),  
 Es Cipriano, que al cabo  
 De tantos dias ha vuelto

- Loco y sin juicio á Antioquía.  
**FLORO.** Sin duda que de su ingenio  
 La sutileza le tiene  
 En aqueste estado puesto.  
**GENTE.** (Dentro.) ¡Guarda el loco, guarda el loco!

### ESCENA XXI.

**CIPRIANO, medio desnudo, GENTE.**—DICHOS.

- CIPRIAN.** Nunca yo he estado más cuerdo;  
 Que vosotros sois los locos.  
**GOBERN.** Cipriano, ¿pues qué es esto?  
**CIPRIAN.** Gobernador de Antioquía,  
 Virey del gran César Decio,  
 Floro y Lelio, de quien fui  
 Amigo tan verdadero,  
 Nobleza ilustre, gran plebe,  
 Estadme todos atentos;  
 Que por hablaros á todos  
 Juntos, á palacio vengo.  
 Yo soy Cipriano, yo  
 Por mi estudio y por mi ingenio  
 Fui asombro de las escuelas,  
 Fui de las ciencias portento.  
 Lo que de todas saqué,  
 Fue una duda, no saliendo  
 Jamás de una duda sola  
 Confuso en mi entendimiento.  
 Vi á Justina, y en Justina  
 Ocupados mis afectos,  
 Dejé á la docta Minerva  
 Por la enamorada Venus.

---

De su virtud despedido,  
Mantuve mis sentimientos,  
Hasta que mi amor, pasando  
De un extremo en otro extremo,  
A un huésped mio, que el mar  
Le dió mis plantas por puerto,  
Por Justina ofrecí el alma,  
Porque me cautivó á un tiempo  
El amor con esperanzas,  
Y con ciencias el ingenio.  
Deste, discípulo he sido,  
Esas montañas viviendo,  
A cuya docta fatiga  
Tanta admiracion le debo,  
Que puedo mudar los montes  
Desde un asiento á otro asiento;  
Y aunque puedo estos prodigios  
Hoy ejecutar, no puedo  
Atraer una hermosura  
A la voz de mi deseo.  
La causa de no poder  
Rendir este monstruo bello,  
Es que hay un Dios que la guarda,  
En cuyo conocimiento  
He venido á confesarle  
Por el más sumo y inmenso.  
El gran Dios de los cristianos  
Es el que á voces confieso;  
Que aunque es verdad que yo ahora  
Esclavo soy del infierno,  
Y que con mi sangre misma  
Hecha una cédula tengo,  
Con mi sangre he de borrarla  
En el martirio que espero.

Si eres juez, si á los cristianos  
 Persigues duro y sangriento,  
 Yo lo soy; que un venerable  
 Anciano, en el monte mesmo  
 El carácter me imprimió  
 Que es su primer sacramento.  
 Ea pues, ¿qué aguardas? Venga  
 El verdugo, y de mi cuello  
 La cabeza me divida,  
 O con extraños tormentos  
 Acrisola mi constancia;  
 Que yo rendido y resuelto  
 A padecer dos mil muertes  
 Estoy, porque á saber llego  
 Que sin el gran Dios que busco,  
 Que adoro y que reverencio,  
 Las humanas glorias son  
 Polvo, humo, ceniza y viento.

(Cae boca abajo en el suelo, como desmayado.)

GOVERN. Tan absorto, Cipriano,  
 Me deja tu atrevimiento,  
 Que imaginando castigos,  
 A ninguno me resuelvo. (Pisándole )  
 Levántate.

FLORO. Desmayado,  
 Es una estatua de hielo.

## ESCENA XXII.

SOLDADOS, JUSTINA.—DICHOS.

UN SOLD. Aquí está, señor, Justina.

GOVERN. (Ap. Verla la cara no quiero.)

Con ese vivo cadáver  
 Todos sola la dejemos;

(Ap. á los presentes.)

Porque cerrados los dos,  
 Quizá mudarán de intento,  
 Viéndose morir el uno  
 Al otro; ó sañudo y fiero,  
 Si no adoraren mis dioses,  
 Morirán con mil tormentos.

LELIO. (Ap.) Entre el amor y el espanto  
 Confuso voy y suspenso.

FLORO. (Ap.) Tanto tengo que sentir,  
 Que no sé qué es lo que siento.

(Vanse todos, menos Justina.)

### ESCENA XXIII.

JUSTINA; CIPRIANO, *sin sentido, en el suelo.*

JUSTINA. ¿Todos os vais sin hablarme?  
 Cuando yo contenta vengo  
 A morir, ¡aun no me dais  
 Muerte, porque la deseo!

(Repara en Cipriano.)

Mas sin duda es mi castigo,  
 Cerrada en este aposento,  
 Darme muerte dilatada,  
 Acompañada de un muerto,  
 Pues sólo un cadáver me hace  
 Compañía. ¡Oh tú, que al centro  
 De donde saliste, vuelves!  
 ¡Dichoso tú, si te ha puesto  
 En este estado la fe

Que adoro!

CIPRIAN. (Recobrándose.) Monstruo soberbio,  
¿Qué aguardas, que no desatas  
Mi vida en?... (Ve á Justina, y levántase.)  
¡Válgame el cielo!

(Ap. ¿No es Justina la que miro?)

JUSTINA. (Ap.) ¿No es Cipriano el que veo?

CIPRIAN. (Ap.) Mas no es ella, que en el aire  
La finge mi pensamiento.

JUSTINA. (Ap.) Mas no es él: por divertirme,  
Fantasmas me finge el viento.

CIPRIAN. Sombra de mi fantasía...

JUSTINA. Ilusion de mi deseo...

CIPRIAN. Asombro de mis sentidos...

JUSTINA. Horror de mis pensamientos...

CIPRIAN. ¿Qué me quieres?

JUSTINA. ¿Qué me quieres?

CIPRIAN. Ya no te llamo. ¿A qué efecto  
Vienes?

JUSTINA. ¿A qué efecto tú  
Me buscas? Ya en tí no pienso.

CIPRIAN. Yo no te busco, Justina.

JUSTINA. Ni yo á tu llamada vengo.

CIPRIAN. Pues ¿cómo estás aquí?

JUSTINA. Presa.

¿Y tú?

CIPRIAN. Tambien estoy preso.

Pero tu virtud, Justina,  
Díme ¿qué delito ha hecho?

JUSTINA. No es delito, pues ha sido  
Por el aborrecimiento  
De la fe de Cristo, á quien  
Como á mi Dios reverencio.

CIPRIAN. Bien se lo debes, Justina;

- Que tienes un Dios tan bueno,  
 Que vela en defensa tuya.  
 Haz tú que escuche mis ruegos.
- JUSTINA. Sí hará, si con fe le llamas.
- CIPRIAN. Con ella le llamo; pero  
 Aunque dél no desconfío,  
 Mis extrañas culpas temo.
- JUSTINA. Confía.
- CIPRIAN. ¡Ay, qué inmensos son  
 Mis delitos!
- JUSTINA. Más inmensos  
 Son sus favores.
- CIPRIAN. ¡Habrá  
 Para mí perdon?
- JUSTINA. Es cierto.
- CIPRIAN. ¿Cómo, si el alma he entregado  
 Al demonio mismo, en precio  
 De tu hermosura?
- JUSTINA. No tiene  
 Tantas estrellas el cielo,  
 Tantas arenas el mar,  
 Tantas centellas el fuego,  
 Tantos átomos el día,  
 Ni tantas plumas el viento,  
 Como él perdona pecados.
- CIPRIAN. Así, Justina, lo creo,  
 Y por él daré mil vidas.  
 Pero la puerta han abierto.

**ESCENA XXIV.**

FABIO, *trayendo presos á* MOSCON, CLARIN  
y LIVIA.—CIPRIANO, JUSTINA.

- FABIO. Entrad, que con vuestros amos  
Aquí habeis de quedar presos. (Vase.)
- LIVIA. Si ellos quieren ser cristianos,  
¿Acá qué culpa tenemos?
- MOSCON. Mucha; que los que servimos,  
Harto gran delito hacemos.
- CLARIN. Huyendo del monte, vine  
De un riesgo á dar á otro riesgo.

**ESCENA XXV.**

UN CRIADO. — DICHOS.

- CRIADO. A Justina y á Cipriano  
El gobernador Aurelio  
Llama.
- JUSTINA. ¡Feliz yo mil veces,  
Si es para el fin que deseo!—  
No te acobardes, Cipriano.
- CIPRIAN. Fe, valor y ánimo tengo;  
Que si de mi esclavitud  
La vida ha de ser el precio,  
Quien el alma dió por tí,  
¿Qué hará en dar por Dios el cuerpo?
- JUSTINA. Que en la muerte te querria  
Dije; y pues á morir llego

Contigo, Cipriano, ya  
 Cumplí mis ofrecimientos.  
 (Vanse Justina, Cipriano y el criado.)

### ESCENA XXVI.

MOSCON, LIVIA, CLARIN.

- MOSCON. ¡Qué contentos á morir  
 Van!
- LIVIA. Mucho más contentos .  
 Los tres á vivir quedamos.
- CLARIN. No mucho; que falta un pleito  
 Que averiguar; y aunque aquesta  
 No es ocasion, por si luego  
 No hay lugar, no será justo  
 Que echemos á mal el tiempo.
- MOSCON. ¡Qué pleito es ese?
- CLARIN. Yo he estado  
 Ausente...
- LIVIA. Dí.
- CLARIN. Un año entero,  
 Y un año Moscon ha sido  
 Sin mi intermision tu dueño;  
 Y á rata por cantidad,  
 Para que iguales estemos,  
 Otro año has de ser mia.
- LIVIA. ¿Pues de mí presumes eso,  
 Que habia de hacerte ofensa?  
 Los dias lloraba enteros  
 Que me tocaba llorar.
- MOSCON. Y yo soy testigo dello;  
 Que el dia que no era mio

- Guardé á tu amistad respeto.
- CLARIN. Eso es falso, porque hoy  
No lloraba cuando dentro  
De su casa entré, y con ella  
Estabas tú muy de asiento.
- LIVIA. No era hoy dia de plegaria.
- CLARIN. Sí era, que si bien me acuerdo,  
El dia que me ausenté  
Era mio.
- LIVIA. Ese fué yerro.
- MOSCON. Ya sé en lo que el yerro ha estado.  
Este fué año de bisiesto,  
Y fueron pares los dias.
- CLARIN. Yo me doy por satisfecho,  
Porque no lo ha de apurar  
Todo el hombre.—Mas ¿qué es esto?  
(Suena gran ruido de tempestad.)

### ESCENA XXVII.

EL GOBERNADOR, GENTE; *luego*, FABIO, LELIO y  
FLORO, *todos alborotados; despues*, EL DEMONIO.

- LIVIA. La casa se viene abajo.
- MOSCON. ¡Qué confusion! ¡qué portento!
- GOBERN. Sin duda se ha desplomado  
La máquina de los cielos.
- (Suena la tempestad, y salen Fabio, Lelio y Floro.)
- FABIO. Apénas en el cadalso  
Cortó el verdugo los cuellos  
De Cipriano y de Justina,  
Cuando hizo sentimiento  
Toda la tierra.

**LELIO.** Una nube,  
De cuyo abrasado seno  
Abortos horribles son  
Los relámpagos y truenos,  
Sobre nosotros cae.

**FLORO.** Della  
Un disforme monstruo horrendo  
En las escamadas conchas  
De una sierpe sale, y puesto  
Sobre el cadalso, parece  
Que nos llama á su silencio.

(Descúbrese el cadalso con las cabezas y cuerpos de Justina y Cipriano, y el Demonio, en lo alto, sobre una sierpe.)

**DEMONIO.** Oid, mortales, oid  
Lo que me mandan los cielos  
Que en defensa de Justina  
Haga á todos manifiesto.  
Yo fui quien por disfamar  
Su virtud, formas fingiendo,  
Su casa escalé, y entré  
Hasta su mismo aposento;  
Y porque nunca padezca  
Su honesta fama desprecios,  
A restituir su honor  
De aquesta manera vengo.  
Cipriano, que con ella  
Yace en feliz monumento,  
Fué mi esclavo; mas borrando  
Con la sangre de su cuello  
La cédula que me hizo,  
Ha dejado en blanco el lienzo;  
Y los dos, á mi pesar,  
A las esferas suiendo  
Del sacro solio de Dios,

Viven en mejor imperio.  
 Esta es la verdad, y yo  
 La digo, porque Dios mismo  
 Me fuerza á que yo la diga,  
 Tan poco enseñado á hacerlo.

(Cae velozmente, y húndese.)

- LELIO. ¡Qué asombro!  
 FLORO. ¡Qué confusion!  
 LIVIA. ¡Qué prodigio!  
 TODOS. ¡Qué portento!  
 GOBERN. Todos estos son encantos  
 Que aqueste mágico ha hecho  
 En su muerte.
- FLORO. Yo no sé  
 Si los dudo ó si los creo.
- LELIO. A mí me admira el pensarlos.
- CLARIN. Yo solamente resuelvo  
 Que si él es mágico, ha sido  
 El mágico de los cielos.
- MOSCON. Pues dejando en pié la duda  
 Del bien partido amor nuestro,  
 Al *Mágico prodigioso*  
 Pedid perdon de los yerros.

**EL PRÍNCIPE CONSTANTE.**

## PERSONAS.

---

DON FERNANDO, <i>príncipe.</i>	BRITO, <i>gracioso.</i>
DON ENRIQUE, <i>príncipe.</i>	FÉNIX, <i>infanta.</i>
DON JUAN COUTIÑO.	ROSA.
EL REY DE FEZ, <i>viejo.</i>	ZARA.
MULEY, <i>general.</i>	ESTRELLA.
CELIN.	CELIMA.
ALFONSO, <i>rey de Portugal.</i>	<i>Soldados portugueses.</i>
TARUDANTE, <i>rey de Marruecos.</i>	<i>Cautivos.</i>
	<i>Moros.</i>

---

La escena es en Fez y sus contornos. y en los de Tánger.  
La acción principia en el año 1497.

---

---

---

## JORNADA PRIMERA.

---

Jardin del rey de Fez.

### ESCENA PRIMERA.

CAUTIVOS, *que salen cantando*; ZARA.

ZARA. Cantad aquí, que ha gustado,  
Mientras toma de vestir  
Fénix hermosa, de oír  
Las canciones, que ha escuchado  
Tal vez en los baños, llenas  
De dolor y sentimiento.

CAUT. 1.º Música cuyo instrumento  
Son los hierros y cadenas  
Que nos aprisionan, ¿puede  
Haberla alegrado?

ZARA. Sí:  
Ella escucha desde aquí.  
Cantad.

CAUT. 2.º Esa pena excede,  
Zara hermosa, á cuantas son,  
Pues solo un rudo animal,  
Sin discurso racional,  
Canta alegre en la prision.

ZARA. ¿No cantais vosotros?

CAUT. 3.º Es

Para divertir las penas  
Propias, mas no las ajenas.

ZARA. Ella escucha, cantad pues.

CAUTIVOS (Cantando.) *Al peso de los años*

*Lo eminente se rinde;*

*Que á lo fácil del tiempo*

*No hay conquista difícil.*

## ESCENA II.

ROSA.—DICHOS.

ROSA. Despejad, cautivos; dad  
A vuestras canciones fin;  
Porque sale á este jardin  
Fénix á dar vanidad  
Al campo con su hermosura,  
Segunda aurora del prado.

(Vanse los cautivos.)

## ESCENA III.

FÉNIX, ESTRELLA Y CELIMA, *como acabando de  
vestir á la Infanta.*—ZARA, ROSA.

ESTREL. Hermosa te has levantado.

ZARA. No blasone el alba puca  
Que la debe este jardin  
La luz ni fragancia hermosa,  
Ni la púrpura la rosa,

- Ni la blancura el jazmin.
- FÉNIX. El espejo.
- ESTREL. Es excusado  
 Querer consultar con él  
 Los borrones que el pincel  
 Sobre la tez no ha dejado. (Danle un espejo.)
- FÉNIX. ¿De qué sirve la hermosura  
 (Cuando lo fuese la mia),  
 Si me falta la alegría,  
 Si me falta la ventura?
- CELIMA. ¿Qué sientes?
- FÉNIX. Si yo supiera,  
 ¡Ay Celima! lo que siento,  
 De mi mismo sentimiento  
 Lisonja al dolor hiciera;  
 Pero de la pena mia  
 No sé la naturaleza;  
 Que entónces fuera tristeza  
 Lo que hoy es melancolía.  
 Solo sé que sé sentir;  
 Lo que sé sentir no sé;  
 Que ilusion del alma fué.
- ZARA. Pues no pueden divertir  
 Tu tristeza estos jardines,  
 Que á la primavera hermosa  
 Labran estatuas de rosa  
 Sobre templos de jazmines,  
 Hazte al mar: un barco sea  
 Dorado carro del sol.
- ROSA. Y cuando tanto arrebol  
 Errar por sus ondas vea,  
 Con grande melancolía  
 El jardin al mar dirá:  
 «Ya el sol en su centro está:

Muy breve ha sido este día.»

FÉNIX. Pues no me puede alegrar,  
Formando sombras y léjos,  
La emulacion, que en reflejos,  
Tienen la tierra y el mar;  
Cuando con grandezas sumas  
Compiten entre esplendores  
Las espumas á las flores,  
Las flores á las espumas;  
Porque el jardin, envidioso  
De ver las ondas del mar,  
Su curso quiere imitar;  
Y así el céfiro amoroso  
Matices rinde y olores,  
Que soplando en ellas bebe,  
Y hacen las hojas que mueve  
Un océano de flores;  
Cuando el mar, triste de ver  
La natural compostura  
Del jardin, tambien procura  
Adornar y componer  
Su playa, la pompa pierde,  
Y á segunda ley sujeto,  
Compite con dulce efeto  
Campo azul y golfo verde,  
Siendo, ya con rizas plumas,  
Ya con mezclados colores,  
El jardin un mar de flores,  
Y el mar un jardin de espumas:  
Sin duda mi pena es mucha,  
No la pueden lisonjear  
Campo, cielo, tierra y mar.

ZARA. Gran pena contigo lucha.

## ESCENA VI.

EL REY, *con un retrato*.—DICHOS.

REY. Si acaso permite el mal,  
 Cuartana de tu belleza,  
 Dar treguas á tu tristeza,  
 Este bello original  
 (Que no es retrato el que tiene  
 Alma y vida) es del infante  
 De Marruecos, Tarudante,  
 Que á rendir á tus piés viene  
 Su corona: embajador  
 Es de su parte; y no dudo  
 Que, embajador que habla mudo,  
 Trae embajadas de amor.  
 Favor en su amparo tengo:  
 Diez mil jinetes alista  
 Que enviar á la conquista  
 De Ceuta, que ya prevengo.  
 Dé la vergüenza esta vez  
 Licencia: permite amar  
 A quien se ha de coronar  
 Rey de tu hermosura en Fez.

FÉNIX. (Ap.) ¡Válgame Alá!

REY. ¿Qué rigor

Te suspende de esa suerte?

FÉNIX. (Ap.) La sentencia de mi muerte.

REY. ¿Qué es lo que dices?

FÉNIX. Señor,

Si sabes que siempre has sido  
 Mi dueño, mi padre y rey,

- ¿Qué he de decir? (Ap. ¡Ay Muley!  
Grande ocasion has perdido!)  
El silencio (¡ay infelice!)  
Hace mi humildad inmensa.  
(Ap. Miente el alma, si lo piensa;  
Miente la voz, si lo dice.)
- REY. Toma el retrato.
- FÉNIX. (Ap.) Forzada  
La mano le tomará;  
Pero el alma no podrá.  
(Disparan una pieza.)
- ZARA. Esta salva es á la entrada  
De Muley, que hoy ha surgido  
Del mar de Fez.
- REY. Justa es.

### ESCENA V.

MULEY, con baston de general.—DICHOS.

- MULEY. Dáme, gran señor, los piés.
- REY. Muley, seas bien venido.
- MULEY. Quien penetra el arrebol  
De tan soberana esfera,  
Y á quien en el puerto espera  
Tal aurora, hija del sol,  
Fuerza es que venga con bien.  
Dáme, señora, la mano,  
Que este favor soberano  
Puede mereceros quien  
Con amor, lealtad y fe  
Nuevos triunfos te previene.  
(Ap. Y fué á serviros, y viene

- Tan amante como fué.)
- FÉNIX. (Ap. ¡Válgame el cielo! ¿qué veo?)  
Tú, Muley (estoy mortal),  
Vengas con bien.
- MULEY. (Ap.) No, con mal  
Será, si á mis ojos creo.
- REY. En fin, Muley, ¿qué hay del mar?
- MULEY. Hoy tu sufrimiento pruebas:  
De pesar te traigo nuevas,  
Porque ya todo es pesar.
- REY. Pues cuanto supieres dí;  
Que en un ánimo constante  
Siempre se halla igual semblante  
Para el bien y el mal.—Aquí  
Te sienta, Fénix.
- FÉNIX. Sí haré.
- REY. Todos os sentad.—Prosigue,  
Y nada á callar te obligue,  
(Siéntanse el Rey y las damas.)
- MULEY. (Ap. Ni hablar ni callar podré.)  
Salí, como me mandaste,  
Con dos galeazas solas,  
Gran señor, á recorrer  
De Berbería las costas.  
Fué tu intento que llegase  
A aquella ciudad famosa,  
Llamada en un tiempo Elisa,  
Aquella que está en la boca  
Del Freto Hercúleo fundada,  
Y de Ceido nombre tomé;  
Que Ceido, Ceuta, en hebreo  
Vuelto el árabe idioma,  
Quiere decir hermosura,  
Y ella es ciudad siempre hermosa.

Aquella, pues, que los cielos  
Quitaron á tu corona,  
Quizá por justos enojos  
Del gran profeta Mahoma,  
Y en oprobio de las armas  
Nuestras, miramos ahora  
Que pendones portugueses  
En sus torres se enarbolan,  
Teniendo siempre á los ojos  
Un padrastro que baldona  
Nuestros aplausos, un freno  
Que nuestro orgullo reporta,  
Un Cáucaso que detiene  
Al Nilo de tus victorias  
La corriente, y puesta en medio,  
El paso á España le estorba.  
Iba con órdenes pues  
De mirar y inquirir todas  
Sus fuerzas, para decirte  
La disposicion y forma  
Que hoy tiene, y cómo podrás  
A ménos peligro y costa  
Emprender la guerra. El cielo  
Te conceda la victoria  
Con esta restitution,  
Aunque la dilate agora  
Mayor desdicha; pues creo  
Que está su empresa dudosa,  
Y con más necesidad  
Te está apellidando otra;  
Pues las armas prevenidas  
Para la gran Ceuta, importa  
Que sobre Tánger acudan;  
Porque amenazada llora

De igual pena, igual desdicha,  
Igual ruina, igual congoja.  
Yo lo sé, porque en el mar  
Una mañana ví (á la hora  
Que, medio dormido el sol,  
Atropellando las sombras  
Del ocaso, desmaraña  
Sobre jazmines y rosas  
Rubios cabellos, que enjuga  
Con paños de oro á la aurora  
Lágrimas de fuego y nieve,  
Que el sol convirtió en aljófar),  
Que á largo trecho del agua  
Venfa una gruesa tropa  
De naves; si bien entónces  
No pudo la vista absorta  
Determinarse á decir  
Si eran naos ó si eran rocas;  
Porque como en los matices  
Sutiles pinceles logran  
Unos visos, unos léjos,  
Que en perspectiva dudosa  
Parecen montes tal vez,  
Y tal ciudades famosas,  
Porque la distancia siempre  
Monstruos imposibles forma;  
Así en países azules  
Hicieron luces y sombras,  
Confundiendo mar y cielo,  
Con las nubes y las ondas,  
Mil engaños á la vista;  
Pues ella entónces curiosa,  
Sólo percibió los bultos  
Y no distinguió las formas.

Primero nos pareció,  
Viendo que sus puntas tocan  
Con el cielo, que eran nubes  
De las que á la mar se arrojan  
A concebir en zafir  
Lluvias que en cristal abortan;  
Y fué bien pensado, pues  
Esta innumerable copia  
Pareció que pretendia  
Sorberse el mar gota á gota.  
Luégo de marinos monstruos  
Nos pareció errante copia,  
Que á acompañar á Neptuno  
Salian de sus alcobas;  
Pues sacudiendo las velas,  
Que son del viento lisonja,  
Pensamos que sacudian  
Las alas sobre las olas.  
Ya parecia más cerca  
Una inmensa Babilonia,  
De quien los pensiles fueron  
Flámulas que el viento azotan.  
Aquí ya desengañada  
La vista, mejor se informa  
De que era armada, pues vió  
A los sulcos de las proas  
Cuando batidas espumas  
Ya se encrespan, ya se entorchan,  
Rizarse montes de plata,  
De cristal cuajarse rocas.  
Yo, que ví tanto enemigo,  
Volví á su rigor la proa;  
Que tambien saber huir  
Es linaje de victoria.

Y así, como más experto  
En estos mares, la boca  
Tomé en una cala, adonde,  
Al abrigo y á la sombra  
De dos montecillos, pude  
Resistir la poderosa  
Furia de tan gran poder,  
Que mar, cielo y tierra asombra.  
Pasan sin vernos, y yo  
Deseoso (¿quién lo ignora?)  
De saber dónde seguía  
Esta armada su derrota,  
A la campaña del mar  
Salí otra vez, donde logra  
El cielo mis esperanzas,  
En esta ocasion dichosas;  
Pues ví que de aquella armada  
Se habia quedado sola  
Una nave, y que en el mar  
Mal defendida zozobra:  
Porque, segun despues supe,  
De una tormenta, que todas  
Corrieron, habia salido  
Deshecha, rendida y rota;  
Y así llena de agua estaba,  
Sin que bastasen las bombas  
A agotarla, y titubeando,  
Ya á aquella parte, ya á estotra,  
Estaba á cada vaiven  
Si se ahoga, ó no se ahoga.  
Llegué á ella, y aunque moro,  
Les dí alivio en sus congojas;  
Que el tener en las desdichas  
Compañía, de tal forma

Consuela, que el enemigo  
Suele servir de lisonja.  
El deseo de vivir  
Tanto á algunos les provoca,  
Que haciendo al intento escalas  
De gúmenas y maromas,  
A la prison se vinieron;  
Si bien otros les baldonan,  
Diciéndoles que el vivir  
Eterno es vivir con honra;  
Y aún así se resistieron:  
;Portuguesa vanagloria!  
De los que salieron, uno  
Muy por extenso me informa.  
Dice, pues, que aquella armada  
Ha salido de Lisboa  
Para Tánger, y que viene  
A sitiarla con heroica  
Determinacion que veas  
En sus almenas famosas  
Las quinas que ves en Ceuta  
Cada vez que el sol se asoma.  
Duarte de Portugal,  
Cuya fama vencedora  
Ha de volar con las plumas  
De las águilas de Roma,  
Envía á sus dos hermanos  
Enrique y Fernando, gloria  
Deste siglo, que los mira  
Coronados de victorias.  
Maestres de Cristo y de Avis  
Son, los dos pechos adornan  
Cruces de perfiles blancos,  
Una verde y otra roja.

Catorce mil portugueses  
Son, gran señor, los que cobran  
Sus sueldos, sin los que vienen  
Sirviéndolos á su costa.  
Mil son los fuertes caballos,  
Que la soberbia española  
Los vistió para ser tigres,  
Los calzó para ser onzas.  
Ya á Tánger habrán llegado,  
Y esta, señor, es la hora  
Que, si su arena no pisan,  
Al ménos sus mares cortan.  
Salgamos á defenderla:  
Tú mismo las armas toma:  
Baje en tu valiente brazo  
El azote de Mahoma,  
Y del libro de la muerte  
Desate la mejor hoja;  
Que quizá se cumple hoy  
Una profecía heroica  
De Morábitos, que dicen  
Que en la márgen arenosa  
Del Africa ha de tener  
La portuguesa corona  
Sepulcro infeliz, y vean  
Que aquesta cuchilla corva,  
Campañas verdes y azules  
Volvió, con su sangre, rojas.  
Calla, no me digas más;  
Que de mortal furia lleno,  
Cada voz es un veneno  
Con que la muerte me das.  
Yo á sus bríos arrogantes  
Haré que en Africa tengan

REY.

Sepulcro, aunque armados vengan  
Sus maestros los Infantes.  
Tú, Muley, con los jinetes,  
De la costa parte luego,  
Mientras yo en tu amparo llego;  
Que si, como me prometes,  
En escaramuzas diestras  
Le ocupas, porque tan presto  
No tomen tierra, y en esto  
La sangre heredada muestras,  
Yo tan veloz llegaré  
Como tú con lo restante  
Del ejército arrogante  
Que en ese campo se ve;  
Y así la sangre concluya  
Tantos duelos en un dia,  
Porque Ceuta ha de ser mia,  
Y Tánger no ha de ser suya. (Vase.)

### ESCENA VI.

FÉNIX, MULEY, ZARA, ROSA, ESTRELLA, CELIMA.

MULEY. Aunque de paso, no quiero  
Dejar, Fénix, de decir,  
Ya que tengo de morir,  
La enfermedad de que muero;  
Que aunque pierdan mis recelos  
El respeto á tu opinion,  
Si celos mis penas son,  
Ninguno es cortés con celos.  
¿Qué retrato ¡ay enemiga!  
En tu blanca mano ví?

- ¿Quién es el dichoso, dí?  
 ¿Quién?... Mas espéra, no diga  
 Tu lengua tales agravios:  
 Basta, sin saber quién sea,  
 Que yo en tu mano le vea,  
 Sin que le escuche en tus labios.
- FÉNIX. Muley, aunque mi deseo  
 Licencia de amar te dió,  
 De ofender y injuriar no.
- MULEY. Es verdad, Fénix, ya veo  
 Que no es estilo ni modo  
 De hablarte; pero los cielos  
 Saben que, en habiendo celos,  
 Se pierde el respeto á todo.  
 Con grande recato y miedo  
 Te serví, quise y amé;  
 Mas si con amor callé,  
 Con celos, Fénix, no puedo,  
 No puedo.
- FÉNIX. No ha merecido  
 Tu culpa satisfaccion;  
 Pero yo por mi opinion  
 Satisfacerte he querido;  
 Que un agravio entre los dos  
 Disculpa tiene; y así,  
 Te la doy.
- MULEY. ¿Pues hayla?
- FÉNIX. Sí.
- MULEY. ¡Buenas nuevas te dé Dios!
- FÉNIX. Este retrato ha enviado...
- MULEY. ¿Quién?
- FÉNIX. Tarudante el infante.
- MULEY. ¿Para qué?
- FÉNIX. Porque ignorante

- Mi padre de mi cuidado...  
 MULEY. Bien.  
 FÉNIX. Pretende que estos dos  
 Reinos...  
 MULEY. No me digas más.  
 ¿Esa disculpa me das?  
 ¡Malas nuevas te dé Dios!  
 FÉNIX. Pues ¿qué culpa habré tenido  
 De que mi padre lo trate?  
 MULEY. De haber hoy, aunque te mate,  
 El retrato recibido.  
 FÉNIX. ¿Pude excusarlo?  
 MULEY. ¿Pues no?  
 FÉNIX. ¿Cómo?  
 MULEY. Otra cosa fingir.  
 FÉNIX. Pues ¿qué pude hacer?  
 MULEY. Morir;  
 Que por tí lo hiciera yo.  
 FÉNIX. Fué fuerza.  
 MULEY. Más fué mudanza.  
 FÉNIX. Fué violencia.  
 MULEY. No hay violencia.  
 FÉNIX. Pues ¿qué pudo ser?  
 MULEY. Mi ausencia,  
 Sepulcro de mi esperanza.  
 Y para no asegurarme  
 De que te puedes mudar,  
 Ya me vuelvo yo á ausentar:  
 Vuelve, Fénix, á matarme.  
 FÉNIX. Forzosa es la ausencia, parte...  
 MULEY. Ya lo está el alma primero.  
 FÉNIX. Á Tánger, que en Fez te espero,  
 Donde acabes de quejarte.  
 MULEY. Sí haré, si mi mal dilato.

- FÉNIX. Adios, que es fuerza el partir.  
 MULEY. Oye: ¿al fin me dejas ir  
 Sin entregarme el retrato?  
 FÉNIX. Por el Rey no le he deshecho.  
 MULEY. Suelta, que no será en vano  
 Que saque yo de tu mano  
 A quien me saca del pecho. (Vanse.)

Playa de Tánger.

### ESCENA VII.

*Tocan dentro un clarín, hay ruido de desembarcar,  
 y van saliendo DON FERNANDO, DON ENRIQUE,  
 DON JUAN COUTIÑO, Y SOLDADOS PORTUGUESES.*

- D. FERN. Yo he de ser el primero, África bella,  
 Que he de pisar tu márgen arenosa,  
 Porque oprimida al peso de mi huella  
 Sientas en tu cerviz la poderosa  
 Fuerza que ha de rendirte.
- D. ENR. Yo en el suelo  
 Africano la planta generosa (Caé.)  
 El segundo pondré. ¡Válgame el cielo!  
 Hasta aquí los agüeros me han seguido.
- D. FERN. Pierde, Enrique, á esas cosas el recelo,  
 Porque el caer agora, ántes ha sido  
 Que ya, como á señor, la misma tierra  
 Los brazos en albricias te ha pedido.
- D. ENR. Desierta esta campaña y esta sierra  
 Los alarbes, al vernos, han dejado.

- D. JUAN. Tángen las puertas de sus muros eierra.  
 D. FERN. Todos se han retirado á su sagrado.  
 Don Juan Coutiño, conde de Miralva,  
 Reconoced la tierra con cuidado:  
 Antes que el sol, reconociendo el alba,  
 Con más furia nos hiera y nos ofenda,  
 Haced á la ciudad la primer salva.  
 Decid que defenderse no pretenda,  
 Porque la he de ganar á sangre y fuego,  
 Que el campo inunde, el edificio encienda.  
 D. JUAN. Tú verás que á sus mismas puertas llego,  
 Aunque volcan de llamas y de rayos  
 Le deje al sol con pardas nubes ciego.

(Vase.)

### ESCENA VIII.

BRITO.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE, SOLDADOS  
 PORTUGUESES.

- BRITO. ¡Gracias á Dios que abrilés piso y mayos,  
 Y en la tierra me voy por donde quiero,  
 Sin sustos, sin vaivenes ni desmayos!  
 Y no en el mar, adonde, si primero  
 No se consulta un monstruo de madera,  
 Que es juez de palo, en fin, el más ligero  
 No se puede escapar de una carrera  
 En el mayor peligro. ¡Ah tierra mia!  
 No muera en agua yo, como no muera  
 Tampoco en tierra hasta el postrero dia.  
 D. ENR. ¡Que escuches este loco!  
 D. FERN. Y que tu pena,

Sin razon, sin arbitrio y sin consuelo (1),  
¡Tanto de tí te priva y te divierte!

- D. ENR. El alma traigo de temores llena:  
Echada juzgo contra mí la suerte,  
Desde que desde Lisboa, al salir, sólo  
Imágenes he visto de la muerte.  
Apénas, pues, al berberisco polo  
Prevenimos los dos esta jornada,  
Cuando de un parasismo el mismo Apolo  
Amortajado en nubes, la dorada  
Faz escondió, y el mar sañado y fiero  
Deshizo con tormentas nuestra armada.  
Si miro al mar, mil sombras considero;  
Si al cielo miro, sangre me parece  
Su velo azul; si al aire lisonjero,  
Aves nocturnas son las que me ofrece;  
Si á la tierra, sepulcros representa,  
Donde mísero yo caiga y tropiece.
- D. FERN. Pues descifrarte aquí mi amor intenta  
Causa de un melancólico accidente.  
Sorbernos una nave una tormenta,  
Es decirnos que sobra aquella gente  
Para ganar la empresa á que venimos:  
Verter púrpura el cielo trasparente,  
Es gala, no es horror; que si fingimos  
Monstruos al agua y pájaros al viento,  
Nosotros hasta aquí no los trajimos;  
Pues si ellos aquí están, ¿no es argumento  
Que á la tierra que habitan inhumanos,  
Pronostican el fin fiero y sangriento?

---

(1) Verso suelto en una escena escrita en tercetos. Falta un verso que consuene con *dia*, y otro con *pena*. Es de creer que haya una laguna aquí.



Haciendo primero frente  
 Los arcabuceros: luégo  
 Los que caballos tuvieren  
 Salgan tambien á su usanza,  
 Con lanzas y con arneses.  
 ¡Ea, Enrique, buen principio  
 Esta ocasion nos ofrece!  
 ¡Ánimo!

- D. ENR.                    ¡Tu hermano soy!  
 No me espantan accidentes  
 Del tiempo, ni me espantara  
 El semblante de la muerte. (Vanse.)
- BRITO.                    El cuartel de la salud  
 Me toca á mí guardar siempre.  
 ¡Oh qué brava escaramuza!  
 Ya se embisten, ya acometen.  
 ¡Famoso juego de cañas!  
 Ponerme en cobro conviene. (Vase.)  
 (Tocan dentro al arma.)

---

Otro punto de la playa.

### ESCENA X.

DON JUAN Y DON ENRIQUE, *peleando con varios*  
 MOROS.

- D. ENR. A ellos, que ya los moros  
 Vencidos la espalda vuelven.
- D. JUAN. Llenos de despojos quedan,  
 De caballos y de gentes,

Estos campos.

- D. ENR.                               ¿Don Fernando  
Dónde está, que no parece?
- D. JUAN. Tanto se ha empeñado en ellos,  
Que ya de vista se pierde.
- D. ENR. Pues á buscarle, Coutiño.
- D. JUAN. Siempre á tu lado me tienes. (Vanse.)

### ESCENA XI (1).

DON FERNANDO, *con la espada de Muley, y MULEY,*  
*con adarga sola.*

- D. FERN. En la desierta campaña,  
Que tumba comun parece  
De cuerpos muertos, si ya  
No es teatro de la muerte,  
Solo tú, moro, has quedado,  
Porque rendida tu gente  
Se retiró, y tu caballo,  
que mares de sangre vierte,  
Envuelto en polvo y espuma,  
Que él mismo levanta y pierde,  
Te dejó para despojo  
De mi brazo altivo y fuerte,  
Entre los sueltos caballos  
De los vencidos jinetes.  
Yo ufano con tal victoria,  
Que me ilustra y desvanece  
Más que el ver esta campaña

---

(1) Esta escena es una especie de glosa, habilísimamente hecha, de varios romances.

Coronada de claveles;  
Pues es tanta la vertida  
Sangre con que se guarnece,  
Que la piedad de los ojos  
Fué tan grande, tan vèmente,  
De no ver siempre desdichas,  
De no mirar ruinas siempre,  
Que por el campo buscaban  
Entre lo rojo lo verde.  
En efecto, mi valor,  
Sujetando tus valientes  
Bríos, de tantos perdidos  
Un suelto caballo prende,  
Tan monstruo, que siendo hijo  
Del viento, adopción pretende  
Del fuego, y entre los dos  
Lo desdice y lo desmiente  
El color, pues siendo blanco,  
Dice el agua: «Parto es este  
De mi esfera, sola yo  
Pude cuajarle de nieve.»  
En fin, en lo veloz, viento,  
Rayo en fin en lo eminente,  
Era por lo blanco cisne,  
Por lo sangriento era sierpe,  
Por lo hermoso era soberbio,  
Por lo atrevido valiente,  
Por los relinchos lozano  
Y por las cernejas fuerte.  
En la silla y en las ancas  
Puestos los dos juntamente,  
Mares de sangre rompimos,  
Por cuyas ondas crueles  
Este bajel animado,

Hecho proa de la frente,  
Rompiendo el globo de nácar,  
Desde el codon al copete,  
Pareció entre espuma y sangre  
(Ya que bajel quise hacerle)  
De cuatro espuelas herido,  
Que cuatro vientos le mueven.  
Rindióse al fin, si hubo peso  
Que tanto Atlante oprimiese;  
Si bien el de las desdichas  
Hasta los brutos lo sienten;  
O ya fué, que enternecido  
Entre su instinto dijese:  
«Triste camina el alarbe  
Y el español parte alegre;  
¿Luego yo contra mi patria  
Soy traidor y soy aleve?»  
No quiero pasar de aquí;  
Y puesto que triste vienes,  
Tanto, que aunque el corazon  
Disimula cuanto puede,  
Por la boca y por los ojos,  
Volcanes que el pecho enciende,  
Ardientes suspiros lanza  
Y tiernas lágrimas vierte;  
Admirado mi valor  
De ver, cada vez que vuelve,  
Que á un golpe de la fortuna  
Tanto se postre y sujete  
Tu valor, pienso que es otra  
La causa que te entristece;  
Porque por la libertad  
No era justo ni decente  
Que tan tiernamente lllore

Quien tan duramente hiere.  
Y así, si el comunicar  
Los males alivio ofrece  
Al sentimiento, entre tanto  
Que llegamos á mi gente,  
Mi deseo á tu cuidado,  
Si tanto favor merece,  
Con razones le pregunta  
Comedidas y corteses,  
¿Qué sientes? pues ya he creído  
Que el venir preso no sientes.  
Comunicado el dolor,  
Se aplaca si no se vence;  
Y yo, que soy el que tuve  
Más parte en este accidente  
De la fortuna, también  
Quiero ser el que consuele  
De tus suspiros la causa,  
Si la causa lo consiente.

**MULEY.** Valiente eres, español,  
Y cortés como valiente;  
Tan bien vences con la lengua,  
Como con la espada vences.  
Tuya fué la vida, cuando  
Con la espada entre mi gente  
Me venciste; pero agora,  
Que con la lengua me prendes,  
Es tuya el alma, porque  
Alma y vida se confiesen  
Tuyas: de ambas eres dueño,  
Pues ya cruel, ya clemente,  
Por el trato y por las armas  
Me has cautivado dos veces.  
Movido de la piedad

De oirme, español, y verme,  
Preguntado me has la causa  
De mis suspiros ardientes;  
Y aunque confieso que el mal  
Repetido y dicho suele  
Templarse, también confieso  
Que quien le repite, quiere  
Aliviarse; y es mi mal  
Tan dueño de mis placeres,  
Que por no hacerles disgusto,  
Y que aliviado me deje,  
No quisiera repetirla;  
Mas ya es fuerza obedecerte,  
Y quiérotela decir  
Por quien soy y por quien eres.  
Sobrino del rey de Fez  
Soy; mi nombre es Muley Jeque,  
Familia que ilustran tantos  
Bajáes y belerbeyes.  
Tan hijo fuí de desdichas  
Desde mi primer oriente,  
Que en el umbral de la vida  
Nací en brazos de la muerte.  
Una desierta campaña,  
Que fué sepulcro eminente  
De españoles, fué mi cuna;  
Pues para que lo confieses,  
En los Gélves nací el año  
Que os perdisteis en los Gélves.  
A servir al rey mi tío  
Vine infante.—Pero empiecen  
Las penas y las desdichas:  
Cesen las venturas, cesen.  
Vine á Fez, y una hermosura,

---

A quien he adorado siempre,  
Junto á mi casa vivia,  
Porque más cerca muriese.  
Desde mis primeros años,  
Porque más constante fuese  
Este amor, más imposible  
De acabarse y de romperse,  
Ambos nos criamos juntos,  
Y amor en nuestras niñeces  
No fué rayo, pues hirió  
En lo humilde, tierno y débil  
Con más fuerza que pudiera  
En lo augusto, altivo y fuerte;  
Tanto, que para mostrar  
Sus fuerzas y sus poderes,  
Hirió nuestros corazones  
Con arpones diferentes.  
Pero como la porfia  
Del agua en las piedras suele  
Hacer señal, por la fuerza  
No, sino cayendo siempre;  
Así las lágrimas mias,  
Porfiando eternamente,  
La piedra del corazon,  
Más que los diamantes fuerte,  
Labraron; y no con fuerza  
De méritos excelentes,  
Pero con mi mucho amor  
Vino en fin á enterneorse.  
En este estado viví  
Algun tiempo, aunque fué breve,  
Gozando en auras süaves  
Mil amorosos deleites.  
Ausentéme, por mi mal:

Harto he dicho en ausentéme,  
Pues en mi ausencia otro amante  
Ha venido á darme muerte.  
Él dichoso, yo infelice,  
Él asistiendo, yo ausente,  
Yo cautivo y libre él,  
Me contrastara mi suerte  
Cuando tú me cautivaste:  
Mira si es bien me lamente.

D. FERN. Valiente moro y galan,  
Si adoras como refieres,  
Si idolatras como dices,  
Si amas como encareces,  
Si celas como suspiras,  
Si como recelas temes,  
Y si como sientes amas,  
Dichosamente padeces.  
No quiero por tu rescate  
Más precio de que le aceptes.  
Vuélvete, y dile á tu dama  
Que por su esclavo te ofrece  
Un portugues caballero;  
Y si obligada pretende  
Pagarme el precio por tí,  
Yo te doy lo que me debes:  
Cobra la deuda en amor,  
Y logra tus intereses.  
Ya el caballo, que rendido  
Cayó en el suelo, parece  
Con el ocio y el descanso  
Que restituido vuelve;  
Y porque sé qué es amor,  
Y qué es tardanza en ausentes,  
No te quiero detener:

- Sube en tu caballo y véte.
- MULEY.** Nada mi voz te responde;  
Que á quien liberal ofrece,  
Sólo aceptar es lisonja.  
Díme, portugues, quién eres.
- D. FERN.** Un hombre noble, y no más.
- MULEY.** Bien lo muestras, seas quien fueres.  
Para el bien y para el mal  
Soy tu esclavo eternamente.
- D. FERN.** Toma el caballo, que es tarde.
- MULEY.** Pues si á tí te lo parece,  
¿Qué hará á quien vino cautivo  
Y libre á su dama vuelve? (Vase.)
- D. FERN.** Generosa accion es dar,  
Y más la vida.
- MULEY.** (Dentro). ¡Valiente  
Portugues!
- D. FERN.** Desde el caballo  
Habla.—¿Qué es lo que me quieres?
- MULEY.** (Dentro.) Espero que he de pagarte  
Algún día tantos bienes.
- D. FERN.** Gózalos tú.
- MULEY.** (Dentro.) Porque al fin,  
Hacer bien nunca se pierde.  
Alá te guarde, español.
- D. FERN.** Si Alá es Dios, con bien te lleve.  
(Suenan dentro cajas y trompetas.)  
Mas ¿qué trompeta es esta  
Que el aire turba y la region molesta?  
Y por estotra parte  
Cajas se escuchan: música de Marte  
Son las dos.



## ESCENA XIII.

DON JUAN.—DON FERNANDO, DON ENRIQUE.

D. JUAN. Mala salida á tierra dispusimos.

D. FERN. Ya no es tiempo de medios:

A los brazos apelen los remedios,  
 Pues uno y otro ejército nos cierra  
 En medio. ¡Avis y Cristo!

D. JUAN. ¡Guerra, guerra!

(Entranse sacando las espadas, y dase la batalla.)

## ESCENA XIV.

BRITO.

Ya nos cogen en medio,  
 Un ejército y otro, sin remedio.  
 ¡Qué bellaca palabra!  
 La llave eterna de los cielos abra  
 Un resquicio siquiera,  
 Que de aqueste peligro salga afuera  
 Quien aquí se ha venido  
 Sin qué ni para qué. Pero fingido  
 Muerto estaré un instante,  
 Y muerto lo tendré para adelante.

(Echase en el suelo.)

## ESCENA XV.

UN MORO *acuchillando á* DON ENRIQUE.—BRITO *en el suelo.*

MORO. ¡Quién tanto se defiende,  
 Siendo mi brazo rayo, que descende

- Desde la cuarta esfera?  
**D. ENR.** Pues aunque yo tropiece, caiga y muera  
 En cuerpos de cristianos,  
 No desmaya la fuerza de las manos;  
 Que ella de quien yo soy mejor avisa.  
 (Písanle, y éntranse.)  
**BRITO.** ¡Cuerpo de Dios con él, y qué bien pisa!

### ESCENA XVI.

**MULEY Y DON JUAN COUTIÑO riendo.** — **BRITO.**

- MULEY.** Ver, portugues valiente,  
 En tí fuerza tan grande, no lo siente  
 Mi valor; pues quisiera  
 Daros hoy la victoria.  
**D. JUAN.** ¡Pena fiera!  
 Sin tiento y sin aviso,  
 Son cuerpos de cristianos cuantos piso.  
 (Vanse los dos.)  
**BRITO.** Yo se lo perdonara,  
 A trueco, mi señor, que no pisara.

### ESCENA XVII.

**DON FERNANDO, retirándose del REY y de otros MOROS.**—**BRITO.**

- REY.** Rinde la espada, altivo  
 Portugues; que si logro el verte vivo  
 En mi poder, prometo  
 Ser tu amigo. ¿Quién eres?

D. FERN. Un caballero soy; saber no esperes  
Más de mí. Dáme muerte.

### ESCENA XVIII.

DON JUAN, *que se pone al lado de DON FERNANDO.*—  
DICHOS.

D. JUAN. Primero, gran señor, mi pecho fuerte,  
Que es muro de diamante,  
Tu vida guardará puesto delante.  
¡Ea, Fernando mio,  
Muéstrese ahora el heredado brío!

REY. Si esto escucho, ¿qué espero?  
Suspéndanse las armas, que no quiero  
Hoy más felice gloria;  
Que este preso me basta por victoria.  
Si tu prision ó muerte  
Con tal sentencia decretó la suerte,  
Da la espada, Fernando,  
Al Rey de Fez.

### ESCENA XIX.

MULEY; *despues* DON ENRIQUE. — DICHOS.

MULEY. ¿Qué es lo que estoy mirando?

D. FERN. Sólo á un rey la rindiera;  
Que desesperacion negarla fuera.

(Sale Don Enrique.)

D. ENR. ¡Preso mi hermano!

D. FERN. Enrique,

- Tu voz más sentimiento no publique;  
 Que en la suerte importuna  
 Estos son los sucesos de fortuna.
- REY. Enrique, Don Fernando  
 Está hoy en mi poder; y aunque mostrando  
 La ventaja que tengo,  
 Pudiera daros muerte, yo no vengo  
 Hoy más que á defenderme;  
 Que vuestra sangre no viniera á hacerme  
 Honras tan conocidas  
 Como podrán hacerme vuestras vidas.  
 Y para que el rescate  
 Con más puntualidad al Rey se trate,  
 Vuelve tú; que Fernando  
 En mi poder se quedará, aguardando  
 Que vengas á libralle.  
 Pero dile á Duarte, que en llevalle  
 Será su intento vano,  
 Si á Ceuta no me entrega por su mano.—  
 Y agora vuestra Alteza,  
 A quien debo esta honra, esta grandeza,  
 A Fez venga conmigo.
- D. FERN. Iré á la esfera cuyos rayos sigo.
- MULEY. (Ap.) Porque yo tenga, ¡cielos!  
 Más que sentir entre amistad y celos.
- D. FERN. Enrique, preso quedo.  
 Ni al mal ni á la fortuna tengo miedo.  
 Dirásle á nuestro hermano  
 Que haga aquí como príncipe cristiano  
 En la desdicha mia.
- D. ENR. ¿Pues quién de sus grandezas desconfía?
- D. FERN. Esto te encargo, y digo  
 Que haga como cristiano.
- D. ENR. Yo me obligo

A volver como tal.

- D. FERN. Dáme esos brazos.  
 D. ENR. Tú eres el preso, y pónesme á mí lazos.  
 D. FERN. Don Juan, adios.  
 D. JUAN. Yo he de quedar contigo:  
 De mí no te despidas.  
 D. FERN. ¡Leal amigo!  
 D. ENR. ¡Oh infelice jornada!  
 D. FERN. Dirásle al Rey... Mas no le digas nada,  
 Si con grande silencio el miedo vano  
 Estas lágrimas lleva al Rey mi hermano.  
 (Vause.)

### ESCENA XX.

DOS MOROS.—BRITO.

- MORO 1.<sup>o</sup> Cristiano muerto es este.  
 MORO 2.<sup>o</sup> Porque no causen peste,  
 Echad al mar los muertos.  
 BRITO. En dejándós los cascos bien abiertos  
 A tajos y á reveses;  
 (Levántase, y acuchillalos.)  
 Que ainda mortos somos portugueses.
-

## JORNADA SEGUNDA.

---

Falda de un monte cercano á los jardines del rey de **Fez**.

### ESCENA PRIMERA.

FÉNIX, *y luego* MULEY.

FÉNIX. ¡Zara! ¡Rosa! ¡Estrella! ¿No  
Hay quien me responda? (*Sale Muley.*)

MULEY. Sí,

Que tú eres sol para mí  
Y para tí sombra yo,  
Y la sombra al sol siguió.  
El eco dulce escuché  
De tu voz, y apresuré  
Por esta montaña el paso.  
¿Qué sientes?

FÉNIX. Oye, si acaso  
Puedo decir lo que fué.  
Lisonjera, libre, ingrata,  
Dulce y süave una fuente  
Hizo apacible corriente  
De cristal y undosa plata;  
Lisonjera se desata,  
Porque hablaba y no sentia:  
Süave, porque fingia;

Libre, porque claro hablaba;  
Dulce, porque murmuraba;  
É ingrata, porque corria.  
Aquí cansada llegué,  
Despues de seguir ligera  
En ese monte una fiera,  
En cuya frescura hallé  
Ocio y descanso; porqué  
De un montecillo á la espalda,  
De quien corona y guirnalda  
Fueron clavel y jazmin,  
Sobre un catre de carmin  
Hice un foso de esmeralda.  
Apénas en él rendí  
El alma al susurro blando  
De las soledades, cuando  
Ruido en las hojas sentí.  
Atenta me puse, y ví  
Una caduca africana,  
Espíritu en forma humana,  
Ceño arrugado y esquivo,  
Que era un esqueleto vivo  
De lo que fué sombra vana,  
Cuya rústica fiereza,  
Cuyo aspecto esquivo y bronco  
Fué escultura hecha de un tronco  
Sin pulirse la corteza.  
Con melancolía y tristeza,  
Pasiones siempre infelices,  
(Para que te atemorices)  
Una mano me tomó,  
Y entónces ser tronco yo  
Afirmé por las raíces.  
Hielo introdujo en mis venas

El contacto, horror las voces,  
Que discurriendo veloces,  
De mortal veneno llenas,  
Articuladas apénas,  
Esto les pude entender:  
«¡Ay infelice mujer!  
¡Ay forzosa desventura!  
¿Que en efecto esta hermosura  
Precio de un muerto ha de ser?»  
Dijo, y yo tan triste vivo,  
Que diré mejor que muero;  
Pues por instantes espero  
De aquel tronco fugitivo  
Cumplimiento tan esquivo,  
De aquel oráculo yerto  
El presagio y fin tan cierto,  
Que mi vida ha de tener.—  
¡Ay de mí! ¡que yo he de ser  
Precio vil de un hombre muerto! (Vase.)

## ESCENA II.

### MULEY.

Fácil es de descifrar  
Ese sueño, esa ilusion,  
Pues las imágenes son  
De mi pena singular.  
A Tarudante has de dar  
La mano de esposa; pero  
Yo, que en pensarlo me muero,  
Estorbaré mi rigor;  
Que él no ha de gozar tu amor

Si no me mata primero.  
 Perderte yo, podrá ser;  
 Mas nó perderte y vivir:  
 Luego si es fuerza el morir  
 Antes que lo llegue á ver,  
 Precio mi vida ha de ser  
 Con que ha de comprarte, ¡ay cielos!  
 Y tú en tantos desconsuelos  
 Precio de un muerto serás,  
 Pues que morir me verás  
 De amor, de envidia y de celos.

### ESCENA III.

DON FERNANDO, TRES CAUTIVOS.—MULEY.

CAUT. 1.º Desde aquel jardin te vimos,  
 Donde estamos trabajando,  
 Andar á caza, Fernando,  
 Y todos juntos venimos  
 A arrojarnos á tus piés.

CAUT. 2.º Solamente este consuelo  
 Aquí nos ofrece el cielo.

CAUT. 3.º Piedad como suya es.

D. FERN. Amigos, dadme los brazos;  
 Y sabe Dios si con ellos  
 Quisiera de vuestros cuellos  
 Romper los nudos y lazos  
 Que os aprisionan; que á fe  
 Que os darian libertad  
 Antes que á mí; mas pensad  
 Que favor del cielo fué  
 Esta piadosa sentencia;

El mejorará la suerte,  
Que á la desdicha más fuerte  
Sabe vencer la prudencia.  
Sufrid con ella el rigor  
Del tiempo y de la fortuna:  
Deidad bárbara, importuna,  
Hoy cadáver y ayer flor,  
No permanece jamás,  
Y así os mudará de estado.—  
¡Ay Dios! que al necesitado  
Darle consejo no más,  
No es prudencia; y en verdad,  
Que aunque quiera regalaros,  
No tengo esta vez qué daros:  
Mis amigos, perdonad.  
Ya de Portugal espero  
Socorro, presto vendrá:  
Vuestra mi hacienda será;  
Para vosotros la quiero.  
Si me vienen á sacar  
Del cautiverio, ya digo  
Que todos ireis conmigo.  
Id con Dios á trabajar,  
No disgusteis vuestros dueños.

CAUT. 1.<sup>o</sup> Señor, tu vida y salud  
Hace nuestra esclavitud  
Dichosa.

CAUT. 2.<sup>o</sup> Siglos pequeños  
Los del Fénix sean, señor,  
Para que vivas. (Vanse los cautivos.)

## ESCENA IV.

DON FERNANDO, MULEY.

- D. FERN. El alma  
Queda en lastimosa calma,  
Viendo que os vais sin favor  
De mis manos. ¡Quién pudiera  
Socorrerlos! ¡Qué dolor!
- MULEY. Aquí estoy viendo el amor  
Con que la desdicha fiera  
De esos cautivos tratais.
- D. FERN. Duélome de su fortuna,  
Y en la desdicha importuna  
Que á esos cautivos mirais  
Aprendo á ser infelice;  
Y algun día podrá ser  
Que los haya menester.
- MULEY. ¡Eso vuestra Alteza dice?
- D. FERN. Naciendo infante, he llegado  
A ser esclavo; y así  
Temo venir desde aquí  
A más miserable estado;  
Que si ya en aqueste vivo,  
Mucha más distancia tray  
De infante á cautivo, que hay  
De cautivo á más cautivo.  
Un día llama á otro día,  
Y así llama y encadena  
Llanto á llanto y pena á pena.
- MULEY. ¡No fuera mayor la mia!  
Que vuestra Alteza mañana,

Aunque hoy cautivo está,  
 A su patria volverá;  
 Pero mi esperanza es vana,  
 Pues no puede alguna vez  
 Mejorarse mi fortuna,  
 Mudable más que la luna.

D. FERN. Cortesano soy de Fez,  
 Y nunca de los amores  
 Que me contaste, te oí  
 Novedad.

MULEY. Fueron en mi  
 Recatados los favores.  
 El dueño juré encubrir;  
 Pero á la amistad atento,  
 Sin quebrar el juramento,  
 Te lo tengo de decir.  
 Tan solo mi mal ha sido  
 Como solo mi dolor;  
 Porque el Fénix y mi amor  
 Sin semejante han nacido.  
 En ver, oír y callar  
 Fénix es mi pensamiento;  
 Fénix es mi sufrimiento  
 En temer, sentir y amar;  
 Fénix mi desconfianza  
 En llorar y padecer;  
 En merecerla y temer  
 Aun es Fénix mi esperanza;  
 Fénix mi amor y cuidado;  
 Y pues que es Fénix te digo,  
 Como amante y como amigo,  
 Ya lo he dicho y lo he callado. (Vase.)

D. FERN. Cuerdamente declaró  
 El dueño amante y cortés:

Si Fénix su pena es,  
No he de competirla yo;  
Que la mia es comun pena.  
No me doy por entendido;  
Que muchos la han padecido  
Y vive de enojos llena.

### ESCENA V.

EL REY.—DON FERNANDO.

REY. Por la falda deste monte  
Vengo siguiendo á tu Alteza,  
Porque, ántes que el sol se oculte  
Entre corales y perlas,  
Te diviertas en la lucha  
De un tigre, que ahora cercan  
Mis cazadores.

D. FERN. Señor,  
Gustos por puntos inventas  
Para agradarme: si así  
A tus esclavos festejas,  
No echarán ménos la patria.

REY. Cautivos de tales prendas  
Que honran al dueño, es razon  
Servirlos desta manera.

### ESCENA VI.

DON JUAN.—DICHOS.

D. JUAN. Sal, gran señor, á la orilla  
Del mar, y verás en ella

El más hermoso animal  
 Que añadió naturaleza  
 Al artificio; porque  
 Una cristiana galera  
 Llega al puerto, tan hermosa,  
 Aunque toda oscura y negra,  
 Que al verla se duda cómo  
 Es alegre su tristeza.  
 Las armas de Portugal  
 Vienen por remate della;  
 Que como tienen cautivo  
 A su Infante, tristes señas  
 Visten por su esclavitud,  
 Y á darle libertad llegan,  
 Diciendo su sentimiento.

D. FERN. Don Juan amigo, no es esa  
 De su luto la razon;  
 Que si á librarme vinieran,  
 En fe de mi libertad,  
 Fueran alegres las muestras.

### ESCENA VII.

DON ENRIQUE, *vestido de luto, con un pliego.*—

DICHOS.

D. ENR. (Al Rey.) Dadme, gran señor, los brazos.

REY. Con bien venga vuestra Alteza.

D. FERN. ¡Ay Don Juan, cierta es mi muerte!

REY. ¡Ay Muley, mi dicha es cierta!

D. ENR. Ya que de vuestra salud  
 Me informa vuestra presencia,  
 Para abrazar á mi hermano

Me dad, gran señor, licencia.

¡Ay Fernando! (Abrázanse.)

D. FERN.

Enrique mio,

¿Qué traje es ese? Mas cesa:  
Harto me han dicho tus ojos,  
Nada me diga tu lengua.

No llores, que si es decirme  
Que es mi esclavitud eterna,  
Eso es lo que más deseo:

Albricias pedir pudieras,  
Y en vez de dolor y luto  
Vestir galas y hacer fiestas.

¿Cómo está el Rey mi señor?

Porque como salud tenga,

Nada siento. ¿Aun no respondes?

D. ENR.

Si repetidas las penas

Se sienten dos veces, quiero

Que sola una vez las sientas.—

Tú escúchame, gran señor; (Al Rey.)

Que aunque una montaña sea

Rústico palacio, aquí

Te pido me des audiencia,

A un preso la libertad,

Y atencion justa á estas nuevas.

Rota y deshecha la armada,

Que fué con vana soberbia

Pesadumbre de las ondas,

Dejando en Africa presa

La persona del Infante,

A Lisboa dí la vuelta.

Desde el punto que Duarte

Oyó tan trágicas nuevas,

De una tristeza cubrió

El corazon, de manera

Que pasando á ser letargo  
La melancolía primera,  
Muriendo, desmintió á cuantos  
Dicen que no matan penas.  
Murió el Rey, que esté en el cielo.

D. FERN. ¡Ay de mí! ¿Tanto le cuesta  
Mi prision?

REY. De esa desdicha  
Sabe Alá lo que me pesa.  
Prosigue.

D. ENR. En su testamento  
El Rey mi señor ordena  
Que luego por la persona  
Del Infante se dé á Ceuta.  
Y así yo con los poderes  
De Alfonso, que es quien le hereda,  
Porque solo este lucero  
Supliera del sol la ausencia,  
Vengo á entregar la ciudad;  
Y pues...

D. FERN. No prosigas, cesa,  
Cesa, Enrique; porque son  
Palabras indignas esas,  
No de un portugues infante,  
De un maestro, que profesa  
De Cristo la religion,  
Pero áun de un hombre lo fueran  
Vil, de un bárbaro sin luz  
De la fe de Cristo eterna.  
Mi hermano, que está en el cielo,  
Si en su testamento deja  
Esa cláusula, no es  
Para que se cumpla y lea,  
Sino para mostrar solo

Que mi libertad desea,  
Y esa se busque por otros  
Medios y otras conveniencias,  
O apacibles ó crueles.  
Porque decir: «Dése á Ceuta,»  
Es decir: hasta eso haced  
Prodigiosas diligencias.  
Que un rey católico y justo,  
¿Cómo fuera, cómo fuera  
Posible entregar á un moro  
Una ciudad que le cuesta  
Su sangre, pues fué el primero  
Que con solo una rodela  
Y una espada enarboló  
Las quinas en sus almenas?  
Y esto es lo que importa ménos.  
Una ciudad que confiesa  
Católicamente á Dios,  
La que ha merecido iglesias  
Consagradas á sus cultos  
Con amor y reverencia,  
¿Fuera católica accion,  
Fuera religion expresa,  
Fuera cristiana piedad,  
Fuera hazaña portuguesa  
Que los templos soberanos,  
Atlantes de las esferas,  
En vez de doradas luces,  
Adonde el sol reverbera,  
Vieran otomanas sombras;  
Y que sus lunas opuestas  
En la iglesia, estos eclipses  
Ejecutasen tragedias?  
¿Fuera bien que sus capillas

A ser establos vinieran,  
Sus altares á pesebres,  
Y cuando aquesto no fuera,  
Volvieran á ser mezquitas?  
Aquí enmudece la lengua,  
Aquí me falta el aliento,  
Aquí me ahoga la pena;  
Porque en pensarlo no más  
El corazon se me quiebra,  
El cabello se me criza  
Y todo el cuerpo me tiembla.  
Porque establos y pesebres  
No fuera la vez primera  
Que hayan hospedado á Dios;  
Pero en ser mezquitas, fueran  
Un epitafio, un padron  
De nuestra inmortal afrenta,  
Diciendo: «Aquí tuvo Dios  
Posada, y hoy se la niegan  
Los cristianos, para darla  
Al demonio.» Aun no se cuenta  
(Acá moralmente hablando)  
Que nadie en casa se atreva  
De otro á ofenderle: ¿era justo  
Que entrara en su casa mesma  
A ofender á Dios el vicio,  
Y que acompañado fuera  
De nosotros, y nosotros  
Le guardáramos la puerta,  
Y para dejarle dentro  
A Dios echásemos fuera?  
Los católicos que habitan  
Con sus familias y haciendas  
Hoy, quizá prevaricaran

En la fe, por no perderlas.  
¿Fuera bien ocasionar  
Nosotros la contingencia  
Deste pecado? Los niños  
Que tiernos crian en ella  
Los cristianos, ¿fuera bueno  
Que los moros indujeran  
A sus costumbres y ritos  
Para vivir en su secta?  
¿En mísero cautiverio  
Fuera bueno que murieran  
Hoy tantas vidas, por una  
Que no importa que se pierda?  
¿Quién soy yo? ¿soy más que un hombre?  
Si es número que acrecienta  
El ser infante, ya soy  
Un cautivo: de nobleza  
No es capaz el que es esclavo;  
Yo lo soy: luego ya yerra  
El que infante me llamare.  
Si no lo soy, ¿quién ordena  
Que la vida de un esclavo  
En tanto precio se venda?  
Morir es perder el sér,  
Yo le perdí en una guerra:  
Perdí el sér, luego morí:  
Morí, luego ya no es cuerda  
Hazaña que por un muerto  
Hoy tantos vivos perezcan.  
Y así estos vanos poderes,  
Hoy, divididos en piezas,  
Serán átomos del sol,  
Serán del fuego centellas.

(Rompe el pliego que traia Don Enrique.)

Mas no, yo los comeré  
Porque aún no quede una letra  
Que informe al mundo que tuvo  
La lusitana nobleza  
Este intento.—Rey, yo soy  
Tu esclavo, dispon, ordena  
De mí; libertad no quiero,  
Ni es posible que la tenga.  
Enrique, vuelve á tu patria:  
Dí que en África me dejas  
Enterrado; que mi vida  
Yo haré que muerte parezca.  
Cristianos, Fernando es muerto;  
Moros, un esclavo os queda;  
Cautivos, un compañero  
Hoy se añade á vuestras penas;  
Cielos, un hombre restaura  
Vuestras divinas iglesias;  
Mar, un misero, con llanto,  
Vuestras ondas acrecienta;  
Montes, un triste os habita,  
Igual ya de vuestras fieras;  
Viento, un pobre con sus voces  
Os duplica las esferas;  
Tierra, un cadáver hoy labra  
En tus entrañas su huesa:  
Porque rey, hermano, moros,  
Cristianos, sol, luna, estrellas,  
Cielo, tierra, mar y viento,  
Fieras, montes, todos sepan  
Que hoy un *príncipe constante*,  
Entre desdichas y penas,  
La fe católica ensalza,  
La ley de Dios reverencia;

Pues cuando no hubiera otra  
 Razon más que tener Ceuta  
 Una iglesia consagrada  
 Á la Concepcion eterna  
 De la que es Reina y Señora  
 De los cielos y la tierra,  
 Perdiera, vive ella misma,  
 Mil vidas en su defensa.

**REY.** Desagradecido, ingrato  
 A las glorias y grandezas  
 De mi reino, ¿cómo así  
 Hoy me quitas, hoy me niegas  
 Lo que más he deseado?  
 Mas si en mi reino gobiernas  
 Más que en el tuyo, ¿qué mucho  
 Que la esclavitud no sientas?  
 Pero ya que esclavo mio  
 Te nombras y te confiesas,  
 Como á esclavo he de tratarte:  
 Tu hermano y los tuyos vean  
 Que ya como vil esclavo  
 Los piés ahora me besas.

**D. ENR.** ¡Qué desdicha!

**MULEY** ;Qué dolor!

**D. ENR.** ¡Qué desventura!

**D. JUAN.** ;Qué pena!

**REY.** Mi esclavo eres.

**D. FERN.** Es verdad,

Y poco en eso te vengas;  
 Que si para una jornada  
 Salió el hombre de la tierra  
 Al fin de varios caminos,  
 Es para volver á ella.  
 Más tengo que agradecerte

- Que culparte, pues me enseñas  
Atajos para llegar  
A la posada más cerca.
- REY. Siendo esclavo tú, no puedes  
Tener títulos ni rentas.  
Hoy Ceuta está en tu poder:  
Si cautivo te confiesas,  
Si me confiesas por dueño,  
¿Por qué no me das á Ceuta?
- D. FERN. Porque es de Dios, y no es mia.
- REY. ¿No es precepto de obediencia  
Obedecer al señor?  
Pues yo te mando con ella  
Que la entregues.
- D. FERN. En lo justo  
Dice el cielo que obedezca  
El esclavo á su señor;  
Porque si el señor dijera  
Á su esclavo que pecara,  
Obligacion no tuviera  
De obedecerle; porque  
Quien peca mandado, peca.
- REY. Daréte muerte.
- D. FERN. Esa es vida.
- REY. Pues para que no lo sea,  
Vive muriendo; que yo  
Rigor tengo.
- D. FERN. Y yo paciencia.
- REY. Pues no tendrás libertad.
- D. FERN. Pues no será tuya Ceuta.
- REY. ¡Hola!

## ESCENA VIII.

CELIN, MOROS.—DICHOS.

- CELIN.                    Señor...
- REY.                        Luego al punto  
 Aquese cautivo sea  
 Igual á todos: al cuello  
 Y á los piés le echad cadenas;  
 A mis caballos acuda  
 Y en baño y jardin, y sea  
 Abatido como todos;  
 No vista ropas de seda,  
 Sino sarga humilde y pobre;  
 Coma negro pan, y beba  
 Agua salobre; en mazmorras  
 Húmedas y oscuras duerma;  
 Y á criados y á vasallos  
 Se extienda aquesta sentència.  
 Llevadlos todos.
- D. ENR.                        ¡Qué llanto!
- MULEY.                    ¡Qué desdicha!
- D. JUAN.                        ¡Qué tristeza!
- REY.                        Veré, bárbaro, veré  
 Si llega á más tu paciencia  
 Que mi rigor.
- D. FERN.                        Sí verás;  
 Porque esta en mí será eterna. (Llévanle.)
- REY.                        Enrique, por el seguro  
 De mi palabra, que vuelvas  
 A Lisboa te permito;  
 El mar africano deja.

- Dí en tu patria que su Infante,  
 Su Maestro de Avis, queda  
 Curándome los caballos;  
 Que á darle libertad vengan.
- D. ENR. Sí harán, que si yo le dejo  
 En su infelice miseria,  
 Y me sufre el corazon  
 El no acompañarle en ella,  
 Es porque pienso volver  
 Con más poder y más fuerza,  
 Para darle libertad.
- REY. Muy bien harás, como puedas.
- MULEY. (Ap.) Ya ha llegado la ocasion  
 De que mi lealtad se vea.  
 La vida debo á Fernando,  
 Yo le pagaré la deuda. (Vanse.)

-----

Jardin.

### ESCENA IX.

CELIN; DON FERNANDO, *de cautivo y con cadenas;*  
*despues, CAUTIVOS.*

CELIN. El Rey manda que asistas  
 En aqueste jardin, y no resistas  
 Su ley á tu obediencia. (Vase.)

D. FERN. Mayor que su rigor, es mi paciencia.

Salen varios cautivos, y uno canta mientras los otros  
 cavan en el jardin.)

CAUT. 1.<sup>o</sup> (Canta.) *Á la conquista de Tánger,  
Contra el tirano de Fez,  
Al infante Don Fernando  
Envió su hermano el Rey.*

D. FERN. ¡Que un instante mi historia  
No deje de cansar á la memoria!  
Triste estoy y turbado.

CAUT. 2.<sup>o</sup> ¿Cautivo, cómo estais tan descuidado?  
No lloreis, consolaos; que ya el Maestre  
Dijo que volveremos  
Presto á la patria, y libertad tendremos.  
Ninguno ha de quedar en este suelo.

D. FERN. (Ap.) ¡Qué presto perdereis ese consuelo!

CAUT. 2.<sup>o</sup> Consolad los rigores,  
Y ayudadme á regar aquestas flores.  
Tomad los cubos, y agua me id trayendo  
De aquel estanque.

D. FERN. Obedecer pretendo.  
Buen cargo me habeis dado,  
Pues agua me pedís; que mi cuidado,  
Sembrando penas, cultivando enojos,  
Llenará en la corriente de mis ojos. (Vase.)

CAUT. 2.<sup>o</sup> A este baño han echado  
Más cautivos.

## ESCENA X.

DON JUAN Y OTRO CAUTIVO.—DICHOS.

D. JUAN. Miremos con cuidado  
Si estos jardines fueron  
Donde vino, ó si acaso éstos le vieron;  
Porque en su compañía

Ménos el llanto y el dolor sería,  
 Y mayor el consuelo.—  
 Dígame, amigo, que te guarde el cielo,  
 Si viste cultivando  
 Este jardín al maestro Don Fernando.

CAUT. 2.º No, amigo, no le he visto.

D. JUAN. Mal el dolor y lágrimas resisto.

CAUT. 3.º Digo que el baño abrieron,  
 Y que nuevos cautivos á él vinieron.

### ESCENA XI.

DON FERNANDO, *con dos cubos de agua*.—DICHOS.

D. FERN. Mortales, no os espante  
 Vor un maestro de Avis, ver un infante  
 En tan mísera afrenta;  
 Que el tiempo estas miserías representa.

D. JUAN. Pues señor, ¡vuestra Alteza  
 En tan mísero estado! De tristeza  
 Rompa el dolor el pecho.

D. FERN. ¡Válgate Dios, qué gran pesar me has hecho,  
 Don Juan, en descubrirme!  
 Que quisiera ocultarme y encubrirme  
 Entre mi misma gente,  
 Sirviendo pobre y miserablemente.

CAUT. 1.º Señor, que perdoneis humilde os ruego  
 Haber andado yo tan loco y ciego.

CAUT. 2.º Dános, señor, tus piés.

D. FERN. Alzad, amigo,  
 No hagais tal ceremonia ya conmigo.

D. JUAN. Vuestra Alteza...

B. FERN. ¡Qué Alteza

Ha de tener quien vive en tal bajeza?  
 Ved que yo humilde vivo,  
 Y soy entre vosotros un cautivo:  
 Ninguno ya me trate  
 Sino como á su igual.

- D. JUAN. ¡Que no desate  
 Un rayo el cielo para darme muerte!
- D. FERN. Don Juan, no ha de quejarse desa suerte  
 Un noble. ¿Quién del cielo desconfía?  
 La prudencia, el valor, la bizarria  
 Se ha de mostrar ahora.

## ESCENA XII.

ZARA, *con un azafate*.—DICHOS.

- ZARA. Al jardin sale Fénix mi señora,  
 Y manda que matices y colores  
 Borden este azafate de sus flores.
- D. FERN. Yo llevársele espero,  
 Que en cuanto sea servir, seré el primero.
- CAUT. 1.<sup>o</sup> Ea, vamos á cogellas.
- ZARA. Aquí os aguardo miéntras vais por ellas.
- D. FERN. No me hagais cortesías:  
 Iguales vuestras penas y las mias  
 Son; y pues nuestra suerte,  
 Si hoy no, mañana ha de igualar la muerte,  
 No será accion liviana  
 No dejar hoy que hacer para mañana.

(Vanse el Infante y todos haciéndole cortesías, y quédase  
 Zara.)

---

**ESCENA XIII.**
**FÉNIX, ROSA, ZARA.**

- FÉNIX.** ¿Mandaste que me trajesen  
Las flores?
- ZARA.** Ya lo mandé.
- FÉNIX.** Sus colores deseé.  
Para que me divirtiesen.
- ROSA.** ¡Que tales, señora, fuesen,  
Creyendo tus fantasías,  
Tus graves melancolías!
- ZARA.** ¿Qué te obligó á estar así?
- FÉNIX.** No fué sueño lo que ví,  
Que fueron desdichas mias.  
Cuando sueña un desdichado  
Que es dueño de algun tesoro,  
Ni dudo, Zara, ni ignoro  
Que entónces es bien soñado;  
Mas si á soñar ha llegado  
En fortuna tan incierta,  
Que desdichas le concierta,  
Ya aquello sus ojos ven,  
Pues soñando el mal y el bien,  
Halla el mal cuando despierta.  
Piedad no espero ¡ay de mí!  
Porque mi mal será cierto.
- ZARA.** ¿Y qué dejas para el muerto,  
Si tú lo sientes así?
- FÉNIX.** Ya mis desdichas creí.  
¡Precio de un muerto! ¿Quién vió  
Tal pena? No hay gusto, no,

A una infelice mujer.  
 ¿Que al fin de un muerto he de ser?  
 ¿Quién será este muerto?

ESCENA XIV.

DON FERNANDO, *con las flores*.—FÉNIX, ZARA,  
 ROSA.

D. FERN. Yo.  
 FÉNIX. ¡Ay cielos! ¿Qué es lo que veo?  
 D. FERN. ¿Qué te admira?  
 FÉNIX. De una suerte  
 Me admira el oírte y verte.  
 D. FERN. No lo jures, bien lo créo.  
 Yo pues, Fénix, que deseo  
 Servirte humilde, traia  
 Flores, de la suerte mia  
 Jeroglíficos, señora,  
 Pues nacieron con la aurora,  
 Y murieron con el día.  
 FÉNIX. Á la maravilla dió  
 Ese nombre al descubrilla.  
 D. FERN. ¿Qué flor, dí, no es maravilla  
 Cuando te la sirvo yo?  
 FÉNIX. Es verdad. Dí, ¿quién causó  
 Esta novedad?  
 D. FERN. Mi suerte.  
 FÉNIX. ¿Tan rigurosa es?  
 D. FERN. Tan fuerte.  
 FÉNIX. Pena das.  
 D. FERN. Pues no te asombre.  
 FÉNIX. ¿Por qué?

- D. FERN.                    Porque nace el hombre  
 Sujeto á fortuna y muerte.
- FÉNIX.    ¿No eres Fernando?
- D. FERN.                    Sí soy.
- FÉNIX.    ¿Quién te puso así?
- D. FERN.                    La ley  
 De esclavo.
- FÉNIX.                    ¿Quién la hizo?
- D. FERN.                    El Rey.
- FÉNIX.    ¿Por qué?
- D. FERN.                    Porque suyo soy.
- FÉNIX.    ¿Pues no te ha estimado hoy?
- D. FERN.    Y tambien me ha aborrecido.
- FÉNIX.    ¿Un dia posible ha sido  
 A desunir dos estrellas?
- D. FERN.    Para presumir por ellas,  
 Las flores habrán venido.  
 Estas, que fueron pompa y alegría  
 Despertando al albor de la mañana,  
 A la tarde serán lástima vana,  
 Durmiendo en brazos de la noche fria.  
 Este matiz, que al cielo desafia,  
 Iris listado de oro, nieve y grana,  
 Será escarmiento de la vida humana:  
 ; Tanto se emprende en término de un dia!  
 A florecer las rosas madrugaron,  
 Y para envejecerse florecieron:  
 Cuna y sepulcro en un boton hallaron.  
 Tales los hombres sus fortunas vieron:  
 En un dia nacieron y espiraron;  
 Que pasados los siglos, horas fueron.
- FÉNIX.    Horror y miedo me has dado,  
 Ni oírte ni verte quiero;  
 Sé el desdichado primero

De quien huye un desdichado.

D. FERN. ¿Y las flores?

FÉNIX. Si has hallado

Jeroglíficos en ellas,  
Deshacellas y rompellas  
Sólo sabrán mis rigores.

D. FERN. ¿Qué culpa tienen las flores?

FÉNIX. Parecerse á las estrellas.

D. FERN. ¿Ya no las quieres?

FÉNIX. Ninguna

Estimo en su rosicler.

D. FERN. ¿Cómo?

FÉNIX. Nace la mujer

Sujeta á muerte y fortuna;  
Y en esta estrella importuna  
Tasada mi vida ví.

D. FERN. ¿Flores con estrellas?

FÉNIX. Sí.

D. FERN. Aunque sus rigores lloro,

Esa propiedad ignoro.

FÉNIX. Escucha, sabráslo.

D. FERN. Dí.

FÉNIX. Esos rasgos de luz, esas centellas  
Que cobran con amagos superiores  
Alimentos del sol en resplandores,  
Aquello viven que se duele dellas.  
Flores nocturnas son; aunque tan bellas,  
Efimeras padecen sus ardores;  
Pues si un dia es el siglo de las flores,  
Una noche es la edad de las estrellas.  
De esa, pues, primavera fugitiva  
Ya nuestro mal, ya nuestro bien se infiere:  
Registro es nuestro, ó muera el sol ó viva.  
¿Qué duracion habrá que el hombre espere,

O qué mudanza habrá, que no reciba  
De astro, que cada noche nace y muere?

(Vanse Fénix. Zara y Rosa.)

### ESCENA XV.

MULEY.—DON FERNANDO.

MULEY. A que se ausentase Fénix  
En esta parte esperé;  
Que el águila más amante  
Huye de la luz tal vez.  
¿Estamos solos?

D. FERN. Sí.

MULEY. Escucha.

D. FERN. ¿Qué quieres, noble Muley?

MULEY. Que sepas que hay en el pecho  
De un moro lealtad y fe.  
No sé por dónde empezar  
A declararme, ni sé  
Si diga cuánto he sentido  
Este inconstante desden  
Del tiempo, este estrago injusto  
De la suerte, este cruel  
Ejemplo del mundo, y este  
De la fortuna vaiven.  
Pero á riesgo estoy, si aquí  
Hablar contigo me ven;  
Que tratarte sin respeto  
Es ya decreto del Rey.  
Y así, á mi dolor dejando  
La voz, que él podrá más bien  
Explicarse como esclavo,

---

Vengo á arrojar me á esos piés.  
Yo lo soy tuyo, y así  
No vengo, Infante, á ofrecer  
Mi favor, sino á pagar  
Deuda que un tiempo cobré.  
La vida que tú me diste,  
Vengo á darte; que hacer bien  
Es tesoro que se guarda  
Para cuando es menester.  
Y porque el temor me tiene  
Con grillos de miedo al pié,  
Y está mi pecho y mi cuello  
Entre el cuchillo y cordel,  
Quiero, acortando discursos,  
Declararme de una vez.  
Y así digo, que esta noche  
Tendré en el mar un bajel  
Prevenido; en las troneras  
De las mazmorras pondré  
Instrumentos, que desarmen  
Las prisiones que teneis.  
Luégo, por parte de afuera,  
Los candados romperé:  
Tú con todos los cautivos,  
Que Fez encierra hoy en él,  
Vuelve á tu patria, seguro  
De que yo lo quedo en Fez;  
Pues es fácil el decir  
Que ellos pudieron romper  
La prision; y así los dos  
Habremos librado bien,  
Yo el honor y tú la vida;  
Pues es cierto que á saber  
El Rey mi intento, me diera

Por traidor con justa ley,  
 Que no sintiera el morir.  
 Y porque son menester  
 Para granjear voluntades  
 Dineros, aquí se ve  
 A estas joyas reducido  
 Innumerable interes.  
 Este es, Fernando, el rescate  
 De mi prision, esta es  
 La obligacion que te tengo;  
 Que un esclavo noble y fiel  
 Tan inmenso bien habia  
 De pagar alguna vez.

D. FERN. Agradecerte quisiera  
 La libertad; pero el Rey  
 Sale al jardin.

MULEY.                   ¿Hate visto  
 Conmigo?

D. FERN.               No.

MULEY.               Pues no des  
 Que sospechar.

D. FERN.               Destos ramos  
 Haré rústico cancel,  
 Que me encubra mientras pasa. (Escóndese.)

## ESCENA XVI.

EL REY. — MULEY.

REY.           (Ap. ¿Con tal secreto Muley  
 Y Fernando? ¿Y irse el uno  
 En el punto que me ve,  
 Y disimular el otro?

- Algo hay aquí que temer.  
 Sea cierto, ó no sea cierto,  
 Mi temor procuraré  
 Asegurar.) Mucho estimo...
- MULEY.** Gran señor, dame tus piés.
- REY.** Hallarte aquí.
- MULEY.** ¿Qué me mandas?
- REY.** Mucho he sentido el no ver  
 A Ceuta por mia.
- MULEY.** Conquista,  
 Coronado de laurel,  
 Sus muros; que á tu valor  
 Mal se podrá defender.
- REY.** Con más doméstica guerra  
 Se ha de rendir á mis piés.
- MULEY.** ¿De qué suerte?
- REY.** Desta suerte:  
 Con abatir y poner  
 A Fernando en tal estado,  
 Que él mismo á Ceuta me dé.  
 Sabrás, pucs, Muley amigo,  
 Que yo he llegado á temer  
 Que del Maestre la persona  
 No está muy segura en Fez.  
 Los cautivos, que en estado  
 Tan abatido le ven,  
 Se lastiman, y recelo  
 Que se amotinen por él.  
 Fuera desto, siempre ha sido  
 Poderoso el interes;  
 Que las guardas con el oro  
 Son fáciles de romper.
- MULEY.** (Ap. Yo quiero apoyar agora  
 Que todo esto puede ser,

- Porque de mí no se tenga  
Sospecha.) Tú temes bien,  
Fuerza es que quieran librarle.
- REY. Pues sólo un remedio hallé,  
Porque ninguno se atreva  
A atropellar mi poder.
- MULEY. ¿Y es, señor?
- REY. Muley, que tú  
Le guardes, y á cargo esté  
Tuyo; á tí no ha de torcerte  
Ni el temor ni el interes.  
Alcaide eres del Infante,  
Procura el guardarle bien;  
Porque en cualquiera ocasion  
Tú me has de dar cuenta dél. (Vase.)
- MULEY. Sin duda alguna que oyó  
Nuestros conciertos el Rey.  
¡Válgame Alá!

### ESCENA XVII.

DON FERNANDO.—MULEY.

- D. FERN. ¿Qué te aflige?
- MULEY. ¿Has escuchado?
- D. FERN. Muy bien.
- MULEY. ¿Pues para qué me preguntas  
Qué me aflige, si me ves  
En tan ciega confusion,  
Y entre mi amigo y el Rey,  
El amistad y el honor  
Hoy en batalla se ven?  
Si soy contigo leal,

He de ser traidor con él;  
 Ingrato seré contigo,  
 Si con él me juzgo fiel.  
 ¿Qué he de hacer (¡valedme, cielos!),  
 Pues al mismo que llegué  
 A rendir la libertad,  
 Me entrega, para que esté  
 Seguro en mi confianza?  
 ¿Qué he de hacer si ha echado el Rey  
 Llave maestra al secreto?  
 Mas para acertarlo bien,  
 Te pido que me aconsejes:  
 Díme tú qué debo hacer.

**D. FERN.** Muley, amor y amistad  
 En grado inferior se ven  
 Con la lealtad y el honor.  
 Nadie iguala con el Rey;  
 El solo es igual consigo:  
 Y así mi consejo es  
 Que á él le sirvas y me faltes.  
 Tú amigo soy; y porque  
 Esté seguro tu honor,  
 Yo me guardaré también;  
 Y aunque otro llegue á ofrecerme  
 Libertad, no aceptaré  
 La vida, porque tu honor  
 Conmigo seguro esté.

**MULEY.** Fernando, no me aconsejas  
 Tan leal como cortés.  
 Sé que te debo la vida,  
 Y que pagártela es bien;  
 Y así lo que está tratado,  
 Esta noche dispondré.  
 Líbrate tú, que mi vida

Se quedará á padecer  
Tu muerte: líbrate tú,  
Que nada temo despues.

**D. FERN.** ¿Y será justo que yo  
Sea tirano y cruel  
Con quien conmigo es piadoso,  
Y mate al honor cruel  
Que á mí me está dando vida?  
No, y así te quiero hacer  
Juez de mi causa y mi vida:  
Aconséjame tambien.  
¿Tomaré la libertad  
De quien queda á padecer  
Por mí? ¿Dejaré que sea  
Uno con su honor cruel,  
Por ser liberal conmigo?  
¿Qué me aconsejas?

**MULEY.** No sé;  
Que no me atrevo á decir  
Sí ni no: el no, porque  
Me pesará que lo diga;  
Y el sí, porque echo de ver  
Si voy á decir que sí,  
Que no te aconsejo bien.

**D. FERN.** Sí aconsejas, porque yo,  
Por mi Dios y por mi ley,  
Seré un príncipe constante  
En la esclavitud de Fez.

---

## JORNADA TERCERA.

---

Sala de una quinta del rey moro.

### ESCENA PRIMERA.

MULEY, EL REY.

**MULEY.** (Ap. Ya que socorrer no espero,  
Por tantas guardas del Rey,  
A Don Fernando, hacer quiero  
Sus ausencias, que esta es ley  
De un amigo verdadero.)  
Señor, pues yo te serví  
En tierra y mar, como sabes,  
Si en tu gracia merecí  
Lugar, en penas tan graves  
Atento me escucha.

**REY.** DÍ.

**MULEY.** Fernando...

**REY.** No digas más.

**MULEY.** ¿Posible es que no me oirás?

**REY.** No, que diciendo Fernando,  
Ya me ofendes.

**MULEY.** ¿Cómo, ó cuándo?

**REY.** Como ocasion no me das

- De hacer lo que me pidieres,  
Cuando me ruegas por él.
- MULEY.** ¿Si soy su guarda, no quieres,  
Señor, que dé cuenta dél?
- REY.** Dí; pero piedad no esperes.
- MULEY.** Fernando, cuya importuna  
Suerte, sin piedad alguna  
Vive, á pesar de la fama,  
Tanto que el mundo le llama  
El monstruo de la fortuna,  
Examinando el rigor,  
Mejor dijera el poder  
De tu corona, señor,  
Hoy á tan mísero sér  
Le ha traído su valor,  
Que en un lugar arrojado,  
Tan humilde y desdichado,  
Que es indigno de tu oído,  
Enfermo, pobre y tullido,  
Piedad pide al que ha pasado;  
Porque como le mandaste  
Que en la mazmorra durmiese,  
Que en los baños trabajase,  
Que tus caballos curase  
Y nadie á comer le diese,  
A tal extremo llegó,  
Como era su natural  
Tan flaco, que se tulló;  
Y así la fuerza del mal  
Brío y majestad rindió.  
Pasando la noche fria  
En una mazmorra dura,  
Constante en su fe porfia;  
Y al salir la lumbre pura

Del sol, que es padre del día,  
Los cautivos (¡pena fiera!)  
En una misera estera  
Le ponen en tal lugar,  
Que es, ¡dirélo? un muladar;  
Porque es su olor de manera,  
Que nadie puede sufrille  
Junto á su casa; y así  
Todos dan en despedille,  
Y ha venido á estar allí  
Sin hablalle y sin oílle,  
Ni compadecerse dél.  
Sólo un criado y un fiel  
Caballero en pena extraña  
Le consuela y acompaña.  
Estos dos parten con él  
Su porcion, tan sin provecho,  
Que para uno solo es poca;  
Pues cuando los labios toca,  
Se suele pasar al pecho  
Sin que lo sepa la boca;  
Y áun á estos dos los castiga  
Tu gente, por la piedad  
Que al dueño á servir obliga;  
Mas no hay rigor ni crueldad,  
Por más que ya los persiga,  
Que dél los pueda apartar.  
Mientras uno va á buscar  
De comer, el otro queda  
Con quien consolarse pueda  
De su desdicha y pesar.  
Acaba ya rigor tanto:  
Tén del Príncipe, señor,  
Puesto en tan fiero quebranto,

Ya que no piedad, horror;  
 Asombro, ya que no llanto.  
 REY. Bien está, Muley.

## ESCENA II.

FÉNIX. — Dichos.

FÉNIX. Señor,  
 Si ha merecido en tu amor  
 Gracia alguna mi humildad,  
 Hoy á vuestra Majestad,  
 Vengo á pedir un favor.  
 REY. ¿Qué podré negarte á tí?  
 FÉNIX. Fernando el Maestre...  
 REY. Está bien;  
 Ya no hay que pasar de ahí.  
 FÉNIX. Horror da á cuantos le ven  
 En tal estado; de tí  
 Sólo merecer quisiera...  
 REY. ¡Detente, Fénix, espera!  
 ¿Quién á Fernando le obliga  
 Para que su muerte siga,  
 Para que infelice muera?  
 Si por ser cruel y fiel  
 A su fe, sufre castigo  
 Tan dilatado y cruel,  
 Él es el cruel consigo,  
 Que yo no lo soy con él.  
 ¿No está en su mano el salir  
 De su miseria, y vivir?  
 Pues eso en su mano está,

Entregue á Ceuta, y saldrá  
De padecer y sentir  
Tantas penas y rigores.

### ESCENA III.

CELIN. — DICHO S.

- CELIN. Licencia aguardan que des,  
Señor, dos embajadores:  
De Tarudante uno es,  
Y el otro del portugues  
Alfonso.
- FÉNIX. (Ap.) ¡Hay penas mayores?  
Sin duda que por mí envía  
Tarudante.
- MULEY. (Ap.) Hoy perdí, cielos,  
La esperanza que tenía.  
Mátenme amistad y celos,  
Todo lo perdí en un día.
- REY. Entren, pues. En este estrado (Vase Celin.)  
Conmigo te asienta, Fénix. (Siéntanse.)

### ESCENA IV.

DON ALFONSO Y TARUDANTE, *cada uno por su parte.* — DICHO S.

- TARUD. Generoso rey de Fez...
- D. ALF. Rey de Fez altivo y fuerte...
- TARUD. Cuya fama...
- D. ALF. Cuya vida...

- TARUD. Nunca muera...
- D. ALF. Viva siempre...
- TARUD. (A Fénix.) Y tú de aquel sol aurora...
- D. ALF. Tú de aquel ocaso oriente...
- TARUD. A pesar de siglos dures...
- D. ALF. A pesar de tiempos reines...
- TARUD. Porque tengas...
- D. ALF. Porque goces...
- TARUD. Felicidades...
- D. ALF. Laureles...
- TARUD. Altas dichas...
- D. ALF. Triunfos grandes...
- TARUD. Pocos males...
- D. ALF. Muchos bienes...
- TARUD. ¿Cómo mientras hablo yo,  
Tú, cristiano, á hablar te atreves?
- D. ALF. Porque nadie habla primero  
Que yo, donde yo estuviere.
- TARUD. A mí, por ser de nacion  
Alarbe, el lugar me deben  
Primero; que los extraños  
Donde hay propios, no prefieren.
- D. ALF. Donde saben cortesía,  
Sí hacen; pues vemos siempre  
Que dan en cualquiera parte  
El mejor lugar al huésped.
- TARUD. Cuando esa razon lo fuera,  
Aun no pudiera vencerme;  
Porque el primero lugar  
Sólo se le debe al huésped.
- REY. Ya basta, y los dos ahora  
En mis estrados se sienten.  
Hable el portugues, que en fin  
Por de otra ley se le debe

Más honor.

TARUD. (Ap.) Corrido estoy.

D. ALF. Ahora yo seré breve:  
Alfonso de Portugal,  
Rey famoso, á quien celebre  
La fama en lenguas de bronce  
A pesar de envidia y muerte,  
Salud te envía, y te ruega  
Que pues libertad no quiere  
Fernando, como su vida  
La ciudad de Ceuta cueste,  
Que reduzcas su valor  
Hoy á cuantos intereses  
El más avaro codicie,  
El más liberal desprecie;  
Y que dará en plata y oro  
Tanto precio como pueden  
Valer dos ciudades. Esto  
Te pide amigablemente;  
Pero si no sé le entregas,  
Que ha de librarle promete  
Por armas, á cuyo efecto  
Ya sobre la espalda leve  
Del mar ciudades fabrica  
De mil armados bajeles;  
Y jura que á sangre y fuego  
Ha de librarle y vencerte,  
Dejando aquesta campaña  
Llena de sangre, de suerte,  
Que cuando el sol se levante  
Halle los matices verdes  
Esmeraldas, y los pierda  
Rubíes cuando se acueste.

TARUD. Aunque como embajador .

No me toca responderte,  
 En cuanto toca á mi Rey,  
 Puedo, cristiano, atreverme,  
 Porque ya es suyo este agravio,  
 Como hijo que obedece  
 Al Rey mi señor; y así  
 Decir de su parte puedes  
 A Don Alfonso, que venga,  
 Porque en término más breve  
 Que hay de la noche á la aurora,  
 Vea en púrpura caliente  
 Agonizar estos campos,  
 Tanto que los cielos piensen  
 Que se olvidaron de hacer  
 Otras flores que claveles.

D. ALF. Si fueras, moro, mi igual,  
 Pudiera ser que se viese  
 Reducida esta victoria  
 A dos jóvenes valientes;  
 Mas dile á tu Rey que salga  
 Si ganar fama pretende;  
 Que yo haré que salga el mio.

TARUD. Casi has dicho que lo eres,  
 Y siendo así, Tarudante  
 Sabrá tambien responderte.

D. ALF. Pues en campaña te espero.

TARUD. Yo haré que poco me esperes,  
 Porque soy rayo.

D. ALF. Yo viento.

TARUD. Volcan soy que llamas vierte.

D. ALF. Hidra soy que fuego arroja.

TARUD. Yo soy furia

D. ALF. Yo soy muerte.

TARUD. ¿Que no te espantes de oirme?

D. ALF. ¿Que no te mueras de verme?

REY. Señores, vuestras Altezas,  
Ya que los enojos pueden  
Correr al sol las cortinas  
Que le embozan y oscurecen,  
Adviertan que en tierra mia  
Campo aplazarse no puede  
Sin mí; y así yo le niego,  
Para que tiempo me quede  
De serviros.

D. ALF. No recibo  
Yo hospedaje ni mercedes  
De quien recibo pesares.  
Por Fernando vengo: el verle  
Me obligó á llegar á Fez  
Disfrazado desta suerte:  
Antes de entrar en tu corte  
Supe que á esta quinta alegre  
Asistias; y así vine  
A hablarte, porque fin diese  
La esperanza que me trajo;  
Y pues tan mal me sucede,  
Advierte, señor, que solo  
La respuesta me detiene.

REY. La respuesta, rey Alfonso,  
Será compendiosa y breve:  
Que si no me das á Ceuta,  
No hayas miedo que le lleves.

D. ALF. Pues ya he venido por él,  
Y he de llevarle: prevente  
Para la guerra que aplazo.—  
Embajador, ó quien eres,  
Véamonos en la campaña.  
¡Hoy toda el Africa tiemble! (Vase.)

## ESCENA V.

EL REY, FENIX, MULEY, TARUDANTE.

- TARUD. Ya que no pude lograr  
La fineza, hermosa Fénix,  
De serviros como esclavo,  
Logre al ménos la de verme  
A vuestros piés. Dad la mano  
A quien un alma os ofrece.
- FÉNIX. Vuestra Alteza, gran señor,  
Finezas y honras no aumente  
A quien le estima, pues sabe  
Lo que á sí mismo se debe.
- MULEY. (Ap.) ¿Qué espera quien esto llega  
A ver y no se da muerte?
- REY. Ya que vuestra Alteza vino  
A Fez impensadamente,  
Perdone del hospedaje  
La cortedad.
- TARUD. No consiente  
Mi ausencia más dilacion  
Que la de un plazo muy breve;  
Y supuesto que venía  
Mi embajador con poderes  
Para llevar á mi esposa,  
Como tú dispuesto tienes,  
No, por haberlo yo sido,  
Mi fineza desmerece  
La brevedad de la dicha.
- REY. En todo, señor, me vences;

Y así por pagar la deuda,  
 Como porque se previenen  
 Tantas guerras, es razon  
 Que desocupado quede  
 Destos cuidados; y así  
 Volverte luégo conviene  
 Antes que ocupen el paso  
 Las amenazadas huestes (1)  
 De Portugal.

TARUD. Poco importa,  
 Porque yo vengo con gente  
 Y ejército numeroso,  
 Tal, que esos campos parecen  
 Más ciudades que desiertos,  
 Y volveré brevemente  
 Con ella á ser tu soldado.

REY. Pues luégo es bien que se apreste  
 La jornada; pero en Fez  
 Será bien, Fénix, que entres  
 A alegrar á esa ciudad.  
 Muley.

MULEY. Gran señor.

REY. Prevente,  
 Que con la gente de guerra  
 Has de ir sirviendo á Fénix,  
 Hasta que quede segura,  
 Y con su esposo la dejes.

MULEY. (Ap.) Esto sólo me faltaba,  
 Para que, estando yo ausente,  
 Aun le falte mi socorro

---

(1) *Amenazadas* significa en este lugar *las que amenazan ó las anunciadas.*

A Fernando, y no le quede  
 Esta pequeña esperanza. (Vanse.)  
 ..... (1)

Una calle de Fez.

### ESCENA VI.

DON JUAN, BRITO, y otros CAUTIVOS, *que sacan á*  
 DON FERNANDO, *y le sientan en una estera.*

D. FERN. Ponedme en aquesta parte,  
 Para que goce mejor  
 La luz que el cielo reparte.—  
 ¡Oh inmenso, oh dulce Señor,  
 Qué de gracias debo darte!  
 Cuando como yo se via  
 Job, el dia maldecia;  
 Mas era por el pecado  
 En que habia sido engendrado;  
 Pero yo bendigo el dia  
 Por la gracia que nos da  
 Dios en él; pues claro está,  
 Que cada hermoso arrebol  
 Y cada rayo del sol,  
 Lengua de fuego será  
 Con que le alabo y bendigo.

BRITO. ¿Estás bien, señor, así?

D. FERN. Mejor que merezco, amigo.

(1) Falta un verso para el romance.

¡Qué de piedades aquí,  
 Oh Señor, usais conmigo!  
 Cuando acaban de sacarme  
 Dé un calabozo, me dais  
 Un sol para calentarme:  
 Liberal, Señor, estais.

CAUT. 1.º Sabe el cielo, si quedarme  
 Y acompañaros quisiera;  
 Mas ya veis que nos espera  
 El trabajo.

D. FERN. Hijos, adios.

CAUT. 2.º ¡Qué pesar!

CAUT. 3.º ¡Qué ánsia tan fiera!

(Vanse los cautivos.)

D. FERN. ¿Quedais conmigo los dos?

D. JUAN. Yo tambien te he de dejar.

D. FERN. ¿Qué haré yo sin tu favor?

D. JUAN. Presto volveré, señor;  
 Que sólo voy á buscar  
 Algo que comas, porque  
 Despues que Muley se fué  
 De Fez, nos falta en el suelo  
 Todo el humano consuelo;  
 Pero con todo eso iré  
 A procurarle, si bien  
 Imposibles solicito,  
 Porque ya cuantos me ven,  
 Por no ir contra el edito,  
 Que manda que no te den  
 Ni agua tampoco, ni á mí  
 Me venden nada, señor,  
 Por ver que te asisto á tí;  
 Que á tanto llega el rigor  
 De la suerte. Pero aquí

Gente viene. (Vase.)

D. FERN. ¡Oh si pudiera  
Mi voz mover á piedad  
A alguno, porque siquiera  
Un instante más viviera  
Padeciendo!

### ESCENA VII.

EL REY, TARUDANTE, FENIX, CELIN.—DON FER-  
NANDO, BRITO.

CELIN.                   ?                   Gran señor,  
Por una calle has venido,  
Que es fuerza que visto seas  
Del Infante y advertido.

REY.                   (A Tarudante.) Acompañarte he querido,  
Porque mi grandeza veas.

TARUD. Siempre mis honras deseas...

D. FERN. Dadle de limosna hoy  
A este pobre algun sustento :  
Mirad que hombre humano soy,  
Y que afligido y hambriento,  
Muriendo de hambre estoy.  
Hombres, doleos de mí,  
Que una fiera de otra fiera  
Se compadece.

BRITO.                   Ya aquí  
No hay pedir de esa manera.

D. FERN. ¿Cómo he de decir?

BRITO.                   Así:  
Moros, tened compasion,  
Y algo que este pobre coma

- Le dad en esta ocasion,  
 Por el santo zancarron  
 Del gran profeta Mahoma.
- REY. Que tenga fe en este estado,  
 Tan mísero y desdichado,  
 Más me ofende, más me infama.—  
 Maestro, Infante.
- BRITO. El Rey llama.
- D. FERN. ¿A mí? Brito, haste engañado:  
 Ni Infante ni Maestro soy,  
 El cadáver suyo sí;  
 Y pues ya en la tierra estoy,  
 Aunque Infante y Maestro fui,  
 No es ese mi nombre hoy.
- REY. Pues no eres Maestro ni Infante,  
 Respóndeme por Fernando.
- D. FERN. Ahora, aunque me levante  
 De la tierra, iré arrastrando  
 A besar tu pié.
- REY. Constante  
 Te muestras, á mi pesar.  
 ¿Es humildad ó valor  
 Esta obediencia?
- D. FERN. Es mostrar  
 Cuánto debe respetar  
 El esclavo á su señor.  
 Y pues que tu esclavo soy,  
 Y estoy en presencia tuya  
 Esta vez, tengo de hablarte:  
 Mi Rey y señor, escucha.  
 Rey te llamé, y aunque seas  
 De otra ley, es tan augusta  
 De los reyes la deidad,  
 Tan fuerte y tan absoluta,

Que engendra ánimo piadoso;  
Y así es forzoso que acudas  
A la sangre generosa  
Con piedad y con cordura;  
Que áun entre brutos y fieras  
Este nombre es de tan suma  
Autoridad, que la ley  
De naturaleza ajusta  
Obediencias; y así lêmos  
En repúblicas incultas,  
Al leon rey de las fieras,  
Que cuando la frente arruga  
De gueдеjas se corona,  
Es piadoso, pues que nunca  
Hizo presa en el rendido.  
En las saladas espumas  
Del mar el delfin, que es rey  
De los peces, le dibujan  
Escamas de plata y oro  
Sobre la espalda cerúlea  
Coronas, y ya se vió  
De una tormenta importuna  
Sacar los hombres á tierra,  
Porque el mar no los consuma.  
El águila caudalosa,  
A quien copete de plumas  
Riza el viento en sus esferas,  
De cuantas aves saludan  
Al sol es emperatriz,  
Y con piedad noble y justa,  
Porque brindado no beba  
El hombre entre plata pura  
La muerte, que en los cristales  
Mezcló la ponzoña dura

Del áspid, con pico y alas  
Los revuelve y los enturbia.  
Aun entre plantas y piedras  
Se dilata y se dibuja  
Este imperio: la granada,  
A quien coronan las puntas  
De una corteza, en señal  
De que es reina de las frutas,  
Envenenada marchita  
Los rubíes que la ilustran,  
Y los convierte en topacios,  
Color desmayada y mustia.  
El diamante, á cuya vista  
Ni áun el iman ejecuta  
Su propiedad, que por rey  
Esta obediencia le jura,  
Tan noble es, que la traicion  
Del dueño no disimula;  
Y la dureza, imposible  
De que buriles la pulan,  
Se deshace entre sí misma,  
Vuelta en cenizas menudas.  
Pues si entre fieras y peces,  
Plantas, piedras y aves, usa  
Esta majestad de rey  
De piedad, no será injusta  
Entre los hombres, señor:  
Porque el ser no te disculpa  
De otra ley, que la crueldad  
En cualquiera ley es una.  
No quiero compadecerte  
Con mis lástimas y angustias  
Para que me des la vida.  
Que mi voz no la procura;

Que bien sé que he de morir  
De esta enfermedad que turba  
Mis sentidos, que mis miembros  
Discurre helada y caduca.  
Bien sé que herido de muerte  
Estoy, porque no pronuncia  
Voz la lengua, cuyo aliento  
No sea una espada aguda.  
Bien sé al fin que soy mortal,  
Y que no hay hora segura;  
Y por eso dió una forma  
Con una materia en una  
Semejanza la razon  
Al ataud y á la cuna.  
Accion nuestra es natural,  
Cuando recibir procura  
Algo un hombre, alzar las manos  
En esta manera juntas;  
Mas cuando quiere arrojarlo,  
De aquella misma accion usa,  
Pues las vuelve boca abajo  
Porque así las desocupa.  
El mundo, cuando nacemos,  
En señal de que nos busca,  
En la cuna nos recibe,  
Y en ella nos asegura  
Boca arriba; pero cuando,  
O con desden ó con furia,  
Quiere arrojarnos de sí,  
Vuelve las manos que junta,  
Y aquel instrumento mismo  
Forma esta materia muda;  
Pues fué cuna boca arriba  
Lo que boca abajo es tumba.

Tan cerca vivimos, pues,  
De nuestra muerte, tan juntas  
Tenemos, cuando nacemos,  
El lecho como la cuna.  
¿Qué aguarda quien esto oye?  
Quien esto sabe, ¿qué busca?  
Claro está que no será  
La vida: no admite duda;  
La muerte sí: esta te pido,  
Porque los cielos me cumplan  
Un deseo de morir  
Por la fe; que, aunque presumas  
Que esto es desesperacion,  
Porque el vivir me disgusta,  
No es sino afecto de dar  
La vida en defensa justa  
De la fe, y sacrificar  
A Dios vida y alma juntas:  
Y así aunque pida la muerte,  
El afecto me disculpa.  
Y si la piedad no puede  
Vencerte, el rigor presuma  
Obligarte. ¿Eres leon?  
Pues ya será bien que rujas,  
Y despedaces á quien  
Te ofende, agravia é injuria.  
¿Eres águila? Pues hieres  
Con el pico y con las uñas  
A quien tu nido deshace.  
¿Eres delfin? Pues anuncia  
Tormentas al marinero  
Que el mar de este mundo sulca.  
¿Eres árbol real? Pues muestra  
Todas las ramas desnudas

A la violencia del tiempo,  
 Que ira de Dios ejecuta.  
 ¿Eres diamante? Hecho polvos  
 Sé pues venenosa furia,  
 Y cánsate; porque yo,  
 Aunque más tormentos sufra,  
 Aunque más rigores vea,  
 Aunque llore más angustias,  
 Aunque más miserias pase,  
 Aunque halle más desventuras,  
 Aunque más hambre padezca,  
 Aunque mis carnes no cubran  
 Estas ropas, y aunque sea  
 Mi esfera esta estancia sucia,  
 Firme he de estar en mi fe;  
 Porque es el sol que me alumbra,  
 Porque es la luz que me guía,  
 Es el laurel que me ilustra.  
 No has de triunfar de la Iglesia;  
 De mí, si quieres, triunfa:  
 Dios defenderá mi causa,  
 Pues yo defiendo la suya.

REY.

¿Posible es que en tales penas  
 Blasones y te consueles,  
 Siendo propias? ¿Qué condenas,  
 No me duelan, siendo ajenas,  
 Si tú de tí no te dueles?  
 Que pues tu muerte causó  
 Tu misma mano y yo no,  
 No esperes piedad de mí;  
 Ten tú lástima de tí,  
 Fernando, y tendrála yo. (Vase.)

D. FERN. (A Tarudante.) Señor, vuestra Majestad  
 Me valga.



Tarde llegas, que mi mal  
Es ya mortal.

D. JUAN. Déme el cielo  
En tantas penas consuelo.

D. FERN. Pero ¡qué mal no es mortal,  
Si mortal el hombre es,  
Y en este confuso abismo  
La enfermedad de sí mismo  
Le viene á matar despues?  
Hombre, mira que no estés  
Descuidado: la verdad  
Sigue, que hay eternidad;  
Y otra enfermedad no esperes  
Que te avise, pues tú eres  
Tu mayor enfermedad.  
Pisando la tierra dura  
De continuo el hombre está,  
Y cada paso que da  
Es sobre su sepultura.  
Triste ley, sentencia dura  
Es saber que en cualquier caso  
Cada paso (¡gran fracaso!)  
Es para andar adelante,  
Y Dios no es á hacer bastante,  
Que no haya dado aquel paso.  
Amigos, á mi fin llevo:  
Llevadme de aquí en los brazos.

D. JUAN. Serán los últimos lazos  
De mi vida.

D. FERN. Lo que os ruego,  
Noble Don Juan, es que luego  
Que espire me desnudeis.  
En la mazmorra hallaréis  
De mi religion el manto,

Que le traje tiempo tanto;  
Con este me enterraréis  
Descubierto, si el Rey fiero  
Ablanda la saña dura,  
Dándome la sepultura;  
Y señaladla; que espero,  
Que aunque hoy cautivo muero,  
Rescatado he de gozar  
El sufragio del altar;  
Que pues yo os he dado á vos  
Tantas iglesias, mi Dios,  
Alguna me habeis de dar.

(Llévanle en brazos.)

Playa distante de la ciudad de Fez.—Es de noche.

### ESCENA IX.

DON ALFONSO, SOLDADOS *con arcabuces*.

D. ALF. Dejad á la inconstante  
Playa azul esa máquina arrogante  
De naves, que causando al cielo asombros,  
El mar sustenta en sus nevados hombros:  
Y en estos horizontes  
Aborten gente los preñados montes  
Del mar, siendo con máquinas de fuego  
Cada bajel un edificio griego.

**ESCENA X.****DON ENRIQUE.—DICHOS.**

- D. ENR.** Señor, tú no quisiste que saliera  
 Nuestra gente de Fez en la ribera,  
 Y este puesto escogiste  
 Para desembarcar: infeliz fuiste,  
 Porque por una parte  
 Marchando viene el numeroso Marte,  
 Cuyo ejército al viento desvanece,  
 Y los collados de los montes crece.  
 Tarudante conduce gente tanta,  
 Llevando á su mujer, felice Infanta  
 De Fez, hácia Marruecos...  
 Mas respondan las lenguas de los ecos.
- D. ALF.** Enrique, á eso he venido,  
 A esperarle á este paso; que no ha sido  
 Esta eleccion acaso; prevenida  
 Estaba, y la razon está entendida:  
 Si yo á desembarcar á Fez llegara,  
 Esta gente y la suya en ella hallara;  
 Y estando divididos,  
 Hoy con ménos poder están vencidos;  
 Y ántes que se prevengan,  
 Toca al arma.
- D. ENR.** Señor, advierte y mira  
 Que es sin tiempo esta guerra.
- D. ALF.** Ya mi ira  
 Ningun consejo alcanza.  
 No se dilate un punto esta venganza:  
 Éntre en mi brazo fuerte

- Por Africa el azote de la muerte.
- D. ENR. Mira que ya la noche,  
Envuelta en sombras, el luciente coche  
Del sol esconde entre las sombras puras.
- D. ALF. Pelearemos á oscuras;  
Que á la fe que me anima,  
Ni el tiempo ni el poder la desanima.  
Fernando, si el martirio que padeces,  
Pues es suya la causa, á Dios le ofreces,  
Cierta está la victoria:  
Mio será el honor, suya la gloria.
- D. ENR. Tu orgullo altivo yerra.

### ESCENA XI.

DON FERNANDO.—DICHOS.

- D. FERN. (Dentro.)  
¡Embiste, gran Alfonso! ¡Guerra! ¡guerra!
- D. ALF. ¡Oyes confusas voces  
Romper los vientos tristes y veloces?
- D. ENR. Sí, y en ellos se oyeron  
Trompetas que á embestir señal hicieron.
- D. ALF. ¡Pues á embestir, Enrique! que no hay duda  
Que el cielo ha de ayudarnos hoy.
- (Aparécese el Infante D. Fernando, con manto capitular,  
y una hacha encendida.)
- D. FERN. Sí ayuda,  
Porque obligando al cielo,  
Que vió tu fe, tu religion, tu celo,  
Hoy tu causa defiende.  
Librarme á mí de esclavitud pretende,  
Porque, por raro ejemplo,

Por tantos templos, Dios me ofrece un tem-  
 Y con esta luciente [plo;  
 Antorcha desasida del oriente,  
 Tu ejército arrogante  
 Alumbrando he de ir siempre delante,  
 Para que hoy en trofeos  
 Iguales, grande Alfonso, á tus deseos,  
 Llegues á Fez, no á coronarte agora,  
 Sino á librar mi ocaso en el aurora.

(Vase.)

D. ENR. Dudando estoy, Alfonso, lo que veo.

D. ALF. Yo no, todo lo creo;  
 Y si es de Dios la gloria,  
 No digas guerra ya, sino victoria. (Vanse.)

Vista interior de los muros de Fez.

## ESCENA XII.

EL REY y CELIN; *y en lo alto estará DON JUAN  
 y UN CAUTIVO, y un ataud en que parezca estar el  
 Infante.*

D. JUAN. Bárbaro, gózate aquí  
 De que tirano quitaste  
 La mejor vida.

REY. ¿Quién eres?

D. JUAN. Un hombre, que aunque me maten,  
 No he de dejar á Fernando,  
 Y aunque de congoja rabie,  
 He de ser perro leal

- 
- Que en muerte he de acompañarle.
- REY. Cristianos, ese es padron  
Que á las futuras edades  
Informe de mi justicia;  
Que rigor no ha de llamarse  
Venganza de agravios hechos  
Contra personas reales.  
Venga Alfonso agora, venga  
Con arrogancia á sacarle  
De esclavitud; que aunque yo  
Perdí esperanzas tan grandes  
De que Ceuta fuese mia;  
Porque las pierda arrogante  
De su libertad, me huelgo  
De verle en estrecha cárcel.  
Aun muerto no ha de estar libre  
De mis rigores notables;  
Y así puesto á la vergüenza  
Quiero que esté á cuantos pase.
- D. JUAN. Presto verás tu castigo,  
Que por campañas y mares  
Ya descubro desde aquí  
Mis cristianos estandartes.
- REY. Subamos á la muralla  
A saber sus novedades.
- D. JUAN. Arrastrando las banderas  
Y destemplados los parches,  
Muertas las cuerdas y luces,  
Todas son tristes señales. (Vanse.)
-

Vista exterior de los muros de Fez.

**ESCENA XIII.**

*Tocan cajas destempladas; sale DON FERNANDO delante, con una hacha encendida, y detras DON ALFONSO, DON ENRIQUE y SOLDADOS, que traen presos á TARUDANTE, FÉNIX Y MULEY; despues EL REY Y CELIN.*

- D. FERN. En el horror de la noche,  
 Por sendas que nadie sabe,  
 Te guié: ya con el sol  
 Pardas nubes se deshacen.  
 Victorioso, gran Alfonso,  
 A Fez conmigo llegaste:  
 Este es el muro de Fez,  
 Trata en él de mi rescate. (Vase.)
- D. ALF. ¡Ah de los muros! Decid  
 Al Rey que salga á escucharme.  
 (Salen el Rey y Celin al muro.)
- REY. ¿Qué quieres, valiente jóven?
- D. ALF. Que me entregues al Infante,  
 Al maestro Don Fernando,  
 Y te daré por rescate  
 A Tarudante y á Fénix,  
 Que presos están delante.  
 Escoge lo que quisieres:  
 Morir Fénix, ó entregarle.
- REY. ¿Qué he de hacer, Celin amigo,  
 En confusiones tan grandes?  
 Fernando es muerto, y mi hija

Está en su poder. ¡Mudable  
 Condicion de la fortuna,  
 Que á tal estado me trae!  
**FÉNIX.** ¿Qué es esto, señor? Pues viendo  
 Mi persona en este trance,  
 Mi vida en este peligro,  
 Mi honor en este combate,  
 ¡Dudas qué has de responder!  
 ¿Un minuto, ni un instante  
 De dilacion te permite  
 El deseo de librarme?  
 En tu mano está mi vida,  
 ¿Y consientes (¡pena grave!)  
 Que la mia (¡dolor fiero!)  
 Injustas prisiones aten?  
 De tu voz está pendiente  
 Mi vida (¡rigor notable!),  
 ¿Y permites que la mia  
 Turbe la esfera del aire?  
 A tus ojos ves mi pecho  
 Rendido á un desnudo alfanje,  
 ¿Y consientes que los míos  
 Tiernas lágrimas derramen?  
 Siendo Rey, has sido fiera;  
 Siendo padre, fuiste áspid;  
 Siendo juez, eres verdugo:  
 Ni eres Rey, ni juez, ni padre.  
**REY.** Fénix, no es la dilacion  
 De la respuesta negarte  
 La vida, cuando los cielos  
 Quieren que la mia acabe.  
 Y puesto que ya es forzoso  
 Que una ni otra se dilate,  
 Sabe, Alfonso, que á la hora

Que Fénix salió ayer tarde,  
 Con el sol llegó al ocaso,  
 Sepultándose en dos mares  
 De la muerte, y de la espuma,  
 Juntos el sol y el Infante.  
 Esta caja humilde y breve  
 Es de su cuerpo el engaste.  
 Da la muerte a Fénix bella:  
 Venga tu sangre en mi sangre.

FÉNIX. ¡Ay de mí! Ya mi esperanza  
 De todo punto se acabe.

REY. Ya no me queda remedio  
 Para vivir un instante.

D. ENR. ¡Válgame el cielo! ¿qué escucho?  
 ¡Qué tarde, cielos, qué tarde  
 Le llegó la libertad!

D. ALF. No digas tal; que si ántes  
 Fernando en sombras nos dijo  
 Que de esclavitud le saque,  
 Por su cadáver lo dijo,  
 Porque goce su cadáver  
 Por muchos templos un templo,  
 Y á él se ha de hacer el rescate.—  
 Rey de Fez, porque no pienses  
 Que muerto Fernando vale  
 Méno que aquesta hermosura;  
 Por él, cuando muerto yace,  
 Te la trueco. Envía, pues,  
 La nieve por los cristales,  
 El enero por los mayos,  
 Las rosas por los diamantes,  
 Y al fin, un muerto infelice  
 Por una divina imágen.

REY. ¿Qué dices, invicto Alfonso?

- D. ALF. Que esos cautivos le bajen.  
 FÉNIX. Precio soy de un hombre muerto;  
 Cumplió el cielo su homenaje.  
 REY. Por el muro descolgad  
 El ataúd, y entregadle;  
 Que para hacer las entregas  
 A sus piés voy á arrojarle.

(Quítase del muro.—Bajan el ataúd con cuerdas por el muro.)

- D. ALF. En mis brazos os recibo,  
 Divino Príncipe mártir.  
 D. ENR. Yo, hermano, aquí te respeto.

#### ESCENA XIV.

EL REY, DON JUAN, CAUTIVOS.—DICHOS.

- D. JUAN. Dáme, invicto Alfonso, dáme  
 La mano.  
 D. ALF. Don Juan, amigo,  
 ¡Buena cuenta del Infante  
 Me habeis dado!  
 D. JUAN. Hasta su muerte  
 Le acompañé, hasta mirarle  
 Libre, vivo y muerto estuve  
 Con él: mirad dónde yace.  
 D. ALF. Dadme, tío, vuestra mano;  
 Que aunque necio é ignorante  
 A sacaros del peligro  
 Vine, gran señor, tan tarde,  
 En la muerte, que es mayor,  
 Se muestran las amistades.  
 En un templo soberano

---

Haré depósito grave  
De vuestro dichoso cuerpo.—  
A Fénix y á Tarudante (Al Rey.)  
Te entrego, Rey, y te pido  
Que aquí con Muley la cases,  
Por la amistad que yo sé  
Que tuvo con el Infante.  
Ahora llegad, cautivos,  
Vuestro Infante ved, llevadle  
En hombros hasta la armada (1).

REY. Todos es bien le acompañen.

D. ALF. Al són de dulces trompetas  
Y templadas cajas marche  
El ejército con órden  
De entierro, para que acabe,  
Pidiendo perdon humilde  
Aquí de sus yerros grandes,  
El lusitano Fernando,  
*Príncipe en la fe constante.*

---

(1) La muerte de D. Fernando fué en el año 1443; el rescate de sus reliquias en 1472.

-----

# ÍNDICE.

---

	<u>Págs.</u>
ESTUDIO CRÍTICO.....	v
La vida es sueño. ....	1
La devocion de la Cruz.....	117
El mágico prodigioso.....	211
El Príncipe constante.. ..	329

---



## OBRAS PUBLICADAS.

HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traduccion directa del griego en verso y con notas de D. José Gomez Herminosilla.....	3 tomos.
CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traduccion directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traduccion directa del latin, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las éylopas</i> , traduccion en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traduccion en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latin, con un estudio del Sr. Menendez Pelayo.....	1
MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .....	1
— <i>Estudios históricos</i> .....	1
— <i>Estudios políticos</i> .....	1
— <i>Estudios biográficos</i> .....	1
— <i>Estudios críticos</i> .....	1
Traduccion directa del inglés de M. Juderias Bender.	
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traduccion directa del latin de D. Marcelino Menéndez Pelayo.....	2
SALUSTIO.— <i>Conjuracion de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traduccion del infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traduccion del Sr. Menendez Pelayo, ambas directas del latin.....	1
TACITO.— <i>Los anales</i> , traduccion directa del latin de D. Carlos Coloma.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traduccion directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS ( <i>Teócrito, Bion y Moscol</i> ). Traduccion directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
MANZONI.— <i>Los novios</i> , traduccion de D. Juan Nicasio Gallego..	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traduccion directa del griego por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i> .....	1
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> ; traduccion directa del griego por D. Federico Baraibar.....	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevacion de Nápoles</i> .....	1
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> , con un estudio crítico de D. Marcelino Menéndez Pelayo.....	1

## EN PRENSA.

CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto*. Tomos II, III y IV.

## EN PREPARACION.

- ARISTÓFANES.—*Teatro completo*, traduccion directa del griego por D. Federico Baraibar. Tomo III y último.
- CICERON.—*Obras completas*, traduccion directa del latin, por D. Marcelino Menéndez Pelayo. Tomo III.
- TACITO.—*Las historias*, traduccion de D. Carlos Coloma. Un tomo.

### CONDICIONES EDITORIALES.

La BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º, de 400 á 500 páginas, y el precio de cada tomo es DOCE REALES en toda España.

A las personas que deseen suscribirse en Madrid, costará cada tomo 10 rs.

Basta para ser suscriptor en Madrid, avisarlo al administrador de la BIBLIOTECA CLÁSICA, D. José Santaló, calle de la Colegiata, 6, bajo.

Las personas que, residiendo en provincias, quieran recibir los tomos directamente de la Administracion de la BIBLIOTECA CLÁSICA (Colegiata, 6, Madrid), remitirán á la misma por cada tomo 10 rs. en libranzas de correos ó letras á nombre del administrador D. José Santaló.

